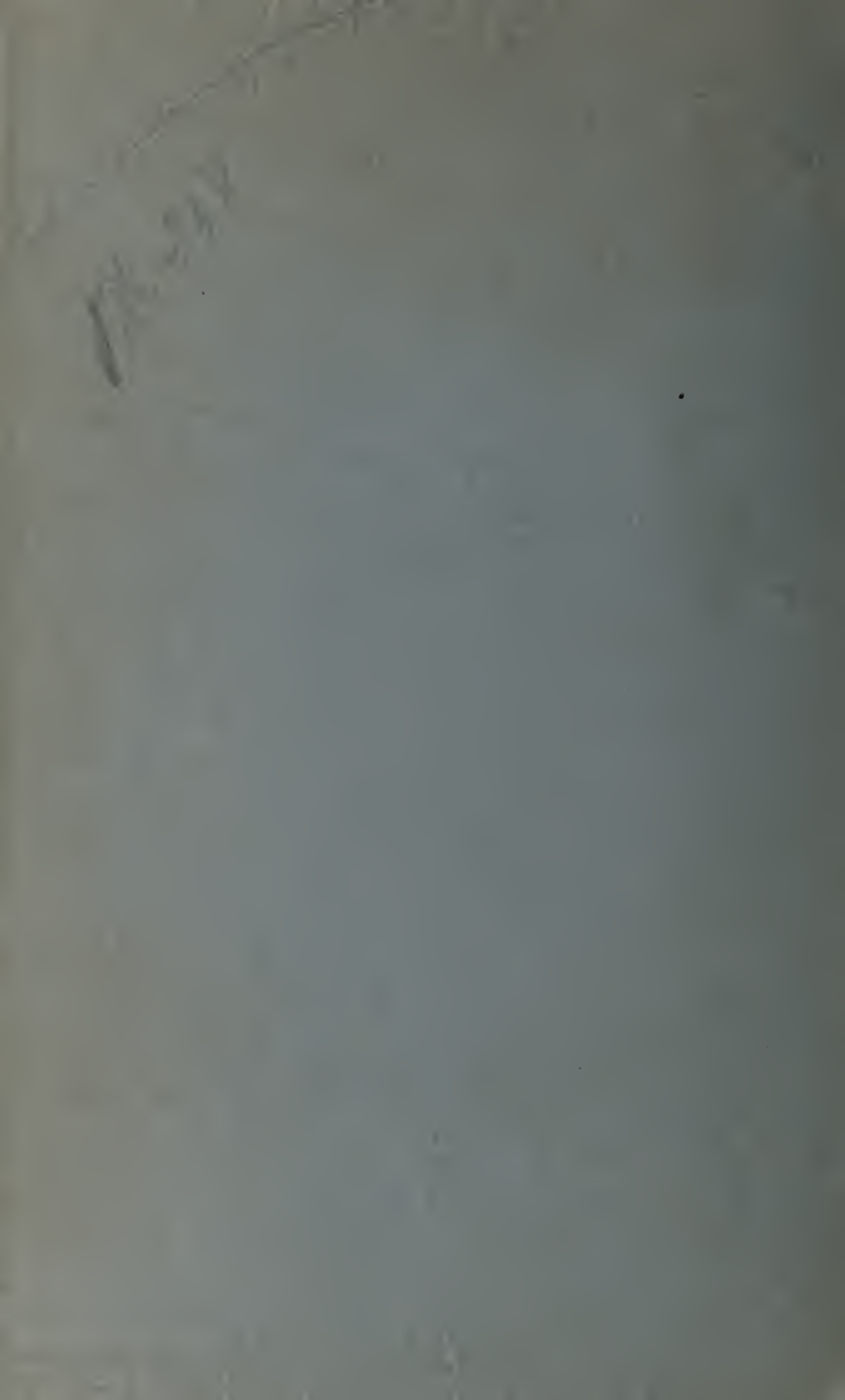

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00252886 7



EL PERSONALISMO.

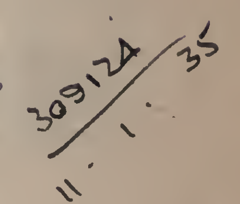
EL

PERSONALISMO.

APUNTES PARA UNA FILOSOFÍA.

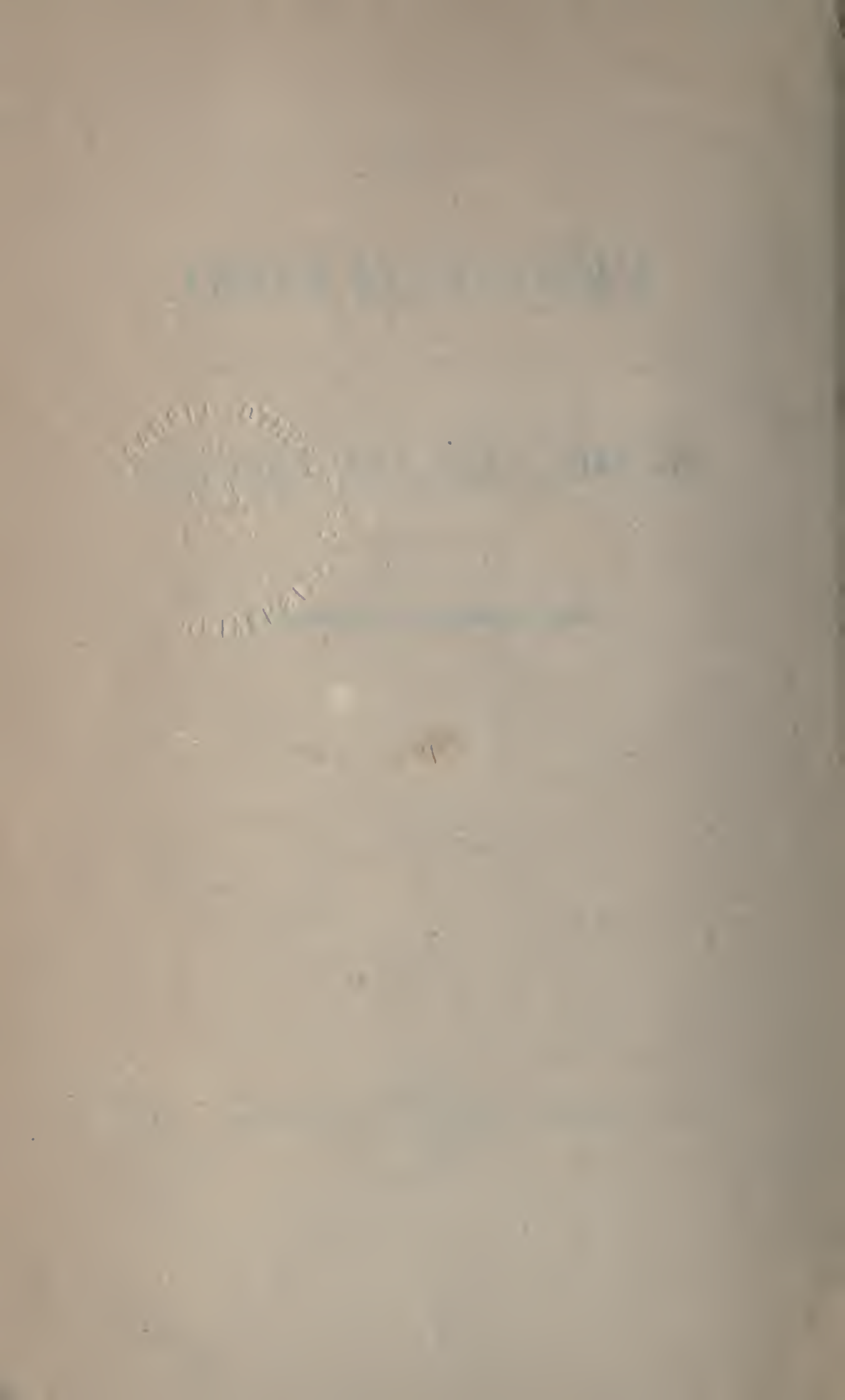
POR

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR. y Campoosorio



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,
Salon del Prado, núm. 8.

1855.



EL PERSONALISMO.

APUNTES PARA UNA FILOSOFIA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO UNICO.

CERTIDUMBRE, MÉTODO Y PUNTO DE PARTIDA.

La filosofía « es la ley general que resuelve todos los casos particulares ».

Toda ley que no abraza la universalidad de los hechos no es una filosofía, al menos no es la filosofía de las filosofías, no es el gran juez que acaba por juzgar á todos los jueces, sino que es solamente una ciencia. Esta solo determina una série particular de fenómenos. La filosofía es la série universal, es la escala de lo infinito, de donde irradian los principios de las ciencias, las claves de las séries particulares.

Las *causas* y las *sustancias*, aunque no fuesen impenetrables, serian inconducentes, y por consecuencia de todo punto inútiles. Nosotros no conocemos, no nece-

sitamos, no queremos estudiar mas que *relaciones* y *leyes*.

Y ¿por qué?

Porque nosotros no buscamos un *principio* que nos dé idea de la *calidad* de nuestro conocimiento, sino que aspiramos á sentar una *regla* que exprese la síntesis de la *cantidad* de todos los conocimientos. El autor quisiera que este libro fuese el fin de la filosofía *judiciaria* y el principio de la filosofía *política*.

Cuando leo un sistema filosófico, y veo al autor ocupado en señalarme con una prolijidad martirizadora su primer punto de partida, siempre se me ocurre pasar las hojas de prisa y exclamar involuntariamente : « Al hecho, señor mio, al hecho. »

Antes de cambiar de método procuremos orientarnos. ¿Qué es lo que se busca en filosofía? Platon y Aristóteles son las dos banderas que han dividido á los filósofos en los dos grandes partidos de *idealistas* y *materialistas*. Platon dice que « pensar es *recordar* », y Aristóteles asegura que « pensar es *sentir* »; y de este modo, buscando la esencialidad elemental del pensamiento, idealistas y materialistas se encierran entre las cuatro paredes del *yo* humano, y embargados en una especie de síncope intelectual, han entablado un proceso que estará perpétuamente en *sumario*. El género humano, aburrido de la frivolidad de la disputa, se siente empachado de un causon de filosofía ; y como los filósofos son bastante inofensivos, no los denuncia á la policía, porque le parece mas justo encomendarlos á un loquero.

Opino, como Sto. Tomás, que las cosas son inteligibles en cuanto están en *acto*, y no en cuanto están en *potencia*. Mas todavía : creo que las cosas en *potencia* no conduciria á nada el entenderlas, y que nuestra perfeccion moral estriba en entender las cosas en *acto*.

En todo hecho ó fenómeno hay que examinar tres cosas : la *causa*, la *ley* y el *objeto*. Conocidas la *ley* y el *objeto*, ¿qué nos importa la *causa?* En último resultado solo nos serviria para buscar ese mismo *objeto* y esa misma *ley*. Así pues, el objeto de la filosofía debe ser el de buscar, «no lo *absoluto racional*, sino lo *absoluto experimental* ». Hallada la palabra que explique este *absoluto*, habrémos encontrado el eslabon que une al cielo con la tierra, habrémos traducido la ciencia divina en ciencia humana. La filosofía debe estar reducida « al estudio de la gran fórmula ».

Porque hay, debe haber, un principio único, cuya esencia es indiferente, pero cuya fórmula es, debe ser, de fácil é indispensable hallazgo ; esta fórmula cosmoteológico-antropológica debe abrazar en conjunto á la naturaleza, á Dios y al hombre ; debe ser la expresion de la ley con que el Criador ha sacado del cáos la creacion, se mueven los astros, se atraen los graves, brotan las plantas, sienten los animales, piensan los hombres. Esta fórmula ha de ser la ley universal del para qué nacen, crecen, viven y mueren los universos.

Vamos pues á combatir por el *honor* de la filosofía, ya que hasta ahora no ha hecho mas que combatir malamente por la *vida*. Y si por la ventana de cualquiera

de los hospitales del tránsito se os asoma alguno de esos cartesianos, ultra-psicólogos, cuyo delgado analitiquismo excede en demencia á todas las embriagueces mentales de las demás escuelas, y os dice «que antes de combatir por el *honor* es menester que le probeis que tenemos *vida*», no le exorciceis como á un endemoniado; es tan solamente un enfermo. No conteis con él como si fuese un *hombre;* es menester que le considereis como un espiritado que, cual otros muchos, va en camino de espectro. Á bien que nuestro sistema tiene remedio para todo. Si el mundo no es un baile de vivos, será una danza de espectros: espectros ó vivos, el filósofo es el bastonero que ha de imponer el órden, ó mas bien dictar las reglas con que deben entrar ó salir á tiempo estos cuerpos ó figuras que se mueven.

Amnistiemos la filosofía de lo pasado, é inauguremos la de lo porvenir. Dejemos el sonambulismo *intelectual*, y establezcamos el intelectualismo *político*. Protestemos de una vez para siempre contra ese juego de nonadas, que no es ni siquiera casi sério, que consiste en husmear orígenes, descuidando los fines; cuya principal ocupacion es la de estar siempre *llamados de adentro*, y cuyo resultado, despues de enigmatizar todo lo claro, no es mas que el de producir una *música celestial.*

Acaso se nos objete por alguno de esos que tienen tanto talento para disparatar, que así no escribirémos una filosofía, sino una dogmática. Si esto es dogmatizar, y no filosofar, dogmaticemos, y hagamos el epitafio de la filosofía. Así como así, la hace falta descansar despues

de tres mil años de una locura y de una chochez seguidas.

Á fe de caballero, juro que no extraño que la humanidad siempre haya considerado á los filósofos como una especie de *locos sueltos*; porque verdaderamente la filosofía, hasta ahora, no ha sido mas que una demencia, que ni siquiera ha tenido el mérito de ser divertida. Al contrario, la filosofía nó ha sido mas que una *jaqueca de treinta siglos*.

Hace mas de tres mil años que los fautores de filosofías están inquiriendo *causas* en vez de apoderarse de los *efectos*, y descuidando lo real por buscar lo imaginario, han convertido la filosofía en una química de abstracciones, en una especie de moneda falsa, que no tiene mas legitimidad que la convencionalidad. Pero yo, que he sido engañado muchas veces, recibiendo en cambio de muchas vigilias mal gastadas, de muchas ilusiones perdidas, ese valor supuesto, aunque produzca un pánico en el mercado de la razon, voy á protestar contra la legitimidad de esa moneda que no tiene valor objetivo, y que no sirve para adquirir mas que cosas tan imaginarias como los pollos de la lechera. En último resultado, de que se dé crédito á mi protesta no se seguirá mas perjuicio que tres mil años de tiempo perdido...

Los filósofos y los alquimistas son dos razas de dementes, que, unos en el espíritu y otros en la materia, se empeñan en hallar un principio absoluto, una sustancia completamente simple, una especie de piedra *filosofal*. Venid acá, Dulcamaras: en último resultado, ¿qué

sabriamos con probar que Dios es un ser perfectamente simple, compuesto solo de oxígeno? ¿Serviria esto mucho para resolver, por ejemplo, el principio de la soberanía social?...

Pero es menester, dicen todos los filósofos, estableciendo un punto de partida... ¡Lectores! precavéos contra todo filósofo que os quiera hacer aceptar un punto de partida ; esa es la mistificacion, ese es el valor convencional , esa es la moneda falsa...

En esta parte soy del parecer de Espinosa, que, dándonos su gran sistema, su explicacion de la Divinidad, no se atormenta poco ni mucho en exponernos la parte analítica ni de las *primeras* ni de las *últimas* razones de nuestros conocimientos.

Tampoco Hegel nos da un punto de partida, un primer punto de apoyo inalterable, un principio, en fin, que todos puedan admitir con una plena conviccion. Es inútil pedirle que pruebe preliminarmente que la *idea* es lo absoluto, que toda verdad está en la *idea*, pues él nos dirigirá al conjunto de su sistema, que todo entero, á su parecer, tiende á demostrar que esto es así ; y que cuando por el desarrollo dialéctico de la *idea* se haya patentizado toda la verdad, se habrá demostrado que la plenitud de la verdad estaba virtualmente encerrada en ella.

Pero es menester, dicen todos los filósofos, estableciendo un método dado, partir de un principio de certidumbre...

¡Lectores! Antes de pasar adelante, antes de que ad-

mitais ninguna suposicion, antes de que os encontreis engañados aceptando la moneda falsa, preguntadles qué es lo que entienden por *principio de certidumbre.* ¿Es que hay en la existencia algo que no es verdad? Y en materia de certidumbre, «¿qué importa que no sea lo que parece que es?» O nuestra existencia es una verdad ó es una mentira: si es lo primero, el objeto de la filosofía debe ser el de buscar la clave de esta série de realidades; y si es lo segundo, debe aspirar á encontrar la ley de este cúmulo de ilusiones. Verdad ó mentira, el resultado es el mismo.

Dejad esa *certidumbre dudosa*, que no es mas que la *duda cierta.* El punto de partida, es decir, lo que sirva para conducirnos á la fórmula del grande enigma, se halla en todas partes y á todas las horas, así en el átomo aislado como en la naturaleza en conjunto; lo mismo en la pasta líquida llamada *sustancia* por Espinosa, que en el flotante *pienso* de Descártes; que en la *ultra-subjetividad* de Kant, que en el *yo* uraño de Fichte, que en el impalpable *absoluto* de Shelling, que en la *idea* giratoria de Hegel, que en la *teja* que mató á Pirro, que en el *huevo* de Juanelo, que en la *cola* del perro de Alcibiades...

Hace tres mil años que no se encuentra la verdad por vuestros métodos, por vuestros malditos métodos. Dejáos de examinar si el *yo* es un carbono puro, y Dios algun puro oxígeno. No busqueis los *noumenos*, es decir, no trateis de penetrar la esencia de las cosas como *son en sí*, sino estudiad los *fenómenos*, esto es, el modo

como se suceden las cosas. En la creacion no importa tanto el *cómo* y el *cuándo*, como el *por qué* y el *para qué*. Dejad la *causa*, vamos al *hecho*. No busquemos lo absolutamente *esencial*, sino lo absolutamente *fenomenal*. ¿Qué nos importa la *calidad* y el *principio* de los hilos de la creacion? Lo que nos interesa son la *cantidad* y el *nudo* donde se juntan. La filosofía ha sido hasta ahora «el análisis de todas las causas». Volvamos la espalda á lo pasado, y convirtámosla « en la síntesis de todos los efectos ». Divorciémonos de la antigüedad, que se ha vuelto loca con sus primeros principios, con la quinta esencia de las quintas esencias, con sus causas, con sus esencialidades, con sus *noumenos*, y aprovechándonos de los descalabros de su demencia, examinemos los últimos fines, los postreros compuestos, los efectos, las exterioridades, los *fenómenos*. Negar el valor de una *síntesis* de todos los efectos, sin haber partido antes de un *análisis* de todas las causaś, seria lo mismo que decir que la ley de gravitacion no servia para nada porque no se conoce la *esencia* de las cosas que gravitan.

En el camino de la filosofía yo no pregunto á los viajeros de dónde *vienen*, sino adónde *van*. Cuando me leen las relaciones de sus viajes, nunca oigo el *principio*, por reconcentrar toda mi atencion en el *fin*. Opino como el vulgo; yo clasifico á los filósofos, no por sus principios *teóricos*, sino por sus resultados *prácticos*.

¿Qué me importa á mí que Descártes *parta* de la *realidad*, si acaba en el cáos? Lo que interesa á la felicidad del género humano es, que aunque se venga del cáos,

se llegue á la *realidad*. Así nosotros, en contraposicion á los *partidistas*, vamos, no á fundar, sino á empezar nuestro libro hablando de lo que ellos suponen mas abstracto, mas difuminado y mas incomprensible: de Dios. Dios, por su abstraccion, su difuminamiento y su incomprensibilidad, no puede ser el punto de *partida* de ninguna filosofía considerada á la antigua; ¿no es cierto? Pues por eso mismo á nosotros nos agrada principalmente empezar hablando de Dios, porque nosotros queremos cambiar radicalmente el método filosófico. No vamos á fundar un *análisis*, sino á formar una *síntesis*. No buscamos el principio *ocasional* de nada, sino el fin *experimental* de todo. Nos seria completamente inútil saber la *esencia* de las *causas;* por eso aspiramos especialmente á conocer la *relacion* de las *leyes*.

Y aun Dios, que por su subjetividad ilimitada debia ser la incomprensibilidad absoluta, racional, y sentimentalmente hablando, tiene una realidad demasiado orgánica, palpable, objetiva, para el caso en que nosotros quisiéramos, no solo *empezar* por él, sino *partir* de él. Dios es demasiado sensible, aunque es indescriptible.

Y Dios es indescriptible como lo es todo lo ideal, como lo es todo lo que es esencialmente subjetivo. ¿Creeis que ha existido *Napoleon?* Indudablemente *sí*. Pues desobjetivizad el espíritu de Napoleon, es decir, prescindid de su parte material, transfiguradle, reducidle al estado de pura inteligencia.—Ya está.—¿Qué queda de resultas de la transfiguracion?—El espíritu, lo que se llama alma, lo subjetivo, lo ideal, lo personal: *Napoleon*. —

Pues describídmele ahora. — No puedo, es indescriptible. — Exactamente lo mismo que Dios.

Preguntando un dia á mi madre que por qué creia en Dios, me contestó resueltamente : *Porque sí.* — Bien léjos estaba yo entonces de creer que esta razon de mujer acabaria por parecerme algun dia una excelente razon.

Porque sí, es la voz muda de la naturaleza, el grito involuntario de la conciencia, la ciega inspiracion de Dios. Es una necesidad orgánica, es una virtud, un amor, una ascension innata.

Cojamos este *porque sí*, esta *evidencia interna* de mi madre, y expongámoslo á los cuatro vientos, como una aguja tocada del iman de la Divinidad, y veréis cómo, abandonada lealmente á su tendencia, se dirige por el *sentimiento* á la materia, al universo; por el *con-sentimiento* á la conciencia, al hombre; y por el *pre-sentimiento* á Dios, al polo del mundo moral.

¿Existe una llave única, por medio de la cual se puede abrir el gran templo de la naturaleza?— Los materialistas dicen que la *sensacion*, los psicólogos que la *conciencia*, los ideólogos que la *razon*. A las abstracciones de la escuela de Elea salió oponiéndose el empirismo de Tháles; al idealismo de Platon, las formas severas de Aristóteles; al neo-platonismo alejandrino, el empirismo de Epicuro; al espiritualismo cartesiano y panteismo de Espinosa, el sensualismo del siglo XVIII; al idealismo aleman, el socialismo moderno. ¡Santo Dios! ¿Si será una historia de filosofía una jaula de locos?

Y verdaderamente, ¿qué ha sido hasta ahora la filosofía? Así como las ciencias son la filosofía de lo que sabemos, la filosofía parece ser la ciencia de todo lo que ignoramos.

Actualmente la filosofía es como un gran templo que fuesen desalojando altar por altar y mueble por mueble. La política se ha llevado las ciencias sociales; el derecho, la razon de las leyes; la estética, la filosofía de las artes, etc., etc. En este gran templo ¿qué va quedando por último? Oscuridad y espacio; es decir, el pavimento, el techo y las paredes; lo pasado, lo presente y lo futuro; el abismo de donde venimos, las alturas á que aspiramos y los rincones en donde nos acurrucamos.

¡Partidarios de una misma religion, aunque de diferentes cultos! veamos si podemos ponernos de acuerdo en alguna cosa, nosotros, que despues de tres mil años en nada hemos podido convenir.

¡Ideólogos y empíricos! hace veinte y cuatro siglos que venis trazando paralelamente dos corrientes filosóficas, una que se desliza por el mundo de lo infinito y otra que se arrastra por la naturaleza exterior, sin que todavía se hayan tocado ni en un solo punto. Esta divergencia no tanto estriba en el error como en el odio. ¡Paz en el campo de la ciencia!

Vosotros, materialistas, cantores de la muerte, no extrañeis la linajuda altivez de los idealistas, de esos Don Quijotes de la filosofía. Aunque su ciencia no se redujese mas que á una gimnasia del espíritu, esta ocupacion seria un ejercicio caballeresco de lo que tiene de mas no-

ble nuestra naturaleza humana. Yo tambien prefiero su grandeza á vuestra gurruminez, por lo mismo que á la sombra del tronco de mi árbol genealógico mas quisiera ver sentado á un ángel que á una bestia.

Vosotros no veis mas que una pequeñez en lo infinito, mientras que ellos ven siempre lo infinito en cualquiera pequeñez. En el horizonte intelectual de aquellos sublimes sonámbulos podria ser contenido hasta el mismo Dios, si no fuera porque Dios es el inmenso continente. Esos grandes aventureros de la inmortalidad pueblan de realidades los dos extremos de la vida, esas dos nadas de los miopes, esos dos sueños de los empíricos. En la esfera de la inteligencia no conozco un solo partidario de la sensacion que pueda servir ni de acólito en la iglesia del panteismo.

Y vosotros, idealistas, Hércules de un bajo imperio intelectual, no os envanezcais demasiado con las conquistas hechas en vuestros viajes á la luna. Yo no soy de los que creen que vuestras novelas filosóficas valen menos que el Orlando furioso. ¡No! Yo soy idólatra de la metafísica, ciencia de lo absoluto bello, de lo absoluto bueno y de lo absoluto verdadero. Mas para que á vuestros sistemas no se les aplique con razon el título de la obra del español Francisco Sanchez, *Tratado de la muy noble y muy universal ciencia de que nada se sabe*, es forzoso admitir como indispensable criterio de verdad algunos hechos del mundo externo, tales como la manzana de Newton, que ha hecho á Dios mas grande que todos vuestros cuentos de hadas, y la cometa de Fran-

klin, que ha inmaterializado la materia con mas exactitud que esa idea hegeliana que haceis circular, no recuerdo de qué modo, por entre los jugos de la tierra. Los empíricos, es verdad, han hecho muchos materialistas; pero, en cambio, ¿habeis hecho vosotros pocos ateos? La secta materialista es la rama de la filosofía que ha hecho mas servicios en favor de la felicidad del género humano: ella inauguró el espíritu de indisciplina contra las chocheces dogmáticas de la vieja Sorbona, fué la pólvora que voló los aportillados muros del feudalismo, y por último, creó el *sentido comun humano*, que desde los tiempos de Adan andaba desperdigado de clase en clase ó de individualidad en individualidad, como una adquisicion especial ó como una iniciacion misteriosa.

¡Paz, vuelvo á decir, en el campo de la ciencia! Y sobre todo, antes de volver á exterminarnos, entendámonos primero sobre el objeto que nos divide. ¿Qué es la *sensacion?* Es el pensamiento obrando sobre un *hecho*. ¿Qué es la *razon?* Es el pensamiento obrando sobre una *idea*. ¿Qué es la *conciencia?* Es el pensamiento obrando sobre *sí mismo*. Es decir, que la *sensacion*, la *razon* y la *conciencia* no son mas que atributos, no son mas que partes del espíritu, del *yo*, de la personalidad, del sugeto, que es una entidad única, simple, indivisa, concreta, infraccionable. La *sensacion*, la *razon* y la *conciencia* son tres lados distintos de un solo *yo* verdadero. Aspirar á ver con solo la *razon*, es querer mirar con un solo ojo. Pretender juzgar el mundo por la *conciencia*, es como soñar un viaje desde una cárcel. Querer marchar apoyados

con solo la *sensacion*, es pretender andar nada mas que con un pié.

Dividir el complemento del sugeto, la integridad del espíritu, en *ideología*, *lógica*, *estética*, *psicología*, *ontología* y *ética*, etc., etc., es una subdivision ininteligente é ininteligible, que no puede disculpar el respeto á una tradicion absurda. La misma razon que hay para descuartizar el espíritu en seis partes, existe para que se le fraccione en seiscientas mil.

La *ideología* es el estudio de la *esencia* de las ideas; la *lógica* es un *análisis* de la inteligencia; la *estética* es la ciencia de la sensibilidad; la *psicología* y la *ontología* son la descripcion y la ciencia del sugeto, del ser; la *ética* es el exámen de todo acto con relacion á la moral; la *metafísica* en general es el conocimiento del entendimiento: todos puntos de vista del *yo*, lados diferentes de un mismo sugeto, rayos de luz que parten de un mismo sol.

Esta unidad concienciosa del *yo*, síntesis de todo lo sensible y de todo lo inteligente, centro invisible donde se confunden todos los sentimientos y todas las ideas, es una substancia simple, inanalizable, inmaterial; es un ser único, que no admite division ni interrupcion ni duplicidad, que en sí y fuera de sí es idéntico hasta la mas perfecta identidad.

El espíritu, en sus manifestaciones, en sus atributos, puede sufrir una série infinita de apreciaciones; pero fraccionarlo, como quieren los psicólogos, en su *esencia íntima*, es querer descomponer lo indescomponible, circunscribir lo que nunca será circunscrito, dividir lo indivisi-

ble, trazar señales en el viento, escribir palabras en el agua...

Coloquemos nuestro sentimiento inductivo, nuestra aguja tocada del iman de la Divinidad, en el centro de la ciencia de lo absoluto, de ese círculo trazado por los idealismos racional y dialéctico de Platon y Hegel, por el psicologismo de Reid y por el empirismo de Bacon; ¿qué sucede? Que á este centro, á este *porque sí*, á esta idea en la materia, á este pensamiento de Dios en fermentacion, convergen, por el *sentimiento* Locke, por el *consentimiento* Descártes, y por el *presentimiento* Espinosa. Lo que prueba que todos tienen razon en lo que conceden. ¡Así la tuvieran en lo que niegan!

Irradiemos el *porque sí*, este embrion aun confuso de lo infinito, esta resonancia profética de nuestro destino, y llegarémos por el *sentimiento* á la naturaleza exterior, á la *existencia;* por el *consentimiento* á la naturaleza íntima, á la *co-existencia*, y por el *presentimiento* á la naturaleza moral, á la *pre-existencia*.

Discurramos ahora, pero discurramos con la mano puesta sobre el corazon. No nos apoyarémos solo en la *sensacion*, esos ojos sin talento; ni tampoco en la *razon*, ese talento sin ojos. ¡No, no! La razon aislada es la araña de nuestra naturaleza, que fabrica telas de su propia sustancia, que vive de roerse á sí misma, y que, girando abrazada á un fantasma que le sirve de eje, se atonta dando vueltas como si estuviese ébria. Yo no niego á la razon la aptitud de hacer argumentos; al contrario, me parece gran maestra cuando para raciocinar saca sus pre-

misas de los argumentos *hechos* del corazon. ¡Piedad, ideólogos! No nos exhibais como único título de verdad la *razon*, ese costal de razones que, vaciado de golpe, puede volver al mundo loco, haciéndole bailar una inmensa tarantela. ¡Piedad, repito! porque si con los ojos fijos en el principio absoluto veis con imperturbable indiferencia el exterminio universal del mundo externo, llegaréis á asiatizar al género humano, convirtiendo en inercia todo principio de actividad, y le avezaréis, por último, á permanecer constantemente en éxtasis, como los indios, mirándose inmóvil la punta de la nariz. ¡Yo bendigo la razon, pero la razon lanzada hasta Dios por el proyectil del sentimiento!

Discurramos, sí; pero discurramos sin erigir la rebeldía en principio, sin *evadirnos* de nosotros mismos, sin protestar contra la despótica certidumbre con que Dios se nos mete por los ojos, casi se hace material. Si rechazamos la certidumbre discursiva, esa verdad de segunda mano, esa evidencia recalentada, con mas repugnancia, es decir, con mas asco todavía, nos separamos de la base del sistema empírico, de esa vibracion de los sentidos que, en último término, conduce, en física al *átomo*, en metafísica á la *sensacion*, en teodicea al *ateismo*, en ontología al *no-ser*, en legislacion á la *utilidad*, en derecho público á la *tiranía*, y en lenguaje á la *elocuencia del papagayo*. Yo no quiero que el pensar sea la *digestion de las impresiones* de Cabanis, y que mis ideas, por consecuencia, sean una secrecion orgánica del cerebro; no, yo quiero, yo no puedo menos de querer, que mi pen-

samiento sea el iluminismo celeste del alma, que anticipadamente toma posesion de la eternidad. La *sensacion* solo es un medio para conocer las verdades que están á la vista de un ciego, y los sentidos, sus ineptos lazarillos, no tienen mas guia que su apetito ni mas fin que su ahitamiento. El tacto me da grima, el olfato me marea, el gusto me repugna, el oido me aturde, y los ojos... ¡Ah! sí, admito esas *ventanas del alma* como uno de los medios *materiales* para llegar á conocer á Dios. ¿Cómo? ¡Mirando, nada mas que mirando!...

¡Cosa que parece increible! Nuestra idea típica, ese sentimiento, que no es mas que la idea en incubacion, el trasparente misterio de una nueva encarnacion, es conciliable hasta con el modo de ver de los filósofos de la escuela teológica, la raza mas intolerante y mas quisquillosa de cuantas viven de la vida del pensamiento. Creyendo, como Averroes, — «que una proposicion verdadera en teología puede ser falsa en filosofía, y vice-versa,» — soy de opinion que hacer una filosofía de una religion es hacer una cosa mala de dos buenas. A pesar de esto, no somos de los que creen que esta escuela, por donde quiera que pasa, siembra de sal el campo de la inteligencia. Lo único que concederémos es, que si los materialistas han hecho muchos brutos y los idealistas muchos locos, los partidarios de la fe no han dejado de ser fautores de muchos bobos. Los filósofos de la escuela teológica establecen la insuficiencia de la razon humana. Estamos de acuerdo. En consecuencia fundan su sistema en el *supernaturalismo*, que es casi lo mismo que nuestro *natu-*

ralismo; aquel es una revelacion *oficial*, este una revelacion *orgánica*. El *supernaturalismo* habla con la razon de la autoridad, y nuestro *naturalismo* con la autoridad de la razon. En nuestros apuntes sustituirémos la fe *escolástica* con nuestra fe de *sentimiento*. El resultado es el mismo; solo que en vez de una fe *impuesta por obligacion*, tendrémos una fe *pedida por necesidad*. De este modo nuestra fe, en vez de bajar como el *rayo*, subirá como la *oracion*...

Sensacion, conciencia, raciocinio, prestadme en comun la parte leal de vuestra ascension innata hácia el polo de lo infinito, dándome la claravidencia con que Colon atravesó por primera vez el Atlántico para descubrir un nuevo mundo. No conozco un solo ser que haya nacido desheredado de este inmortal presentimiento, y cuando una sospecha es perpétua, es una verdad eterna.

El hombre en la tierra es un águila cautiva. En la imposibilidad de recorrer los espacios adonde su espíritu le arrebata, tiene siempre fijos en el cielo el corazon, los ojos y el pensamiento. ¡Paso al vuelo del alma! que sin duda llegará pronto al empíreo, si no la interceptan el espacio con los andamios de la lógica. Mal haya el silogismo, ese puñal de la armería del raciocinio, que no sirve mas que para asesinar por la espalda. Yo rechazo como indigna de la inteligencia la lógica escolástica, esa escalera de mano que con un solo peldaño pretende llegar al cielo. Odio con todo mi corazon esa táctica de emboscadas, esa razon de las manos, esa inventora de subterfugios, tan baja y tan aviesa, que es capaz de echar

la zancadilla al mismo Ser supremo. No, no quiero mas lógica que la conviccion de aquel que al despertarse halla, sin discurrir, en su pensamiento á Dios; me basta la evidencia de aquel que al morir vuelve confiadamente en su agonía, los ojos hácia el cielo.

Yo aspiro á ver el eden por medio de la razon *directa*, ese sexto sentido moral que los apasionados llaman *los ojos del alma*, y detesto como un repugnante festin de antropofágia las ideas *reflejas* con que la razon se sirve de su misma carne para alimentar nuestro espíritu.

¡Paso al vuelo de mi alma! Y cuando se acabe el vigor de la razon directa, y despues de mil esfuerzos inútiles se desplome jadeante en el abismo de su impotencia, ¿nos preguntais qué brujula nos guiará en el océano de lo infinito? Un iman que no engaña nunca: el deliquio involuntario del amor de Dios...

Y pues que tenemos un Dios *inductivo* por el sentimiento, vamos á hacerlo *deducido* por la razon.

Y entiéndase bien que *empiezo por*, que no *parto de*. Principio por Dios, por empezar por algo. Pero Dios no es nada, me dirán los racionalistas; no es mas que el espectro de vuestra conciencia, el supongo de la razon, el personaje de vuestra fantasía. Corriente; yo os dejo con vuestro objeto-causa por seguir mi objeto-efecto; yo, que no busco principios, sino fines; que despreciando el orígen de las causas, voy á buscar la ley de los efectos; que no hallando analíticamente ninguna verdad, quiero solo buscar la síntesis de todas estas mentiras.

llamadas naturalezas física y moral; con perdon de los racionalistas, empiezo por esa primera mentira denominada Dios, espectro de mi conciencia, supongo de mi razon y personaje de mi fantasía.

Empecemos pues nuestro credo filosófico. Creo, como mi madre, que Dios es un ser infinitamente bueno, sábio, justo y poderoso. Este es el Dios *inductivo*.

Continuemos haciéndolo *deducido*.

Como Dios es tan infinitamente *bueno*, aunque él es el colmo de toda felicidad, él no goza en sí solo, sino que goza por *irradiacion* en la felicidad que disfruta lo que él crea.

Y como es tan infinitamente *poderoso*, apenas en sus espansiones inefables *desea el bien ajeno*, cuando de la nada brotan las creaciones.

Y como es tan infinitamente sábio, las creaciones brotan de su deseo dotadas de vida, de forma y de armonía.

Y como es tan infinitamente *justo*, ha trazado en las creaciones anchas vias de virtud, que es la felicidad, que es el bien; y en los linderos de aquellas vias ha levantado muros donde tropiezan los descaminados; muros que son el pecado, el dolor, el mal.

Dios desea el *bien ajeno*. Hé aquí el motivo y el objeto de las creaciones. Dios crea *deseando*, y *armoniza* creando. Hé aquí el modo y la forma de todo lo creado.

Dios, *personalismo infinito*, todo lo puede, menos crear un ser tan absoluto como él, porque esta creacion se embeberia en sí misma; y por eso en la sucesion de

los tiempos todas sus creaciones tienen por objeto la formacion del semi-Dios, del *personalismo relativo*.

La creacion, *supremo conjunto*, por medio del amor y del dolor, de la atraccion y la repulsion, particularizándose primero en planetas, despues en elementos, luego en especies, y últimamente en individuos, completa su destino formando por último al hombre, al representante de la personalidad completa, de la *unidad suprema*. Esta es la ley de las creaciones : desarrollarse desde lo embriónico á lo determinado, desde lo universal á lo particular, de la totalidad á la unidad, del objeto al sugeto, y por último, desde el *cáos*, plural de todos los singulares, hasta el *hombre*, singular de todos los plurales.

Tal es, en una palabra, nuestra fórmula del grande enigma :

DEL SUPREMO CONJUNTO,
Á LA UNIDAD SUPRÊMA.

LIBRO SEGUNDO.

DEL HOMBRE CON RELACION Á TODO LO CREADO.

GENERALIDADES. — Segun el principio de causalidad, «no hay efecto sin causa». La causa del pensador de la tierra es el pensador del cielo. *Dios* es la *gran persona* que ha hecho todas las cosas, y todas las cosas han sido hechas para realizar las *pequeñas personas* llamadas *hombres*.

No hay nada substancial, nada infinito mas que el espíritu; la materia es lo no-substancial, es lo finito. El instinto es la línea ecuatorial que divide la materia del espíritu, ó el polo del infinito *negativo* del polo del infinito *positivo*. El instinto, considerado de abajo arriba, es una sensacion ya *inteligenciada;* mirado de arriba abajo es una inteligencia aun *sentida*. Lo que está debajo del instinto, la materia, duerme; lo que está encima, el espíritu, vela. La naturaleza externa es el lecho donde reposa el espíritu hasta que raya la aurora de la *personalidad*.

Las dos naturalezas, física y moral, que divide el instinto, obedecen á dos leyes de amalgamamiento y de irradiacion, de adhesion material y de explosion espiritual. La metempsícosis, el infinito negativo, es el mundo en conjuncion; la espiritualidad, el infinito positivo, es el mundo en disyuncion. El amalgamamiento es el *amor* de la materia; la irradiacion es la *virtud* de la inteligencia. La ley *centrípeta* de la materia es el retroceso, es la muerte; la ley *centrífuga* del espíritu es el progreso, es la inmortalidad. La materia, lo objetivo, *gravita* con una tension igual al grado que ocupa en la escala del infinito *negativo;* el espíritu, lo subjetivo, se *expansiviza* con una fuerza igual al grado que ocupa en la escala del infinito *positivo*.

Dios creó el universo en conjunto. Luego, obedeciendo á una fuerza virtual, se fué separando en constelaciones, estas en planetas, los planetas se subdividieron en elementos, y la tierra quedó debajo del agua, el aire sobre el agua, y sobre el aire el fuego. En esta vasta metempsícosis todo llega cuando es menester, todo sucede con un encadenamiento prévio, todo se va individualizando en una progresion invariable, pasando desde la agregacion á la vegetacion, de esta á la sensibilidad, de la sensibilidad al instinto, línea ecuatorial que divide la materia del espíritu, el infinito negativo del infinito positivo. Individualizada la materia hasta el grado superior de producir el instinto, sensacion casi casi *inteligenciada*, ya es el blandon que para arder solo espera el contacto del espíritu...

Vamos á dar á esta habitacion su huésped; vamos á hacer que este jeroglífico ininteligible de la naturaleza sea descifrado por un lector inteligente. Dios crea el espíritu de Galatea; ¡inútilmente! Galatea, solamente espiritual, no es Galatea; es un ser sin conciencia, es una idea inevidente, es una abstraccion, un pensamiento informe, un ente inédito, un vago elemento de subjetividad, un sueño de otro sueño... ¿Cómo darémos á este espíritu la *razon de sí?* Cómo lo *realizarémos?* Haciéndole reflejarse en la materia, en la no-razon, en lo que no posee realidad. Unamos pues el alma al cuerpo, encendamos el blandon con la luz, hagamos que el sugeto se roce con el objeto... ¿Lo veis? La naturaleza efloresce, el ánfora del mundo rebosa de espiritualidad, el espíritu tropieza en el vacío con la materia, y se *refleja*...; siente, y se siente...; conoce, y se conoce...; juzga, y se juzga...

¡Alzate, estatua de mármol animada por los ruegos de Pigmalion! ¡Arriba, Galatea!—¿De dónde vienes?—Del cielo.—¿Adónde vas?—Al cielo.—¿Cómo vas?—No lo sabes. Te dejas llevar por el que te ha animado.

La *cosa* ya es *persona*. Lo *orgánico* se ha vuelto *anímico*. La fuerza *vital* se ha convertido en fuerza *psíquica*. Ahora dejemos á Galatea caminar sola, pues, segun Platon, *el alma humana es un movimiento que se mueve á sí mismo*.

Ya la tierra no es el recipiente, sino el pedestal del espíritu. Aun el alma se compenetra con el cuerpo. ¿De qué modo? Y ¿qué nos importa que el espíritu esté uni-

do á la materia, ya por la *causa ocasional* ó intervencion divina de Descártes, ya por la sustancia imaginaria, llamada *mediador plástico*, de Cudworth, ya por los *espíritus animales* de los fisiólogos, ya por el *arqueo* de Van-Helmont, ya por la *llama vital* de Willis, ya por la *armonía preestablecida* de Leibnitz? El hecho es, que todavía por medio de los instintos, que son sus raíces, el espíritu es compenetrante con la materia, hasta que, completamente realizada por el dolor, reflejada sobre sí misma por el antagonismo que existe entre el espíritu y la carne, la personalidad humana se descorporiza por medio de esa vida llamada la muerte, y arcangelizándose, es completamente una, simple, substancial, sin inherencia á nada, perfectamente ininherente.

Así, la creacion, desde el cáos, desde el conjunto de todas las cosas, desde lo objetivo mas universal, por medio de una virtual esfoliacion, llega á lo creado, á lo determinado, á lo subjetivo mas particular. «Desde *todos en uno*, hasta *en cada uno el todo*.»

CAPITULO PRIMERO.

LA CREACION.

¡Perdon, lector! Vamos á buscar juntos, no solo la razon de la ley social, sino la razon de la suprema ley del universo. Te parecerán orgullosas tales pretensiones, bien lo veo; pero, aunque no consigamos nuestro objeto, nos quedará al menos la satisfaccion de haber tenido una aspiracion excelsa. Creedlo á fe mia : este libro dentro de cien años será un mal centon de lugares comunes ; pero hoy puede que sea una chispa arrojada en el centro de un abismo de gases inflamables. Mas si parte del mundo moral arde, ¿qué importa? Eso será prueba de que habrá en él algo viejo y carcomido. Nosotros estamos obligados á reducir á pavesas todos los edificios que infaliblemente se habian de desplomar mañana sobre las cabezas de nuestros hijos.

Dios desea el bien ajeno. Perdon otra vez por este principio. El catolicismo es una especie de tirano atmosférico, del cual es menester respirar algo de su substancia para que la inteligencia sea viable en la region de los cielos. Dios desea el bien ajeno, y las creaciones

brotan de su deseo dotadas de vida, de forma y de armonía. El deseo de Dios es una espansion espiritual que todo lo vivifica, así el astro mas extenso como las moléculas mas imperceptibles.

Desde el sol hasta el vislumbre que parece que se queda infiltrado entre las sombras, la luz se descompone y redescompone en una multitud de colorizaciones tan infinitas, como infinitas son las densidades atmosféricas, las transparencias de los cuerpos y las superficies de los objetos. Del mismo modo toda la vitalidad de la creacion se difunde y se redifunde, y á cada irradiacion y reirradiacion se manifiesta bajo una nueva colorizacion, una nueva sustancia, una nueva forma.

La materia *converge* hácia el *objeto*, y el espíritu *diverge* hácia el sugeto. La primera obedece á la ley de *gravitar* hácia el abismo de la nada; la ley de gravedad del segundo es la *ascension* hácia el ser personal. Mas ya oigo á los panteistas, á esos comunistas del otro mundo, que me dirigen la objecion siguiente: Si el objeto y el sugeto son sustancialmente diferentes, ¿para qué Dios ha creado la materia al lado del espíritu? La respuesta es obvia: porque sin luz no puede haber sombra; porque sin *objeto* conocido no puede haber *sugeto* conocedor; el *yo* sin lo *no yo* seria un sueño; lo que es real, la personalidad, la afirmacion, no podria identificarse, no se daria cuenta de su existencia sin pasar antes por la prueba del sentimiento, de la no-realidad, de la no-personalidad, de la *negacion*.

No puede haber materia sin espíritu. Me explicaré:

aquí hablo del espíritu *vida*, no hablo del espíritu *alma;* aludo á la fuerza *vital*, no á la vida *racional.*

Como los antiguos, entiendo por espíritus, cuando hablo de la vida de la materia, todos los éteres, desde el *soplo de aire* hasta la esencia mas sutil que puede imaginar la inteligencia. Llamarémos *etereidades* á lo que los naturalistas denominan *agentes* ó *fluidos imponderables*, y los filósofos *fenómenos vitales*, como son el *aire*, el *calor*, la *electricidad*, la *luz*, la *atraccion molecular*, la *gravitacion*, el *magnetismo*, el *instinto*, la *simpatía*, la *fascinacion*, la *antipatía*, la *sensacion*, etc., etc., etc.

El conjunto de agentes etereidales es un nuevo mundo que se halla sumido entre vagas presunciones, hasta que aparezca el Colon de las ciencias naturales que lo haga surgir del mar de los misterios.

Las creaciones flotan en un inmenso océano de espiritualidad, obra finita de Dios, del espíritu infinito. germinador de todos los universos, pasados, presentes y futuros.

Las formas materiales son las manifestaciones sensibles de los eterismos, y por eso en toda transformacion de éteres hay evolucion de materia.

La etereidad, así como su forma física, la materia, tiene sus jerarquías : la atraccion en los cuerpos, la electricidad en la atmósfera, el lumínico en el éter, el vitalismo en las plantas, el instinto y el fluido magnético en los animales, son gradaciones de una misma luz, paradas de un mismo rio, democracias y aristocracias de un mismo estado. La atraccion, combinada con la electri-

cidad y otros elementos aun incógnitos y símiles, producen el vitalismo de la vegetacion, una especie de individualidad confusa; de la amalgama de la electricidad, del vitalismo, del lumínico y de algunos otros flúidos aun desconocidos y congéneres, nacen el instinto y las cualidades magnéticas de los animales, individualidad casi sentida; de la quinta esencia de todas estas modificaciones de la etereidad, agrupadas, fundidas, cristalizadas en una especie de laboratorio inmaterial, brota la individualidad perfecta, el blandon, que al ponerse en contacto con el cielo se inflama con la luz del alma, iniciando la aurora de la personalidad, empezando la ascension de esa escala de un infinito racional, que empieza en el *instinto* y acaba en la *eternidad*.

La creacion es una gran carabana que está en camino del hombre. En este ejército inmenso no hay prófugos ni rezagados; á lo que no va lo llevan. Desde los campos que llaman de la materia hasta la primera region del entendimiento, esta cadena universal de seres se extiende por órdenes jerárquicos, impulsada por una fuerza comun, que se divide en jerarquías de individualidades, segun el personalismo de los seres á quienes comunica su vivificacion. Desde la materia al pensamiento, y desde el pensamiento á Dios, el espíritu sigue una larga carrera evolucional de prueba, de aquilatamiento y de *purificacion*, subiendo desde la materia hasta el primer rayo de inteligencia, hasta la aurora de la personalidad por ley de *naturaleza*; y despues, por otra ley que llamarémos de *razon*, sube desde el instinto, grado el mas

superior de la materia y mas inferior del espíritu, hasta la integracion del ser completamente personal.

El instinto es la línea divisoria de dos infinitos, el uno *positivo* y el otro *negativo*. Desde este punto de divorcio de la materia y del espíritu, lo enérgicamente individual asciende, se animiza, sube hasta lo absolutamente personal, hasta el infinito *positivo;* y lo que es débilmente individual desciende, obedece á su ley confusa de atraccion, se amasa, baja en eterna metempsícosis hasta lo mas obtuso de la materia, hasta la nada, hasta el infinito *negativo*.

La evolucion del espíritu desde la materia al pensamiento constituye la *física*, y la generacion del personalismo completo por la razon *infinita* es objeto de la *metafísica*. Las leyes transformativo-depurativas, por medio de las cuales las creaciones en fermentacion cristalizan el instinto, elemento aun vago de la personalidad, se llaman *naturaleza;* y se llama *razon* la ley de *atraccion*, por medio de la cual el primer sentimiento del individualismo se refleja, se hace personal, se subjetiviza, se convierte en eso que el vulgo entiende por alma. Las leyes del polo *negativo*, de la materia, de lo no-personal, de la naturaleza física, son inconscientes, infalibles, ciegas, fatales. Las leyes que rigen todo lo que tiende hácia el polo *positivo*, el espíritu, lo personal, la naturaleza moral, son prescientes, modificables, inteligentes, arbitrales, libérrimas.

Desde el átomo hasta el instinto todo es *fatal*. Desde el instinto hasta Dios todo es *racional*.

Parten los éteres mas humildes á su peregrinacion providencial desde el reino *mineralógico*, que solo crece, y en el desarrollo ascendente de sus anexiones atractivas y repulsiones depurativas llegan al reino *fitológico* ó vegetativo, que ya no solo *crece*, sino que *vive*. Desde este remanso purificante pasan los seres por el reino *zoológico* ó animal, que no solo *crece* y *vive*, sino que *siente*, hasta subir al reino *antropológico* ó humano, que no solo *crece*, *vive* y *siente*, sino que *piensa*.

Desde el instinto, principio y fin del infinito *negativo*, suprema elaboracion de la materia, razon *embriónica* aun, empieza la escala del *personalismo*, de la razon razonada, del infinito *positivo*. Son los instintos elementos *constituyentes* de razon, pero no son todavía razones *constituidas*.

Creado por la ley de *naturaleza* el *objeto individual*, y efloresciendo en él la inteligencia, la *ley de racionalizacion* le da la razon de su ser, lo convierte en *sugeto personal*. Aquí acaba la *individualizacion* de là materia, y empieza el *personalismo* del espíritu. En esta region superior « la jerarquía y la responsabilidad de los seres están en razon directa de la cantidad de inteligencia », desde el negro hasta el sajon, y desde el idiota hasta Fichte. La razon es mas ó menos cuantitativa ; por eso el personalismo es mas ó menos jerárquico, mas ó menos responsable, porque aunque es igual en *calidad*, difiere en *cantidad*. Despues de extinguida la vitalidad de la materia por efecto de un sinnúmero de individualizaciones, en la sucesion de los tiempos todas las creaciones son fini-

tas, deleznables y perecederas. En un dia muere una generacion de flores, en un año otra de plantas, en un siglo otra de hombres, en mil años otra de rocas, y en el decurso de la eternidad las generaciones de los universos se suceden, transforman y aniquilan, y *por amor de Dios* nuevas creaciones vuelven á aparecer por efecto de sus mas íntimas aspiraciones de reflejada felicidad.

El actual universo, lo mismo que los que le han precedido, mas infinitos en número que las arenas del mar, sigue sus períodos de composicion y descomposicion, y con sus leyes centrífugas y centrípetas, de afinidad y de repulsion, se regenera, se descompone, se transforma, se tritura y se anonada, y las plantas de un año desaparecerán como las flores de un dia, los hombres como las plantas, las rocas como los hombres, el mundo como las rocas, los planetas como el mundo, y como las flores de un dia llegarán á su decrepitud y quedarán extintos esos soles esplendentes que nos parecen coetáneos de algun destino eternal.

Y cuando el último soplo de espíritu vital se reconcentre en el seno del último ser uni-personal, dejando en completa disolucion el postrer átomo de todos los planetas visibles é invisibles, entonces Dios, sintiendo su aislamiento y no queriendo gozar en *sí solo*, porque eso seria un inmenso egoismo, tornará á aspirar á una dicha *rebotada* con inmensa abnegacion.

Y como es tan *bueno*, que solo goza por irradiacion en la felicidad que disfruta lo que él crea, *deseará* el bien ajeno.

Y como es tan *poderoso*, al menor de sus deseos brotará de la nada otra creacion.

Y como es tan *sábio*, dicha creacion saldrá de su deseo dotada de vida, de forma y de armonía.

Y como es tan *justo*, trazará en la creacion anchas vias de virtud, que es la felicidad, que es el bien; y en los linderos de aquellas vias levantará muros donde tropiecen los descaminados, muros que serán el pecado, el dolor, el mal.

Y como las creaciones tienen una vida *intensa* segun la *intensidad* con que han sido *deseadas* por Dios, aunque los universos futuros posean una acumulacion de vitalismo, que en ellos las flores, suponiendo que haya flores, vivan tanto como nuestros hombres; que las rocas, suponiendo que existan, duren tanto como nuestro globo; que el mundo, suponiendo que haya mundo, exceda en edad á nuestros planetas, y que los planetas vivan tanto como se quiera que vivan; los futuros universos llegarán tambien á la época de su decrepitud, y terminarán en una disolucion universal; porque despues de un sinnúmero de evoluciones, ya positivas, ya negativas, y que tendrán por indispensable objeto la individualizacion del ser pensante, en la sucesion de los tiempos todas las creaciones seguirán siendo finitas, deleznables y perecederas.

Mas nunca morirémos sin posterioridad, porque á esta inevitable mortalidad sobrevive inevitablemente el deseo de Dios, de gozar *en el goce de los otros;* y así es que por todos los siglos de los siglos los universos venideros se

extinguirán como los anteriores, y otros universos brotarán de la nada, derramando en ellos Dios los tesoros de su poder, su sabiduría, su justicia y su bondad.

Siguiendo el curso de la creacion, llegarémos *desde el supremo conjunto á la unidad suprema*, desde el cáos al hombre; segregando los planetas, primeros bocetos de individualidad; clasificando á estos en elementos, segunda protesta contra el barbarismo de la colectividad; despues, los seres determinados, los clasificarémos en especies, muestra aun informe del fin de la naturaleza; y por último, luego que separemos los individuos de lás especies, y que lleguemos al ser personal, al individuo *pensante*, habrémos dado libertad al Prometeo del espíritu, encadenado primero á la *materia* por Dios, y luego por los filósofos á una *sustancia* consustancial con Dios y con la materia; despues por los sábios á la *historia*, y últimamente por los legisladores al *Estado*.

Al ver esta red tan inmensamente extendida para aprisionar lo único libre que hay en la creacion, no parece sino que el objeto de las ciencias es poner una valla al torrente de la naturaleza, que nos trae en su curso la inteligencia, la virtud y la libertad. ¡Maldigo los sistémas panteistas, ó mas bien retro-creadores, que no son mas que reminiscencias de ese sueño preexistente y confuso, del cual salimos cuando nacemos! Yo emprenderé una obra de demolicion universal contra todos esos amasijos filosóficos, históricos, sociales y políticos.

Es menester levantar una cruzada que extermine esos espinosismos vergonzantes con que la Alemania moder-

na ha entontecido á medio mundo, convirtiendo á la robusta Europa en una vieja mas chocha y mas visionaria que la India.

Amasar al mundo en el universo, fundir al hombre en la humanidad, y emparedar al individuo en el estado, es una protesta contra la obra de Dios, es una nueva descreacion, es empujar hácia atrás á la naturaleza, que, á pesar de nuestros brutales esfuerzos, nos arrolla miserablemente, llevándonos hácia adelante; es dejar siempre inédito el espíritu, condenando nuestra personalidad á un perpétuo estado de insomnio. Contra este iroquesismo filosófico, contra este revolucionarismo retrógrado, es contra quienes levantamos la bandera de la libertad, pidiendo la emancipacion ilimitada, aunque gradual, del espíritu, de ese eterno prisionero de la materia, al exponer este sistema filosófico, en el cual la naturaleza es lo menos, el hombre es lo mas, y Dios es el todo. Tal es el objeto de la creacion: « la emancipacion gradual y absoluta de todo lo personal. »

CAPITULO II.

EL UNIVERSO.

Desde el dia de la creacion, desde la hora del cáos, en que todo vagaba en conjunto, una lenta elaboracion de muchos siglos (¿qué nos importa el número?) ha ido individualizando los planetas, sacándolos del panteismo mas general, y por consecuencia mas informe, hasta integrar con su eterna desintegracion al individuo inteligente, al ser personal, producto de las elaboraciones de todos los planetas, pasados, presentes y futuros.

Todo cuanto existe, desde las estrellas fijas hasta el voltario cometa, desde el hombre hasta el animalillo infusorio, desde la montaña que desafia á la eternidad, hasta el alga submarina, á quien imprime direccion una gota de agua, en mas ó menos tiempo, en mayor ó menor escala, obedeciendo á las leyes, ya de atraccion y repulsion, ya de afinidad y descomposicion; ora la asimilacion animando residuos para volver á desorganizarlos, ora la desorganizacion separando restos para tornar á ser asimilados por la animacion; todo, todo parece representar en la naturaleza un drama cuyo lema es: «El amor y la muerte.»

Así como el átomo flota en una atmósfera de fluidos imponderables, la tierra, las constelaciones y los sistemas planetarios se hallan inmersos en vehículos etereidales, que producen en ellos, ya las corrientes eléctricas, ya los ecuadores y meridianos magnéticos, ya, en fin, las espléndidas fosforescencias que llaman auroras boreales. Y así como de la reunion de dos átomos resulta una molécula, y de la agregacion de dos moléculas se compone una partícula, de la acumulacion de muchas partículas se genera un planeta, del agrupamiento de algunos planetas se produce una constelacion, de la armonía de varias constelaciones nace un sistema solar, y de la copulacion de muchos sistemas solares se forma un átomo, una molécula, una partícula, un planeta ó una constelacion de otro sistema solar doblemente inmenso, y este otro de otro, y así indefinidamente, hasta que todas estas atmósferas y corrientes etereidales, desde los mares que inundan los soles de los soles hasta las cápsulas en que flotan los átomos, el universo en conjunto, indiviso, todavía cáos, por medio de esa inmensa irradiacion con que camina *desde el supremo conjunto á la unidad suprema*, se determina en sistemas solares; estos se circunscriben en constelaciones, estas se diferencian en planetas, cada planeta se va separando en elementos, los elementos se dividen en reinos, los reinos se clasifican en géneros, los géneros se distinguen en familias, las familias, rompiendo por último toda homogeneidad, se descomponen en individuos, y desde el individuo de instinto, término de todo este infinito *ne-*

gativo, empieza á aparecer el individuo pensante, el ser cognitivo, aurora de la personalidad, principio del infinito *positivo*, y en el cual desaguan por último todos los éteres purificados, como en un gran reservorio comun de todo espíritu, de todo vitalismo, de toda inmortalidad.

El *mundo* y todos los demás *planetas* brotan al individuo pensante, irradian el ser personal, como la tierra se desintegra en flores. Y si no fuera por no escandalizar á los materiófobos, á los místicos, que tienen hórror á la materia, como los locos ingratos á la madre que les ha dado el ser, añadiria *que no hay molécula en el universo que, convenientemente depurada, no dé su extracto de razon.*

Segun las observaciones telescópicas de Herschel, la creacion se prosigue todos los dias en los cielos, donde se ven masas luminosas formar diariamente aglomeraciones mas ó menos densas por la aproximacion de sus moléculas, hasta su transformacion en globos sólidos y en soles resplandecientes, hácia los cuales han de gravitar con el tiempo otros cuerpos formados de la misma materia y por los mismos medios.

Y á nosotros, que no somos astrónomos, ¿qué nos importa todo eso? Ese deleznable arenal de soles, sujeto á una interminable evolucion de generaciones y de exterminios, seguirá obedeciendo á sus dos leyes de *centripetismo*, de anexion, de amalgamamiento y de copulacion; y á la del *centrifugismo*, ley de determinacion, de individualidad, de progreso, que empieza en el *cáos* y acaba en el *pensamiento*. Los místicos, esos naturalis-

tas de los fantasmas, así como los naturalistas, nuevos místicos de la materia, pretenden, como ellos, embobar al mundo, haciéndole adorar de rodillas ese monumento celeste, porque no comprenden la clave generatriz de esa arquitectura divina. Nosotros creemos que, mediata ó inmediatamente, el universo, el conjunto de los astros es un gran laboratorio de individualizacion; y bajo este fecundo aspecto, ó bajo cualquier otro que se le considere, y que no podrá dejar de ser mas estéril que este, la coleccion de esas hileras de fanales del abismo de lo infinito es para nosotros menos digna de admiracion que el primer destello de inteligencia, que el alba de la personalidad del mas bozal de los bozales de Angola. Los planetas, confusos embriones de vitalidad, grados los mas inferiores todavía en la escala del progreso, elementos aun confusos en la série de las individualizaciones, los juzgamos menos interesantes que las flores de nuestros campos. En el órden jerárquico de los seres, nuestro aprecio ó nuestra admiracion guarda una adaptacion completa en la escala de la inteligencia, desde los astros en conjunto hasta el alma de Sócrates, desde la materia al espíritu, desde lo mas bruto hasta lo mas personal. Por eso, así como damos una importancia suprema á toda individualidad inteligenciada, examinamos con escasa deferencia las relaciones interplanetarias de los astros, futuras individualizaciones en masa, y los secretos de la diplomacia sideral en el espacio nos desvelan tan poco como en el tiempo los hechos del Preste Juan de las Indias.

No hay verdadera realidad mas que en ese espíritu humano, que, aun despues de haber agrandado su atmósfera Galileo, echando á rodar de una patada al mundo por el espacio, se siente como asfixiado todavía al verse aprisionado entre el estrecho círculo de los signos del zodiaco.

¡Gloria por todos los siglos de los siglos á la verdad de la inteligencia humana, que despues que trasponga la vecindad incómoda de esos planetas visibles, de esa especie de pared de enfrente, rasgará el velo que cubre la inmortalidad y adquirirá el personalismo absoluto, mientras que de la materia de los planetas, flotantes incensarios que en holocausto eterno van embalsamando los pasos de Dios con la esencia del espíritu, no quedará mañana mas que lo que ha quedado de las sombras que ayer han proyectado en el espacio... ¡Nada!...

CAPITULO III.

EL MUNDO.

Bajemos al mundo, á este gran palco escénico de una tragedia divina. Al pisar su superficie besemos con agradecimiento ese lodo petrificado, que ha de ser el crisol de nuestra inmortalidad. En este calvario del universo hallarémos el amor que crea y el dolor que purifica, la materia que se *une* y el espíritu que se *desune*. El amor es la concentracion, y el dolor la irradiacion. El amor físico es el postrer acto de gravitacion del último residuo del limo de la tierra, es la incorporigacion; esta anexion aun es una caida hácia el infinito *negativo;* esta sensacion, á la cual la inteligencia le da el conocimiento de sí, le da el placer, si se la considerase destituida del sentido moral que se la asocia, seria un acto fatalmente repugnante. El dolor es el espíritu en disyuncion, es la redencion del personalismo, es el adios del sugeto al divorciarse del objeto, es la voz de la conciencia que se realiza, es una protesta de la inercia contra la actividad, es la descorporizacion, es el esfuerzo del alma por llegar hasta el infinito *positivo*. «El dolor ni se debe buscar ni se debe rehuir.»

La tierra, globo de los átomos, es un átomo de los mundos. Los medios ambientales que unen á los planetas de nuestro sistema solar, y cuyo conjunto forma una partícula de la creacion, aunque jerárquicamente diferentes, son idénticos á las atmósferas etereidales que agrupan algunos átomos, constituyendo una partícula del globo. Los medios ambientes de los planetas, así como las atmósferas de los átomos, obedeciendo á su ley de gravedad, que es la racionalizacion, siguen su carrera ascendente, crisólita, purificativa, destilatoria de la individualidad, hasta que, salvando la línea divisoria que separa la materia del espíritu, la pasividad de la actividad, la inercia de la vida, la ilusion de la realidad, sale del infinito *negativo* y entra en el infinito *positivo*, formando la personalidad, reservorio comun de todo espíritu, de todo vitalismo, de toda inmortalidad.

« La naturaleza es el gran laboratorio del *Yo.*»

Una gota de agua, globo de los átomos, expuesta á la fecundante luz del sol, se puebla instantáneamente de millares de animales infusorios. El globo, átomo de los mundos, brota de su seno infinitas floras é infinitas faunas, como infinitas son las copulaciones de las etereidades que lo animan.

A la afinidad electiva, de la cual dimanan las solicitaciones y repulsiones de la sexualidad creatriz de las etereidades, se la denomina *fuerza cósmica*, *produccion natural*, *generacion espontánea*, *causa oculta*, y Santo Tomás la llama *virtud del cielo*.

Dios desea el bien ajeno, y segun la eficacia de sus

deseos, brotan las creaciones mas ó menos eficazmente vivificadas. Desde el último átomo de la creacion, adonde en progresion descensional llega la vivificacion infinitésimamente degenerada, vuelve la etereidad en ascension evolucional por medio de esa fecundacion que se llama *fuerza cósmica*, *produccion natural*, *generacion espontánea*, *causa oculta* y *virtud del cielo*, á recorrer la inmensa cadena, cuyos eslabones, segun su colocacion jerárquica, constituyen los organismos mas ó menos jerarquizados, y á manera de una telegrafía eléctrica, se halla unido el cielo con la tierra, pasando la corriente espiritual por medio de eterismos perfeccionables desde el polvo á la planta, y continuando desde la planta al hombre por el *vitalismo*, y desde el hombre á Dios por el *pensamiento*.

En toda la esfera física, en la escala de las metempsícosis posibles de la materia, en todo el infinito negativo, todo nace, crece, decae y se transforma: los seres con respecto al mundo, el mundo con respecto á nuestro sistema planetario, y nuestro sistema planetario con respecto á otro sistema del cual sea una partícula, y este otro de otro.

La transformacion es la ley angular de todas las leyes naturales. La muerte no es mas que un zic-zac de la vida.

Todo lo creado es un compuesto infinito de círculos concéntricos. Nace y muere el hombre individualmente, como colectivamente la familia, como la raza en su generalidad, como en su universalidad la especie. El hom-

bre tiene sus enfermedades, la familia sus decrecimientos, la raza sus degeneraciones, la especie sus desolamientos, el mundo sus cataclismos. En un círculo muy estrecho el hombre nace, crece, decae y muere; en otro mayor se acaba la familia; en otro aun mayor se extingue la raza; en otro mas grande morirá la especie, y en otro mas grande todavía perecerá el mundo. Todo lo creado es un compuesto casi infinito de círculos concéntricos.

La esfera vital del pólipo es un boceto de la esfera vital del mundo.

Calculando prudencialmente, lo que para los hombres y los sistemas es un siglo, para las creencias y las genealogías es un año, para los idiomas y las razas un mes, para la especie un dia, para el mundo una hora, y para el universo un instante.

Muere un hombre, y subsiste la familia; perece una genealogía, y no se acaba la raza; se extingue la raza, y no muere la especie; cuando se anule la especie no se acabará el mundo, y cuando el mundo se acabe subsistirá bajo otra forma el órden del universo, y cuando el universo, despues de una casi infinidad de evoluciones espíritu-materiales, se individualice en una multitud de razones relativas, y se lleguen á convertir en personalismos todas las espiritualidades mas ó menos parciales, mas ó menos inabstractas, extinguiendo la materia, manifestacion tangible, traje del espíritu, entonces, á la supresion del último átomo existente, Dios, sintiendo su aislamiento, y no queriendo gozar en sí solo, porque

esto seria un inmenso egoismo, tornará á aspirar á una dicha rebotada con inmensa abnegacion. Y como es tan bueno, que solo goza por irradiacion en la felicidad que disfruta lo que él crea, deseará el bien ajeno. Y como es tan poderoso, al menor de sus deseos brotará de la nada otra creacion. Y como es tan sábio, dicha creacion saldrá de su deseo dotada de vida, de forma y de armonía. Y como es tan justo, trazará en la creacion anchas vias de virtud, que es la felicidad, que es el bien; y en los linderos de aquellas vias levantará muros donde tropiecen los descaminados; muros que serán el pecado, el dolor, el mal.

Pregunta del lector : « El mundo, considerado como individuo, ¿camina tambien á su completa extincion? »

Respuesta del autor : Todo lo finito, todo lo que gira en el órden físico es accidental, es transitorio, es mortal. Solo en la esfera superior de la personalidad, de lo espiritual, está lo necesario, lo definitivo, lo inmortal.

Como el pólipo y el hombre, el globo nace, crece, decae, muere y se transforma. Las montañas se rebajan por medio de las denudaciones, y los valles ascienden por efecto de las superyacencias. Las capas de légamo que forman la corteza terráquea oprimen las subyacencias secundarias, estas condensan las formaciones graníticas, las cuales, fundidas por los principios ígneos que se fermentan en las regiones plutónicas, vuelven á ser lanzadas al exterior por los conos volcánicos, y luego estos sedimentos superficiales tornan á seguir las interminables transformaciones de légamo en roca, de esta

en granito, de granito en fluido ígneo, y de fluido ígneo en légamo...

El polvo de nuestros padres que esparce hoy el viento de los sepulcros, despues de un siglo de siglos tal vez llegará á constituir parte del eje de diamante que forma el centro del mundo.

Pregunta del lector: «¿Es muy antigua, es muy reciente la aparicion del globo en el espacio?»

Respuesta del autor: Y ¿para qué quereis saberlo? Yo no lo sé; mas si lo supiera, no haria mas que cargar mi memoria con un dato mas.

La tradicion mosáica da al mundo cincuenta y ocho siglos de existencia. Si se juzgase por analogía, dice el canónigo Recupero, la erupcion de la mas baja de las lavas arrojada por el Etna contaria mas de catorce mil años; la geología duplica este número, y alguna religion lo multiplica interminablemente. Pero sea el mundo un reciennacido, como nos dice la tradicion mosáica; infante, como supone Recupero; jóven, como creen varios geólogos, ó viejo, como afirma alguna religion, lo cierto es que, reciennacido, infante, jóven ó viejo, el mundo tiene su edad marcada; y despues que la vitalidad que lo anima concluya su carrera evolucional, despojándose de la última de sus apariencias, extinguiendo totalmente la materia, se reabsorberá por combinacion con otras cualidades vitales de los planetas supervivientes, lo mismo que se incorpora en el espíritu del mundo al desnudarse de su expresion física, al morir, el semi-animalismo del pólipo.

Aunque algun dia la geología, ayudada de todas las ciencias físicas, de esas ciencias que han descompuesto los elementos y calculado los eclipses, lleguen á fijar exactamente las épocas del nacimiento y de la muerte del mundo, siempre se ignorarán, al menos mientras dure la actual especie humana, los secretos de su concepcion ó su vida, y de su muerte ó transformacion; la esencia de la gestion de lo que yo llamo *sexualidad productriz* de las etereidades, los geólogos *fuerza cósmica*, los físicos *produccion natural*, los fisiólogos *generacion espontánea*, los teólogos *causas ocultas*, y Santo Tomás *virtud del cielo*, constituyen una química etereidal, de cuya ciencia Dios solo ha revelado hasta ahora los mas rudimentarios de sus principios.

De todos modos, el resultado de la cuestion nos es indiferente. Lo que es indudable es, que la esfera vital del pólipo es un boceto de la esfera vital del mundo, y así es que la especie humana tiene sus épocas de regeneracion y de exterminio, como las razas con respecto á la especie, como las familias con respecto á las razas, y como los individuos con respecto á la familia.

Cuando las etereidades llegan al complemento del curso de sus transformaciones, entonces dejan de ser productrices para las generaciones que alimentaban. Así en pocos años desaparecen las extratificaciones superficiales del país en que hemos nacido, que es como si se borrase del mundo nuestra querida patria. Así se han extinguido generaciones de plantas, que ya nunca mas tornarán á embalsamar la atmósfera, y del mismo modo

hoy se exhuman fósiles de animales, de cuyas razas no conservan siquiera el nombre las tradiciones de nuestros padres.

Pregunta del lector : « Despues del dia del juicio final de la actual especie humana, ¿volverá á aparecer otra nueva especie sobre la superficie de la tierra? »

Respuesta del autor : Sí por cierto ; si el género humano no ha sido universalmente extinto, vendrá un dia en que un diluvio, una manga de fuego, un cataclismo ó un hálito pestilente de la naturaleza lo hagan desaparecer de la superficie del globo, como desaparecen las nubes de insectos al sentir el primer síntoma de las estaciones frias. Este exterminio universal, ya se efectúe violentamente, ya sea por medio de una extincion ó de una transformacion gradual, se repetirá de época en época, sustituyendo unas especies por otras nuevas especies, hasta que se complete la edad dèl mundo, que cuenta por minutos lo que los géneros por dias, lo que las razas por meses, lo que las genealogías por años, y lo que los hombres por siglos.

Pregunta del lector : « La especie humana venidera ¿será inferior ó superior á la nuestra? »

Respuesta del autor : Sea mas ó menos superior en organizacion física, su inteligencia siempre será mas ó menos *cuantitativa*, pero siempre será igualmente *cualitativa*. El personalismo puede diferir en *cantidad*, pero nunca en *calidad*.

El género humano, heredero de nuestra especie, ya sea físicamente mas degradado ó mas perfecto que el

nuestro, siempre en el órden moral será, con respecto á sí, el ser destinado á ser bueno para ser feliz, y á ser feliz para aumentar el mas tierno, el mas desinteresado, el mas santo de los goces, que es el placer *refractado* que disfruta el Criador de ver felices á sus criaturas; y con respecto á la naturaleza, el eslabon sublime de la cadena que une invisiblemente á Dios con la molécula mas atómica de la creacion; porque en la gran corriente espiritual hay deviaciones ó avenidas, pero nunca solucion de continuidad.

« La *jerarquía* de los seres está en razon directa de la *cantidad* de inteligencia. »

La especie humana futura, ya sea físicamente mas degradada ó mas perfecta que la nuestra, á no mejorarse esta orgánicamente, no será creada por generacion, porque en la generacion solo se reproduce lo mismo que se genera, sino por combinacion providencial de espíritus, por *espontaneidad*, por *eflorescencia*, que es la misteriosa generacion de Dios.

Si el género humano venidero posee un organismo vital mas endeble que el nuestro, entonces su extincion general, ó como dicen casi todas las religiones del mundo, su juicio final, su diluvio universal, se efectuará mas prematuramente. Pero aunque intelectual y físicamente nazca mas perfecto, tanto, que casi marque los límites de todo lo infinito, y que no tenga ni ojos, ni oidos, ni tacto, ni gusto, ni olfato, sino una constitucion física mas resistente, mas titánica, mas porfidizada que la nuestra; y que, si tiene ojos, oidos, tacto, gusto y olfa-

to, posea una mirada que vea al través de los astros, un tacto para el cual sea áspera la luz, un oido que perciba el aleteo de los insectos antípodas, un gusto que halle sápidos los fluidos imponderables, y un olfato que percibiese hoy la fragancia que hubiese podido exhalar la primera flor del paraíso terrenal, tambien, aunque menos precozmente, su exterminio universal se efectuará, ya violentamente, ya por medio de una extincion ó transformacion gradual, que seguirá repitiéndose de época en época, hasta que se complete la edad del mundo, que cuenta por minutos lo que las especies por dias, lo que las razas por meses, lo que las genealogías por años y lo que los hombres por siglos.

Pregunta del lector : « ¿ Cuando se acabará el mundo? »

Respuesta del autor : Cuando se acabe. Es decir, cuando agote los medios de individualizarse, de crear al hombre. Pero no tengais cuidado por la humanidad que haya de sucederos. Cuando el mundo se disuelva, ya veis que quedan en el espacio planetas que le sucederán en la obra de crear seres inteligentes. — « La creacion está condenada al dichoso fatalismo de desgarrarse las entrañas para ir vertiendo en el espacio la inteligencia, la virtud y la libertad... »

CAPITULO IV.

LA MATERIA.

Vamos á ocuparnos de la materia, de esa peana de la personalidad, á quien el misticismo ha declarado por su rebelde enemigo, calumniándola con los nombres de *pecado*, *carne* y *demonio*. Mas si suprimiéramos la materia, ¿cómo transmitiriamos el espíritu? ¡Polvo sagrado de mis padres! ¡Ceniza generatriz de mi inteligencia! alzáos á protestar contra esa calumnia del misticismo, contra vuestro ingrato hijo el espíritu en demencia. Los misticismos son los vahidos de las religiones, y sus protestas contra el mundo real las maldiciones de una pesadilla incoherente y feroz, que inspira un encarnizado dios Siva halagando el orgullo egoista y desapiadado, y poniendo á un precio vil la sangre humana para que se derrame á torrentes en holocausto suyo. Llamar *pecado* á la materia, llamar *demonio* á la *carne*, á esta nuestra ilustre predecesora en el progreso de la existencia, es tomar el devaneo por la inspiracion, es no ver lo mas visible de la visibilidad de Dios; no es siquiera el panteismo de la razon, es el panteismo de la imaginacion enloquecida;

es una evocacion al cáos; es el yo increado, absolutamente solo, indeterminado, vagando irascible en una atmósfera de espectros!...

¡Tierra, lodo sagrado de lágrimas y sangre, madre de ángeles! A pesar de las detractaciones de los místicos, de esos ateos por bondad, tú seguirás siendo siempre la concha de la perla del espíritu. La materia, como hemos dicho, es el lecho en que descansa durante su largo insomnio el espíritu.

Eterna gratitud á la materia, á ese argumento tangible de la realidad de nuestro ser, de la existencia de nuestra personalidad. Sin la materia, sin lo finito, sin la existencia accidental, el espíritu, lo infinito, la realidad eterna, no seria mas que un sonámbulo flotando por el cáos. El espíritu es la tésis, lo universal, la afirmacion; la materia es la antítesis, lo particular, la negacion; de entrambas nace la *síntesis*, la afirmacion reflejada, la negacion de la negacion, la personalidad completa. Sin haber arrastrado temporalmente la carga de la materia, sin tener esta evidencia *sentida* de lo particular, de la contraposicion de lo universal, el espíritu seria un rayo de luz perdido en el vacío, sin hallar un átomo en que reflejarse, en que poderse evidenciar á sí mismo; seria una sombra buscando un cuerpo en la nada; seria una idea en el limbo. La materia es la necesidad del espíritu; sin su inercia no resaltaria nuestra vida, sin su pasividad no conoceriamos nuestra actividad, sin su concretividad seriamos puras abstracciones. Sin lo determinado, nada se determinaria. ¿Cómo podria haber su-

geto cogniciente sin objeto conocido? — « La realidad no se realizaria sin la no-realidad que la realizase. »

En la creacion no hay mas que el ser de los seres, el principio creador, Dios; y el ser del ser, el objeto creado, el hombre. Estas son las dos únicas *esencias*, las dos únicas *substancias*, necesarias, eternas, incondicionales, absolutas. En la naturaleza externa, esa finidad que separa los dos infinitos, creador y creado, todo es contingente, limitado, condicional, relativo. La naturaleza es el reverso del espíritu, es lo no-esencial, que por reflexion esencializa el ser; es lo no-substancial, que por contraposicion substancializa el espíritu.

El ser, nuestra íntima personalidad, para ser realidad no podria dejar de ser como es; la materia, lo no-yo, el objeto, esa antítesis en que el sugeto tropieza en el vacío para reflejarse, para pensar en sí, para personalizarse, tampoco puede dejar de ser totalmente antitética en esencia y en substancia al sugeto; de lo contrario no habria choque, faltaria el término de comparacion, no se efectuaria la reflexion, no se realizaria la realizacion.

Por eso la materia carece de realidad, y no es mas que la expresion física ó temporal del espíritu.

Materialmente no se puede segregar de un cuerpo la mas ténue cualidad etereidal sin alterar su constitutiva esencialidad. El lumínico, el calórico, la electricidad, la pesantez, la atraccion molecular, ó cualquier otro de los agentes etereidales que componen este libro, aumentados, extraidos, ó desequilibrados en su debida proporcion, alterarian su color. su forma. su complexion,

su ser, y *este* libro, por consecuencia, seria *otro* libro.

Como no hay materia, no existen cuerpos elementales. El oro, que los naturalistas tienen por cuerpo simple, es una vitrificacion de fluidos inponderables, en número acaso mas complejo que otros cuerpos que á nuestras groseras experimentaciones físicas ofrecen una organizacion complicadísima.

La textura de los cuerpos pende de la infinita variedad de proporciones en que se fusibilizan los agentes etereidales, y particularmente de la *atraccion atómica*, cristalizacion etérea, que si no une las moléculas ni por ángulos ni por lados ni por facetas, las solidifica por *conjunciones simpáticas*, por *similitud de fines*.

El átomo, mínima concrecion de la etereidad condensada, flota en una atmósfera de fluidos imponderables, lo mismo que la molécula, agregacion de dos átomos, así como la partícula, composicion de dos moléculas, y del mismo modo que la luna, la tierra y el sol, átomos, moléculas ó partículas de la creacion.

Los *movimientos de traslacion* de los éteres constituyen las *mutaciones de estado* de la materia. El calórico disuelve el hielo en agua; la electricidad, desarrollada por la ignicion, volatiliza el agua en vapor; y así, por sus combinaciones defundentes ó solidificantes, las modificaciones etereidales, en sus incesantes translaciones, convierten los gases en sólidos, los sólidos en líquidos, los líquidos en gases, y los gases otra vez en sólidos.

La materia, á remolque siempre del espíritu, se transforma ó extingue á cada nueva fecundacion etereidal.

Los agentes etereidales se hallan dotados de una cierta especie de *sexualidad*, por la cual se acoplan ó se repugnan, insiguiendo su curso indeclinable de generacion y de exterminio. Llámense vítreos ó resinosos, positivos ó negativos, los agentes etereidales se hallan dotados de una fuerza reproductora de género desigual, que los impele á amarse ó á aborrecerse, de cuyo amor ó desden nace esa semi-infinita série de generaciones que se van traspasando la vida desde la primer partícula hasta el postrer átomo que sobreviva á toda la creacion.

No hay nada muerto. La roca que gravita, el cadáver que se galvaniza, están sometidos á dos modificaciones de la espiritualidad, porque no puede haber materia sin espíritu, porque el espíritu es la condicion esencial de la existencia.

En toda la esfera de la vida de la materia, de lo primario, de lo objetivo, de lo finito, y por consecuencia de lo mortal; en la escala de la metempsícosis, ó como hemos dicho en otra parte, en el infinito *negativo*, la materia y los éteres, análogos en su esencia jerárquica, se analogizan tambien en sus interminables evoluciones, ya de decrecimiento, ya de perfectibilidad. Perfectiblemente, la materia granítica se descompone en polvo, el polvo coagulado se convierte en légamo, el légamo alimenta las plantas, las plantas nutren al individuo; y así, en transformaciones afines, la abstraccion etereidal menos abstracta, por medio de agregaciones y cohesiones etéreas, pasa de atraccion á luz, de luz á calórico, de este á electricidad, de electricidad á vida, y de vida á ins-

tinto, última individualizacion de la materia. De igual modo, si en decrecion sucesiva el cuerpo del individuo sirve de pasto á las plantas, estas se convierten en polvo, y el polvo condensado forma la roca granítica; el instinto, dejando de serlo, se desjerarquiza y pasa á ser vida, la vida electricidad, la electricidad calórico, el calórico luz, y la luz atraccion.

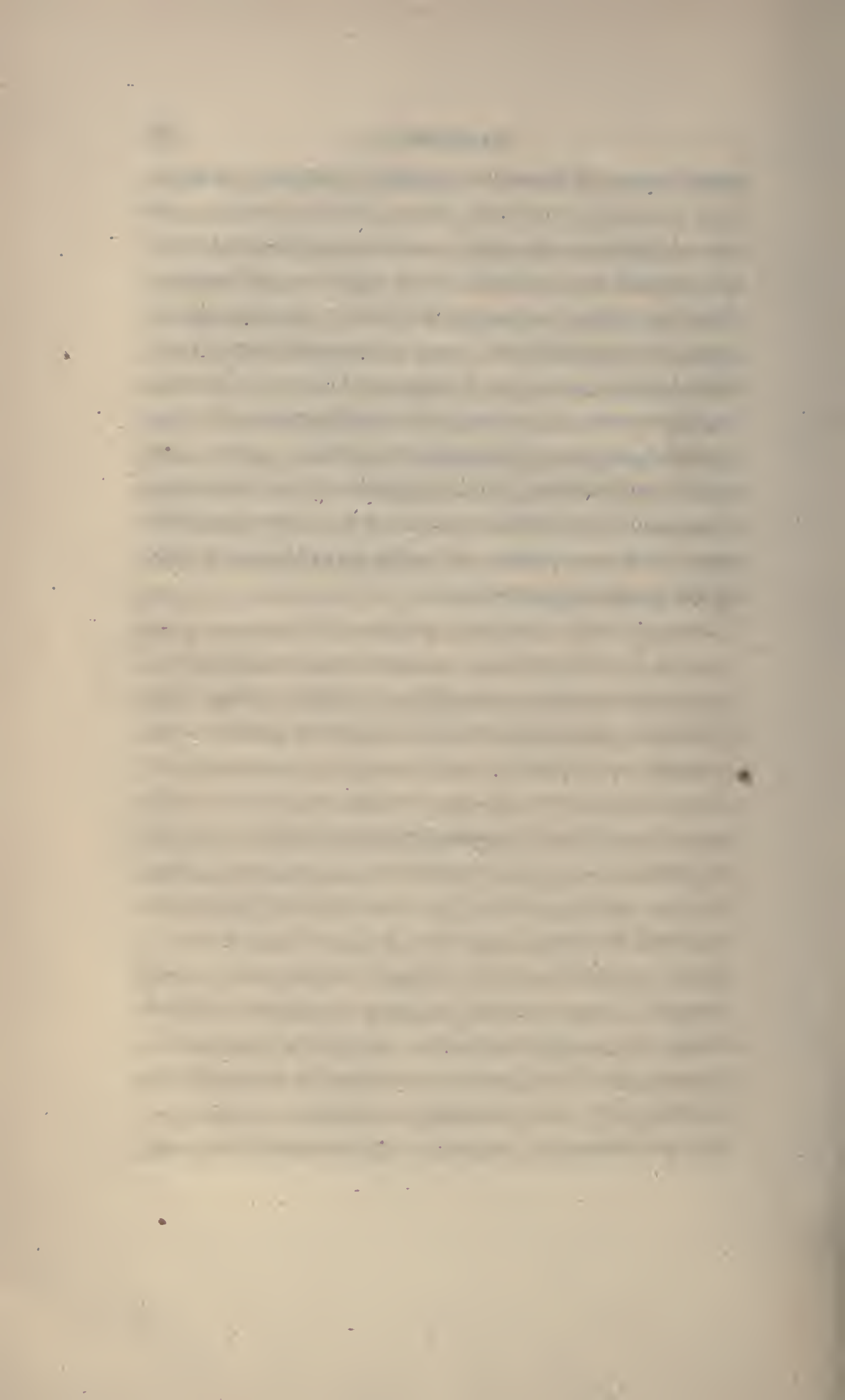
El hombre es á la materia, es al mundo, lo que la Psíquis de Cánova es al mármol de las canteras de Carrara. Ambos mármoles son iguales; no difieren mas que en la idealidad, en ese infinito limitado que ha impreso en uno de ellos el espíritu de Cánova.

Despues de esa larga y misteriosa incubacion, en que la materia brota de su seno al hombre, última expresion de la individualidad; el primer rayo de su inteligencia, puesta en contacto consigo misma por una especie de reflexion ó gravitacion moral, la individualidad humana, por medio de una eflorescencia virtual, por medio de una especie de ignicion espontánea, se proto-diviniza, se subjetiviza, se siente con alma. Esta alma, esta personalizacion, ¿es parte de Dios? ¡Dios nos libre! Eso seria convertir al Creador personal en sarcófago de la personalidad. ¿La crea Dios? Sí. El alma, el espíritu, es hechura de Dios, pero no es parte de Dios; así como la estátua de Psíquis es hija del espíritu de Cánova, pero no es parte del espíritu de Cánova. En esta fecundacion espiritual ¿presta Dios á nuestra alma alguna partícula de su substáncia? No; presta su *influencia*, pero no su *substancia* ¿Puede ser Dios menos eficaz que el fósforo, que

en una fiesta de bodas comunica su luz sin disminuirse á cien mil vasos de colores?...

Mas no atropellemos el curso de nuestras ideas; no es tiempo de hablar del espíritu cuando aun tenemos al individualismo en brazos de su nodriza, la materia. Tratarémos, sin embargo, de salir pronto de este elemento primordial, y todavía incorrecto, de nuestro organismo físico. Dirémos algo para concluir del fin de la materia. Haced por un momento abstraccion en vuestra mente de lo que hay en vos de *reflexivo*, de lo que hay en vos de *personal*. ¿No es cierto que es imposible? No es verdad que no podeis evadiros de vosotros mismos, porque el personalismo, la razon de la realidad, es siempre la negacion de vuestra negacion? Pues aniquilad con el pensamiento la materia. ¿Qué queda? El espacio donde estaba: nada. Y es porque la materia solo tiene una existencia tan vaga, como vagos son sus elementos de individualismo. En este flujo y reflujo de conjuntividad y disyuntividad, lo que ha de constituir parte integrante del individuo sube, y lo que carece de aptitud para individualizarse baja. Por eso lo personal asciende hasta el término del infinito *positivo*, que es la inmortalidad; y así, lo material desciende hasta el término del infinito *negativo*, que es la nada. Todo lo que no irradia se aniquila. De este modo, despues que la materia irradia, individualizándose, la vitalidad, que la da su equívoca existencia, se disipa como el blandon, al cual lo ha consumido la luz. Tal es el indispensable porvenir de la materia: deshacerse en el

espacio como si fuese un espectro. Vosotros, idólatras de la ambicion, soñadores de la gloria humana, ¿para qué adorais esas mentiras, cuando no podeis contar con la eternidad de la materia, de lo objetivo, del mundo? ¿Para qué elevar monumentos sobre la superficie de un globo, que en faltándole, como le llegará á faltar, la vitalidad indispensable para continuar la obra de la creacion, sirviendo de causa generatriz de esta ó de otras especies humanas, se desvanecerá entre los astros como si fuese un fantasma, yendo el residuo de su disolucion á inficionar ó á purificar la atmósfera de otro individuo como él, de otro planeta, al cual le haya llegado la hora de una nueva regeneracion?...



LIBRO TERCERO.

DEL HOMBRE CONSIDERADO CON RELACION A SU ESPECIE Y A LA HISTORIA.

GENERALIDADES.—Dejamos el elemento de las *cosas* para entrar en la region de las *personas*. Abandonamos lo que es gobernado para ocuparnos de lo que *se* gobierna. Desde lo finito, desde las *cosas* que tienen una realidad mas ó menos grande, pero siempre *temporal*, pasamos á lo infinito, al ser *personal*, que aunque sea mas ó menos inteligente, siempre es *eterno*. Toda gobernacion supone personalizacion; los hombres son las *personas* que *se* gobiernan á sí mismos; Dios es la *persona* que gobierna todas las demás cosas.

Desde los anglo-sajones, semidioses del género humano, hasta las casi-cosas de los bozales de Angola, los seres humanos son mas ó menos personales, son mas ó menos hombres, segun el mayor ó menor grado de sus cualidades intelectuales y morales.

En las razas humanas, las mas superiores ejercen

instintivamente una *curaduría natural* sobre las mas inferiores, así como estas, indeliberadamente, se constituyen con respecto á aquellas en una especie de *eternos pupilos*. Las oligarquías de la inteligencia son la obra maestra, el último esfuerzo, el « no hay mas allá » de la creacion. Los sugetos-genios, los seres mas elevados en la cumbre del infinito positivo, son los verdaderos reyes de la tierra, que aunque no sean elegidos por los pueblos, nacen ungidos por Dios. Las castas inferiores, las personalidades exiguas, los semi-sugetos, aunque sean reyes, vienen desde el otro mundo condenados á la esclavitud, y por eso se dejan conducir por la autoridad, como el perro por la cadena. Esto no quiere decir que yo santifique la *dominacion* de la fuerza, sino que, de acuerdo con la naturaleza, creo inmensa, inevitable, providencial, la *influencia* de la razon.

Así como uno solo que ve puede conducir á todos los ciegos, uno que entendiese mas que los otros podria entender mas que todo el mundo junto.

«El hombre es tanto mas hombre cuanto mas piensa.»

CAPITULO PRIMERO.

SOBRE LA UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

Desenglobado el cáos, el conjunto de la creacion, en planetas; clasificados los planetas en elementos, y determinados estos en categorías individuales, subiendo

desde la atraccion hasta el instinto, último esfuerzo de individualizacion y primer elemento del personalismo; terminada, por último, la escala de la materia, el círculo de la metempsícosis, el infinito *negativo*, seguirémos desde su aurora la marcha de la inteligencia, los diferentes grados de la personalidad, la escala del infinito *positivo*.

Nosotros dejarémos clasificar al individuo personal en una de las categorías de individuos de mas inferior escala, con tal que sus piés estén mas arriba que el cerebro del animal de mas instinto. Si no es así, despues del reino *animal*, nosotros crearémos para el hombre un reino *humano*.

Mas antes de individualizar, primero en grupos y despues en personas, á la gran familia humana, ya oigo al espíritu sofístico, á ese viejo triquiñuelista y empedernido, que, deslizando un réptil venenoso en la discusion, me pregunta: ¿Tan homogéneo os parece el género humano, que no le daréis un orígen múltiple? Lo mismo pensaba ocuparme de este asunto que de averiguar el nombre de mi duodécimo abuelo.

Sin embargo, dirémos algo sobre este asunto, siquiera por respeto á la vejez del interlocutor. Nosotros bien sabemos que la naturaleza en sus reproducciones es indeclinable, y que por consiguiente las razas humanas son irrefundibles. Los mestizos son deviaciones que la naturaleza, despues de una sucesion de generaciones, vuelve á encarrilar en uno de sus tipos fundamentales.

El blanco en todas las épocas y en todas las latitudes

produce blancos, el malayo malayos, y el negro negros.

Los *pálidos* de los blancos, lo mismo que los *albinos* de los negros, son aberraciones que, ó mueren sin posteridad, ó á la segunda generacion vuelven á entrar en su tipo primordial. Los cuerpos organizados no producen nada enteramente *igual* á ellos; mas todo lo que propagan es completamente *semejante*.

Cuanto difiere esencialmente de su causa generatriz es un mónstruo, y los mónstruos nacen infecundos.

Los cuerpos solo pueden reproducir aquello mismo de que constan. Por eso las familias se distinguen en las castas, como las castas en las razas, y como las razas entre sí.

Las familias se traspasan sus cualidades orgánicas, así físicas como morales, mientras no se bastardean con enlaces desiguales. Los Heráclidas en Grecia, los Catones, Apios y Escipiones en Roma, los Médicis en Italia, los Guisas en Francia, los Lorenas en Austria, los Borbones en España y los Pitts en Inglaterra, han heredado de sus mayores, ó el mismo sesgo de ingenio ó la misma fácies familiar.

Las castas, como las familias, tienen sus cualidades hereditarias. En la raza blanca, los árabes no dejan nunca de propender al fanatismo y á la tiranía; los judíos, á pesar de hallarse proscriptos para siempre por la voluntad del cielo, hace diez y ocho siglos que con desesperado orgullo alimentan la esperanza de retornar á la ciudad de David; en la raza amarilla, la casta tárta-

ro-mogola impone leyes á todas las castas de su misma raza; los japoneses tienden siempre al egoismo y á la independencia, y los malayos al tráfago y á la estafa; en la raza cobriza todavía se ven descendientes de los iroqueses, que revelan los sanguinarios instintos de sus progenitores, y los chilenos aun se muestran dignos sucesores de Caupolican y de los héroes de Arauco; en la raza negra, la casta de los cafres siempre ha sido y seguirá siendo superior en energía é inteligencia á los benignos negros é imbéciles hotentotes.

Las razas, aun mas notablemente que las castas y las familias, tienen su tipo constitucional orgánico, que no lo acabarán de borrar ni las invasiones ni el comercio. La raza blanca circula por todo el globo como señora del mundo; la amarilla está reducida al papel de un elegante menestral; la cobriza, ya casi exterminada, ó tiene que resignarse á ser esclava ó á andar dispersa por los bosques, y la negra es la acémila de la humanidad.

Por último, ignoro si *Moisés*, *Homero*, *Mahoma* y *Cervántes* habrán tenido el mismo progenitor que los que se dejan azotar en los ingenios de azúcar. No me ocupo de esta cuestion histórico-teológica, porque despues de resuelta no conduciria al objeto de estos apuntes mas que la curiosidad de saber cuál era el nombre cierto de mi duodécimo abuelo. Los teólogos hacen cuestion de excomunion la de que se crea en la unidad de la especie humana, y no es cosa de exponerse á tan grande castigo por tan pequeño pecado. Descartando pues la cues-

tion, considerada filosóficamente como inútil, lo que nosotros debemos consignar como una de las consecuencias indeclinables de nuestro sistema, compendiado en esta fórmula : *Desde el supremo conjunto á la unidad suprema*, es que en toda la escala de principios etereidales, que en ebullicion eléctrico magnética se genera desde la atraccion hasta el instinto, última proyeccion vital de la materia ; y desde el instinto animizado, reflejado, hecho personal, hasta la mas alta region de la inteligencia, el gran recipiente de la naturaleza tiene por objeto psicológico final la elaboracion del *ser pensante*. El ser pensante, crisolizacion de todas las quintas esencias de las etereidades superpurificadas, ya esté, como actualmente, representado por el hombre, ya en lo venidero se manifieste bajo otra forma, siempre será el producto natural, la consecuencia lógica de las *elaboraciones* de los universos. Si en un dia pudiese acaecer el suicidio universal del género humano, el mundo instantáneamente *efloresceria* (no sé cómo, ni me desvela el saberlo); pero el mundo *efloresceria* otro género, ó el mismo género, de *seres pensantes*, que fuese la síntesis del universo, que complementase el fin de la creacion.

CAPITULO II.

RAZAS HUMANAS.

Existen en la humanidad, por lo menos, cuatro razas principales : la *blanca*, la *amarilla*, la *cobriza* y la *negra;*

de cuyas mezclas provienen los numerosos matices que imprimen en los pueblos las diferencias fisionómicas que les dan caractéres tan esencialmente distintos.

Desde el negro hasta el normando, desde el instinto hasta la inteligencia, hay una larga escala de racionalizacion, cuyos intermedios están ocupados por las razas cobriza y amarilla, y cuyo puesto lo determina, en el órden físico el color, y en el órden moral el mayor ó menor grado de inteligencia, la menor ó mayor jerarquía de personalidad.

Dicen los filántropos que la naturaleza á todos nos ha hecho iguales. ¡Herejía! La naturaleza á todos nos ha hecho diferentes. Nos ha igualado á todos en la cualidad de la inteligencia, pero todos somos desiguales en la *cantidad*. Si consideramos á todo el género humano como un solo cuerpo social, verémos que la naturaleza ha convertido á los negros y cobrizos en los *proletarios* del Estado, á los asiáticos en los *menestrales*, y á los europeos en los *patricios*. El primero es el *niño*, el segundo el *jóven*, y el tercero el *adulto*. El negro representa el *instinto*, el asiático la *percepcion* y el blanco la *razon*.

CAPITULO III.

RAZA NEGRA.

La raza negra y sus derivadas son las mas imperfectamente organizadas, y las que inician la aurora de la

personalidad, el primer paso ascendente hácia el infinito *positivo*. Es tan limitado el radio que traza el círculo intelectual de los negros, que permanecen hoy en el mismo estado de barbarie en que se hallaban mas de doscientos años antes de la era vulgar, cuando Hannon, almirante cartaginés, los observó dando la vuelta al Africa. Estos seres, que aun causa rubor llamarlos hombres, sienten mucho, pero apenas piensan. Un momento de placer les hace olvidar una vida entera de dolores; esto es una felicidad en medio de sus eternos infortunios. Un vago instinto les hace penetrarse de su abyeccion; y así es que, conociendo la superioridad mental de los demás hombres, se avienen á la esclavitud sin murmurar, y como dice un epigrama francés, *engordan con los azotes*.

Sus dialectos, escasísimos y monosilábicos, carecen de términos para expresar ideas abstractas; por eso en ellos las combinaciones del espíritu ó son nulas, ó casi nulas. Sus aspiraciones religiosas se limitan á la grosera adoracion de unos *gris-gris*, ó figurines de madera, ó se prosternan á rendir culto á una culebra, á una piedra, á un marisco ó á una pluma. Algunas tribus negras practican la circuncision, y sin conocer el islamismo, se jactan de profesarle, como si fuesen capaces de penetrar su doctrina.

Sus instituciones políticas, cuando no carecen de ellas absolutamente, se limitan á tener un déspota; el despotismo es una combinacion muy fácil para los pueblos que no piensan, y muy cómoda para los que no tienen dignidad que hacer respetar. Los reyes de estos desva-

lidos no se imponen deberes morales con respecto á sus súbditos, pues los miserables los venden por algunas vasijas de ron ó por algunas varas de tela pintarrajeada, que sirvan de doseles á sus ridículas é infames pomposidades de reyes.

Su estado social no es mas lisonjero que el político y religioso. Desde los abyectos papúes de Nueva-Holanda, que, en su hambriento desamparo, á veces devoran con ánsia cadáveres medio podridos, hasta los uraños cafres, que han llegado á fundar imperios tan poderosos como los de Tomboctú y de Macoco, los negros son niños grandes que, indiferentes á todas las operaciones del raciocinio, se abandonan á sus goces brutalmente, empozando sus sentidos en los placeres de la danza, de la lascivia, de la embriaguez, del sueño y de la glotonería. Los negruzcos papúes y hotentotes son tan imbéciles y desidiosos, que *ni para esclavos sirven*, pues se dejan matar antes que resignarse á sufrir un trabajo largo y penoso; así como los negros, etiopes y cafres tienen una existencia tan precaria y baladí, que enterrados en sus chozas achaparradas y rústicas, se alimentan de *alcuzcuz*, y pasan las horas mas alegres de su vida, ya tarareando tontamente algun monótono estribillo, ya bailando con descompuesto arrebato al sonido del *tamtam* ó tamboril. Para estos desgraciados no hay ayer ni mañana, no gozan del placer de la esperanza, madre de los desengaños, mas tampoco sienten el torcedor de la memoria, que es de cera para dejarse borrar los placeres, y de bronce para conservar grabados los dolores.

Encenagados toda su vida en sensaciones groseras, pasando sus dias en pasatiempos insignificantes, á vueltas de una sensacion cualquiera suelen hallar contentos la muerte, como una cosa completamente inesperada y extraña. ¡Debe ser tan dulce la muerte cuando no se la espera!

CAPITULO IV.

RAZA COBRIZA.

La raza *cobriza* no es tan idiota como la negra, y es menos inteligente que la amarilla. Los indígenas de América son sumisos y altivos; sumisos para obedecer á sus déspotas, y altivos para no sufrir á los déspotas extraños. Tienen el valor de la resistencia, mas carecen del ímpetu que origina las invasiones. Son susceptibles de alguna educacion, mas sus ideas jamás son muchas ni muy extensas.

Su espíritu de independencia casi nunca se convierte en elevacion de carácter.

La raza cobriza, lo mismo que la negra, tiene el modesto instinto de confesarse inferior á sus conquistadores. Hablando los mestizos de su honor, se preguntan: «¿Se considera usted mas *blanco* que yo?»

Los historiadores españoles Ulloa y Venégas dicen que los naturales americanos eran tan idiotas, que los esclavos negros mostraban mucha mayor aptitud que

ellos, y que se consideraban de naturaleza superior, menospreciándolos por su ningun discernimiento. A pesar de las orientalescas exageraciones de todos los historiadores de España, debe esto acercarse á la verdad, porque para los actuales americanos es todavía cuestionable el saber si los indígenas son seres racionales.

Se cree que antes del siglo XIV su culto era tan benigno, que solo se ofrecian al sol flores, incienso y las primicias de las mieses. Esto no deja de ser una ficcion demasiado caritativa, pues los entes que bebian en el cráneo de sus enemigos, que devoraban una parte de las víctimas que les dejaban sus brutales sacerdotes, y que inmolaron sesenta mil prisioneros en la dedicacion del templo de Méjico, no es probable que en tan corto espacio de tiempo se convirtiesen de idólatras inofensivos en cruentos adoradores.

Cuentan los primeros historiadores que los españoles, á su arribo al continente, encontraron dos magníficos imperios en Méjico y en el Perú. Afectado el entusiasmo público con un descubrimiento tan maravilloso, es natural que entonces todos soñasen con maravillas, historiadores y lectores. Pero ¿es posible que si fuesen dos imperios siquiera medianamente organizados, los hubiesen destruido casi instantáneamente un puñado de aventureros? Por desgracia la crítica moderna se halla imposibilitada de dar su parecer sobre estas dos civilizaciones, porque los misioneros católicos destruyeron los anales de los dos imperios. El franciscano Zumarraga, primer obispo de Méjico, juntó en la plaza de Tezcuco todos

los documentos relativos á la historia de Méjico, á la literatura, á las artes, á las ciencias; todas las pinturas, los manuscritos y jeroglíficos, y despues de hacer de ellos una gran pirámide, la quemó. Este maldecido obispo cometió una barbaridad tan inútil para la moral como perniciosa para la cultura humana.

En la raza americana existen familias de un temple de alma superior; los araucanos, cantados por Ercilla no despreciablemente, los iroqueses y otras tribus del Canadá, llevaban á tal extremo su rencor en las guerras civiles, que devoraban á sus prisioneros despues de haberlos asado vivos; pero era tan feroz su incontrastabilidad, que en medio de sus tormentos se les oia cantar sus proezas y victorias, entonando con pavorosa sangre fria el himno de muerte y de triunfo, que hacia estremecerse de horror y de rabia á sus mismos verdugos.

Por desgracia, de cuarenta millones de hombres que pueblan la América, solo ya la cuarta parte descienden de la raza indígena. ¡Tanta prisa nos hemos dado á usurparles la patria y á quitarles la vida! El padre Las-Casas, tan buen cristiano como mal español, ha dejado al mundo una irrecusable, y para nosotros ignominiosa, prueba de quiénes han sido los primeros que dieron el pernicioso ejemplo de tanta rapiña y de tanto asesinato.

—

CAPITULO V.

RAZA AMARILLA.

La raza amarilla abraza cuatro castas distintas : la *polar*, tan sucia como ruin; la *malaca*, muy aviesa; la *calmuco-mogola*, sumamente tosca, y la *china*, en extremo suave.

Los pueblos cercanos al polo ártico, lapones, zemblios, samoyedos, ustiacos, tungusos, kamtschadales, etc., son menguados en su físico, y abyectos en su moral. Linneo, que era de baja estatura, no halló ninguno mas alto que él. A pesar de su endeblez, son bastante ágiles, y sin tener energía, no carecen de pertinacia. Su cobardía hizo que inútilmente el grande Gustavo Wasa pretendiese transformarlos en soldados, pues apenas escuchaban el son de la caja de guerra, huian despavoridos. Obtusos, sucios y zahareños, adoran muñequillos de madera labrados muy toscamente, comen en artesas desaseadamente y en comun pescados podridos; se acuestan revueltos con sus perros de Siberia, y si los sacan de entre sus miserables compatriotas se mueren de pesadumbre.

A la rama tártaro-mogola, en la que se comprenden los calmucos, kirguizes, cosacos y otros, pertenecen los descendientes de aquellos antiguos hunos y tártaros, que á las órdenes de Gengis-Kan y de Tamerlan establecieron los imperios mas extensos que han apare-

cido sobre el globo, sojuzgando toda el Asia y parte de la Europa.

Estos bárbaros, que desde Madiés ya hicieron en el Asia once invasiones generales, mas bien guerrean como foragidos que como héroes, y no tanto pelean por vencer como por saquear. Sin religion fija, sin política constante, conquistan con la fuerza y son subyugados por las costumbres. Ellos dan á los pueblos dinastías, y los pueblos conquistados les imponen á ellos sus hábitos. Estos naturales de los solares mas fecundos y mas ingratos del orbe, parecen destinados por la Providencia á regenerar con su exuberante energía las afeminadas y regalonas familias que pueblan las latitudes mas deliciosas de la tierra.

Las islas del mar del Sur, pobladas por la rama malaya, forman el arrabal ó barrio bajo del mundo, pues los indígenas que los habitan son la casta mas acanallada y mas aviesa del género humano. Reunen en sí las cualidades mas detestables que deshonran nuestra naturaleza. Ocupados en hábiles granjerías, son los corredores ó agentes de toda la India, como los judíos en Europa ó como los armenios en Asia. Cuando acometen alguna empresa arriesgada, no es como conquistadores, sino como salteadores. Carecen del suficiente valor para sacudir el yugo de los europeos, mas tienen bastante ferocidad para asesinarlos. Malignos y débiles, fascinan con zalamerías y hieren con alevosía. Son tan hipócritas, que parecen amables; y tan astutos, que parecen muy inteligentes. Su osadía los hace temibles, y su crueldad

los arrastra á ser decididamente antropófagos. La sucinta historia de esta rama moreno-obscura no cuenta ninguna accion grandiosa, pero sí muchísimas ruindades que la hacen poco acepta á los ojos de Dios y de los hombres.

La familia que comprende á los mogoles orientales y meridionales, siameses y birmanes, peguanos, cochinchinos, tonquineses, chinos, coreanos, japoneses, tártaro-chinos, tibetanos y mongües, es la mas apreciable y la mas ilustrada de cuantas ramas descienden del tronco amarillo. Su fácies es menos áspera que la calmuca, y aunque su carácter es menos enérgico y altivo, es mas ordenador y mas sociable. Su índole apocada les hace estar sometidos á gobiernos despóticos, mas su despotismo se halla humanizado por su dulzura característica. Su flaqueza los condena á tener que sufrir las invasiones de las tribus tártaras; pero su regular cultura impone pronto á sus conquistadores el yugo de su civilizacion y sus costumbres. Sus antiquísimas tradiciones y las comodidades de sus fértiles terrenos, les inspiran un desprecio hácia los extranjeros, no del todo injustificable, y la idea de su apocamiento los obliga á usar de la desconfianza y la doblez. Si en su civilizacion no hay nada absolutamente perfecto, tampoco hay nada completamente despreciable. En ellos todo existe á medias, la incultura y la perfeccion, los sentimientos y las costumbres. Su vanidad general nunca se eleva á orgullo nacional. No son constantes en dar cima á las cosas grandes, y perfeccionan con pertinacia las cosas pequeñas.

Son curiosos, pero no inventivos. Sus fastuosidades degeneran en ridículas, y su cortesanía es muy poco elegante. Su civilizacion cuenta mas años de existencia que todas las civilizaciones conocidas, y sin embargo, hace muchos siglos que permanece estancada, sin exceder de cierta regularidad apreciable. En moral no han adelantado un solo paso desde el emperador Chum, que dicen que brilló dos mil doscientos cincuenta años antes de la era cristiana, y que hizo observar entre el pueblo las *cinco reglas inmutables*, es decir, *los cinco deberes:* los del padre y los hijos, los del rey y los súbditos, los de los esposos, los de los ancianos y jóvenes, y por último, los de los amigos entre sí.

La organizacion política de sus estados no es enteramente informe, mas nunca han sabido cimentar naciones capaces de refrenar los ímpetus de sus agrestes vecinos. Su cordura los hace cobardes, y su docilidad se convierte en servilismo. Con una interminable gradería de clases y de empleos, se dedican desde la niñez á merecer las dignidades humanas, á las cuales profesan una aficion cómica, y así es que por adquirir títulos y relumbrones sacrifican su orgullo, su quietud, su gravedad y su independencia, y se convierten en bajos, fútiles, genuflexivos, ceremoniosos y serviles.

CAPITULO VI.

RAZA BLANCA.

La raza blanca es superior á todas las demás, así en fuerzas físicas como en vigor intelectual.

Esta raza se divide en *árabe-indiana* y *caucásica*.

La rama árabe-indiana es tan exagerada en su excepticismo como en sus creencias, tan extremada en su postracion como en su entusiasmo. De este tronco han salido todos los grandes fundadores de sistemas religiosos, Moisés y Mahoma, que casi eran compatriotas. Asimismo descendian de este tronco los fundadores de las grandes monarquías del Oriente, tan rápidamente fundadas como ruidosa é instantáneamente destruidas. A vueltas de este ardor guerrero y religioso, esta casta siempre ha adolecido de una profunda desidia. Al lado de este alarmante principio: —« La espada es la llave del cielo, » — profesa esta resignacion estúpida: — « Estaba escrito. » — Ligera y penetrante, generosa y valiente, fanática y tolerante, vehemente y perezosa, la raza *árabe-indiana* siempre ha adolecido y adolecerá de todas las reacciones propias de un temperamento nervioso, intolerablemente resecado por el clima; por lo cual siempre ha visto y verá sucederse en su organizacion social el despotismo á la anarquía, el fanatismo á la tolerancia, á la vida la muerte.

La rama *caucasiana*, originaria del tronco blanco, se

subdivide en *meridional* y *septentrional*. A la primera pertenecen todos los pueblos europeos que baña el Mediterráneo. Aunque no tan extremados como los blancos de Asia, los europeos meridionales exageran extraordinariamente todos sus sentimientos y todas sus ideas. Los pequeños estados de Grecia, convirtiendo en nacional una afrenta doméstica, se confederaron para lanzarse en masa á la conquista de Troya; despues la exaltacion de su ardor guerrero impulsó á sus repúblicas á hacer frente, no sin gloria inmarcesible, á los interminables ejércitos de los persas; y por último, llevando su rivalidad á la desesperacion, estos famosos pueblos acabaron por destruirse recíprocamente, empleando su valor en destrozarse las entrañas. La Roma de la antigüedad tenia dentro de sus muros una anarquía intolerable, mientras llevaba á la extremidad de sus dilatadas conquistas un despotismo mas intolerable todavía. La Roma moderna, convertida en centro del catolicismo y ayudada por la pujanza de los españoles del tiempo de la dinastía austriaca, han convertido la religion mas dulce, mas humanitaria y mas espiritual, en un culto fiero, intolerante y casi tan fatalista como el islamismo. Cuando los españoles espaciaron su energía física y moral por una gran parte del mundo antiguo y por todo el hemisferio occidental del globo, extremaron su crueldad y su soberbia hasta un punto que hará estremecer de horror á cuantas generaciones llegue la historia fiel de sus novelescas hazañas.

La rama septentrional del tronco caucasiano posee

un carácter tan sereno, tan firme y tan persistente, que desespera con su acompasada tenacidad el destemplado ardor de sus hermanos del Mediodía. Tan característica es en estos la agresion como en aquellos la resistencia. Los europeos del Norte parecen los destinados por su valor, su buen sentido y su paciencia á contener en los límites de la racionalidad los disparados ímpetus de los pueblos meridionales. Estos son demasiado ardorosos para dejar de ser conquistadores, mas son demasiado ligeros para ser buenos colonizadores. Los pueblos del Norte, por el contrario, tienen harta frialdad para tomar iniciativas temerarias, y demasiada rectitud y prepotencia para no regularizar las oscilaciones extremadas. Los teutones, demasiadamente constreñidos hácia sus estériles regiones por las tiránicas usurpaciones de Roma, estimulados por las invasiones tártaro-escíticas, se abrieron paso con la espada, volcando para siempre al mas duro avasallador de la especie humana. Los alemanes, á la voz de Lutero, rebelados contra las usurpaciones espirituales y la codicia del mas caballeresco y mas culto de los papas, establecieron la libertad religiosa, proclamando el libre exámen, y trasladando á la razon humana la supremacía que se habian arrogado los sumos pontífices. Las libertades civiles, que los españoles con tanto entusiasmo defendieron en el siglo xvi, cayeron en desuso por una reaccion atónica de su ardor meridional; mientras que los ingleses, despues de la carta hecha firmar á Juan Sin-Tierra, contuvieron con una patriótica pertinacia las caprichosas voluntariedades de las testas

coronadas, y con su ejemplo emanciparon á las sociedades de las egoistas exigencias del derecho divino de los reyes. Los isleños de la Gran-Bretañá, despues de proclamar el liberal principio de que — «los mares son de todos los pueblos», — resumiendo en su carácter nacional las cualidades mas dominantes de la rama caucasiana septentrional, con una insistencia silenciosa, flemática, arrogante, tradicional, han plantado su pabellon en las bocas de todos los estrechos, se han apoderado de todas las islas estratégicamente esparcidas por el globo, y despues de tener un arsenal en cada campo de batalla, se disponen á sostener sus derechos al dominio universal. Con esta política extensa, enérgica é invariable, la aristocrática Inglaterra ha sometido al mundo á un indigno pupilaje, y el orgulloso pedagogo, en sus aspiraciones de curador general, cuando alguno de sus educandos se rebela á sus consejos, le hace someterse por la fuerza de las armas ó por los halagos de la seduccion. ¡Cuánto poder! Cuánta astucia!

CAPITULO VII.

PARALELO ENTRE LAS RAZAS HUMANAS.

Se calcula que el género humano podrá constar de cerca de mil millones de hombres. De esta inmensa mole de vivientes no hay dos seres enteramente iguales ni en lo físico ni en lo moral. Desde Napoleon hasta el cretino

mas obtuso, es decir, desde el primer hombre hasta el último, la escala de la razon tiene mil millones de grados; tantos grados como hombres. Gobernadlos á todos bajo una ley de igualdad, sometedlos á una regla comun, y ejerceréis la mas universal de las tiranías. Para hacerlos felices, en vez de una igualdad *general*, necesitarémos mil millones de *particularismos* desiguales.

El africano considera como sagrado el color negro, el malayo el amarillo, el indio el azul, y el europeo el blanco. El negro adora á un objeto cualquiera, el americano á cualquier ser viviente, el asiático á los grandes objetos de la naturaleza, y el europeo á un Dios ideal, hecho á imágen de su propia subjetividad. Los negros y los cobrizos, como unas especies de niños grandes, son alegres, volubles, sensuales é idólatras; los asiáticos, hombres aniñados, son nimios, vanidosos, supersticiosos y frívolos; los europeos, enérgicos, invasores, inteligentes y espirituales. Todos con una misma *cualidad* de inteligencia están dotados de diferente *cantidad*. Esta inmensa escala de racionalizacion de mil millones de grados ha sido hasta ahora reducida á un igual y único grado por los sacerdotes en nombre de la *humanidad*, por los reyes en nombre de la *unidad*, por los demócratas en nombre de la *igualdad*, por los políticos en nombre de la *sociedad*, por los filósofos en nombre de un espíritu humano *absoluto*... ¡Asesinos! y mas que asesinos, ¡necios!...

CAPITULO VIII.

PERFECTIBILIDAD HUMANA.

¿El género humano degenera orgánicamente? — No lo sé.

¿El género humano progresa en su perfeccion orgánica? — ¡Qué sé yo!

Y ¿no quisierais saberlo? — ¿Para qué? Si desciendo de una raza hiperbórea, no quiero avergonzarme de mis progenitores; si soy hijo de alguna casta de titanes, no quiero correrme de mí mismo.

Además, si somos descendientes de alguna especie mas egregia que la nuestra, y hemos bajado algun grado hácia la escala del infinito *negativo*, tendrémos ese grado menos de responsabilidad moral. Y si nuestra especie, oriunda de una casta abyecta, va subiendo, subiendo en la escala del infinito *positivo*, ¿qué sucederá? Que en el órden intelectual Platon parecerá un genio de una raza de hotentotes; Newton pasará por un maestro de obras, indigno del título de arquitecto del universo, y Hegel, el metafísico, será tenido por un filósofo de apreciaciones mas groseras que las de Holbach. Pero hijos de semi-hombres ó de semi-dioses, ó padres de semi-dioses ó de semi-hombres, los grados de la inteligencia siempre marcarán los grados de la responsabilidad social, moral ó religiosa; siempre serán el termómetro de la *personalidad*. La inteligencia puede ser mas

ó menos *cuantitativa*, pero siempre es igualmente *cualitativa*.

El hombre es tanto mas hombre cuanto mas piensa. Y el hombre es tanto menos hombre cuanto menos piensa. Así pues, cada naturaleza es perfeccionable hasta llegar á sus aguas. Un negro no puede respirar en la region subjetiva de Descártes; su atmósfera está mas baja. Descártes no podria vivir en la objetiva atmósfera de un negro; sus aguas están mas altas. La educacion ayuda á la capacidad, pero no crea capacidad. Todos los métodos de educacion, todos los artefactos de perfectibilidad nunca podrán alterar sustancialmente, ni hácia arriba ni hácia abajo, el grado que cada personalismo puede ocupar en la escala del infinito positivo.

Algunos filósofos suponen, con Condorcet, «que el hombre puede perfeccionarse hasta lo infinito.» ¿Qué entenderia aquí Condorcet por *lo infinito?*...

Jamás se han descrito los reducidos límites de nuestra esfera de accion de una manera mas sencilla ni mas exacta que esta: «El hombre es libre como el pájaro en su jaula.»

Sale una sociedad del estado salvaje, y despues de siglos de progreso, solo imperfectamente alcanza á satisfacer sus necesidades, las cuales son el término de sus deseos y de su sabiduría.

El mundo progresaria indefinidamente si, despues que un hombre se elevase en el órden intelectual, el individuo que le sucediese comenzase su carrera inmediatamente desde el grado en que el primero se detuvo; pero

como todos nacemos en la ignorancia, nos es forzoso tomar el A B C como punto de partida, y así es que pocas veces nos es dable rebasar el término á que llegaron nuestros predecesores; y por eso la humanidad solo adelanta, cuando adelanta, línea á línea.

Despues de los colectivos esfuerzos de muchas generaciones sucesivas, aparece alguno sumando una cantidad mayor que la que sumaron los demás, ó halla la afinidad de dos cuerpos que todos han manejado ignorantemente toda su vida, ó combina dos tonos mas agradablemente que los otros, ó empastela un lienzo en líneas de mas efecto, ó agrupa las palabras de un modo mas artístico, y la humanidad, extasiada, bate las palmas en honor «del genio». ¡Ilusos! Así á cada aparicion de un genio la humanidad anda un paso en la senda del progreso, para cuyo adelanto suele ser necesario el trascurso de miles de años y la reunion de las cualidades mas eminentes que ennoblecen la naturaleza humana.

Y ¿qué es el genio? Oid las profundas palabras de Newton moribundo: «Yo no sé lo que pensará el mundo de mis trabajos; pero á mí me parece que he sido siempre un niño jugueteando en la orilla del mar, encontrando á veces una china mas tersa que las comunes, á veces una concha algo mas brillante, mientras que el grande océano de la verdad se extendia inexplorado ante mis ojos.»

El hombre solo es perfectible hasta el grado que es inteligente.

Mas para satisfacer todas sus necesidades intelectuales y morales, el hombre siempre verá *inexplorado ante sus ojos el grande océano de la verdad*. Para esto seria menester que la finita subjetividad del hombre fuese igual á la infinita subjetividad de Dios.

No es esto decir que las sociedades humanas no caminen rápidamente á su perfectibilidad posible, no asciendan algunos grados en el termómetro de la racionalizacion. Sin duda hay grande diferencia de la corte de Clodoveo á la de Luis XIV, y los laureles de Napoleon evidentemente son mas gloriosos que los que adornaron la frente de Atila.

En los tiempos heróicos de Lacedemonia, los jóvenes de Esparta salian á los campos á degollar á los inermes ilotas, con el objeto de ensayarse para las guerras; mientras que hoy el gobierno inglés extiende su ternura á diez mil desamparados, que diariamente se acogen á su caridad en las largas y encrudecidas noches del invierno en los lugares de asilo, en cuyas puertas se hallan escritas estas consoladoras palabras del Evangelio: «Llamad, y se os abrirá.»

El mismo gobierno, haciendo entender la ley de Cristo en su expresion mas lata y mas genuina, emplea su colosal poder en abolir la esclavitud, llevando la libertad y la igualdad posibles hasta á los seres mas abyectos de la península africana.

Francklin inutilizó el terrible poder que los gentiles atribuian á la ira de Júpiter Tonante.

La invencion de la brújula hizo de los mares caminos

mas fáciles y mas seguros que las vias romanas, y convirtió al género humano en una sola familia.

Colon evoca, como al poder de un conjuro, del centro del Océano un continente desconocido, llamado entoncés ingénua y pintorescamente un « nuevo mundo », y saca de la barbarie una gran parte de la especie humana, tan interesante por su carácter como por sus desgracias.

Vasco de Gama, con su expedicion inmortalizada por Camões, ha enriquecido las ciencias naturales, fomentado el comercio, y puesto en inmediata relacion á los pueblos de Europa con las numerosas razas asiáticas.

La pólvora ha arrancado la fuerza de manos de los bárbaros para depositarla en poder de los pueblos civilizados. Esta materia inflamable, incruentizando las guerras, ha convertido en verdaderos héroes á los que antes eran unos verdaderos matachines, y ha hecho imposibles las trasmigraciones en masa de las hordas salvajes.

Eduardo III y Luis XI regularizaron el establecimiento de las póstas, ideado antes por los árabes, de manera que hoy puede un corazon corresponderse con otro á miles de leguas de distancia sin que se rompa el adorable velo que hace que las pasiones sean espontáneas y decorosas : el secreto.

Guttemberg ha popularizado la ciencia, que estuvo monopolizada desde el principio del mundo, entre los hebreos por la tribu de Leví, en la India por los bramas, en Grecia por los areopagitas, en las Galias por

los druidas, en Roma por la curia, en la edad media por el alto clero. Hoy, con la invencion de la imprenta, la humanidad casi por minutos se saluda de polo á polo, enviándose recíprocamente, ya el ruido de sus fiestas, ya el eco de sus lamentos, ora las execraciones contra sus tiranos, ora las deificaciones de sus héroes, y poco mas que en algunas horas, cerca de mil millones de hombres se sienten afligidos por un mismo sentimiento ó se exaltan por la magia de una misma idea.

Las letras de cambio, inventadas, ó al menos popularizadas, por los hijos de Israel, volatilizaron la propiedad, haciéndola mas impalpable que el aire, inutilizando la codicia de los ladrones y de los gobiernos estafadores, y convirtiendo al hombre en cosmopolita, como el pueblo que se honra con este invento.

El papel-moneda ha desapegado á los hombres de los terruños donde antes se labraban cuevas como las fieras.

Los caminos de hierro han sustituido la nacionalidad al provincialismo, los idiomas á los dialectos, las costumbres á los hábitos, las razas á las castas.

Los telégrafos emulan en rapidez al pensamiento, y dan á los poderes públicos algo de aquella propiedad que se atribuye al ojo de la Providencia.

Mas desgraciadamente estas ventajas de la civilizacion no se han esparcido por el mundo sin derramar al mismo tiempo desventuras que casi neutralizan sus buenos efectos.

Los árabes, que por su gloria y su sabiduría han logrado dar su nombre á los siglos IX y X, infestaron todo

el orbe de las viruelas, desconocidas completamente de la antigüedad, azote que diezmó implacablemente á la humanidad.

El premio inmediato que recibió el continente antiguo de haber sacado á la América de la ignorancia en que yacia desde la creacion del mundo, fué el vírus que mas directa é inmediatamente emponzoña en su orígen los deliciosos manantiales de la vida.

Los pueblos del Norte, que dieron á la navegacion y al comercio una amplitud que ni siquiera la debieron soñar los antiguos, han llevado á la mayor parte de sus colonias la repugnante enfermedad del escorbuto.

Si es cierto que nuestras medidas sanitarias han contenido las pestes, que aun en nuestros dias nos vomitan las regiones del Oriente, somos impotentes para evitar los frecuentes tifos que engendran las guerras y las hambres.

El inaguantable trabajo de los centros industriales debilita y embrutece á un gran número de seres humanos, víctimas inocentes de nuestra frivolidad y de nuestros fastuosos pasatiempos.

El comodismo moderno, proveyendo solícitamente á la satisfaccion de nuestros menores deseos, ha gastado radicalmente nuestra energía, hasta el punto de atenuar el sentimiento en que estriba la perpetuidad de las especies: el amor. Así es que, prolijamente metodizado el cumplimiento de los deseos, las identificaciones afectivas se hacen sin vehemencia, y los frutos del amor, que solo han recibido de sus padres una vitalidad exigua,

nacen al mundo con los despreciables caractéres de la raquítis, y, ó concluyen por ser víctimas de las tísis pulmonares, ó, lo que es peor, se constituyen en troncos de ramas enfermizas.

Algunos autores tuvieron la originalidad de observar «que los flatos desaparecieron durante la revolucion». Por eso, despues de la negligente hipocondría del siglo XVIII, las pasiones enardecidas y las esperanzas defraudadas han sido y son causa de las fiebres cerebrales, que actualmente diezman la parte mas vivaz de las sociedades modernas.

Los condimentos preparados por el gusto mas refinadamente relamido obstruyen las principales vias por donde nuestros cuerpos reciben el movimiento de composicion y descomposicion, producen las indigestiones, y frecuentemente los ataques apopléticos. Decia Séneca á los romanos voluptuosos de su tiempo: «Os quejais de la multitud de vuestros males; contad vuestros cocineros, porque casi todos salen de ellos.» Asegura un autor «que la gula ha matado mas hombres que la espada». Y segun un proverbio aleman, «la boca es el médico y el verdugo del estómago.»

La satisfaccion asidua de nuestras mas ténues afecciones convierte nuestra naturaleza en una máquina vidriosa, que se rompe á la menor paralizacion del curso de sus funciones; la repeticion de actos sobreexcita el sistema nervioso; y de aquí procede que las neuroses se han hecho un estado normal en las clases acomodadas.

Refugiando perpétuamente el cuerpo de las variacio-

nes atmosféricas, lo enervamos de manera que en cuanto al menor descuido nos asalta un aire, somos víctimas de los catarros y de las pulmonías.

Con una no interrumpida série de placeres hemos conseguido gozar de la vida mas intensamente que nuestros mayores; pero, en cambio, lo que hemos ganado en condensacion, lo hemos perdido en extension.

La civilizacion ha desterrado la longevidad de los patriarcas.

Grandes son los progresos que ha hecho el género humano; pero, segun dice Miss Edgeworth, « los que han abierto el mapa de los conocimientos humanos saben que hay muchos países desconocidos. »

A pesar de que el hombre se ha civilizado rápidamente en sus accidentes, es muy dudoso que goce ni un grado mas de felicidad de la que se gozaba en los tiempos de Adan. Los bienes y los males mudan de aspecto, pero siempre son el infausto patrimonio de la humanidad. Así, por ejemplo, nosotros hemos desarrollado extensamente nuestro espíritu, y en cambio hemos encanijado las cualidades materiales de nuestros seres. La vitalidad que hemos hecho refluir hácia los cerebros, la hemos arrancado de los órganos corporales. Hoy es mas posible que Newton tenga semejantes, que no que tenga iguales el Hércules de la antigüedad. Lo que hemos ganado por una parte lo hemos perdido por otra; los bienes y los males han variado de lugar, pero siempre son los mismos. Siempre aspirarémos con ansia á nuestra perfectibilidad: pero siempre en el círculo estrecho de nuestra ciencia

circularémos *inútil y libremente como el pájaro en su jaula*. En este subterráneo de la vida, por donde caminamos agoviados bajo la bóveda del pesar, hasta que salgamos á la luz, hasta que nos despojemos de nuestra carga mortal, el dolor es nuestro compañero mas aborrecido, mas consecuente y mas íntimo. ¡El dolor! Voz del cielo, divino mensajero que nos anuncia la futura redencion de nuestro espíritu. ¡Ay! que lanza un ser infinito, completamente subjetivo, completamente personal, al separarse de su compañera, la materia, este otro no-ser finito, completamente objetivo, completamente accidental. Eternamente nos atormentarémos por aumentar nuestros placeres; mas eternamente, segun la expresion de De la Bouisse, «en la vida del hombre el capítulo mas largo será el de las adversidades».

CAPITULO IX.

CLAVE GENERAL DE LA HISTORIA.

Cada vez que leo alguno de esos títulos de *Historia de la civilizacion* ó *Filosofía de la historia*, siento una contraccion nerviosa, parecida á la que nos causa la vista de un cementerio. Eso de que me entierren vivo en el inmenso sarcófago de mi especie me causa una repugnancia invencible. La manía de historizar, de conjuntivizar la especie, cuando la especie á lo que tiende es á hacerse individual, á deshistorizarse, es una invencion

moderna, mas perniciosa y mas opiática para la emulacion personal y para la historia, que lo ha sido el vedantismo indiano importado por Espinosa é inoculado en las ciencias filosóficas.

La historia de la civilizacion está reducida á las biografías de dos docenas, y nada mas que dos docenas, de genios. Los hábitos, las ideas y los principios de la generalidad son imitaciones mal hechas ó reflejos pálidos de esas veinte y cuatro personalidades. Toda iniciativa de progreso, así como todo honor histórico, pertenece exclusivamente al genio, á lo que hay de mas íntimamente *personal*.

Conozco á muchos que dudan de la salud de mi juicio porque les he dicho que la historia no es ni puede ser una ciencia, siendo así que creo mas todavía que no es ni puede ser ni siquiera un arte. Sentiré mucho ofender el puntillo generalizador de los autores de «Historias de las civilizaciones» y de «Filosofías de la historia», pero me parecen paladines que al frente de ejércitos de sombras marchan á la conquista del progreso, en cuyos asaltos no sé qué admirar mas, si la frecuente sinceridad de los jefes, ó la perfecta obediencia de los hijos de su imaginacion.

No hay que enfadarse por eso, pero no creo en la historia antigua desde que he visto escribir la historia moderna; y cuando leo en algunos escritores cosas pasadas á mi presencia, me sucede lo mismo que á Alejandro, que oyendo leer un dia una relacion de sus hechos, preguntó á Lisimaco, uno de los capitanes que mas le habian acom-

pañado : — «¿En dónde estaba yo cuando hacia cosas tan bellas?»

La historia, se me dirá, á pesar de su poca utilidad, no deja, sin embargo, de ser la mas divertida y mas provechosa de las fábulas. Es cierto. Y mas todavía : en la farmacopea de los remedios morales, el principal específico es la historia. Sin este medicamento nutritivo, á la parte mas inteligente del género humano la mataria la hidropesía de la curiosidad.

¿Qué es el ejemplo de la historia para los pueblos? Lo que es para los niños la experiencia de los ancianos; y por eso dudo que la historia sirva mucho para los pueblos, así como la experiencia de los ancianos sirve poco para los niños.

Si las novelas son cuentos de viejas, de la historia se puede decir que es un cuento de viejos.

La historia es como la cámara oscura de un titiritero : los historiadores componen una galería de mil espejos, donde todos los objetos se reproducen, grandes ó pequeños, negros ó blancos, segun desde el punto en que se miran.

A los historiadores hay que leerlos como se escucha á los cuentistas de oficio; no creyendo nada *milagroso*, sea ó no sea mentira, y creyendo todo lo *verosímil*, sea ó no sea verdad.

Los pueblos se aprovechan poco de la historia, porque los hombres no obran por *imitacion*, sino por *impresion*.

Alejandro, para los egoistas, es un loco; Aníbal, para

los cobardes, un temerario; y para los cortesanos, Caton un impertinente.

Cuando el honor y la virtud no son sentimientos, la virtud y el honor históricos son dibujos de tinta.

Lo escrito en los corazones se imprime en los libros; lo impreso en los libros no se escribe en los corazones.

La luz de la justicia histórica es la luz de la luna, que ni enardece ni fecundiza como la luz del sol de la justicia.

Los hombres, individual y colectivamente, obran segun su carácter, segun su inteligencia, segun la altura de su personalidad, como obran los cuerpos inanimados conforme á las leyes de la naturaleza.

En el órden moral todos los pueblos del mundo describen á Dios de una misma manera, porque, como para todos es indescriptible, para todos es idéntico. Así, por ejemplo, la teología egipcia describe de este modo al Dios sin nombre: —«Es la oscuridad primitiva, el ser incomprensible, principio oculto de todo lo que existe, manantial invisible de toda luz y de toda vida, que es superior á la inteligencia.»—Las religiones indianas hacen de él esta pintura: —«Braham, sustancia infinita, primitiva, unidad pura, existia de toda eternidad en las tinieblas luminosas. Habia tinieblas, porque Braham es el ser indeterminado, en el cual no se advierte nada de distinto; pero esas tinieblas eran luminosas, porque el ser es la luz.»—Vino despues el catolicismo, y aunque algo mas sencilla y trivialmente, hizo de Dios una definicion semejante: —«Dios es un ser infinitamente bueno,

sábio, justo y poderoso, principio y fin de todas las cosas.» —Se descubrieron en el siglo XVI los tupinambas, pueblos salvajes de la América del Sur, y examinados sus dogmas, se vió que concebian á Dios y lo describian de la misma manera que nosotros. — «Tupa ó Tupan, que es el ser por excelencia, y que no tiene principio ni fin, ha criado el cielo, la tierra y todas las cosas.» —Se visitó á los groenlandios, últimos pueblos de la América del Norte, y allí tambien se halló la fórmula universal con que pintan á Dios la generalidad de los mortales: — «El ser de arriba es y será siempre desconocido para los hombres, que no saben su nombre ni su forma; pero hay un Dios inmortal, que ama á los hombres y los protege.»

Todo lo incomprensible se comprende de igual modo. Los pueblos oceánicos, cualquiera que sea su teogonía, reconocen una trinidad parecida. Esta trinidad de los católicos: — «El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu-Santo es Dios; tres personas distintas y un solo Dios verdadero;» — es semejante, si bien menos poética, que esta de la China: — «La Inteligencia divina es una triada misteriosa y suprema, ya de los tres tiempos de Dios, ya de sus principales atributos. Son tres seres incomprensibles, que reunidos forman un solo ser. Ni el que está en la parte superior es mas brillante por eso, ni mas oscuro el que reside en la inferior. Es una cadena no interrumpida, es una forma sin forma, imágen sin imágen, un ser, en suma, indefinible. No se le conoce principio ni fin.»

Los problemas morales, de solucion imposible mientras no aparezca en el globo otra raza humana de mas lata inteligencia que todas las conocidas, siempre serán enunciados con cierta identidad de ideas y de fórmulas. La cuestion del bien y del mal ha agitado á todos los pueblos desde el principio del mundo. Los egipcios decian — « que todas las potestades superiores identificadas con el mundo se representan con una doble emanacion: *Osíris* é *Isis*. *Osíris* es el principio luminoso y activo en la naturaleza; *Isis* es el principio pasivo, tenebroso, material. En el mundo hay además una ley de destruccion: el desórden, el mal, la muerte. El principio de donde esta ley procede se denomina *Tifon*. Su madre es *Athyr*, que representa el cáos, el estado primitivo de los elementos. *Tifon*, al nacer, desgarró el vientre de su madre; es la fuerza mala y desordenada. Se unió con *Nephtys*, ó la perfeccion y la belleza cumplidas; de aquí la mezcla del bien y el mal, que es la esencia del mundo». El persa *Bondehesch*, ó « lo que es creado desde el principio », dice que « existia al principio el tiempo sin límites »; con este nombre se designa la unidad primitiva, el orígen de todos los seres. El tiempo sin límites, ó lo que es lo mismo, la eternidad, produce á *Ormuz*, ser puro y bueno por excelencia, que es la luz y la palabra creadora; y á *Arimano*, principio malo y tenebroso, autor del crímen y de la anarquía, y es la materia, sombra de los espíritus, así como *Ormuz* es el principio espiritual. »

El orígen del género humano, casi todos los pueblos lo explican de un mismo modo, desde los groenlandios,

que creen que el primer hombre salió de la tierra, y la mujer de su dedo pulgar, hasta los actuales secuaces de Moisés, que dicen que salió de la nada el primer hombre, y la mujer de una de sus costillas.

La historia de la humanidad siempre ha sido, es y será el efecto de las cualidades racionales, de la mayor ó menor elevacion de las razas que la componen en la atmósfera de la razon, en la escala del infinito positivo.

Una condicion igual en cierta cualidad de inteligencia, en un mismo segundo pudo hacer producir un pensamiento mismo á Schakespeare en Lóndres y á Lope de Vega en Madrid.

El naturalista M. Lesson encontró en Dory y en Waigui almohadas de madera esculpida, que representaban dos cabezas de esfinge análogas á las que se descubren en Egipto, pues comparando estas esculturas con las encontradas debajo de las cabezas de momias egipcias, y traidas á Paris, presentaron una similitud perfecta, de cuya coincidencia sacaron algunos partido para dar fuerza al dictámen de los que consideran la civilizacion de la India como orígen de la de Egipto, ni mas ni menos que de la oceánica. ¡Locura, todo locura!

En Paris, en el Cairo y en Dory, pueden tres artistas de identidad de talentos esculpir tres cabezas de esfinges completamente iguales, así como una condicion igual en cierta cualidad de inteligencia, en un mismo segundo pudo hacer producir un pensamiento mismo á Schakespeare en Lóndres y á Lope de Vega en Madrid.

Si las castas de hombres existentes se entremez-

clasen, encarnasen y fundiesen en una sola, la historia del linaje humano seria tan uniforme y tan general como lo fuese el tipo orgánico de los hombres.

Pero mientras las razas humanas permanezcan aisladas, gozando cada una del pedazo de territorio que las conquistó su arrojo ó que las asignó el destino, los anales de nuestra especie serán variados y melodramáticos, como todos los conocidos hasta nuestros dias.

Los pueblos anglo-teutónicos, que ocupan la parte septentrional y central de Europa, seguirán ensanchando sus familias por toda la haz de la tierra, con la insistencia que les da su orgullo, con el exclusivismo que les inspira su amor propio, y con la felicidad que siempre acompaña á la inteligencia.

Las naciones galo-célticas que hoy ocupan el antiguo mundo romano, constantemente arrastrarán su *medianía*, ora con gloria, ora con vituperio. Parlanchinas y vanidosas, nunca las importará representar el papel de primeras víctimas, con tal que se persuadan de que representan el primer papel.

Todos los pueblos ribereños de los dos mares contrapuestos de Asia, linfáticos y poltrones, siempre tendrán encorvada la cerviz, esperando el yugo que se les antoje imponerles á los selváticos y nerviosos montañeses del gran terraplen del Asia, los cuales, colgados sobre el mundo, parecen destinados por la Providencia á desplomarse sobre las civilizaciones baladíes, exterminando las generaciones raquíticas, é inoculándolas un nuevo gérmen de existencia y de virilidad.

Los isleños de la Oceania jamás levantarán el estandarte de la libertad y de la gloria, y siempre vencidos y nunca amados, vivirán hasta su final exterminio en una supeditacion perpétua, concretados á buscarse la felicidad, ya en la satisfaccion de sus limitadas ambiciones, ya en el saciamiento de sus pasiones ruincillas.

El resto de los americanos sin ventura no tardará en abandonar para siempre una patria que no era digna de cobijar tanta inocencia y tanta benignidad.

La raza negra, mientras exista el último de sus individuos, tendrán las almas generosas que lamentar en ella la crueldad y el orgullo de los hombres, y los rigores de un destino inexorable.

¿Cuál es, por último, la clave general de la historia?—El exámen de las cualidades subjetivas de las razas, el conocimiento del hombre, el mayor ó menor grado de la racionalizacion, el estudio del personalismo. — «Lo que sea el hombre será su historia.»

CAPITULO X.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.

¿Existe una ley histórica que rija universalmente el espíritu humano? Sí : existe la ley histórica del complemento de la personalidad, la emancipacion del individuo del mundo y de su especie, la libertad, el separatismo absoluto, el libre albedrío, la negacion de toda

ley, y por consiguiente, de todo fatalismo histórico. Buscar una ley de progreso, considerando á la humanidad en conjunto, es buscar una ley tan ciega como la de la gravitacion universal; es asesinar al género humano para levantar en honor suyo un monumento con su mismo cadáver; es borrar la historia por la historia.

—«No hay mas *unidad* histórica que la mas completa *desunidad.*»

Bossuet, desarrollando un pensamiento de S. Agustin, fué el primero que echó el cimiento de esa retrovision antiprogresiva y bárbara llamada «ciencia de la historia». Prescindiendo de todo cuanto divergia de su objeto, que eran las noventa y nueve centésimas partes de la tierra, violenta la historia para querer probar — «que todo lo que ha pasado en el mundo ha sido subordinado á la idea providencial de conservar la religion antes de Jesucristo, y de propagarla despues de su venida».— Aunque consintiéramos en localizar este principio en ciertos puntos del globo, para la continuacion de este tejido de Bossuet ya hace tiempo que va faltando la tela. Este pedagogismo providencial, en que se declara á la humanidad en un eterno pupilo conducido por la mano casi *materialmente* por la Providencia, es un sistema ateo que mata radicalmente el libre albedrío y que convierte á Dios en un ayo bastante descuidado.

Vico, en una obra que con razon llamó «Ciencia nueva», sistematizando con ingenio ese miopismo histórico de la multitud de los leyentes de historias, que no viendo nada eterno en el mundo, establece para los pue-

blos un círculo histórico fatal, en el cual el descenso sucede al ascenso, como la muerte á la vida, forjó un anillo con la parte de la historia que él sabia, y que desgraciadamente ya estaba roto cuando fué conocido por la Europa.

Vino Herder, y no vió otro móvil de las acciones humanas que las influencias exteriores, y aseguró — «que nuestra actividad espontánea es el desarrollo progresivo de la creacion orgánica». — Como ya habrá notado el lector, la *espontaneidad* de este progreso se parece bastante al movimiento voluntario del buque al cual el viento va empujando irremisiblemente.

Hegel, grande como el abismo, que es tanto mas grande cuanto mas profundo es, llama á la historia — «el desenvolvimiento universal del espíritu humano en el tiempo». — Despues de simplificar tan cómodamente el objeto de su análisis, amasando todos los personalismos en uno, suprime, con mas resolucion todavía que Bossuet, las Américas, el Africa, la Oceania y parte de Europa, y despues de escoger un teatro histórico á su gusto, asigna á la historia de la humanidad cuatro momentos: «Sustancialidad, particularidad, vuelta del espíritu sobre sí mismo, y unidad de la contradiccion.» — Nuevo anillo, aunque algo mas grande que el de Vico.

Dejo de explicar mas extensamente el sistema histórico filosófico de Hegel, porque cuando leo á este autor, la admiracion que me causa acaba por convertírseme en un gran dolor de cabeza.

La providencia entrometida de Bossuet, la razon es-

trecha de Vico, la retoñadora naturaleza de Herder, y la idea de Hegel, especie de paloma casera que va y vuelve, son los fundamentos de cuatro sistemas históricos de un fatalismo á cual mas inexorable. Tal *providencia*, tal *razon*, tal *naturaleza* y tal *idea*, parecen los genios guardianes de la barbarie, que armados de una espada invencible, como Dios á las aguas, le dicen al espíritu del progreso : — « No pasarás de aquí. »

Hay otros autores, aunque de un órden mas secundario, que tambien se han dedicado á buscar una ley, ó sea una *Filosofía de la historia*, por cuyo cauce se deslizasen las generaciones sin que se desbordase jamás ni una ola de su corriente.

Condorcet sostiene que la humanidad recorrerá una línea de perfeccion, cuyo término es inconjeturable, y que los hombres llegarán á descubrir con el trascurso de los siglos el secreto de la *inmortalidad*, ó cuando menos, adquirirán el conocimiento de los medios de prolongar *indefinidamente* su vida.—¡Buena esperanza para los desgraciados!

Schlegel cree que el hombre, decaido de su grandeza, de su perfeccion y de su lustre primitivo, tiende cada vez mas á reconquistarlos, y que la rehabilitacion del hombre depende del establecimiento del reino de Dios, cuya forma es la Iglesia. Hé aquí en resúmen su pensamiento :—«El rey, ejecutor de toda justicia divina, es responsable de sus acciones únicamente á Dios, y el dominio absoluto de los tres vicarios de la Divinidad, el padre, el sacerdote y el rey, constituyen toda la *Filosofía*

de la historia.» — Hay autores tan temerosos de que el hombre abuse de su libertad, que de buena gana le pondrian un Neron en cada esquina.

M. Hoene Wronski, propagador del *Mesianismo*, que no es otra cosa que el humanitarismo predicado por el Mesías, resume su filosofía de la historia en la intempestiva prediccion de que los czares de Rusia, esos Faraones modernos, regenerarán á la humanidad, conduciéndonos á unos absolutos de que Dios nos libre, rigiendo los altos destinos, contribuyendo directamente al progreso unitario, y formando la última asociacion de todas las razas eslavas, verdaderos egipcios de la Europa. El *Estado* y la *Iglesia*, que hasta ahora han sido insuficientes, se completarán por medio de un cetro con la empuñadura de tiara y él extremo de espada, formando los dos grandes *absolutos* de la tierra. Segun el modo eslavo de ver, ó mejor dicho, segun la inteligencia, mas india que alemana, de Hoene Wronski, estas cosas no las realiza el Occidente porque es *demasiado tarde*, y que el Oriente no las comprende porque es *demasiado pronto*. — Nosotros dejarémos de ocuparnos de todo esto, porque es *demasiado raro*.

En nuestros dias el conde A. Cieszkowzki, completando á su maestro Hegel, cree que el porvenir de la humanidad no será mas que — « la síntesis del paganismo y del cristianismo ». — ¿Dónde tendria este hegeliano los ojos para no ver que esta síntesis se halla efectuada desde que se ha formado el catolicismo?

En resúmen, si no fuera porque no entra en el plan

de estos apuntes, probaria con la historia en la mano que esa excision eterna de pueblos contra pueblos, que esas amalgamas de reyes contra aristocracias ó plebes, y de plebes contra reyes ó aristocracias, no son otra cosa que el sentimiento instintivo, vago, informulado, de la personalidad, que lucha incesantemente contra todas las tiranías de la naturaleza, de la especie y del estado. Si se exceptúan algunos pueblos del Asia, donde el vedantismo indiano, del cual son hijos legítimos los panteismos europeos, ha evaporado los entendimientos, convirtiendo á los hombres en una especie de hombres; la historia de los pueblos es una exfoliacion universal, que, á través de las guerras, de las formas políticas y de los saltos atrás que la hacen dar la ignorancia y la superstición, tendrá por resultado final el personalismo completo.

Regla general para juzgar de la política y de la historia : —« Todos los esfuerzos comunes que tienen por objeto un fin particular, son racionales. Todos los esfuerzos particulares que tienen por objeto un fin comun, son absurdos. »—¿Qué es hoy la historia humana? Cuatro momentos en la vida de la especie : el uno *fabuloso*, el otro *incierto*, el tercero *dudoso* y el cuarto *disputable*. Cuando lleguemos al quinto, se habrá olvidado el primero, y á la venida del sexto, el segundo se habrá borrado, y así sucesivamente. Nuestra inteligencia es incompleta, y el libro del tiempo es tan sumamente grande, que no nos cabe mas que una página de él en la cabeza.

Vosotros, tradicionicidas de oficio, piratas del mundo moral, que entrais á saco cuantas conquistas van haciendo la civilizacion, y á veces las religiones, ¿á qué es adelantarse á la obra de eterna demolicion llamada tiempo? A qué es derribar lo que por sí mismo se va á caer? ¿Porqué con tan leal iniquidad, al fiel que cree poseer un dogma le desengañais de que en realidad no posee mas que un cuento de moral inventado por algun fabulista fanático ó benévolo? ¿Qué nos importa que, así como la *Iliadá* y la *Odisea* se presume que sean la obra hereditaria de las rapsodias, los libros de algunas religiones parezcan ser fragmentos de epopeyas eternas, continuadas por sacerdocios inteligentes y anónimos? ¿A qué es convertir las ciencias en un campo de Agramante? Coged el compás mejor que el hacha, y construid, ahorrándoos el trabajo de demoler. En vez de gastar las fuerzas de unos titanes en pugilatos parciales, derribad de un solo capirotazo en una batalla campal los ejércitos imaginarios de todos los fanatismos y de todas las supersticiones. Buscad en la metafísica la gran fórmula *continente de todos los contenidos*, y todo lo que ella no mate se morirá. Nosotros, *desintegrando la creacion para integrar la personalidad*, creemos haber minado muchos monstruosos amasijos, levantados en honor de Dios y de los hombres por la respetable estultez de nuestros tatarabuelos.

No hemos cañoneado de frente los reductos donde guardan cuidadosamente el depósito de sus errores. ¡Dios nos libre! Atacar cara á cara esas bastillas del

progreso humano, es exponerse á ser llamados ingratos, irreverentes, y tal vez irreligiosos. Tengo un horror involuntario á las maldiciones de los viejos, y prefiero conllevarles el genio á sufrir los resultados de su mal humor. Hagámosles apasionarse de una idea universal, y despues que la adoren entrañablemente, ellos mismos irán descartando de sus cerebros las ideas particulares que, como la yedra al olmo, no se adapten á su pensamiento generador. El mejor modo de derribar los templos de los errores, es el de levantar al lado el de la verdad. Haced vosotros esto, que el tiempo hará lo demás.

Y volviendo á la historia, el tiempo, ese gran mitólogo, va cambiando las realidades en espectros, y los espectros en nada. El Cid y Guillermo Tell, héroes de época moderna, ya son símbolos, exactamente lo mismo que Orfeo y que Baco. El pasado anochece á medida que el porvenir alborea. Se cree que con la invencion de la imprenta, cantera inmensa de piedras miliarias con que se va acotando el trascurso del tiempo, se agrandará el horizonte histórico, hasta no perder ya nunca de vista la época de los patriarcas. ¡Ilusiones! Dentro de algunos siglos nuestros venideros hablarán de otros Orfeos y de otros Bacos, que harán brotar del seno de nuestros actuales amigos. Y los libros, se me objetará, ¿no serán unos testimonios eternos de certidumbre histórica? No. Los libros escritos en nuestros idiomas contemporáneos serán traducidos libremente á los idiomas venideros, y de estos á otros, y de aquellos á los de mas allá, hasta que de version en version, no conserven una

sola ideá primitiva, y entonces algun ateo histórico negará nuestras existencias, y añadiendo algun nombre al catálogo de otros sátiros ó de otros brujos, descargará á sus coetáneos del enorme peso de creer en nuestras innecesarias biografías.

Pero oigo á alguno de mis lectores que me dice: — «¿Y es este el premio de la virtud, del genio y de la gloria?» — ¡Pues qué! despues de lo que hemos dicho, ¿puede haber algunos de mis lectores que crean que la gloria, el genio y la virtud deban tener ningun fin en este mundo? ¡Adelante! Adelante! No demos importancia á esta parada que hacemos en el gran camino de la eternidad. Hagamos acopio de buenos recuerdos, y en alas de la virtud lleguemos sin remordimientos al término del viaje, á la gloria de nuestra perfecta personalizacion. Las cosechas sembradas en la tierra se cogen en el cielo.



LIBRO CUARTO.

DEL HOMBRE CONSIDERADO CON RELACION AL ESTADO.

Generalidades. Pasemos del hombre al ciudadano.

Explicadas las jerarquías comoslógicas, diferenciadas las castas humanas, vamos á clasificar las diferencias individuales, las mayores ó menores *cantidades* de inteligencia. Si quereis proseguir la marcha armoniosa del curso de la creacion en el espíritu, lo mismo que en la materia, «categorizad, categorizad, categorizad.»

El mejor de los estados será aquel en que se halle escrito á la puerta de todos los edificios públicos este principio de los sansimonianos : «A cada uno segun su capacidad, y á cada capacidad segun su mérito.»

En mi cualidad de apóstol de la democracia, aconsejo á todos los sacristanes de la demagogia que sigan esta regla equitativa; «cada uno en su lugar,» ni el imbécil proletario elevado á señor, ni el señor inteligente rebajado á proletario. En la region de la inteligencia, en la escala del infinito positivo, prescindiendo del nombre, siempre ha de haber mejores y peores, llámense dueños

y esclavos, señores ó siervos, amos ó criados. El proletariado de hoy es una esclavitud *natural*, así como la esclavitud de ayer era una especie de proletariado *oficial*. Premiad sin mezquindez á cada uno segun su capacidad; no temais ni las injusticias ni las usurpaciones, porque no las hay definitivas ni en la naturaleza ni en la historia; antiguos y mal llamados sacristanes de la demagogia son los Escipiones, los Brutos y los Publícolas de nuestros dias; mientras que hoy los descendientes de los Escipiones, los Brutos y los Publícolas son monaguillos de iglesia. Así como la personalidad está en razon directa de la inteligencia y de la moralidad, los privilegios racionales deben estar en razon de la personalidad. Mas si confundis lo incivilizable con lo civilizado, lo racionalmente alto con lo racionalmente bajo; si la identidad de la *calidad* os ha de arrastrar á la injusticia de considerar como indiferentes las diferentes *cantidades* de inteligencia; si una igualdad imposible ha de ser el ídolo de vuestras adoraciones, ¡ejércitos de la demagogia, armas á la funerala! ¡Vuestro Dios ha muerto!

Por otra parte, yo quisiera que este libro fuese la certificacion de haber llegado el género humano á su mayor edad. El *todo es uno* de los panteistas aplicado al estado, la absorcion de la unidad individual por la totalidad social, es anularse físicamente para realizarse en abstracto, es morir en persona para vivir en especie.

Dios *hace* al hombre. El hombre se *deshace*. Vamos á *rehacerlo*.

¡Que llegue el dia de la pascua de la verdad! ¡Caiga de una vez la bastilla de todas las libertades humanas! Romped todas las esclusas que interrumpen el curso de la creacion, que es la precisacion de todo lo individual, la lucha entre el centripetismo y el centrifugismo, la gravitacion con que el todo pasa, «desde la gran copulacion hasta la última disyuncion.» Desportillad, desportillad todas las exclusas que se oponen á la expansion de todas las libertades lícitas; no nos condeneis á la esterilidad por temor á un exceso de fecundacion. ¡Vengan las inundaciones morales! La virtud nunca naufraga en masa. Mas no importa; si vosotros no abris las esclusas, el torrente se las llevará. Vemos vuestras eternas tentativas para hacer retroceder á la creacion en su obra de libertad con una profunda lástima y con esta consoladora esperanza: «La humanidad, no solo se salvará por sí misma, sino á pesar de sí misma.»

SECCION PRIMERA.

Política.

-oo-

CAPITULO PRIMERO.

¿QUÉ ES EL ESTADO?

El objeto de la familia es completar al individuo, y el del estado es completar la familia. La naturaleza, lo mismo la exterior que la interna, así en su seccion física como en su trayecto moral, tiende á hacer general lo universal, y particular lo general. Así pues el estado, sea popular ó despótico, que como principio absoluto pospone lo particular á lo general, absorbiendo al individuo, sacrificándolo al Moloch invisible y siempre insaciable de la comunidad, da un salto atrás en la marcha de la civilizacion, cae en un retroceso, comete un naturalicidio.

El estado es una caja de cambio, donde se impone un deber y se recoge un derecho equivalente. Unos imponen su hacienda, otros su sangre, otros su inteligencia, y todos reciben á trueque poder, honor y seguridad. Es además el estado el depositario de todas las fuerzas vitales que, como excedentes, entrega la virtud perso-

nal, cuyas fuerzas se reparten al pormenor para complementar al ser individual.

La grandeza de un estado debe estar representada por la grandeza de cada uno de sus miembros. Ese gran anónimo llamado *patria* es el dios Jagrenat, que bajo las ruedas de su carro suele triturar lo mas ilustre que descuella en el mundo por su valor, su virtud y su inteligencia. Los patriotas, sangrientos sacerdotes de una divinidad imaginaria, son los místicos de la profanidad, crean un ídolo de un sueño, y adoran su propia demencia; sacrifican mil entes reales ante un fantasma implacable; por respetar una creacion, hija desordenada de la fiebre, anulan la naturaleza, que es la encarnacion armonizada de Dios. Este patriotismo es una refinada inhumanidad; es posponer la personalidad inmediata á una incógnita perpétua; es hacer mil seres abyectos para constituir un *nadie* glorioso.

La vida pública solo tiene de verdad, solo tiene de natural lo que refleja de individual, de doméstico, de interesante, de poético, de *íntimo*. Todo lo colectivo, que anula lo personal, es un panteismo material, es la confusion de los elementos, es el cáos.

El despotismo, absorcion en uno solo de todas las personalidades sociales, es un fetiquismo grosero, una idolatría brutal; en este caso el estado, en vez de ser, como debe, la extension de nuestro propio organismo, nos constituye á nosotros en parte del organismo de un gran gigante de carne. El poder en tanto es natural, en cuanto no es una reduccion, sino una ampliacion

de nuestras facultades intelectuales, físicas y morales.

Se crea un poder público para que sea el representante personal de cada individuo en particular, para evitar que un déspota haga de una nacion una *comunidad*, ó una oligarquía demagógica constituya una nacion en un *comunismo*. Estas nivelaciones bárbaras de todas las aristocracias conquistadas con el trabajo, con la virtud y con la inteligencia, hecha, ya por la *comunidad* del despotismo, ya por el *comunismo* de la democracia, es la negacion de la personalidad, es la apostasía de la libertad, de la virtud, de la inteligencia y de la naturaleza. Así como la ignorancia es una barbarie natural, todo comunismo es una barbarie oficial.

No he pensado si esta máxima será demasiado revolucionaria, pero creo que «casi todas las organizaciones sociales son unas *negrerías de blancos*».

Por una eterna preocupacion, hasta ahora las sociedades se han organizado sobre la base de una negacion, de un misticismo político, de una evaporacion panteística, de una ficcion que se llama *pro-comunismo*. Desde aquí en adelante es menester fundarlas sobre la realidad de la personalidad, la obra mas concreta de Dios, sobre una verdad que se llame *pro-individualismo*.

¿Cuál debe ser la norma de todas las instituciones humanas?—«¿Cada uno para todos? No señor; todos para cada uno.»

CAPITULO II.

FORMAS DE GOBIERNO.

Las formas políticas influyen en la esencia de la justicia lo que influyen en los legisladores los trajes con que se visten : nada; es un modo de andar vestido como cualquier otro.

El despotismo del Miramamolin de Marruécos y la democracia de Robespierre, el fisgonamiento inquisitorial de la casa de Austria y las infames delaciones del tiempo de los Césares, la venalidad del gran Perícles y la corrupcion del actual constitucionalismo, no son mas que diferentes maneras de vestirse. Poniendo á Perícles un frac moderno, á Augusto el birrete de Felipe II, y á Robespierre un turbante morisco, tendriamos las mismas personas con diferentes trajes, iguales vicios con distintas formas.

Existen en el mundo seis formas de gobierno : el de *familia*, el de *tribu*, el *republicano*, el *despótico*, el *monárquico* y el *teocrático*. La familia es á las sociedades políticas lo que la unidad es á una cantidad cualquiera. Una coleccion de *familias* constituye la tribu, una coleccion de *tribus* componen la *monarquía* ó la *república*, y una asociacion de repúblicas ó monarquías forman la *federacion*.

Empezarémos por la infancia social.

CAPITULO III.

GOBIERNO DE FAMILIA.

El gobierno de *familia* es el *derecho divino* aplicado á las relaciones humanas. El padre siempre es jefe, aunque el padre sea un Perico Fernandez. Por grande que sea la trivialidad del jefe, no hay ningun súbdito digno por su mérito de sustituir al padre.

El círculo de la familia es el círculo de la personalidad, el horizonte en que se explayan todas nuestras facultades físicas y morales.

El gobierno de *familia privado* ha sido, es y será la base de todas las sociedades, pasadas, presentes y futuras.

La familia es el centro y la circunferencia de todos los círculos sociales.

El gobierno de *familia público* solo existe entre los pobres habitantes de algunas islas, entre los negros del interior del Africa, y entre los salvajes de América y de la Nueva Holanda.

El amor de la familia es la primera gravitacion afectiva con que nace nuestro corazon, y la última con que muere.

La familia es el campo en que eternamente prevalecen las flores sembradas por el amor, y donde perpétuamente dejan de fructificar las semillas arrojadas por la ambicion.

El gobierno de familia es el único pacto humano que es indisoluble, porque es el único que hemos traido del seno de la Divinidad.

Excluyendo la familia, todos los demás modos sociales de existir son arbitrarios y convencionales. El gobierno de familia es hijo de la naturaleza; ella lo protege mientras vive, y ella recoge su último suspiro.

CAPITULO IV.

GOBIERNO DE TRIBU.

Los gobiernos de *tribus* son las *briganterías* de la humanidad. Su orígen es la *ambicion* de un aventurero, su razon el *derecho de la fuerza*, y su objeto el avasallamiento y la *usurpacion*. Las tribus son como los rayos; aquellas equilibran la fuerza viril, como estos el fluido eléctrico.

Si es cierto que la sangre se hace vieja, las tribus son fábricas de sangre nueva.

Estas asociaciones tumultuosas suelen ser pilas magnéticas que resucitan las naciones adormecidas ó muertas. Alarico, Atila, Mahomet, Gengiscan y Tamerlan entre los bárbaros; y Josué, Ciro, Alejandro, Godofredo, Hernan Cortés, verdaderos jefes de tribus, han galvanizado el mundo é inoculado la vida en pueblos adormecidos ó muertos. Si fuéramos capaces de un pensamiento tan material, diriamos que estos sangradores de

razas, con sus cruentas devastaciones alivian de sangre enferma á las naciones pletorizadas por la intemperancia y el sedentarismo.

El gobierno de *tribu* nace de un golpe, y de un golpe muere; nace á impulso de un soplo del despotismo, y de una puñalada lo mata la anarquía. El soplo del despotismo es el aliento de un gran carácter, de una enérgica subjetividad, de un ser que ocupa un alto puesto en la escala del infinito positivo. Mas cuando por virtud de un puñal ó de un vaso de Siracusa desaparece la gran subjetividad, muere Alejandro, acaba el despotismo, y empieza el cáos.

CAPITULO V.

REPÚBLICA.

La república es la madre y el verdugo de todas las virtudes y de todos los vicios. Como Roma arrojaba al circo gladiadores para que se destrozasen mútuamente, la república abre liza á todas las reputaciones para que recíprocamente se exterminen.

La república absorbe al mérito, cuando el mérito no es tan grande que absorbe á la república.

Este gobierno es como los planetas; para recorrer su órbita armónicamente necesita un concurso igual de fuerzas centrífugas y centrípetas.

La rivalidad, el vaiven, la lucha, son la virilidad de

las repúblicas; la tranquilidad, el órden, la atonía, son la aurora del despotismo.

La salud de las repúblicas es una fiebre remitente.

Las repúblicas son sublimes concepciones malogradas; las engendra la fraternidad, las amamanta la anarquía, y el despotismo las ahoga.

La república es el verdadero espejo de la plebe; en ningun otro cristal se ve ni mas ignorante, ni mas abyecta, ni mas desventurada.

Al populacho le agrada la república por la misma razon que á las fieras no les gusta la jaula.

La plebe no tiene mas que dos sentimientos públicos, el entusiasmo y la envidia: se eleva el genio, y aplaude; cae la virtud, y aplaude tambien. Lo regular no suele ser tan popular como lo extravagante; el drama y la república tienen mas fervientes admiradores que el monarquismo y la comedia clásica.

Si el despotismo tiene el defecto de que á los hombres de talento los rebaja hasta confundirlos con los asnos, la república tiene la contra de que á los asnos suele elevarlos hasta igualarlos con los hombres de talento. Si en una monarquía para hacer feliz al pueblo se necesitan cien grados de ingenio, en una república se necesitan cien mil.

CAPITULO VI.

DESPOTISMO.

Los estados *despóticos* son unos lagos muertos, donde no se reflejan mas objetos que la imágen del soberano. Estos gobiernos se hallan perfectamente descritos con esta expresion de Luis XIV : «El estado soy yo.»

En los gobiernos despóticos el pueblo no es pueblo, es una turba ; los hombres son muñecos de resorte, y el déspota un titiritero que les hace moverse por necesidad ó por antojo. Así es que un estado despótico es un gran templo donde no hay altares mas que para un ídolo, y el talento que mas se eleva en él, se eleva á lo mas hasta las suelas de los zapatos del soberano, donde ó se ensucia ó se aplasta.

En los demás gobiernos solo lo que no es regular es subversivo ; en el despótico es subversivo todo cuanto no agrada al soberano. La ley es el déspota, y todas cuantas cabezas no piensan como el déspota están fuera de la ley. Cuando el soberano es activo, sensible é inteligente, una nacion esclava suele ser mas inteligente, mas sensible y mas activa que todas las naciones libres. Mas cuando el déspota es poltron, imbécil y perverso, entonces la nacion es incomparablemente inepta, desidiosa y abominable.

Las malas cualidades de los gobiernos despóticos tienen el mismo orígen que las cualidades buenas.

Es una suerte para un pueblo esclavo participar infaliblemente de la grandeza de alma de su jefe ; mas es muy triste que cuando este jefe adolece de jaqueca, infaliblemente la padezca tambien toda la nacion.

CAPITULO VII.

MONARQUÍA.

Desde la *monarquía* representativa hasta la monarquía absoluta hay un sinnúmero de combinaciones, á cuyo conjunto han dado en llamarle ciencia política, y que mas bien se podria llamar ciencia de los ociosos.

Dos ó tres ruedas fundadas sobre la razon y la sinceridad bastaban para hacer un excelente taller legislativo ; y los poetas de la política, añadiendo resortes á resortes, han inventado unas fábricas de leyes tan laberínticas y caprichosas, que se necesita una larga vida, el talento de un oficinista y la paciencia de un archivero para llegar á conocer todas las máquinas de la máquina, y luego las máquinas de las máquinas, para hacer ó recomponer la máquina.

En los gobiernos mixtos las instituciones políticas deben estar basadas sobre la *buena fe*. El fundar un sistema sobre la *desconfianza* es como elevar un edificio en medio de un lago hediondo, que no podrá ser arruinado por un incendiario, mas que siempre estará plagado de reptiles inmundos. La desconfianza en una asociacion

política es una copa de veneno introducida en medio de un festin de hermanos.

El derecho divino, la unidad y la fuerza del despotismo, la soberanía nacional, la igualdad y la libertad de la república, son los principales ingredientes con que los drogueros de la política componen sus recetas monárquico-representativas. La ciencia política todavía no ha hallado el secreto de asociar estos principios sin esterilizar su primitiva fecundidad. Así es que en los gobiernos mixtos el rey, que se llama rey por la gracia de Dios y de los hombres, acostumbra á serlo contra la voluntad de los hombres y de Dios; la unidad y la fuerza suelen hallarse enervadas por una representacion pasiva; la igualdad la bastardean la intriga y el demonio de la envidia, y la libertad política frecuentemente tiene por cimiento el despotismo civil.

La química político-constitucional todavía no ha podido confeccionar un condimento apetitoso para todos los paladares: á unos les repugna la unidad y la fuerza del despotismo, y á otros les causa náuseas la igualdad y la libertad de la república.

Un rey constitucional ni es un hombre ni es un nombre.

El gobierno monárquico-representativo es un mercado público donde las garantías se arrebatan, se adquieren ó se venden, regateándolas por adarmes.

Para estos tratantes recelosos la balanza política no ha de ser balanza, ha de ser un travesaño sin eje; si la balanza se inclina una línea hácia el lado de la demo-

cracia, ¡usurpacion! Si desciende un ápice por la parte del monarquismo, ¡tiranía!

Esto parece un juego de niños mal educados, y lo que es peor, de niños de muy mala índole.

Los gobiernos monárquico-representativos son gobiernos de transaccion; cuando una transaccion se hace con recelo mútuo, no se hace mas que sustituir la guerra estentórea por una guerra sorda. Sin confianza recíproca no puede haber transacciones verdaderamente honradas. Del recelo no pueden emanar mas que pequeñeces; de la abnegacion suelen derivarse las cosas mas grandes. El recelo mútuo suele reportar mas infelicidad y mas inconvenientes que el mútuo engaño. El gobierno monárquico-constitucional fundado sobre el recelo es un gobierno de engañifas, es un garito público; el mismo gobierno basado sobre la confianza puede ser el mejor de los gobiernos.

CAPITULO VIII.

TEOCRACIA.

El gobierno *teocrático* es la tiranía de la imaginacion. El poder religioso es tan inmenso como nuestras preocupaciones. Los ejércitos de la teocracia son ángeles invisibles, sus armas los rayos del cielo, sus delatores las conciencias de los mismos réprobos, sus promesas toda una eternidad de delicias, y sus amenazas

toda una perpetuidad de dolores. Los pontífices, al empezar diciendo «En el nombre de Dios...», empiezan declarando sus primeros vasallos á los príncipes de la tierra. Para que no se vea nada superior á ellos, los pontífices ciegan los entendimientos con el velo de la fe.

Los representantes de la teocracia son los grandes magnetizadores de la humanidad; para aquietar á los pueblos los sonambulizan, y para educarlos les hacen repetir magnetizados los preceptos de la moral.

Lutero ha sido el Franklin de las teocracias. El último fuego celeste disparado por los pontífices de la tierra vendrá á caer inofensivamente en el para-rayos del libre *exámen*.

Dentro de algun tiempo, los japoneses para obedecer al Dairi, y los indo-chinos para acatar los decretos del gran Lama, harán lo que hacen ya casi todos los reyes católicos para cumplir las órdenes del Papa : un balance general de pérdidas y ganancias. El pase que muchos príncipes cristianos suelen poner á los mandatos del Pontífice no es mas que el resultado de un balance provechoso.

Cuando perezcan las actuales teocracias, surgirán otras teocracias nuevas. La aprension es inherente á nuestra naturaleza, y la teocracia es inherente á nuestra aprension.

CAPITULO IX.

¿QUÉ FORMA DE GOBIERNO ES LA MEJOR?

Hay pueblos que en muy corto espacio de tiempo han recorrido el círculo de todas las formas de gobierno, y en ninguna han encontrado la estabilidad y la ventura.

Y es porque la ventura y la estabilidad pueden no hallarse en ninguna forma de gobierno, y pueden encontrarse en todas. El buen gobierno muchas veces es como la felicidad : ó existe en nosotros, ó no existe en el mundo; es orgánico en algunas razas, como en algunos hombres la felicidad.

La organizacion no la suplen las instituciones, y solo es constitucional en la sociedad lo que es constitucional en la naturaleza; por eso las costumbres son constituciones tácitas. Cien constituciones buenas no equivalen á una costumbre mediana. Las constituciones se escriben por temor de que se olviden, y lo que hay temor de que se olvide, es porque existe recelo de que no se debe aprender.

Existe algun pueblo en el mundo que ha hecho una revolucion casi anual, y á cada revolucion se ha decretado una nueva constitucion. Esto es lo mismo que pretender curar á un febrífugo con aplicaciones epidérmicas.

La fuerza y la justicia son el Hércules y la Astrea de las condiciones de un gobierno. Estas dos estatuas, sím-

bolos de la energía y de la belleza moral cumplidas, son las que mas adornan los palacios de los soberanos.

No hay buenas instituciones con hombres malos, ni malas instituciones con hombres buenos. Las formas de gobierno son á los hombres lo que una espada es al brazo que la maneja. El hierro que en manos de Saladino defendia la independencia y la benignidad, en manos de muchos príncipes cristianos defendió la crueldad y la opresion.

Todas las formas de gobierno son buenas, justas y naturales. Y una prueba de que las formas políticas no influyen nada en la esencia de la justicia es que Agatócles, tirano de Siracusa, fué un socialista, que decretó la abolicion de las deudas y el repartimiento de las tierras por igual entre los pobres y los ricos; y que mas libertad gozaban los macedonios sujetos á sus reyes, que la mayor parte de las decantadas repúblicas de Grecia.

Lo mismo en el gobierno absoluto, que en el monárquico, que en el constitucional, que en el republicano, se puede obedecer ó contrariar la bondad, la justicia y la naturaleza. Bajo cualquier forma que sea, todos los gobiernos pueden ser buenos ó pueden ser malos, en la inteligencia que considerándolos en abstracto, y comparando sus inconvenientes y sus bondades, á ninguno de ellos especialmente se le pueden aplicar los epítetos de mejor ni peor.

CAPITULO X.

PORVENIR DE LAS FORMAS DE GOBIERNO.

Los hombres, segun la mayor ó menor *cantidad* de su inteligencia, se dividen en tres clases : *vulgares*, *discretos* y *notables*. Los primeros, por ley natural, han nacido para obedecer, los segundos para obedecer ó mandar en puestos subalternos, y los terceros para mandar en primer término.

Si en una nacion de hombres *vulgares* no hubiese mas que uno *discreto*, la dominaria indudablemente; si en una sociedad de hombres *discretos* no hubiese mas que uno *notable*, indudablemente la dominaria tambien.

No recuerdo quién dice, y con razon, que— «basta un solo héroe entre esclavos para hacerlos hombres libres».

Las organizaciones privilegiadas, las personalidades robustas, las inteligencias superiores, es ley del cielo que han de hacer sentir siempre la fuerza de su carácter, si los suben al poder contra la muchedumbre, si los confinan á la muchedumbre contra el poder. Estos hombres notables son rebeldes-natos: ó han de acaudillar las masas contra los ejércitos, ó han de mandar los ejércitos contra las masas.

Mueren cada minuto mas de cien hombres *vulgares*, de esas naturalezas exiguas, de esas personalidades ruines, de esas inteligencias que casi tocan, por lo mez-

quinas, en el instinto, en la escala del infinito *negativo*, é históricamente el género humano no se apercibe siquiera de este torrente de vidas que se extinguen. Caen hombres medianos, inteligencias notables, pero no superiores, como Pómpeyo y Robespierre, y les sustituyen, al primero sus hijos, y al segundo cualquiera. Pero faltan Alejandro, César, Gengiskan, Tamerlan y Napoleon, los tipos de las personalidades supremas, de las inteligencias de primer órden, de esas subjetividades que casi llegan á la cumbre del infinito *positivo*, y el mundo entero gime de pena ó se estremece de alegría; las sociedades se disuelven y las civilizaciones cambian de rumbo.

En los oleajes de la humanidad los hombres de inteligencia vulgar, de conciencia aun semi-personal, son las gotas de agua que forman los oleajes mismos; los hombres *medianos* son los diques, que á veces contienen las olas, y á veces no las contienen; y los hombres *grandes* son siempre el principio ó fin de las oscilaciones de este animado océano.

Por ejemplo, entre los grandes hombres, en el órden moral, Moisés echa los cimientos de una filosofía que solo Dios mismo pudo perfeccionar; las voluptuosas huríes de Mahoma usurpan la mitad de la tierra á las pudorosas virtudes cristianas; Carlomagno catoliza el cristianismo, y Lutero descristianiza el catolicismo.

En el órden intelectual, Homero fija el tipo de la perfecta idealidad, Platon inficiona la humanidad de un *iluminismo*, cuyo último rayo se extinguirá el último dia

del mundo; Cervántes, en su *Quijote*, hizo el epitafio mas impío de la edad caballeresca y la introduccion mas sublime de la civilizacion moderna.

En el órden político, los grandes hombres parece que han convertido la suerte de la humanidad en un gran partido de pelota. Baco, Jérges, Alejandro, Aníbal, Escipion, los Césares, Atila, Mahoma, Carlomagno, los cruzados y Saladino, han arrojado respectivamente, ya la Europa sobre el Asia, ya el Asia sobre la Europa; Alarico, Gengiskan y los sectarios de Alá han revuelto el viejo hemisferio; Colon echó el antiguo mundo sobre el nuevo, y Washington reaccionó el mundo nuevo sobre el viejo. Por último, Napoleon afrancesó la Europa, inoculándola la sangre activa, versátil y entusiasta de los antiguos galos.

Lo mismo en el órden moral, que en el intelectual, que en el político, cada grande hombre es una palanca de Arquímedes.

Los buenos talentos son los émbolos por medio de los cuales el Dios del poder, cuando quiere, sube hasta el cielo el fondo de los mares. Toda la dificultad de un gobierno que pretende hacerse *estable* consiste en arbitrar medios de asociarse los grandes temperamentos, que en el mundo son muy pocos; y el que aspire á la gloria de fundar un gobierno estable, debe cuidar que sus instituciones estén dotadas de un perpétuo movimiento de *absorcion*, por medio del cual se puede asociar las subjetividades enérgicas, las inteligencias superiores, los espíritus dominantes.

Así, el porvenir de las formas de gobierno es un cáos que nunca se desentrañará, y que por fortuna no importa mucho desentrañar. Las formas de gobierno componen un círculo, el cual los pueblos recorren dandó vueltas en línea espiral, desde el centro á la circunferencia, y desde la circunferencia al centro; desde el absolutismo á la democracia, y desde la democracia al absolutismo. La mayor parte de las veces las formas de gobierno son mas ó menos constreñidas, mas ó menos laxas, por la misma razon que los trajes de las damas son mas ó menos estrechos, mas ó menos anchos, porque así lo exige la moda. Lo mismo en la region moral que en la atmósfera física, las epidemias reinan periódicamente.

Los cóleras políticos son las pestes mas contagiosas y mas mortíferas de todas. Así es que no hay conmocion política, por absurda que sea, que no contamine un gran número de cabezas esparcidas por el orbe.

Cuando estalla una tempestad, la naturaleza busca su equilibrio. Cuando una nacion se agita, es porque las satisfacciones y necesidades sociales están desequilibradas. Cuando un gobierno cae, es una necedad tenerle compasion; debia caer. Un gobierno es menester que se halle dotado de bastante inteligencia para satisfacer la mayor parte de las necesidades sociales, y de bastante fuerza para sofocar toda conmocion producida por las necesidades sociales que no alcance á satisfacer.

El porvenir de las formas de los gobiernos es tan eventual como el porvenir de su civilizacion.

En el estado actual del mundo, en los países en que

hay castas diferentes, una dominante y las demás dominadas, las formas de gobierno que mas naturalmente existen son, ó unas repúblicas oligárquicas, como Aténas, Roma, Venecia y Florencia, ó unas oligarquías monárquicas, como Inglaterra y el imperio germánico. Si la raza es uniforme y enérgica, entonces se establecen repúblicas, como la helvética y la de los Estados-Unidos. Si la raza es mediocre, se forman entonces repúblicas inconsistentes, como casi todos los estados de América de orígen español, en las cuales un hombre superior los absorbe y tiraniza, ya llamándose presidente, como Rosas, ya titulándose emperador, como Bolívar. La nacion galo-franca, á pesar de ser constituida en su mayoría por una raza de organizacion notable, participa de todos los defectos inherentes á las cualidades de que carece. Con su excesiva vanidad, se exalta hasta el mas alto punto de emulacion á la voz de quien la gobierna, y con su gran instinto imitativo, parodia las grandezas y las pequeñeces del que la sabe mandar. Cada jefe de la Francia es un daguerreotipo de la Francia misma. La historia de las costumbres, de los sentimientos y de las ideas de la Francia, se puede leer en compendio en las biografías de las costumbres, de los sentimientos y de las ideas de sus reyes. Así es que esta nacion es grande con Carlomagno, tacaña con Luis XI, caballerosa con Francisco I, inteligente y espléndida con Luis XIV, sanguinaria con Robespierre, arrojada hasta la locura con Napoleon, y prudente hasta la pusilanimidad con Luis Felipe.

Si una nacion como la española se compone de castas

antitéticas por su organizacion, entonces su historia es una representacion teatral llena de peripecias. La energía y la debilidad, la dignidad y la anarquía, la inteligencia y la ignorancia, son personajes que siempre salen al escenario, aunque salen cuando menos se les espera. La historia de España es una comedia de capa y espada, donde las bufonadas del sainete se hallan mezcladas con los terrores de la tragedia, y en la cual siempre son complicados los enredos, y siempre los desenlaces son inesperados.

El imperio de Austria, cuyas provincias no están obligadas á formar nacion, como las de España, por una ley topográfica; despues de sacudir el aletargamiento moral en que las tiene magnetizadas una política diestrísima, como las aves, que despues de haber sido todas alimentadas al calor del seno de una misma madre, vuelan, creándose cada una su existencia individual; así cada raza del imperio austriaco concluirá por constituirse en una nacionalidad independiente, estableciendo un gobierno en completa armonía con sus inclinaciones y sus necesidades. Entre los negros, que truecan por baratijas á sus semejantes, y los anglo-sajones, que proclaman la independencia del género humano, están todas las *gradaciones* políticas, guardando una constante adaptacion con las respectivas gradaciones orgánicas, con su estado de civilizacion, con el barómetro de su personalidad. Prescindiendo de los accidentes que produce el instinto de imitacion, las formas de gobierno emanan tan natural y espontáneamente del estado de cultura de las razas,

como las costumbres, la manera de hablar, etc., etc.

En el inmenso territorio que ocupan las tres razas primordiales, *negra, cobriza* y *amarilla*, y las mezclas que se derivan de ellas, no hay un solo país donde exista un gobierno tolerable: ó es la república de las fieras, donde triunfa el que mas puede, ó es la monarquía del leon, que vence porque puede mas. Por último, ó el gobierno es la muleta de las individualidades inválidas, ó es un huésped incómodo, cuya presencia nos molesta. En consecuencia, el gobierno debe abstenerse de ser un tutor necio de quien *no lo necesita*, para consagrarse al amparo de quien *lo ha de menester*. Cuanto mas se personaliza el hombre, cuanto mas se eleva en virtud, en riqueza y en cultura, mas procura sacudir las trabas del barbarismo de lo comun. Así, á medida que el hombre se individualiza mas, se va debilitando sobre él la presion gubernamental; entonces, cuando el individuo llega á su complemento, arroja la muleta por inútil.

Por eso las formas de gobierno se irán adaptando á los progresos sociales, y cuantas mas emancipaciones individuales vaya haciendo la civilizacion, menos impertinente se irá haciendo el fiscalismo de ese fantasma innominado que á veces parece que se derrama hasta en la atmósfera para intervenir con el mayor cuidado el aire que respiramos.

Al advenimiento del personalismo absoluto, es decir, acaso nunca, cuando no se diga *la especie humana*, sino *los hombres*, no se tendrá mas gobierno que el cuidado de que no lo haya; la representacion de la comunidad,

ese anónimo público, se disipará por sí mismo como un sueño; la tutela oficial será relegada al panteon histórico de las instituciones bárbaras. Del personalismo absoluto naceria la negacion completa del gobierno, que seria la *anarquía perfecta;* en una palabra, el *órden supremo.*

CAPITULO XI.

¿DÓNDE RESIDE LA SOBERANÍA?

La soberanía fundada exclusivamente en el derecho divino, que no es mas que el prestigio de la tradicion, es una usurpacion de todo lo individual, de todo lo inteligente, de todo lo divino. Es una abdicacion de la libertad, una protesta contra el libre albedrío, una negacion de la personalidad; es detestar contra el objeto de la *naturaleza*, es dejar inútil la obra de Dios.

Por otra parte, esta barbarie de *arriba*, legalizada en cierto modo por el consentimiento de nuestros antepasados, es menos feroz, menos ciega, menos desconcertada que la soberanía emanada del sufragio universal ilimitado, de esa barbarie de *abajo*.

La soberanía de la democracia tiene por base el sufragio ilimitado, el voto universal, que es rebajar el pueblo á la plebe, ó subir la plebe al pueblo; es entregar la propiedad á las gentes sin hogar, es degradar la inteligencia hasta la imbecilidad, es rebajar una escala en el reino natural al reino humano.

Para nosotros, donde se extingue el postrer rasgo del carácter de la personalidad, donde se apaga el último rayo del sol de la cultura, concluye la aptitud para ejercer derechos.

Los demócratas, sin duda por una expansion de mal entendida benevolencia, se empeñan en suponer razon en todos aquellos para quienes la bibliografía es una ociosidad y el pensamiento una carga.

Nuestra soberanía empieza en la aurora de la inteligencia, en el principio de la ascension de las almas hácia un infinito *positivo*. Proclamar la universalidad del sufragio es empeñarse en suponer luz en la noche del pensamiento, es querer elevar á verdad el infinito *negativo*.

Los demócratas nos quieren hacer á todos iguales ante la *ley*, truncando el sentido de este principio antiguo, que solo quiere decir iguales ante la justicia.

¿Sabeis, hijos de la civilizacion, quién es esa plebe, ese vulgo, al cual quieren dar los mismos derechos que á vosotros, que á la mesocracia, que al verdadero pueblo, que es la centésima parte de la poblacion, depositaria de todas las tradiciones elevadas, contemporánea de todas las edades, que discute diariamente con todos los sábios del mundo, que es la poseedora, y por lo tanto la única y legal administradora de su riqueza, de su propiedad y de su industria? Pues esa plebe, ese vulgo es el mismo que en Esparta se llamaba siervo, esclavo en Aténas, en Roma y en la edad media; es el mismo proletarismo que la mesocracia moderna, como una

consecuencia de su ilustracion, como una emanacion de su carácter, lo ha elevado á *persona*, siendo así que la antigüedad, en todos los siglos y civilizaciones, sin excepcion de monarquías ni repúblicas, únicamente lo ha considerado como *cosa*.

En la especie humana todo lo que no es inteligente es una especie de sub-género.

La universalidad del sufragio es constituir en directores del estado el idiotismo y la inercia de la demagogia, que, como el plomo hácia la tierra, gravita hácia la barbarie.

El sufragio universal es sepultar el espíritu bajo el peso de la carne, es sustituir á un público noble por su personalidad, por un número de entidades anónimas; es la mutilacion del pueblo que lee, que escribe, que piensa y que juzga; es la hecatombe de todas las aristocracias conquistadas con el trabajo, con la virtud y con la inteligencia.

Nosotros excluimos de la confeccion de las leyes á todos los huérfanos de la inteligencia, y eso que sabemos, tal vez mucho mejor que los utopistas sociales, que nuestro deber es trabajar, y trabajar incesantemente, hasta elevar á la personalidad, á esa especie de transfiguracion moral, á la pobre plebe que trabaja y sufre. Pero en vez de sacarla del fondo de su noche, produciendo eclipses en el sol de la civilizacion, preferimos llevar á sus antros la luz, y con la luz el derecho. Queremos que la inteligencia se ponga al servicio de la ignorancia; lo que no podemos autorizar, es que la igno-

rancia tenga los mismos fueros que la inteligencia. Lo que de arriba abajo puede ser *rocío*, de abajo arriba se convierte en *cieno*.

Resumiendo : «El hombre es tanto mas hombre cuanto mas piensa.» — En consecuencia, esas tres palabras de *libertad*, *igualdad* y *fraternidad*, tan en moda hace algun tiempo, son tres palabras adorables, que por ser mal entendidas van significando tres abominaciones. Por eso es menester explicarlas. Acometamos de frente esa ciudadela del error, donde se parapetan los pseudo–filántropos, los falsos patriotas y los mentidos liberales, y rompamos esa bandera donde están escritas las palabras *libertad*, *igualdad*, *fraternidad ;* consigna que desde la revolucion francesa está siendo la enseña de una *libertad* que es la mas soez de las tiranías, de una *igualdad* que es una hedionda mescolanza, y de una *fraternidad* que es el apoteósis del cainismo.

Yo quiero la *libertad* gradual y absoluta de todo lo inteligente, de todo lo *personal*. ¿Nacen entre los posos sociales Cincinato, Jimenez de Cisneros ó Campomanes? Pues abridles paso para que asciendan á la superficie, ó por mejor decir, no os molesteis en hacerles lugar, pues ellos subirán, á pesar vuestro, llámese el estado república, despotismo ó monarquía. Con respecto á la libertad, sin mas que no tomándose la molestia de tiranizar, trabajo que nadie se toma, porque es demasiado incómodo, inverosímil y anti-natural ; la libertad gradual y absoluta de todo lo inteligente, de todo lo personal, es un hecho instintivo, espontáneo, universal. Cada uno,

segun su *capacidad*, asciende, á veces lenta, pero siempre irremediablemente, hasta subir al grado del termómetro social donde se halla la region atmosférica en que cada naturaleza es viable. De este modo, las personalidades, segun el mayor ó menor grado de inteligencia, se van colocando por capas en todo ese trayecto del termómetro social, en toda esa escala del *infinito positivo*. Para esto es la *libertad*, para dejar que se coloque cada uno á la altura de su capacidad. Pero cuando los demócratas subvierten este órden, esta nivelacion, ya aupando artificialmente las capas inferiores, ininteligentes, y semi-idiotas hasta la region de las clases inteligentes, ya destronando tiránicamente á las clases superiores, sumiéndolas en los antros de la plebe, de esa plebe que por falta de inteligencia toca á veces en los límites de la escala del *infinito negativo*, entonces se nos figura que estamos viendo á algun maligno loquero franqueando las habitaciones de sus bulliciosos educandos, ó á un Quijote demente que abre las jaulas para pelear con las fieras.

¡La *igualdad!* Yo quiero la igualdad *legal*, pero nada mas que la *legal*. La igualdad *social* seria un amasijo irrefundible, retrógrado, injustificable y bárbaro. ¿Cómo quereis amalgamar vuestras clases inferiores, de pasiones rudas, de moral exígua y de inteligencia obtusa, con las clases elevadas por la educacion ó la inteligencia, que comprenden la voluptuosidad de la virtud, que gozan con las fantasías de Milton, que admiran el carácter de Sócrates? Y vos mismos ¿tendriais la indignidad

de dejaros tutear por vuestros lacayos, que al dirigiros la palabra os estropean el idioma, que se rien de vuestras civilidades, y que os calumnian por envidia? Buen remedio, me diréis : para que todos seamos iguales en educacion, eduquemos á todos por igual. ¡Inútil remedio! Aunque esa educacion haga trasportar nuestro mundo al quinto cielo, allí la inteligencia tendrá sus jerarquías, allí las personalidades serán mas ó menos subjetivas, estarán mas ó menos elevadas en la escala del *infinito positivo*, y vuestra completa igualdad del quinto cielo se transformará tambien, como la de este mundo, en la mas perfecta *desigualdad*.

¡Fraternidad! Sí; admito la fraternidad de la virtud. Así como para la gente baja todas las aristocracias son unas especies de *hermandades de la costa*, para los aristócratas todos los pobres son unos *hermanos en Cristo*. Cuanto mas se personaliza un ser, cuanto mas se eleva en virtud, tanto mas se desarrolla en él el sentimiento de la fraternidad *evangélica*. Solo la idea de una fraternidad *civil* estremece, como el pensamiento de una muerte violenta. Querer asignar en el gran palco escénico del mundo el mismo puesto á nuestro vulgo idiota que á los hermanos por el entendimiento de los Cincinatos, Jimenez de Cisneros y Campomanes, es sustituir lo subjetivo por lo objetivo, el espíritu por la materia, la realidad por la nada; es el « de profundis » de la virtud, es el « descansa en paz » de la inteligencia.

¡Fraternidad! Sí; todos somos hermanos, mayores ó menores. La jerarquía del entendimiento marca los gra-

dos del parentesco. Por eso dos hombres de muy diferente intelectualidad, no solo no pueden ser hermanos, sino que los suele unir una afinidad colateral, tan escasamente perceptible, que solo la *virtud* y nunca la *ley* la puede llamar *fraternidad*. Así pues, en vez de degradar á los hermanos mayores igualándolos con los menores, hagámoslos á estos menos indignos de emparentar con aquellos; y no indignificando las obras de Dios, y no deshonrando lo que mas honra nuestra naturaleza, respetemos las aristocracias adquiridas por el valor, por la moral y por la sabiduría, y no queramos hacerlos hermanos de seres que, como Rómulo, parecen tener cierta especie de relaciones consanguíneas con alguna camada de lobos.

¿Quiero decir con esto que yo soy un aristócrata, como lo entienden los demócratas? No; yo soy un demócrata profundo, radical, absoluto. Yo aspiro á abrir camino, á perfeccionar, á glorificar las obras predilectas de Dios, que son las inteligencias superiores, las personalidades robustas, que abriéndose paso desde el seno de nuestra madre la naturaleza, se van subjetivizando, se van elevando en la escala del *infinito positivo*, para ser en la tierra el honor de la humanidad, y en el cielo la gloria de Dios. Bajo este punto de vista, yo soy un gran demócrata.

¿Quiero decir con esto que yo soy un demócrata á la manera que lo entienden los aristócratas? ¡Dios me libre! Yo soy aristócrata hasta la adoracion. En esa gran obra de racionalizacion del Ser Supremo, en esa escala

superior, en que las personalidades se van sobreponiendo unas á otras, desde el primer peldaño, que ocupa la inteligencia del negro, hasta el escalon último, que sirve de escabel á la racionalidad de Platon, yo quemo incienso, yo adoro de rodillas, desde arriba abajo, á cada uno segun su capacidad, á todas las subjetividades, á todas las personalizaciones, mas claro, á todas las inteligencias, desde la admiracion y el respeto que me inspira Platon, hasta el respeto y la lástima que me causa el pobre negro. Pero querer que yo queme el mismo incienso ante el imbécil negro que ante el divino Platon, eso seria el asesinato de la inteligencia, igualar lo positivo con lo negativo, convertir el espíritu en materia, seria una descreacion, seria cometer la impiedad de las impiedades. ¡No, no! mientras que Platon siempre me inspirará admiracion y respeto, un pobre negro solo me causará respeto y lástima. Bajo este punto de vista, yo soy un gran aristócrata.

Yo bien sé que en las ridículas democracias modernas el declararse aristócrata por conviccion es cargar voluntariamente con un sambenito; pero yo desprecio profundamente todas las tontolatrias de la multitud, y deduzco lealmente las consecuencias de mi sistema, declinando con mucho gusto la gloria de ser ni el héroe ni el sábio de la gente ordinaria. En las democracias modernas, prefiero las aristocracias tituladas á las democracias sin título, los *santonismos* de todos los partidos á los *advenedicismos* de todas las clases. Admiro las antiguas democracias, á la *espartana*, á la *romana*, á la

inglesa, con sus clases privilegiadas, sus siervos, sus esclavos y sus proletarios. Amo el progreso continuo, persistente, indefinido, y por eso prefiero en la direccion social á todas las aristocracias, ya sean hereditarias, ya sean adquiridas, á quienes une el lazo comun de la educacion, y que por su elevacion, pasada ó presente, son lo mas inteligente, lo mas personal, que asciende como resultado de la ebullicion de las ideas. No conozco un solo gobierno aristocrático que no sea enérgico, inteligente y tenaz, mientras que en la historia de la humanidad no hallo un solo acto de la muchedumbre que no sea ó una extravagancia ó una reprobacion. Las plebes dejan morir en paz á los *Silas* y decapitan á los *Luises*. Todo plebiscito tiene por resultado ó la proclamacion de Barrabás ó el ostracismo de Arístides.

Un consejo á los monárquicos : — «Es menester no dar un *bozal* á quien necesita un *derecho*.»

Otro consejo á los demócratas : — «Es menester no dar un *derecho* á quien necesita un *bozal*.»

SECCION SEGUNDA.

Derechos.

Llamo derecho — «al respeto que tributamos á nuestra propia personalidad».—Por eso incluyo en esta seccion de *Derechos*, ó llámense los fueros, ó la jerarquía que Dios nos ha asignado en la escala de la racionalizacion, los capítulos de *la Providencia, el Destino* y *la Ley natural.*

CAPITULO PRIMERO.

LA PROVIDENCIA.

Se entiende por *Providencia* en el órden moral, lo que en las ciencias físicas se titula *Naturaleza.*

La Providencia es una lotería de la que siempre esperan el premio grande los perezosos, los locos y los tontos.

Como todos los ídolos universalmente conocidos, la Providencia tiene muchos nombres: para los necios se

llama *casualidad*, para los tímidos *fatalismo*, para los ilusos *fortuna*.

Y es incierto que haya en el mundo *casualidad*, *fatalismo* ni *fortuna*. Las que se llaman eventualidades son resultados matemáticos de las leyes naturales, tan lógicos y tan inalterables como el número cinco resulta de la suma de tres y dos.

Si el espíritu humano estuviese dotado de una fuerza de proyeccion sintética bastante inteligente y enérgica, se podria saber que acaso la primera brisa que sopló en el paraíso terrenal empezó á juntar parte del polvo que sirvió mucho tiempo despues para amasar la teja con que una viejezuela mató al valeroso Pirro.

Todo lo mueve la mano de la Providencia, desde las fichas de un tablero de ajedrez hasta el impulso que hace brotar islas de coral del fondo de los mares, ó que sume en el abismo ciudades tan suntuosas como la de Herculano.

La Providencia es la gran premisa de todas las consecuencias, de todos los hechos, de todas las historias.

Todo está escrito, todo; hasta el embrutecimiento en que degenera el mahometano que no ejercita sus fuerzas intelectuales y morales por dar una interpretacion fatalmente absurda á este veraz principio: «Todo está escrito.»

La Providencia es el productor de la felicidad general, y sus leyes naturales son los agentes por medio de los cuales se elabora la tela del bien. El mal, aun en su universalidad, es un accidente.

Cuando una fuerza ó voluntad errónea imprime una direccion desatinada á las leyes naturales, á esos agentes por medio de los cuales se elabora la tela del bien, entonces se produce el dolor, el pecado, el mal.

Así como las leyes físicas, la *Naturaleza*, son indefectiblemente ejecutivas, las leyes morales, la *Providencia*, se efectúan irremisiblemente. Cuando una fuerza material altera las leyes físicas, hay lucha, conturbacion, desgracia. Cuando una voluntad errónea desconcierta las leyes morales, se produce el dolor, el pecado, el mal. El mal y la conturbacion son los accidentes violentos con que Dios castiga las rebeldías hechas contra sus leyes físicas y morales.

El bien es la única planta universalmente indígena. Para que prevalezca la planta del mal es menester que se desarrolle al calor artificial de las fiebres humanas.

CAPITULO II.

EL DESTINO.

La predestinacion humana es una ley natural.

Todo hombre al nacer tiene destinado en el mundo, para ejercicio de sus inclinaciones, un círculo en cuya circunferencia está escrito este lema : « Virtud, grandeza y felicidad. »

Dice Voltaire — « que cada hombre tiene *su genio* » ; — y así, en su esfera de accion todo hombre ha nacido para ser un genio, para ser un *César*.

La Sabiduría divina no ha criado mas que especialidades.

La ignorancia humana ha convertido á los hombres, ó en locos que aspiran á lo que no deben, ó en tontos que no llegan hasta donde pueden; esto es, ó en dementes que en la escala del infinito positivo quieren llegar á un grado superior á su subjetividad, á su energía personal, ó en débiles que se resignan á vivir en el fondo de la atmósfera de su inteligencia.

Consecuencia: Fuera de su esfera de accion, todo hombre ó es un *tonto* ó es un *loco*.

La desgracia no es mas que el peso con que la mano de la Providencia nos abruma para encajonarnos, ya hácia arriba, ya hácia abajo, en nuestra esfera de actividad moral, en la atmósfera de nuestra inteligencia, en las aguas de nuestra personalidad.

Aristóteles enseñando á Alejandro pudo ser tan feliz y tan grande como Alejandro avasallando al mundo. El criado del Gran-Capitan que entregó á este su caballo para que salvase su vida, quedándose él á morir en la vega de Granada, y diciéndole al verle huir: — «Señor, cuidad de mi mujer y de mis hijos,» — no sé yo quién ha cumplido mejor su mision, si el criado que se dejó matar fielmente en la vega de Granada, ó el amo, que despues admiró el mundo en las campañas de Italia. — Aristóteles, Alejandro, el Gran-Capitan y su criado han sido cuatro *Césares* en su diferente mision sobre la tierra.

Y es porque en su esfera de accion todo hombre ha nacido para ser un César.

Cierto grande hombre decia que su zapatero le hacia un calzado que dudaba mucho que César ni siquiera lo hubiese podido concebir tan perfecto. César, dejándose elevar por las alas de su genio, hizo un gran emperador. El zapatero del grande hombre, aplastado por su ignorancia, se concretó á hacer zapatos, é hizo un magnífico menestral. Si á César se le hubiera obligado á hacer zapatos, y el zapatero hubiese nacido emperador, probablemente hubiéramos tenido un mal zapatero y un detestable emperador.

Y es porque la Sabiduría divina no ha criado mas que *especialidades;* solo que la ignorancia humana suele convertir á los hombres, ó en locos que aspiran á lo que no deben, ó en tontos que no llegan hasta donde pueden.

Dios nos ha criado para ser felices. ¿En qué consiste, pues, que la mayor parte de los hombres somos desgraciados? En que nos revelamos contra nuestro destino, saliéndonos de nuestra esfera de actividad moral.

Al nacer ya tenemos un círculo de accion marcado por el dedo de la Providencia, y forzosamente nos hacemos desgraciados siempre que, por falta de educacion ó por el mal gobierno de los hombres, nos vemos impulsados á salirnos de nuestra esfera natural.

Si el hombre ha nacido para ser feliz, y si la felicidad completa solo se alcanza satisfaciendo templadamente todos nuestros deseos, es justo acorrer á nuestras necesidades siempre que en esta satisfaccion no se irrogue perjuicio ni á sí propio ni á nadie.

No hay ningun hombre malo. Se exceptúan los móns-

truos. Las monstruosidades, así como las excepciones, son antorchas que, aunque siniestras, arrojan mas luz sobre las reglas generales. El hombre que ha nacido con las inclinaciones que el género humano ha convenido en calificar de mas detestables, tiene en el mundo señalado un círculo de accion donde la moral lo reclama. Mirabeau, en el seno de la familia, fué un malvado; elevado á la esfera del gobierno, fué un hombre grande. El célebre ladron José María, lisonjeado en su carácter por el Gobierno, murió desastrosamente exterminando á los ladrones.

Lo mismo los hombres malos que los hombres desgraciados, son seres que, ó por su ignorancia ó por ignorancia de otros, han dado un giro impropio á sus inclinaciones.

Todos tenemos un destino feliz y moral que cumplir en el mundo; generalmente la ignorancia y el mal gobierno se encargan de que nuestra mision en la tierra sea infortunada y siniestra. Para una vez que el hombre peca por maldad, peca ciento por ignorancia. Para una vez que el hombre peca por culpa suya, peca ciento por culpa de los demás.

El sentido comun, que es el filósofo que describe con mas nitidez, concision y profundidad, llama — «tener vocacion» — cuando un hombre llena su destino obrando en su esfera de accion, en su peculiaridad instintiva, en su especialidad, en el grado que le corresponde en la escala de la subjetividad.

Si pudiéramos abstraernos del tráfago del mundo, y

quisiéramos saber nuestra vocacion, abismados en el santuario de nuestra conciencia, oiriamos que Dios mismo nos la está diciendo continuamente al oido.

Dice Bacon : —«Cuando un niño tiene una inclinacion ó una repugnancia bien decididas, es la voz del destino; no hay mas que obedecerla.»

Nacemos con los sentimientos, y despues adquirimos las ideas. Ya el gran Platon adivinó —«que los afectos eran entes-esencias anteriores á todo otro conocimiento».— Las varias aptitudes y las encontradas disposiciones de los hombres obedecen á un impulso innato, que con una expresion figurada se llama —«voz de la naturaleza».

Cuando estas aptitudes, estos genios ó estas disposiciones son encaminadas por la senda que les estaba destinada, los hombres son virtuosos y felices; mas cuando por cualquier evento los hombres contrarian las leyes naturales, son frecuentemente inmorales, y casi siempre desgraciados.

CAPITULO III.

LA LEY NATURAL.

Las leyes naturales son los deseos de Dios objetivados.

Para el gobierno físico y moral de todo lo criado la Providencia ha establecido de una manera fija las reglas con que deben combinarse todas las cosas y sucederse todos los efectos.

Las leyes naturales son preceptos divinos.

Las leyes humanas son independientes de su ejecucion y del castigo ó premio que señalan; pero las leyes naturales ó divinas siempre llevan consigo su propia ejecucion. Todo lo que debe ser, indudablemente ó ha sido ó es ó será. Dios no puede contradecirse.

Las leyes naturales son *obligatorias* y *prohibitivas*. Conocido el hecho de que la ley natural se ejecuta irremisiblemente, cuando su efecto nos daña, sabemos que la ley era prohibitiva, y cuando nos aprovecha, obligatoria. El placer que nos causa el modo de proceder obligatorio es un premio que alcanza y merece nuestra obediencia, así como el dolor que nos reporta el modo de proceder prohibitivo es un castigo que nos hemos atraido al rebelarnos contra la ley natural.

Al traslimitar el círculo racional que nos trazan los preceptos divinos, indefectiblemente recibimos un castigo igual ó superior á nuestra transgresion. Siempre en el pecado va la penitencia.

Puede uno traspasar los límites de una ley natural, lo mismo que se puede invadir una atmósfera infecta; entra uno porque *puede*, pero se asfixia porque *entra*.

Las leyes naturales perpétuamente se obedecen á sí mismas, y como su accion solo puede cesar por milagro, no reconocen excepciones.

Ninguno se podria sustraer á la obediencia de las leyes naturales, aunque le fuese dable salirse á aquel punto fuera del espacio en que se queria colocar Arquímedes para remover el mundo con su palanca.

CAPITULO IV.

LA LEY ¿ES EL DERECHO?

El derecho es la geometría de la moral.

El derecho es á la ley lo que la idea es á los términos con que es expresada.

El derecho es la ley de Dios, y la ley es el derecho de los hombres.

Dios, desde el principio de la creacion, no ha alterado todavía ni en un solo ápice ninguno de sus derechos, mientras que los hombres no han dejado de alterar ni una sola de sus leyes desde el principio del mundo.

Así es que el deber de hoy es el mismo que le pudo hacer á Adan avergonzarse de su pecado. Y así es que la coleccion de códigos es un centon de crónicas de las inconsecuencias y de los errores de todo el género humano.

En el molde llamado derecho rara vez se funde exactamente la estatua llamada ley. Por regla general, los legisladores han sido unos artífices que en vez de fundir la estatua en el molde, han pretendido fundir el molde en la estatua.

La ley debe adaptarse al derecho, como la corteza al árbol.

El derecho es anterior á la ley; y como la ley solo es la expresion del derecho, este nunca debe tomar su fuerza de aquella, sino aquella de este.

Kant define el derecho : — «El conjunto de condicio-

nes bajo las cuales la libertad exterior de cada uno puede coexistir con la libertad de todos.»

La mayor parte de las veces el derecho se siente, pero no se explica. La ley siempre se explica, aunque no se sienta.

Hay tantos derechos innatos ó absolutos cuantas necesidades *legítimas* tiene el hombre. Todo el que siente una necesidad legítima tiene derecho á procurarse su satisfaccion, siempre que á este derecho no se sacrifique el derecho de ningun otro.

En el órden moral el derecho es la línea recta, y todos los derechos forman líneas paralelas que no se interseccionan nunca.

Dos derechos jamás pueden repercutirse.

El verdadero derecho es uno, inmutable, perenne, pues se funda en los eternos principios de la naturaleza divina y humana. Este derecho es un ordenamiento del Criador, y el lugar donde está escrito es el universal sentimiento de equidad depositado en la conciencia de todos.

Los que se llaman derechos hipotéticos, contingentes ó eventuales, no son mas que reglamentos ó leyes.

La justicia del derecho es el anatema perpétuo que la humanidad sigue lanzando y lanzará eternamente sobre la cabeza del fratricida Cain. Cuando la ley no es la expresion del derecho, la justicia de la ley suele ser la apoteósis del detestable asesinato de Judit, ó la historia de Padilla, que ayer murió en un cadalso y hoy se le levantan estatuas.

De la justicia del derecho á la justicia de la ley hay la misma diferencia que de las leyes astronómicas á las reglas de la astrología.

SECCION TERCERA.

Deberes.

-∞-

Así como el Derecho — « es el respeto que tributamos y hacemos tributar á nuestra propia personalidad », — el Deber — « es el respeto que nos obligamos á profesar á la personalidad ajena. » — Por eso incluimos en esta seccion de *Deberes* el exámen de las cuestiones sobre el libre albedrío, ó lo que es lo mismo, el estudio del grado de la personalidad humana.

CAPITULO PRIMERO.

LIBRE ALBEDRÍO.

El libre albedrío es la medida de la personalidad. Desde que el individuo comienza á personalizarse, á adelantarse en la carrera del infinito *positivo*, su responsabilidad moral tiene los mismos grados que su razon. En los sugetos la razon siempre es igualmente *cualitativa*, pero es diferentemente *cuantitativa*. En la esfera de su

mayor ó menor *cantidad* de inteligencia, el hombre obra con libertad, como el pez en el estanque, como el pájaro en la jaula.

Axioma : — « La *responsabilidad* personal está en razon directa del *grado* de personalidad. »

Solo Dios es perfecto, y solo su voluntad es completa. Todos nos dirán que esto es verdad. Por consecuencia, todo lo humano es imperfecto, y la voluntad del hombre es limitada, condicional y modificable. Nadie nos dirá que esto es mentira.

Solo Dios hace lo que *quiere*. El hombre hace lo que *puede*.

De esto se deduce que en las subjetividades exíguas, que en las racionalidades ténues, el libre albedrío es *nulo*, que en las personalidades robustas es *grande*, pero que, como no hay razones absolutas, el libre albedrío en ninguno es *completo*.

En una obra filosófica debe hablarse de la responsabilidad del hombre hácia el hombre, y no de la responsabilidad del hombre para con Dios. Sin embargo, no puedo eximirme de declarar que los teólogos, con haber elevado á artículo de fe la teoría del libre albedrío *absoluto*, han sido causa inocente de que se hayan escrito las páginas mas sangrientas que manchan la historia del linaje humano. Y los teólogos se han obstinado en sostener este fatal error sin que les hiciese falta para explicar la justicia de las penas eternas. Si Dios ha dado al hombre diferentes grados de razon, claro es que á cada uno solo le pedirá cuenta de los grados de libre arbitrio

que le haya concedido. ¿Puede concebirse que el Autor de todo lo justo castigue con el mismo rigor á los idiotas que á los hombres razonables? ¿Es posible que Dios haya exigido la misma responsabilidad al gran Jimenez de Cisneros que al pobre negro que se ha suicidado en América para resucitar en Africa? Los imbéciles, ignorantes de la naturaleza, y los ignorantes, imbéciles del arte, ¿tendrán que rendir la misma cuenta á Dios que Bossuet y Fray Luis de Granada?...

Descendamos á la aplicacion social.

Los jurisconsultos, aceptando el libre albedrío absoluto, han fundado sobre él su derecho penal; padron de ignominia que ignoro si hace menos honor á su razon que á su alma.

Los códigos penales suelen marcar tales castigos para tales faltas; es decir, que cometen la barbarie de castigar lo mismo al pobre negro que se suicida en América para resucitar en Africa, que al gran Jimenez de Cisneros, que obraba en la plenitud de su carácter y de su razon; igual pena aplican á Fray Luis de Granada y á Bossuet que al mendigo á quien embrutece la miseria, ó al guarda-bosque que ha aprendido la misma moral que las fieras entre quienes vive.

La mayor parte de las veces la voluntad no tiene imperio para sobreponerse á los deseos, y hay mucha diferencia entre el *desear* de los instintos y el *querer* de la voluntad.

Los mas atroces crímenes suelen ser las mas inocentes desgracias.

El hombre tiene afectos *innatos* é ideas *adquiridas*. Toda accion producida por una idea adquirida es voluntaria; mas toda accion que nace de la exaltacion de un efecto, muchas veces es involuntaria.

Desgraciadamente hay muchos hombres sin razon, pero hay pocos sin pasiones. Todas las pasiones, sin exceptuar las mas sublimes, como son el amor maternal, el amor divino, la amistad, la pasion á lo bello, etc., son instintos esencialmente *egoistas* y esencialmente *ciegos;* estos afectos quieren *porque quieren*, aman para su propia satisfaccion.

Un hombre dotado de grandes pasiones y de escasa intelectualidad no es un criminal, es un demente; cástigar á este homicida, es lo mismo que castigar al puñal con que ha herido. Este hombre peca porque es violento, como cae el plomo porque es pesado. En él no puede obrar la razon, porque carece de ella. Se me dirá que yo acepto el fatalismo orgánico; no lo niego: lo acepto porque sé que hay dementes natos.

Hay hombres que son imbéciles porque sus facultades intelectuales ó son ningunas ó son imperceptibles; ellos no tienen la culpa de esta falta, y por consiguiente son dignos de lástima, pero no de castigo. Otros hay dementes porque tienen demasiado exaltados sus instintos, y como ellos no lo pueden remediar, se hacen mas acreedores á la compasion que á la pena.

Entre la imbecilidad y la demencia está el sentido comun del género humano; solo en esta clase se halla la razon que compara, analiza, reflexiona y decide, y

solo en estos casos de tentaciones-medias el dominio de la razon puede triunfar, porque preveyendo consecuencias, huye del peligro. Mas aun en este estado de libre albedrío un accidente interno ó externo hace delinquir al hombre, porque exaltando uno de sus instintos ciegos, desequilibra su razon y sus pasiones, supeditando la primera á las segundas, y entonces el hombre sucumbe, no porque *quiera*, sino porque *no puede* dejar de querer. ¿Quiero decir con esto que yo reclamo la *impunidad* para los bribones? No. Quiero decir con esto que yo reclamo la *caridad* para los desgraciados.

Y por si acaso el lector es alguno de esos criminalistas de oficio, no quiero dejar de decirle — « que la *igualdad* de las penas establecidas en todos los códigos del mundo es la mas inicua *desigualdad* ». — En toda la escala del infinito *positivo*, en todos los grados del *personalismo*, desde el *instinto* del negro hasta la *razon* del criminalista mi lector, no hay dos personas que tengan el libre albedrío, el grado de perfeccion moral, *igual;* por consecuencia, — « la *igualdad* de las penas establecidas en todos los códigos del mundo es la mas inicua *desigualdad* ». — Pongamos un ejemplo : suponiendo que la *razon* de mi criminalista está cien grados mas elevada que el *instinto* del negro, y suponiendo que ambos hubiesen cometido una misma falta, ¿á quién se debia extrangular primero, al criminalista ó al *negro?* ¿Quién es mas responsable, la *razon* ó el *instinto?*...

Resúmen de esta cuestion :

—«A mas personalidad, mas *derechos* y mas *deberes.*»—

—«A menos inteligencia, menos *deberes* y menos *derechos.*»—

CAPITULO II.

CRÍMEN.

Entre cien crímenes suele haber noventa y nueve desgracias.

Para que exista el crímen es menester que el hombre que lo ejecute sea inteligente y libre; cuando no hay inteligencia ni libertad moral, por carencia de razon, por degradacion en la escala del personalismo, el crímen se reduce á una desgracia, cuya repeticion se debe *evitar*, pero que no se puede *castigar*. Ni el niño que daña ni el lobo que devora son delincuentes; causan una desgracia, pero no cometen un crímen; la conciencia los absuelve, aunque la razon les debe coartar la facultad de poder causar mas daños.

La responsabilidad ha de estar en razon directa del uso que hacemos de los talentos con que nos dotó el cielo. De lo contrario, no se nos castigaria por el libre albedrío que *tenemos*, sino por el que *debiéramos* tener. Me parece que me explico con claridad.

Cuando el hombre es demente ó idiota, todo castigo es injusto, porque donde no hay *voluntad*, no hay *res-*

ponsabilidad. Seria un acto atroz exigir responsabilidad donde no hay posibilidad de ejecutar.

La moral prescribe que se haga en todas partes el bien. A pesar de esto, no siempre hay crímen cuando se causa un mal. No solo no debe caer culpa sobre el que no sabe ni puede hacer el bien, sino que tampoco debe recaer sobre el que hace un mal sin *desear* hacerlo.

Tenemos directamente poder sobre algunos de nuestros actos, pero hay otros que, á pesar nuestro, se hallan sujetos á las leyes de un desventurado organismo. El pecado muchas veces no es mas que la accion de algun afecto á quien la razon no pudo reprimir, ya por debilidad, ya por ignorancia, ya por enfermedad.

Cuando se procure hacer una exacta apreciacion del crímen, tambien se debe tener presente que no siempre existe cuando se quebranta una ley, porque hay leyes tan inobservables, que su existencia es una verdadera criminalidad.

Nada hay mas vario que la acepcion de la palabra *crímen.* Crímenes se han visto algun dia, que solo se ha esperado la aparicion del sol inmediato para erigirlos en virtudes.

A pesar de todo, el verdadero crímen tiene una significacion universal, exactísima, completa. El crímen existe allí donde se hace voluntariamente un mal, y solo el consentimiento de la voluntad puede revelar la existencia del crímen.

Creo en la existencia del crímen, y por eso no me revelo absolutamente contra todo código penal. Se ha

faltado al deber desde Cain hasta hoy, y sin duda alguna se faltará desde hoy hasta el dia del juicio final.

CAPITULO III.

EDUCACION.

Desde el perro que baila en la plaza pública, hasta la liebre que dispara un tiro sin sobrecogerse, los animales son una prueba de que la educacion es un *organismo científico* con que se modifica, y á veces se suple, el organismo de la naturaleza.

La ignorancia es la orfandad del alma.

La educacion es una transfiguracion.

Así como la instruccion pone alas á las inteligencias perspícuas, echa quintales de plomo sobre las ambiciones ilegítimas.

Voltaire dice que — « la ignorancia es la mayor enfermedad del género humano », — y que — « los grandes crímenes casi siempre han sido cometidos por célebres ignorantes ».

He visto condenar á hombres que faltaron á la observancia de alguna ley social, que no parecia sino que los acababan de arrancar del seno de una horda de salvajes. Estos semi–bárbaros fueron condenados por haberse rebelado contra los melindres de una civilizacion que nadie se habia tomado el trabajo de hacérsela conocer. La sociedad, que los habia repudiado desde la niñez,

les obligó á presenciar el seductor aspecto del vicio, y despues que se inficionaron les aplicó unas leyes penales que los desventurados no habian ni oido ni visto en su vida.

Es cierto que nacen tigres en forma humana, á quienes con ningun género de educacion se les pueden activar completamente los sentimientos generosos; pero en el mayor número de los hombres la instruccion y la educacion, fundadas en la religion y en la moral, llegan á hacer de ellos unos ciudadanos útiles y virtuosos.

Por fortuna son tan pocos los genios del mal, como por desgracia son escasos los genios del bien.

Los genios del mal, es decir, los mónstruos, suelen ser incorregibles; mas cuando en el hombre no existe una rebeldía innata, la instruccion, la educacion, el buen ejemplo y la inculcacion de creencias modifican su carácter, activando su razon y sus sentimientos morales, y adormeciendo sus feroces inclinaciones.

CAPITULO IV.

CORRECCION.

El género humano merece mas compasion que desprecio.

Cuando los hombres están mal organizados suelen ser indomables; á estos miserables se les reprime, pero no se les castiga. Castigar á un imbécil porque no sabe, es lanzar una acusacion contra el mismo Criador.

Hallándose el hombre dotado de instintos ciegos y de cualidades perspícuas, cuando estas predominan sobre aquellos, basta la razon para engendrar el arrepentimiento; mas si los primeros preponderan sobre las segundas, el hombre camina hácia el mal sin tener la conciencia de su extravío.

Para aquellos á quienes es ineficaz la educacion, es necesario oponer á sus pasiones fuerzas *impeditivas*.

Despues de prever el crímen, es menester evitarlo.

A los violentos hay que *reprimirlos*, á los ignorantes *ilustrarlos*, y á los enfermos *curarlos*.

Las humanas instituciones de los presidios correccionales deben estar basadas sobre estos tres principios: represion, educacion y curacion. Estos objetos casi se consiguen únicamente con dar al hombre trabajo y presentarle los incentivos de la virtud, removiendo de su presencia los atractivos del vicio y de la holgazanería.

A los que sean susceptibles de enmienda se les reprime temporalmente y se les educa; á los que sean incurables se les encierra, como á las fieras, perpétuamente.

En cualquier estado en que se encuentren los seres humanos, ya sea por debilidad, ya por depravacion, siempre se debe procurar hacerlos tan felices como sean susceptibles de serlo.

Al hombre encerrado en una penitenciaría es obligacion proporcionarle educacion, trabajo y la posible felicidad: con la educacion, se evitarán las reincidencias; con el trabajo, se podrá hacerle útil, y se le proporcio-

nará la felicidad ocupándole en aquellos ejercicios mas análogos á sus inclinaciones, acercándole á la esfera de accion á la cual por la ley natural estaba destinado, y donde todo hombre, por mal organizado que haya nacido, puede ser útil y venturoso.

Por desgracia, hasta hoy en el mundo no se ha hecho mas que castigar los delitos, en vez de corregirlos. A la luz de la moderna filosofía está reservada sin duda la gloria de desvanecer las nieblas que aun ofuscan la mente de los criminalistas, y si una reaccion funesta no ahoga el sentimiento general que inspiran á los pueblos civilizados las instituciones de establecimientos correccionales, pronto se verá realizada esta brillante profecía de San Simon : — « La edad de oro está delante, no queda atrás; nuestros padres no la han visto, nuestros hijos algun dia la verán, y á nosotros toca franquearles el camino. »

CAPITULO V.

CASTIGO.

Lo que se llama justicia humana es la ejecucion de este bárbaro proverbio árabe : — « Ojo por ojo y diente por diente. »

La ley califica de crímen la *venganza* que un ofendido se toma por la mano, y á la venganza que un juez se toma por otro se la llama *justicia*. La víctima que vuelve mal por mal se entrega á la venganza de la natura-

leza inflamada; el juez que castiga, ejecuta la venganza del arte mas friamente cruel. El ofendido que venga su persona, y el juez que venga á un ente imaginario, llamado vindicta pública, son dos asesinos pagados : el primero cobra un interés moral, y el segundo lo hace por un interés pecuniario. Si la venganza individual es detestable como uno, la venganza tomada por ciento es tan detestable como uno multiplicado por ciento. Y al fin, la venganza tomada por uno solo la pueden disculpar la pasion y los riesgos; pero la venganza tomada por muchos, no creo que la santifiquen ni su indiferencia ni su impunidad.

El inflexible sentido público llena de oprobio á los que ahorcan, aunque mas lógico seria empezar por llenar de oprobio á los que mandan ahorcar.

Comunmente el hombre delinque, ó por enfermedad, ó por ignorancia, ó por miseria. Cuando el hombre delinque por enfermedad, no se le castiga, se le cura; porque seria añadir la iniquidad á la desgracia el torturar un miembro porque fuese presa de una fulminante irritacion. Cuando el hombre delinque por ignorancia, se le educa, pero no se le castiga; porque seria una exigencia absurda el que la sociedad quisiese hacer respetar leyes escritas á seres á quienes no se habia tomado el trabajo de enseñarles ni siquiera las letras con que se escriben. Si delinque el hombre por miseria, se le enseña á remediarla, pero no se le castiga, porque tambien delinquirian los ángeles si se les obligase á morirse de hambre con resignacion.

Cuando la vindicta pública vea inmejorablemente planteadas la *curacion*, la *beneficencia* y la *instruccion*, podrá entonces esta pantera legal pedir la satisfaccion de sus instintos de sangre por el mas insignificante de sus melindres con alguna mayor plausibilidad.

Los jueces, en vez de ser unos *torturadores del cuerpo*, deben ser unos *médicos del alma*.

Todo crímen impone dos obligaciones : la reparacion al ofensor, y á la sociedad el evitar la reincidencia.

El castigo y la penitencia son dos expiaciones estériles é inmorales.

Ha dicho Hesiodo : — « El castigo entra en el corazon del hombre desde el momento en que comete el crímen. »

Para los hombres que carecen de circunspeccion, que son muchos, el castigo es una fuerza excitativa mas que los arrastra al crímen. La pusilanimidad no es una cualidad dominante de los criminales, y ya es sabido que á los temerarios la contradiccion los irrita.

La represion calma, mientras qué el castigo exacerba.

La historia y la filosofía prueban que se cometen menos crímenes allí donde menos se castigan. Yo jamás he visto mas desórdenes que en los espectáculos de castigos públicos.

Creo que aunque la sociedad no tuviese ningun código penal, se cometerian pocos mas crímenes que los que se cometen. La Providencia ha puesto una pena al lado de cada transgresion de la justicia, y este castigo natural basta para refrenar á la mayor parte de los hombres. Los inconsiderados á quienes no arredra la pena

que va aneja á todo pecado, comunmente no se detienen tampoco ante la consideracion de la pena convencional.

No hay derecho para castigar al hombre mas que con la pérdida de su libertad. Nuestra libertad debe tener por límite la libertad de los demás, y cuando se retiene á un criminal, no es por la ruin venganza de privarle de su libertad, sino por la obligacion que tiene el poder público de asegurar la libertad de los otros subordinados.

Desearia que en ningun código penal se escribiese mas la palabra *castigo*, porque revela una idea inmoral, y en cambio, seria muy humanitario y muy filosófico sustituirla con la palabra *correccion*. Para domeñar las pasiones la dulzura es mas conducente que la aspereza: mas conquistas para la moral ha hecho la doctrina del Evangelio que la pena del Talion.

La historia de la pena de muerte revela la dolorosa verdad de que no siempre el hombre deja de complacerse en el detestable sentimiento de la venganza.

He caminado á veces por despoblados, custodiado solo por algun ex-bandolero que se libertó de la pena de muerte por una dichosa eventualidad, y he creido llevar mas segura la vida y la bolsa que si hubiese ido resguardado por alguno de los jueces que lo sentenciaron á muerte.

Ningun juez impondria la pena de muerte si considerase que, colocado él mismo bajo la influencia de las circunstancias que rodeaban al reo en el acto de come-

ter el crímen, é impelido por una igual organizacion, delinquiria lo mismo, exactamente lo mismo, que el criminal que quiere exterminar, siendo solo en realidad un desgraciado que necesita educacion.

La pena de muerte es un castigo insensato, porque es la desesperacion de la venganza.

El acto de matar á un hombre se parece bastante á la descompostura de un niño rabioso, necio y mal criado, cuando destroza un juguete porque carece de discrecion y prudencia para arreglar su mecanismo.

Dice muy profundamente un escritor, cuya opinion acepto con toda mi alma, — « que la humanidad tendria por divino el pensamiento del legislador que no viese sino *enfermos* allí donde la sociedad no ve mas que *criminales* ».

LIBRO QUINTO.

DEL HOMBRE CONSIDERADO INDIVIDUALMENTE.

SECCION PRIMERA.

CAPITULO UNICO.

EL HOMBRE.

Hemos estudiado al ser personal formando parte del género humano, juzgándole como *hombre*. Luego le hemos analizado con relacion al estado, apreciándole como *ciudadano*. Ahora harémos su estudio psicológico, considerándole como *individuo*. Y por último, libre ya de la materia, completamente subjetivizado, lo estudiarémos en la region ultramundana, convertido ya en puro espíritu, transfigurado en *ángel*.

El hombre es un ser *afectivo*, *moral* é *inteligente*. La *pasion* es un peso terrenal que le retiene aun en el fondo, es decir, en la parte baja de su naturaleza; la *moral* ya es una verdadera individualidad, ya es una inte-

ligencia á flor de agua; y la *inteligencia* es la moral cognitiva, es la personalidad al aire libre.

Por la *pasion* continúa el hombre, adherido aun á lo físico, esa misteriosa elaboracion que tiene por principio á Dios, por medio á la naturaleza y por término al sugeto, la personalidad.

Los sentimientos que constituyen la *moral* son el arca santa de todos los diluvios carnales, el íris inextinto que nos anuncia la calma en medio de la tempestad, desde el *orgúllo*, personalidad instintiva todavía, pasando por el *idealismo*, alma de las artes, creacion en miniatura, hasta la *esperanza*, asa del cielo, inmortalidad anticipada.

La *inteligencia*, posesion de la eternidad, es la plenitud de la personalidad, es el término de la elaboracion de los universos, es la síntesis de la creacion, es la *unidad suprema*.

SECCION SEGUNDA.

El hombre afectivo.

GENERALIDADES. En esta seccion no vamos á considerar al hombre como ser sensitivo, sino como ser afectivo. Aunque el principio de la afeccion es la sensibilidad, no escribirémos una estética *à priori* ó intrascendental, sino una estética *à posteriori*, experimental, verdaderamente trascendental. Se ha creado una ciencia de la sensibilidad llamada *estética*, tan ilusoria en sus principios como estéril en sus resultados; hablo de la *estética* que se ha dado en llamar trascendental, y que tiene por base la sensibilidad pura, una especie de aptitud ó *potencia* de recibir representaciones. La sensibilidad en estado de *inmanencia* es una facultad cuyo estudio seria inútil; por eso la considerarémos en estado de *representacion*. Siguiendo nuestro método de prescindir de las esencialidades generales, no nos ocuparémos de la *sensibilidad* en cuanto á su sustancialidad interna, sino en su expresion externa; no harémos su crítica subjetiva, sino su análisis objetivo.

Nuestra estética no es la ciencia del hombre *que siente*, sino la del hombre *sintiendo;* no es el estudio ocioso de la sensibilidad *en sí misma*, sino la apreciacion fecunda de la sensibilidad en sus *relaciones* con la naturaleza. Así como en física jamás sabrémos la *causa* de la gravedad, en la estética siempre ignorarémos el *motivo* de la sensibilidad.

Nada de esencias, todo presencias. El hombre no debe hacer el estudio *en* sí mismo, sino el análisis *de* sí mismo.

Las pasiones, últimos lazos que ligan el espíritu á la materia, postrer paso del calvario de nuestra redencion moral, quejidos finales con que lo que queda eternamente se despide de lo que para siempre se va; aunque son infinitas en sus diferentes matices, solo las analizarémos en sus manifestaciones principales.

CAPITULO PRIMERO.

AMOR Á LA VIDA.

El árbol de la verdadera ciencia radica en la tumba. Hay pocos grandes pensamientos que no hayan surgido de esta fosa hedionda. Por eso las mas profundas consideraciones sobre la muerte son las mejores lecciones para la vida. Esta poza que á nuestros ojos parece inmunda, es la fuente en que los buenos ingenios beben los manantiales mas puros de sus inspiraciones. Nunca somos mas justificados ni mas infalibles que cuando re-

solvemos las cuestiones de la vida, fingiendo dar nuestros fallos en un santuario cuyo pavimento lo forman los siete piés de terreno que nos han de servir de huesa.

La muerte, crisol de la inmortalidad, plena posesion de lo que hay en nosotros de mas íntimo, de mas personal, es el objeto mas espantable para los seres que raciocinan. Así, los seres á quienes no atormenta la idea de la muerte carecen de la dicha de tener esperanzas; pero los que tienen esperanzas, las cederian de buen grado por redimir el horror de la idea de la muerte.

El instinto de la propia conservacion debe ser el sentimiento mas enérgico y mas fundamental de nuestros seres, cuando sufriendo resignados el tributo no escaso de dolores impuesto por el Criador á la existencia, aun despues de ver fallidas nuestras esperanzas y de presenciar la muerte de todos los objetos de nuestro cariño, aspiramos con ansia á la dicha fatal de sobrevivirlos, apurando desaladamente aquellos últimos instantes que tan cargados de hiel nos ofrece el exhausto cáliz de la vida.

El horror á nuestra destruccion es la idea primordial del mas allá del sepulcro, y el escudo tras que batallamos desesperadamente contra el número inacabable de nuestros males, no queriendo resignar con amor heróico el período de prueba de la existencia. Y ¿qué es el mas allá de nuestra peregrinacion sobre la tierra? Es la razon de todas nuestras verdades, es la ley de nuestras dudas, el complemento de la personalidad, la perfeccion del sugeto, la inmortalidad, la última rebeldía de nues-

tro horror á la nada, el presentimiento del pagano Sócrates, que despues de beber la cicuta, le hizo continuar sereno la conversacion con sus amigos hasta la muerte.

CAPITULO II.

AMOR Á LA ESPECIE.

La sensualidad es el instinto mas activo, mas insaciable y mas universal. Sin duda Dios ha hecho del amor físico el sentimiento mas predominante para que sea el motor perpétuo de la reproduccion de las especies.

El erotismo en el curso de la vida es como el remanso en el curso de los rios; al centro de este instinto hacen confluir su vitalidad y su energía todos los demás sentimientos, para comunicar la vida mas intensamente, así como en el remanso de los rios se apilan las aguas para seguir su curso con mas rapidez. Pasion-fiebre por excelencia, si este afecto no es la causa directa de todos los actos de la vida, indirectamente los motiva casi todos. Unas veces semi-infernal y otras semi-divina, es buena ó mala segun son buenos ó malos los sentimientos que se la adhieren; si se combina con instintos bajos, produce crímenes ignominiosos; si la enardecen afectos nobles, suele ser el móvil de sacrificios sublimes.

El instinto reproductor, la adhesion que despues produce la repulsion, el amor que precede al dolor, es la eterna fuerza de proyeccion con que desde el primer

momento de la creacion la vida camina á su término por una no interrumpida sucesion de seres.

Este estímulo constante y agradable es la base de la sociedad conyugal; la amistad es la cúspide que completa esta pirámide.

Cuando el amor físico no es demasiado vehemente permite en sus satisfacciones una lícita regularidad; mas cuando es un apetito desordenado, entonces impele á la ardiente Safo, abandonada por Faon, á precipitarse desde el salto de Leucade, ó arrastra á las mancebías á la emperatriz romana, donde

Hecho habia arrepentir á mas de ciento,
Cuando cansada se iba, mas no harta...

CAPITULO III.

AMOR Á LA PROLE.

Despues del afecto *reproductor*, la naturaleza, siempre lógica en sus creaciones, ha puesto el afecto *conservador*.

El amor paternal no es tan intenso, pero es mas perenne que el amor carnal; este no necesita mas que un momento de arrebato para desempeñar su accion *reproductora*, mientras que aquel se halla dotado de una solicitud constante para desempeñar cumplidamente su mision *conservadora*. Así, cuando las enfermedades ó los años van apagando en nuestra organizacion las faculta-

des generadoras, entonces el amor á la prole resume en sí toda la vitalidad que antes refluia hácia el mas poderoso afecto del amor físico.

Los hijos son el espejo óptico por medio del cual vemos reproducida nuestra imágen mas allá del término de todos los siglos que puede abarcar el pensamiento.

Así como los padres, tutores nombrados por la naturaleza, son los nosotros de ayer, nuestros hijos son los nosotros de mañana.

El audaz Schakespeare, para quien el corazon humano era un océano inmenso donde siempre encontraba islas desconocidas de los demás hombres, tiene un bello rasgo de amor paternal profundo.

Habiendo asesinado Macbeth á los hijos de Macduff, le aconsejaban á este que tomase una venganza igual al daño que le habian hecho; pero pareciéndole imposible poder causar un dolor tan íntimo como el que sentia, prorumpe el consternado padre : — « ¡ Pero Macbeth no tiene hijos! »

CAPITULO IV.

AMISTAD.

La amistad es el complemento del amor físico, del amor paternal y la base de la sociabilidad. Esta afeccion, medio innata y medio voluntaria, impide que los matrimonios, esas amistades divinas, se disuelvan, como en los animales, despues de verificado el acto de la

generacion, y es el orígen de esa espaciosa red de relaciones sociales que, ora constituyen nuestra felicidad, ora nuestra desgracia, y que son el placer ó el tormento de toda nuestra vida. Cuando este sentimiento es ténue, nuestras afecciones mas bien son conocimientos que amistades.

El amor casi siempre es un culto sin religion, pero la amistad es casi siempre una religion sin culto. Por eso los amantes son mas idólatras que creyentes, así como los amigos son mas creyentes que idólatras.

El amor quiere el *cuerpo*, y la amistad el *alma*. Aquel es todo *objeto*, y esta es todo *sugeto*.

La amistad es un amor que no se comunica por los sentidos.

El amor es tan ferviente, que casi siempre aspira á que lo mate una plétora; pero la amistad es tan calmosa, que casi siempre aspira á morirse de vejez.

La amistad es el misticismo del amor. Si hubiese una planta que se llamase «amor», su flor deberia llamarse «amistad».

CAPITULO V.

AMOR Á LA PATRIA.

El amor de la patria es la condensacion de todos los amores.

«Patria» es una palabra mágica que siempre inflamará nuestra sangre y arrasará nuestros ojos en lágrimas, co-

mo el recuerdo de una querida á quien hemos visto morir en el seno del amor y de la fidelidad, ó como el de un hijo perdido, con quien se sepultaron nuestras mas dulces esperanzas, ó como el de un ser que tuvo la abnegacion de sacrificarse por nuestros intereses y nuestra amistad.

Vanamente los hombres ilustrados pretenden elevar á creencia popular el cosmopolitismo patricial, asegurando que este amor no es mas que una preocupacion topográfica; un francés nunca amará la Inglaterra como la Francia, aunque su religion y su corazon le dicten que todos somos hermanos, y aunque su razon le imponga el deber de publicar que el género humano es una sola familia.

Los habitantes de los países donde la naturaleza se muestra mas infecunda y destructora no cambiarian el placer de oir las tempestades que han arrullado su infancia por la comodidad de trasladarse á las tierras en que la naturaleza se manifiesta mas enervante y mas mimosa.

El amor á la patria es la ley de gravedad del alma.

Un hombre abandonado á sus afectos torna á su país natal, como un cuerpo abandonado á sí mismo cae hácia el centro de la tierra.

Por gusto de los hombres su mas grato sarcófago seria su misma cuna vuelta al revés.

La última demanda de todos los ilustres desterrados es la de ser sepultados en el país en que han nacido.

El amor de la patria es lo que hace santas todas las

guerras, aunque sean injustas, inoportunas y atroces.

La ausencia de la patria produce las enfermedades *nostálgicas*, que sumen á los hombres en una habitual hipocondría, y que concluyen por arrastrarlos al sepulcro. Por eso en los regimientos de mercenarios suizos puestos al servicio de diferentes estados europeos hubo que prohibir que las bandas de música tocasen el *ranz* de las vacas, porque los soldados, al oir los primeros sones que habian escuchado en su vida, se desertaban, desmintiendo su proverbial fidelidad, ó se morian de tristeza, renovando las memorias de su país, tan estéril como no puede ser mas, pero tan querido como todos los países donde se tiene la dicha de nacer.

Los habitantes de los polos tienen tanto cariño á su ingrato suelo, que fallecen de fastidio cuando se los traslada á países en que la naturaleza ostenta sus mas ricos dones.

Los esclavos de América suelen suicidarse, no con la esperanza de conquistar un cielo, sino con la de ir á resucitar á la península africana, que para ellos es un paraíso, á pesar de ser el Africa una tierra de infecundidad y de exterminio.

Este sentimiento es el que ha arrancado los cantos mas sublimes de los mejores ingenios de todos los países del mundo, desde aquel tierno salmo en que, prediciendo la cautividad del pueblo de Israel, se empieza diciendo :

Cuando presos pasamos
Los rios de Babilonia sollozando,

Un rato nos sentamos
A descansar llorando,
De tí, dulce Sion, nos acordando...

CAPITULO VI.

AMOR Á LAS COSAS.

El instinto de propiedad infiltra el yo humano en el agua, en la tierra, en el oro, en los diamantes. Y si por el amor á la patria nos asimilamos *al* mundo, por el amor de la propiedad nos asimilamos *el* mundo.

Esta inclinacion es la hormiga de las pasiones. Con este instinto poseemos el arca santa donde perpétuamente se salvarán todas las sociedades de todos los diluvios comunistas.

Todos los socialistas modernos que han fundado sus sistemas sobre la base de la propiedad comun han partido de un imposible, porque dos instintos fundamentales, el yo y el deseo de adquirir, rechazan la propiedad colectiva, y tienden naturalmente á apropiarse las cosas con exclusion de cualquier otro partícipe.

El misántropo Rousseau, en uno de sus sistemas fantástico-políticos, condena la propiedad individual de esta manera acerba : — « El que rompiendo el primero y cercando un campo, tuvo la ocurrencia de decir : — Esto es mio, — fué el fundador de la sociedad. ¡Cuántos males hubiera ahorrado al mundo el que arrancando las estacas y cejando la zanja, hubiese gritado : — Guardáos

de dar oidos á ese impostor; la tierra es de todos, y los frutos no son de nadie.» — El irónico Voltaire, contestando á estas palabras, las rebatió de este chistoso modo : — «En vez de arrancar las estacas y cejar la zanja, no tenia mas sino imitarle, y pronto se hubiera formado un lugarcito bastante lindo.»

El ansia de adquirir es el deseo mas hidrópico de la vida, no tanto por el placer que nos causa el interés por sí solo, cuanto porque con el interés se satisfacen todas las demás necesidades del hombre. Se aman las riquezas por la aficion que nos inspiran directamente, y porque todos los demás deseos las buscan como un medio indirecto de procurarse satisfaccion.

Parece amarga esta reflexion, pero se puede asegurar que todas nuestras afecciones se resumen en el interés. Las decepciones de la amistad, las infidelidades del amor, el olvido de la gloria, etc., son unos actos muy naturales y á veces muy justos, cuando estos sublimes afectos chocan abiertamente con el intensísimo afecto del interés.

La mayor parte de los escritores, en nuestras obras de imaginacion, acostumbramos á criticar destempladamente el egoismo humano, porque con frecuencia, por un interés que nunca nos olvidamos de llamar vil, prescinde del amor, de la amistad, de la filantropía y de la inmortalidad. Si nosotros arregláramos el mundo á nuestro antojo, hariamos amantes que tuviesen la sandez de no pensar en otra cosa mas que en la persona amada, amigos que fuesen mártires perpétuos de sus amigos,

benévolos que por vestir á los demás se quedasen desnudos, poetas que por soñar siempre en la gloria fuesen unos ilusos, y por último, dando á cada hombre una manía, que no por ser sublimes dejarian de ser manías, hariamos un mundo de badulaques.

Dios, que sabe mas que los autores de obras de imaginacion, lo ha arreglado de otra manera. Y este mundo de amantes infieles, de falsos amigos, de hombres vulgares y de empedernido corazon, es evidentemente mas perfecto que nuestra sociedad de maniáticos.

Queda, por consiguiente, consignado que el ídolo del hombre en la tierra es el interés. Tambien queda probado que este ídolo de oro es socialmente mejor que el ídolo de aire de la absoluta abnegacion.

El desarrollo excesivo de esta pasion suele ser la gangrena de los caractéres mas nobles. Por ella Demóstenes ponia á precio su elocuencia, y vendian sus favores Pompeyo y Julio César. El cínico Caton, á quien la historia, no sé por qué, honra con el título de severamente virtuoso, opinó como condicion republicana que convendria no dar la libertad á Chipre, para poder guardar á favor de Roma su dinero.

Los socialistas modernos fundan sus sistemas sobre la base de la anulacion de la propiedad individual con una candidez que seria muy risible si no fuera tan espantosa.

La expropiacion del individuo es la supresion de la familia, y la supresion de la familia es la solucion de continuidad de la especie, es el suicidio universal del género humano.

La nivelacion forzosa de la propiedad es la gitanizacion del hombre, que sin patria y sin Dios, mete á su Dios y á su patria en el bolsillo, y eternamente nómada, se lanza á un eterno merodeo, y con una moralidad gitanesca reparte entre la tribu todo lo que tiene, no teniendo mas que lo que roba.

Suprimida la propiedad, queda anulada la emulacion que excita y la virtud que persevera. Es hacer á todos los hombres extranjeros en el mundo, es condenarlos legalmente á una vagabundez y á una mendicidad universales.

No sé lo que me parece mas repugnante, si la idea de que el vecino se pueda apoderar de mis bienes, ó la de que á mí se me puedan adjudicar oficialmente los bienes del vecino.

Y por fin, ¿á quién debe enriquecer esta confiscacion general? Al estado, á un ente impersonal, á nadie. El «género humano», el «estado», la «sociedad», el «pueblo», son cuatro palabras-pretextos, inventadas para robar al individuo, para despersonalizar al hombre. El ente de razon «género humano», es la misma ficcion llamada «estado», la misma dama-duende titulada «sociedad», el idéntico jugador de manos denominado el «pueblo». Proteo de cien caretas, engañador, fantasmagórico, impalpable, especie de Judío Errante que anda y anda, sin que jamás llegue al término del viaje, sin que nunca su leyenda pueda realizarse en historia.

CAPITULO VII.

AMOR AL PROGRESO.

Aunque parezca extraño, el amor al progreso consiste en cierta iniciativa destructora que en algunos es la guardia imperial de las pasiones; — «muere, pero no se rinde.» — Esta iniciativa es la fuente de aquella ira á la que llama el Espíritu-Santo — «mensajera de la muerte». — Y así como la muerte hostiliza y prepara emboscadas á las pasiones, esta pasion hostiliza y prepara emboscadas á la muerte. Esta pasion resuelve todas las cuestiones de la misma manera que Alejandro desató el nudo gordiano.

La destructividad es el hacha de la tradicion. Sin ella seria eterno hasta lo supérfluo. En la gran caravana de la vida, el amor al progreso va talando por la vanguardia los bosques que nos oscurecen el horizonte del porvenir, y á la retaguardia nos va haciendo dejar todos los bagajes, ó inútiles ó añejos; al individuo los trajes, los hogares y las ideas; á las familias las costumbres, las preocupaciones genealógicas, las tradiciones patriciales; á los pueblos los idiomas, las instituciones y los cultos.

En la balanza de las pasiones la destructividad es el contrapeso de la circunspeccion. Alejandro, irritado por una observacion de Clito, soldado que en el paso del Granico le habia salvado la vida, despues de ma-

tarlo por su mano, lloraba á gritos su desgracia y queria suicidarse.

La destructividad, guiada por la inteligencia, *escarda;* entregada á sí misma, *siega.* Por eso para combatir ponia la elocuencia en los labios de O'Conell y el puñal en las manos de Espartaco.

La ausencia de este instinto le hacia á Atenedero aconsejar á Augusto César que no diese órdenes enojado, sin haber pronunciado primero las veinte y cuatro letras del abecedario griego. Al contrario de Atila, á quien el desarrollo excesivo de esta pasion le obligaba á gloriarse de esta letal jactancia : — «Donde pone mi caballo los piés no vuelve á nacer la yerba.»

CAPITULO VIII.

¿QUÉ SON LAS PASIONES?

La pasion aun es la expresion egoista y ciega de la individualidad, á la cual le falta la moral, que le dé elevacion, tendencia hácia lo infinito, y la inteligencia, que le dé reflexion, conocimiento de sí : la personalidad.

La pasion es al individuo lo que la cohesion al mineral, lo que al vegetal la tendencia, lo que al animal el apetito. Todavía es la raíz que por medio de mil filamentos simpáticos se adhiere, asimila y nutre á todas y de todas las cosas de este mundo, y que si se refiere á sí misma, se llama *amor á la vida;* si al suelo, *patriotis-*

mo; si al suelo y á los objetos, *propiedad;* y *amor* ó *amistad*, si á los individuos.

La pasion aun es el amor que no mira al cielo, que carece de las inspiraciones de la moral, que aun no tiene las alas de la inteligencia. Es ya la individualidad, pero la individualidad sin ojos. Es el crepúsculo todavía sin luz, es decir, es la última hora de la noche que precede al crepúsculo del dia de la personalidad.

SECCION TERCERA.

El hombre moral.

-oo-

Generalidades. Ya estamos en el sér personal que *siente* y que se *presiente.* Nuestra parte moral ya es una especie de inteligencia *inductiva* y de pasion *deducida.* La moral aun es el yo embriónico, es el sugeto que se *siente*, pero que todavía no *conoce.*

Llegamos al sér objeto de la *psicologia* y de la *ética* de las escuelas. Pero nosotros no nos cansarémos en probar que el alma , es decir, que la personalidad sin carne y hueso, es una sustancia simple, idéntica y completamente libre. Nosotros no tendrémos la impertinente, y por consecuencia la inútil, curiosidad de averiguar si el alma reside, como asegura Descartes, en la glándula pineal, ó como dice Buffon, en la membrana que cubre el cerebro, ó como aseguran los aristotélicos, en todas las partes del cuerpo. Dejemos al sábio Leibnitz con el privilegio de invencion de la armonía preestablecida, por medio de la cual los dos mundos, espiritual y corporal, se convierten en dos relojes, movidos cada uno

por diferentes resortes, y que siempre van acordes, sin discrepar un ápice. Nosotros sabemos que existen relaciones entre el cuerpo y el alma, sin que nos interese el averiguar si el engrane se hace por medio de ángulos entrantes y salientes, ó por medio de otras figuras geométricas cualesquiera.

Despues de la *estética à priori* de las escuelas, de que ya hemos hablado, no es posible inventar una cosa mas estéril que la *psicología pura* á que estamos aludiendo.

Los sentimientos morales son pasiones divinas. Todavía gravitan, pero ya gravitan en sentido ascendente. La personalidad humana frisa con la region de la inteligencia, ya está llamando á las puertas del cielo.

CAPITULO PRIMERO.

ORGULLO Y VANIDAD.

El orgullo es la vanidad de las cosas grandes, mientras que la vanidad es el orgullo de las pequeñas: El orgullo es á la vanidad lo que el todo es á la parte. Esta es el orígen de las modas, y aquel el buril de las tradiciones.

Cuando un hombre es en extremo vanidoso se abandona á frivolidades risibles, como el atildado Paulo II, que cuando en su juventud soñaba en ser papa, se habia propuesto llamarse Formoso; se adobaba el rostro en su tocador como las cortesanas marchitas, detenia en

Roma á los peregrinos para que presenciasen sus fastuosidades en los dias solemnes, y proscribiendo la gravedad de los colores oscuros, de que usaban antes los cardenales, les hizo vestirse de encarnado, pareciéndole esto mas fascinador y relumbrante.

El orgullo es el sentimiento de que se hallaba poseida aquella dama á quien, haciéndola observar al entrar en el baño que se habia desnudado delante de un esclavo, prorumpió desdeñosamente : — « Ese no es un hombre. » —

A la vanidad nadie la obedece, por mas que charle; el orgullo, aunque no hable, siempre domina. Napoleon sin discusion prévia ocupó la silla presidencial al tomar posesion del consulado, con otros dos colegas mas vetustos y mas doctos que él; y al colocarle la corona Pio VII, en vez de fingir el cómico rubor de Carlo-Magno, se la ciñó él mismo con el mas cínico desprecio.

La vanidad es una comedianta vestida de reina, pero el orgullo siempre es un rey, aunque se vista de pastor.

El orgullo ha establecido las jerarquías, y la vanidad ha inventado las distinciones. Aquel no se satisface mas que con adoraciones, pero esta se contenta con aplausos. El orgullo es el yo humano extendido hasta la inmortalidad; la vanidad és el yo que no aspira á la supervivencia. La gloria de Roma creció con la emulacion de Cartago; la del emperador Cárlos V con la del rey Francisco de Francia. La envidia trajo á Roma á Sixto V, y este solia decir á los que le referian cuán mal se hablaba de él : — « Dejadlos murmurar, pues nos de-

jan mandar.» — Los pueblos, como los individuos, tambien se poseen en masa de estos sentimientos. Aténas, que fué la Francia de la antigüedad, era un pueblo vanidoso, mientras que Esparta, su contemporánea, era una nacion orgullosa que no vió satisfecha su feroz altivez hasta que destruyó para siempre el poder de su elegante rival.

A veces estos sentimientos solo dominan en ciertas clases, por lo cual se hacen ó ridículas ó temibles.

La vanidad de las noblezas modernas de casi todas las naciones de Europa es ridícula, porque sus nobles son grandes por convencion.

Los gobiernos aristocráticos de Roma y de la Gran Bretaña han hecho y hacen sentir al mundo los efectos de un intolerable orgullo; el de Roma con los privilegios y tradiciones senatoriales de sus patricios, y el de Inglaterra con las linajudas preocupaciones y bruscos arranques de sus barones y sus lores.

Muy pocas veces la vanidad, y casi todas el orgullo, son el estímulo de esa quijotesca aberracion llamada duelo.

El duelo es una guerra de individuo á individuo, así como la guerra es un duelo de nacion á nacion.

El combate entre los individuos es tan natural como la guerra entre las naciones.

Y digo que el combate es natural, como es natural el pecado, cuando por casos fortuitos la razon se ofusca y los sentimientos se desequilibran, preponderando el orgullo y los instintos agresivos sobre las cualidades

morales y los afectos de conservacion. En esta situacion el combate es natural, como es natural el pecado.

Las preocupaciones llegan á sobreexcitar las organizaciones duelistas; pero, aun prescindiendo de las preocupaciones, existen organizaciones duelistas por excelencia. Un cierto duque de Borbon propuso un combate á todo trance, ó á muerte, como decia el cartel, — « para entretener la ociosidad y en honor de las damas». — El caballero flamenco D. Juan de Verdun hizo fijar un cartel de desafío en todas las ciudades principales de Europa, en el cual proponia batirse con seis caballeros, uno despues de otro, á todo trance, ó hasta morir, con la espada, la lanza y la maza de armas, — « mediante la ayuda de Dios, de la Vírgen Santísima, de S. Jorge y de la señora de sus pensamientos». — Aun prescindiendo de las preocupaciones de la edad media, es probable que este par de botarates habrán armado camorra con cualquier calavera que se les haya encarado, sin mas razon que la natural gravitacion de su carácter.

Sertorio y Marco Antonio desafiaron al cónsul Metelo y á Octavio Augusto, pero ni uno ni ótro admitieron el duelo. Cuando Cárlos de Anjou, con motivo de la soberanía de la isla de Sicilia, desafió á Pedro de Aragon, este monarca admitió inmediatamente el desafío, y sin embargo de que ambos príncipes juraron no faltar al campo de Burdeos, que era el sitio aplazado, tuvo el sentimiento el monarca español de no haber hallado á su competidor, de lo cual hizo levantar público testimonio para justificar el cumplimiento de su real palabra, á

pesar de no haber querido asegurarle el campo de los grandes peligros á que se expuso, y de la falta de Cárlos de Anjou, que le habia provocado. Sea el que quiera el grado de civilizacion á que se eleve el género humano, siempre en los fastos de la historia Pedro de Aragon será considerado como un caballero mas perfecto que Metelo y Octavio Augusto. La enemistad de Francisco I de Francia y Cárlos I de España llegó al extremo de desafiar personalmente el monarca francés al Emperador. Este soberano admitió el duelo; señalóse el campo y se hicieron los demás preparativos acostumbrados; pero despues el rey de Francia se excusó, no se sabe por qué motivo, no obstante haber sido el provocador. Algunos historiadores franceses, al hacer mencion de este duelo y referir que no se llevó á efecto, estrujan su cerebro para rebuscar algunas palabras equívocas con que dar á entender que el lance se esquivó por el Emperador, mientras que los escritores españoles dan al asunto una importancia excelsa, sosteniendo con hechos auténticos que la defeccion estuvo de parte del caballeroso rey de Francia. Estoy seguro que en esta cuestion jamás se entenderán franceses y españoles, y que, por grande que llegue á ser su despreocupacion y cultura, nunca reducirán este altercado á sus verdaderas proporciones, relegándolo á la seccion de fruslerías históricas.

Unas veces el duelo es personal, como en estos casos; otros es colectivo, como en el de los Horacios y Curiacios, y el de los españoles y franceses en Italia;

otros se efectúan de nacion á nacion, como casi todas las guerras, en las cuales, si se examinan imparcialmente las causas que las motivan, suelen ser unas razones de *puntillo*, que hacen reir á cualquier hombre sensato; otras por antipatías de razas, como las guerras de Grecia con el Asia, las guerras púnicas, las invasiones del siglo v, las devastaciones de los tártaro-mogoles de los siglos XIII y XIV. Si se exceptúan algunas guerras sagradas, particularmente la lucha sostenida por la Europa católica contra el mahometismo, hay en la historia del género humano muy pocas guerras que hayan tenido por móvil un principio fecundo y civilizador, pues la mayor parte las ha motivado ó un motivo pueril, como los que se matan por un epíteto impropiamente aplicado, ó una rivalidad mezquina, como casi todas las guerras civiles antiguas y modernas, ó una organizacion fanfarrona, como la de aquel duque de Borbon que se queria batir á muerte « por entretener la ociosidad y en honor á las damas », ó un instinto agresor y un temperamento activo, como casi todas las castas de orígen galo-céltico, ó un carácter dominante, como el de las naciones oriundas de la raza anglo-sajona.

De todo esto se deduce que el combate entre los individuos es tan natural como la guerra entre las naciones. Y digo que el combate es natural, como es natural el pecado, cuando por casos fortuitos la razon se ofusca y los sentimientos se desequilibran, preponderando el orgullo y los instintos agresivos sobre las cualidades morales y los afectos de conservacion. En esta situa-

cion el combate es natural, como es natural el pecado.

Los desafíos legales ó juicios de Dios, reglamentados por el usurpador de Borgoña Gondebardo, y por Felipe el Bello, alucinados por la falsa creencia de que en las acciones humanas Dios debe tomar parte directa en favor de la inocencia, eran tan inmorales como si en las plazas públicas se autorizase la crápula, el robo y el asesinato.

Una sonrisa irónica puede dar motivo á un combate personal á muerte, así como el abanicazo dado por el dey de Argel á un cónsul francés bastó para que el rey de Francia lo arrojase del trono y se apoderase de sus estados.

Muchas leyes imponen pena de muerte á los que se batan y á los que intervengan en un duelo. Por supuesto que estas leyes, como otras muchas, no se han escrito mas que para hacer miedo, y por supuesto tambien que á estas leyes las ha sucedido lo mismo que á las otras, que han sido quebrantadas sin conseguir el objeto de hacer miedo á nadie.

El atacar de frente un acto natural es tan absurdo como poner diques á un torrente: á los torrentes se les da direccion, pero no se les puede forzar á una completa paralizacion. Una ley prohibiendo absolutamente el duelo es un absurdo, porque es poner diques á un torrente; pero una ley que indirectamente hiciese intervenir en el duelo personas extrañas que lo imposibilitasen, seria una ley muy diestra, porque daria direccion á un torrente incapaz de ser contenido.

Los criminalistas que aseguran que el duelo es una preocupacion dicen una simpleza. Las preocupaciones se pierden con el tiempo, y el duelo no se extirpará nunca.

Algunos escritores que en vez de explicar la historia por el corazon humano, quieren explicar el corazon humano por la historia, pretenden encontrar el orígen del duelo en ciertas épocas históricas, atribuyéndolo á la ignorancia, á la preocupacion, á la costumbre, á la moda, y á otros mil motivos tan arbitrarios como superficiales. El mismo sol que presenció la lucha de los dos primeros hermanos y el duelo entre David y el gigante Goliath, verá el postrer dia del mundo á los niños darse de bofetones en medio de las calles.

CAPITULO II.

FIRMEZA.

Querer es poder.

Si el sentimiento de nuestra dignidad se halla fortalecido por el de la firmeza, entonces nuestra naturaleza adquiere hasta un grado eminente la irritabilidad en la agresion y la incontrastabilidad en la resistencia.

La exaltacion de este sentimiento es lo que ha hecho permanecer á los griegos por espacio de diez años frente á los muros de Troya, y lo que ha inspirado los grandes sacrificios de Sagunto y de Numancia. Cuando la firmeza es muy predominante en la constitucion orgánica

de un pueblo, entonces la consecucion de un designio puede durar hasta setecientos ochenta años, como la guerra que sostuvieron los españoles contra el poder mahometano, ejemplo de tenacidad que casi parece fabuloso.

CAPITULO III.

ESPERANZA.

La esperanza es el eslabon que nos une al cielo.

Esta adorable pérfida siempre usa con nosotros perfidias y siempre la adoramos. Colocada, como la fruta de Tántalo, al lado de nuestro deseo, nunca se aleja completamente de nosotros y jamás se nos acerca del todo. Eterna fiadora de la felicidad, la esperanza nos promete lo que la felicidad casi nunca nos cumple.

Un autor llama á la esperanza —«el sueño del hombre despierto».— Hay, sin embargo, grande diferencia entre el sueño y la esperanza, y es que el sueño suele esperar en lo que no quiere, mientras que la esperanza siempre sueña con lo que desea.

Vivir sin esperanzas es haberse enterrado en vida; morir con ellas es empezar á vivir.

La esperanza es la última hez que apuramos en el fondo del cáliz de la amargura.

Si se me diese á escoger entre la esperanza y la felicidad, escogeria la esperanza.

Todos los cuerdos tienen por lo menos una vena de locos : la esperanza.

Este eterno epílogo de la existencia es el contrapeso de todas nuestras desventuras.

Sin la esperanza el cielo seria un infierno, y con ella se convierte en cielo hasta el mismo infierno.

Este faro, á quien nunca los desengaños llegan á ofuscar enteramente, es la única luz que no deja de alumbrarnos en el camino de la vida; y cuando ya no nos queda en la tierra que pisar ni un solo palmo, se lanza en el centro de la eternidad, y entonces, no engañadora por la primera vez, nos augura desde allí una felicidad que debe durar siglos de siglos.

CAPITULO IV.

TEMOR.

El temor es el contrapeso de la esperanza.

Con la esperanza y sin el temor la humanidad seria locamente dichosa; con el temor y sin la esperanza el hombre seria cuerdamente desventurado. Con la esperanza refrenada por el temor, ó con el temor aguijoneado por la esperanza, el género humano es regularmente feliz y medianamente desgraciado.

Si el amor á la gloria hace muchas conquistas para la moral, muchas ha hecho tambien el temor al infierno. Burlábase Calígula de los dioses, y cuando tronaba re-

conocia su temor otra mano mas poderosa que podia castigar.

El temor, en sentido moral, se llama miedo; aplicado á la sociedad, se llama circunspeccion. Sin la circunspeccion, el estado social seria una orgía perpétua.

Cuanto mas circunspecto es un hombre, es mas justo. La circunspeccion es un dique para los deseos y para la conciencia : á aquellos los contiene, y á esta la defiende de aquellos.

La justicia nunca se acompaña de la inconsideracion, así como la prudencia siempre es la vanguardia de la razon.

CAPITULO V.

RESERVA.

La secretividad es la careta de las pasiones. Este pincel de Murillo suele idealizarlo todo, hasta las gangrenas del alma.

Cuando la reserva no es la tenebrosa virtud de la hipocresía, es la prudente hipocresía de la virtud. Es la virtud de la hipocresía el repugnante disimulo de Antíoco, uno de los reyes seléucidas de la Siro-Media, que cuando le entregaron á Aqueo, de quien habia sido pupilo, le vió, dejó correr algunas lágrimas, y mandó que le cortasen la cabeza. Y es la hipocresía de la virtud la galante cautela de Hieron II, quien sospechando que

los romanos podrian ser tan delicados que no admitiesen una suma de dinero, aunque la necesitaban, la convirtió en una *victoria* de oro, y se la regaló.

La virtud de la hipocresía es la glacial indiferencia con que Tiberio recibió á Pison, quien por su órden acababa de ejecutar la muerte de Germánico; y la hipocresía de la virtud se revelaba en el agradable semblante con que D. Fernando el Católico se despidió de los grandes de Castilla que le habian ofendido, como si previese que volveria á gobernar á Castilla, como efectivamente sucedió, ó en la generosa astucia de Julio César, que levantó estatuas á su rival Pompeyo, comprometiendo á sus contrarios á afirmar la suya.

Como la reserva es el ministro que está al frente de las relaciones exteriores del estado de las pasiones, dirémos en este lugar algo sobre la diplomacia.

Para algunos los diplomáticos son unos agentes de alta policía; para otros, unos zurcidores de idilios augustos; para estos, unos porta-muestras de géneros del reino; para aquellos, unos ociosos que solo representan el tipo orgánico de la raza á que pertenecen.

Antiguamente las necesidades diplomáticas creaban los diplomáticos. Hoy los diplomáticos crean las necesidades diplomáticas.

Las intrigas políticas y comerciales de una nacion están en razon directa del número de sus agentes diplomáticos.

La Turquía es la nacion europea de mas moralidad internacional, porque recibe embajadores, y no los en-

via. Con esta incauta nacion se va á efectuar la fábula del labrador y la culebra.

La diplomacia es tan rica en géneros como la literatura : la hay vanidosa como la de los griegos, que tenian á mucha honra ganarse la aquiescencia de las demás naciones; soberbia como la romana, que delegaba el poder de juzgar á los reyes extranjeros en sus mismos dominios; infame como la del consejo de Venecia, que se libraba de sus enemigos con el puñal ó con el veneno; subrepticia y ergotista como la de los papas, suspicaz y petulante como la española, verbosa y galante como la francesa, corruptora é inteligente como la inglesa, y modesta y mercachiflera como la norte-americana.

A pesar de que la diplomacia tiene tantos matices históricos como historias hay en el mundo, sin embargo, la diplomacia solo se divide en noble y perversa, en legal y facciosa, en buena y mala.

La diplomacia noble, aunque por de pronto sea sorprendida, acaba á la larga por ser noblemente recompensada. La diplomacia perversa, aunque sorprenda por de pronto, concluye á la larga por recibir el castigo de su perversidad. La cuerda política de algunos estados de Europa les ha conquistado en el mundo una simpatía universal. La disolvente política llamada *italiana* ha concluido por desgarrar las entrañas de su misma madre la Italia.

La diplomacia de *ganzúa* se aprende en cualquier barrio bajo, cobrando un mes el barato. Los Virgilios y

los Calderones de la diplomacia solo ilustran las naciones cuando Dios se complace en crear de tarde en tarde corazones y cabezas como las de Calderon y de Virgilio.

La alta diplomacia deberá su desarrollo al desarrollo de las virtudes cristianas. La diplomacia baja tiene su código, que será leido hasta que se le borre con el humo del « Tratado del Príncipe », quemado por la mano del verdugo.

Si se me preguntase : ¿Por qué tiene mas adeptos la diplomacia de *ganzúa* que la noble diplomacia? Responderia preguntando : ¿Por qué es menor el número de los que se canonizan que el de los que se ahorcan?...

La ciencia diplomática sirve para hacer diplomáticos, como Horacio sirve para hacer poetas. Aquella hace hombres bien educados, como este hace poetas muy circunspectos. Ambos enseñan fórmulas, pero ninguno sirve para hacer crear un solo pensamiento.

Los diplomáticos, lo mismo que los poetas, no se hacen: nacen.

Los hombres que poseen el don de reserva, piden á Dios, como David, « guardas para su boca y candados para sus labios ».

Es asercion que se ha elevado á proverbio la de que — « los locos tienen el corazon en la boca, y los cuerdos la boca en el corazon ».

La secretividad es el aya de las pasiones; si esta vieja astuta no cerrase las ventanas de la casa, en sus pri-

meros impulsos veriamos á menudo á las pasiones en su mas repugnante desnudez.

Aunque los anatómicos lo ignoran, la secretividad es la membrana mas espesa que neutraliza los movimientos irreflexivos del corazon.

Jaula de los locos del alma, la secretividad solo abre paso á las pasiones que prometen ser discretas.

CAPITULO VI.

IDEALISMO.

El instinto de lo bello, de lo perfecto, de lo sublime, es el rayo de fuego que bajó del cielo y nos trasmitió en herencia Prometeo.

Esta pasion trabaja incesantemente por modelar la tierra á la manera del cielo.

Si el esteticismo no da la vida á los mármoles, por lo menos los arranca de las garras de la muerte.

Este instinto hace lo feo *bello* y lo bello *bueno;* por eso los vicios y tiranías de Neron no bastaron á borrar la memoria de su *belleza*, y por eso al idealista Platon le parecia que, así como el círculo no puede estar sin centro, así la hermosura no puede estar sin *virtud interior*.

La idealidad borró los límites que acotaban el paraíso terrenal.

La belleza embriaga. Los etíopes y los indios en algunas partes eligen por rey al mas *hermoso*. Y los lacede-

monios multaron á su rey Archidamo por haberse casado con una mujer pequeña, sin que bastase la graciosa excusa que daba de haber elegido «del mal el *menor*».

CAPITULO VII.

IMITACION.

La imitacion es la ninfa eco de las pasiones.

Por la imitacion mudamos de trajes como de impresiones, y por la misma no mudamos de religion como de trajes.

La imitacion practica el ejemplo del ejemplo. La imitacion suele ser un tránsfuga del exámen; cuando este empieza á reconocer el campo, aquel ya se ha vestido el uniforme de sus enemigos.

El instinto imitativo constituye la atmósfera del mundo moral; por él se difunden é inoculan las pestes literarias, los contagios revolucionarios, las fiebres suntuarias.

La parsimonia que no pudieron introducir en Roma las leyes sobre el lujo, la introdujo con su ejemplo el emperador Vespasiano.

La imitacion suele inspirar lo útil y lo perjudicial, lo sublime y lo ridículo, lo grande y lo pueril. Fué útil, por ejemplo, cuando los romanos incorporaron á las suyas las leyes rodias, haciéndolas observar en todas las provincias marítimas del imperio; y fué perjudicial á

Cleombrato de Ambracia, que habiendo leido el libro de Platon sobre la inmortalidad del alma, concibió tal deseo de pasar á la otra vida, que desde un muro muy alto se precipitó á la mar. Si esta pasion es ridícula cuando inspira sus pantomimas á un saltimbanquis, es sublime al revelarles los secretos de la naturaleza á Velazquez y Rafael.

La imitacion es grande al lanzar á Alejandro á la conquista del Asia, proyecto concebido antes por Cimon; y es ridícula inspirando á Caracalla el deseo de imitar á Alejandro en llevar inclinada la cabeza hácia el lado izquierdo.

La imitacion constituye en nosotros una naturaleza *artificial*. La mitad de nuestros hábitos emanan de la organizacion, y la otra mitad de la fórmula tradicional de «*porque* se estila».

CAPITULO VIII.

JUSTIFICACION.

El sentimiento de la justicia es el crisol que funde los malos deseos, trasformándolos en remordimientos. En medio del cenagoso campo de nuestras pasiones, Dios ha puesto la conciencia como una fuente purísima, cuyos raudales restituyen á la inocencia todo cuanto tocan.

Colocada la conciencia en el sagrario del alma, como un oráculo invisible, da sus fallos severos sobre todas

nuestras acciones, siempre que se le piden consejos, y lo que es mas amargo, siempre que no se le piden.

La unanimidad del amor á la justicia es lo que se traduce por *fe pública*.

La suma total de rectitudes parciales forma el asentimiento general, base del derecho comun entre los individuos, y del derecho de gentes entre las naciones.

Sin sentimiento de justicia no habria confianza pública, y sin confianza pública no habria órden social.

El instinto de lo justo es el broquel con que se arma el débil para resistir al fuerte, y el freno que halla el fuerte para acometer al débil.

La idea de la justicia tiene atado el remordimiento al crímen; por eso no puede haber crímen sin castigo.

Cuando un crímen no es castigado por la justicia humana, lo castiga el remordimiento, que es la justicia Divina.

El sentimiento de la equidad reabsorbe todas nuestras acciones; cuando obramos bien, se refleja en nuestra alma la felicidad que hacemos; cuando obramos mal, parece que la espada con que herimos rebota en un objeto de bronce y vuelve á traspasarnos el corazon.

CAPITULO IX.

RELIGIOSIDAD.

Dios siempre será una verdad, porque es un sentimiento.

Dice Voltaire — « que si Dios no existiese, seria necesario inventarlo ».

Dios es tan excelentemente bueno, tan perfectamente sábio, tan entrañablemente tolerante, que ama á todos los hombres, lo mismo á los asiáticos que á los africanos, así á los europeos como á los africanos; entiende todos los idiomas, desde las jergas etíopes hasta las lenguas cultas. Acepta todos los cultos sinceros, ya los que se tributan á los *grisgrís* de los negros, ó á los *manitúes* de los pueblos salvajes del norte; ya los que se rinden á los astros, como los primeros pastores árabes, los güebros ó antiguos persas, los romanos y los natchez; ya los que se tributaban á la sombra del árbol de las religiones idólatras, plantado en el Egipto ó en la India, y que ha cubierto con su extenso ramaje casi toda la redondez de la tierra; ya, en fin, los que rinden las religiones reveladas, que desechan el culto de los objetos físicos, y que dan una idea tan extensa y tan sublime de la Divinidad.

Todos los apóstoles que hacen descender á Dios de esta elevacion magnífica, en la cual brilla con infinito amor, con infinita sabiduría y con infinita tolerancia, revisten á Dios de sus pasiones y pretenden convertirle como ellos en un detestable faccioso.

La moral es la religion de las religiones.

Dios no tiene nombre, y los tiene todos. Llámenle Lama, como los indios; Apis, como los egipcios; Júpiter, como los gentiles; Sol, como los incas, ó Alá, como los mahometanos. Dios siempre responde á los limpios de corazon.

La buena intencion es el carro de triunfo con que, sobreponiéndonos á todas las sectas, nos elevamos hasta el seno de la Omnipotencia.

«Odiar á los que yerran», dice un filósofo de la antigüedad, «es lo mismo que si odiásemos al que tropieza en la obscuridad».

La tolerancia es el barómetro de la civilizacion; todo pueblo, cuanto mas salvaje es, es mas intolerante.

La cultura y la supersticion guardan respectivamente la misma posicion que la luz y la sombra; siempre andan encontradas.

El fanatismo es un burro que bebe sangre.

Las barbaridades mas trascendentales en la historia de la humanidad siempre han sido cometidas por supersticiosos célebres. El califa Omar, con pretexto de que — «si los libros decian lo mismo que el Coran eran inútiles, y que si no lo decian eran perjudiciales», quemó en el siglo VII la biblioteca de Alejandría, haciendo retroceder á su infancia al género humano, que ya contaba cuarenta y siete siglos de conquistas intelectuales. Los cruzados al lanzarse al Asia á redimir el Santo Sepulcro, degollaron en varios puntos de Europa á los infelices judíos que encontraban á su paso, convirtiéndose en desalmadas hordas de ladrones y asesinos, á nombre del Dios de las misericordias. El gran Jimenez de Cisneros, en un arrebato de fanatismo, hizo quemar en Granada cinco mil volúmenes que contenian los hasta ahora no igualados progresos de la agricultura y de la medicina de la civilizacion arábiga. El primer obispo de Mé-

jico quemó en la plaza de Tezcuco todos cuantos objetos pudieran dar una sola idea de la historia del pueblo americano, condenando á la posteridad á que ignorase los anales del orígen y adelantos de este pueblo, que tan novelescamente se presentó en el siglo xv á formar parte de la gran familia humana. El rey Cárlos IX ordenó el sacrificio de mas de setenta y dos mil franceses, asesinados en la jornada de San Bartolomé, y el papa Gregorio XIII aprobó y celebró con demostraciones públicas esta atroz carnicería, haciendo pintar en el Vaticano tan espantoso degüello, como uno de los cuadros de triunfo de la religion católica.

Por fortuna, desde que la invencion de la imprenta ha extendido y radicado indestructiblemente la civilizacion moderna, la tolerancia existe de hecho en los códigos parciales de la mayor parte de los pueblos cultos, y se ha elevado á derecho internacional en todas ó casi todas las naciones del mundo. Cuando en el siglo xvi Francisco I se alió con Soliman el Magnífico para contrarestar el poder de Cárlos V, toda la cristiandad se hizo cruces, escandalizada; en tanto que en nuestros dias la Francia y la Inglaterra, para sostener el equilibrio europeo, están reanimando con su aliento el espíritu exánime del imperio otomano, y le acaban de salvar de una muerte á la que camina inevitablemente desde que la espada de D. Juan de Austria le traspasó el corazon en la batalla de Lepanto.

A la exaltacion de Pio IX al trono pontificio, uno de los soberanos que primero le felicitaron fué el empera-

dor de Constantinopla. Esta cortés demostracion del jefe del islamismo al jefe del catolicismo prueba que en el mundo el espíritu de secta, no solo es ya inferior á los intereses políticos, sino que ya se va posponiendo á las agradables fórmulas de la buena educacion.

Cuentan del mismo Pio IX que atravesando un dia en un coche uno de los arrabales de Roma, mandó parar cerca de un grupo de gente que rodeaba á un anciano tendido en el suelo y desmayado. — «Es un *judío*», gritó con desprecio la plebe fanática. — «Es un *hombre* que padece y debe ser socorrido»,— contestó el Pontífice, mandando poner al judío en su coche, y llevándolo á su casa para dejarle en manos de su familia. Lo mismo hubiera hecho Jesucristo.

Todos los grandes hombres hacen de la intolerancia el blanco de sus mas acerbas invectivas:

«El hombre embrutecido por la supersticion es el mas vil de los animales.»—*Platon*.

«La filosofía y la medicina han hecho al hombre el mas cuerdo de los animales; la adivinacion y la astrología, el mas loco; la supersticion y el despotismo, el mas desgraciado.»—*Diógenes*.

«La supersticion y el despotismo son, inmediatamente despues de la muerte, los azotes mas terribles del linaje humano.»—*Voltaire*.

«La supersticion trasforma al hombre en bestia, el fanatismo en fiera, el despotismo en acémila.» —*La Harpe*.

«Huid de los santurrones así como de los hombres relajados.»—*Clemente XIV*.

«En religion se persuade, no se manda.» —*Orígenes.*

«Sé amigo de la verdad hasta el martirio, pero no seas su apóstol hasta la intolerancia.» —*Pitágoras.*

«Para el fanatismo son deberes el odio y la venganza.» —*Guizot.*

«El resplandor de las hogueras no alumbra los espíritus.» —*Marmontel.*

«El fanatismo y la supersticion son incurables.» — *El gran Federico.*

«No seamos papistas ni calvinistas, sino hermanos adoradores de un mismo Dios.» —*Voltaire.*

«¡Sed tolerantes! Si Dios hubiese querido, todos los habitantes de la tierra seguirian una misma ley.» —*Mahoma.*

La idolatría no es mas que la objetivacion del religiosismo orgánico. Todo sentimiento tiende á representarse en la materia; toda idea aspira á manifestarse en hecho.

El racionalismo es el adversario universal de todas las religiones positivas. Y es que el racionalismo es tan estrecho en sus miras como el religiosismo sensual. Ni uno ni otro abarcan en conjunto la naturaleza humana; ni aquel sabe bajar del espíritu, ni este subir de la materia.

¿Qué cosa puede haber mas racional que un santuario comun, á cuyo umbral deponemos nuestros rencores y adonde entramos á rogar por nuestros enemigos?

Si es compatible con vuestro estado económico, haced vuestros templos grandes y ricos; la grandeza satisface nuestro idealismo, y la riqueza agrada en extremo á

nuestro idealismo y á nuestro instinto de propiedad. Cuanto mas grandes son los objetos que nos rodean, mas profundamente se sacia en sus éxtasis nuestra veneracion.

Los monumentos petrifican las creencias que simbolizan. Todavía los descendientes del pueblo de Israel, esparcidos por el mundo desde la toma de Jerusalen por Tito, sueñan con tomar á la ciudad santa con la esperanza de reedificar el templo de Salomon. La casta judía, sobre quien parece que la Providencia ha desplegado todas las calamidades de un rigor eterno é implacable, goza de uno de los placeres mas profundos y mas inocentes, recordando la maravillosa fábrica de su sábio rey Heródes, que, á excepcion de alguna notable cualidad de carácter, fué uno de los soberanos de Israel de condicion mas baja y sanguinaria, recibió de sus súbditos el epíteto de « Grande », y tal vez su posteridad atenuó, si no pudo disculpar, sus monstruosidades y dilapidaciones, solo porque restituyó á sus formas primitivas el derruido templo del hijo de David.

Los árabes, inflamados todavía por sus ardientes tradiciones, aun deliran con volver á España, mas que á reconquistar un país que poseyeron sus mayores por espacio de setecientos ochenta años, á ver á sus imanes rendir preces á Alá desde la Giralda de Sevilla.

Miguel Angel, para fatalidad de la union territorial de la península italiana, hizo de Roma el asiento inmutable del catolicismo, fundando un monumento que parece que arranca del corazon del globo, y *lanzando en*

las nubes, como se lisonjeaba de hacerlo envanecido, la admirable cúpula de San Pedro.

Los pueblos cristianos profesan una admiracion justificable á los templos ojivales edificados en Europa durante los siglos xii, xiii, xiv, xv y parte del xvi, y al designar con orgullo alguna forma material de sus creencias, se refieren con entusiasmo á las graciosas catedrales de la edad media, como si sus agujas estuviesen en relacion mas directa con el cielo que las torres de los demás templos de diferente forma arquitectónica. Cada creencia se compone de una milésima parte de convencimiento y de nuevecientas noventa y nueve de ilusion. Así es que los católicos juzgan mas aceptas á Dios las oraciones que se elevan bajo una bóveda ojival que las que se hacen en la mezquita de Córdoba, convertida en templo cristiano, ó en el San Pablo de Lóndres, que por ser de arquitectura greco-romana, parece que hace surgir del pensamiento ideas de gentilidad.

El templo del Escorial es lo que mas ha influido en la rehabilitacion de la maltratada memoria de Felipe II, á quien los ingleses llamaron «el demonio del Mediodía», y que, á pesar de sus exagerados defectos, bien mereceria por contraste la calificacion de «santo» que le dan muchos católicos, si su nombre estuviese incrustado en la genealogía de los reyes de Inglaterra.

La idea de Dios es tan natural en el hombre como la de su propia conservacion.

En todas las religiones del mundo la única cosa que no ha sido inventada es el instinto de la Omnipotencia.

La esencia de toda religion es instintiva, universal, orgánica. La forma de todo culto es local, movible, convencional, postiza. Cuando el hombre es indocto, es *fetiquista,* adora á Dios en un símbolo cualquiera; cuando es algo ilustrado, es *sabeista*, ve la Omnipotencia en los grandes fenómenos de la creacion; cuando el hombre es culto, es *psicólogo,* agranda á Dios hasta no poderle abarcar con el pensamiento.

Si pereciese el género humano, y solo un hombre se salvase del universal naufragio, se salvaria con él la idea de Dios.

Dios es anterior á todas las concepciones; es una preconcepcion.

CAPITULO X.

BENEVOLENCIA.

El hombre es naturalmente bueno. Pocas veces se hace el mal por placer, mientras que casi siempre el hacer bien es una dulce necesidad.

Los instintos benévolos dan á las relaciones sociales algo de aquella inefabilidad que debe existir entre el místico amor de los ángeles.

La luz de la justicia se refleja en la frente del Eterno, y despues de purificada desciende á la tierra, convertida en benevolencia.

Este sentimiento irradia afectos divinos : el amor al prójimo, la caridad, el perdon.

La bondad es el último quilate de la virtud.

La benevolencia siempre es moral, mientras que la moral puede no ser benévola.

La moral, predicada por Moisés, no fué divina hasta que Jesucristo la purificó con la bondad.

Esta propension es tan social, que parece que tiene ligada á toda la humanidad por medio de un flúido simpático; tan tierna, que es el orígen de la beneficencia pública, y tan interesante, que es la única pasion que hace derramar lágrimas por el dolor ajeno.

Los hombres, intuitivamente, para hacer á Dios el mas grande de los seres concebibles é inconcebibles, le han llamado «el Dios de las misericordias».

CAPITULO XI.

¿QUÉ SON LOS SENTIMIENTOS MORALES?

Los sentimientos morales, que todavía son ciegos, aunque no tanto como las pasiones, desencarnados del mundo, ya son el limbo de la inteligencia. Adivinan sin raciocinar, piensan sintiendo.

El tener sentido moral es tener ya un pié en el otro mundo.

La moral es una pasion de arriba abajo. No se nutre de amores terrenales; echa sus raíces en el cielo. Casi es la personalidad, aunque todavía no tiene, como la inteligencia, espejo para mirarse. Si la pasion es un in-

fierno, la moral es un purgatorio, donde ya se entreve el cielo de la razon.

La moral es, con relacion á sí misma, *emulacion*, *firmeza*, *orgullo*, *dignidad;* con respecto á los individuos, *benevolencia*, *justificacion*, *virtud;* si se refiere á la naturaleza, *imitacion*, *idealismo*, lo infinito en lo finito, lo eterno en lo temporal, las artes; con relacion á Dios, la *veneracion*, la *esperanza*, el presentimiento de lo absoluto, el alba de la luz increada, la religion.

En la moral vibra completo el sentimiento de la individualidad, y al presentir, aunque en confuso, la idea de lo infinito, ya se adivina el semi-Dios del ser unipersonal.

SECCION CUARTA.

El hombre inteligente.

—oo—

Generalidades. Segun Sto. Tomás, — « la inteligencia, mientras está unida al cuerpo, reside en el límite que separa el horizonte de lo infinito y de lo limitado ». — La inteligencia, aroma de la flor de la creacion, último reextracto de una elaboracion divina, único sugeto y objeto de sí misma, es la síntesis de lo ideal y de lo real, es la personalidad.

Separándonos del método de los husmeadores de la cueva del pensamiento, no analizarémos la inteligencia en *potencia*, sino en *acto*. Desde que ha existido el primer filósofo del mundo, desde que apareció la famosa inscripcion del templo de Délfos : *Nosce te ipsum*; exceptuando á Sócrates, que la tomó por divisa, los filósofos no han sido mas que unos husmeadores de la cueva del pensamiento. Aun no hemos añadido una sola letra á la primera palabra de la filosofía.

Descártes, padre de la escuela de la psicología moderna, ha sido una verdadera áncora de la filosofía, con

la cual esta no se ha ido á pique, pero se ha ido á fondo. Su principio de conciencia, — « pienso, luego soy », — es un lastre mas pesado que un verdadero cargamento. El — « conócete á tí mismo », — es una ruta abierta á nuestras investigaciones, ancha, fácil y sin escollos. El — « pienso, luego soy », — es un callejon sin salida.

Aquellos de mis lectores qne no estén iniciados en los secretos de la filosofía nunca comprenderán todo lo infecundo y á veces todo lo ridículo de la moderna escuela psicológica, desde los primeros cartesianos, que dicen sencillamente — « que son, porque piensan », — hasta los desenfrenados *yoistas*, que crean el mundo *observándolo*. El *cartesianismo* primitivo tiene la timidez de empezar por *asegurarse* de sí mismo; el *criticismo*, última razon del sistema de Descártes, lanzándose desbocado en esa via retrospectiva, acaba por *negarse* á sí mismo. Descártes acepta el pensamiento como *fenómeno*, como aparece; Kant investiga la esencia del pensamiento como *noumeno*, como es en sí. Descártes toma los pensamientos á la hora en que se levantan; su discípulo Kant, mas hábil cazador de ideas, siempre procura *sorprenderlas en la cama*. Para el padre, la inteligencia es *pensar;* para el hijo, la inteligencia es la *potencia* de producirse á sí misma. El análisis de Descártes empieza por la inteligencia en *acto;* la analítica, ó ciencia del análisis, de Kant, es la descomposicion de la *potencia* intelectual. Para Descártes el entendimiento es lo mismo que el conocimiento; para Kant el entendimiento no es mas que lo que hay de *espontáneo* en el conocimiento. La

psicología y la *lógica* experimentales de Descártes las ha convertido Kant en *ideología pura* y en *lógica trascendental*, investigando lo mas *à priori* de la potencia intelectual, haciendo retrogradar mas que ningun otro la dificultad, analizando, no *lo que* hace el espíritu, sino *el cómo* es posible que lo haga.

Despues de la *estética* trascendental y de la *psicología* pura de las escuelas, de que ya hemos hablado, no es posible inventar una cosa mas estéril que esta *lógica trascendental* y esta *ideología pura* de que vamos hablando.

Descártes en el pensamiento buscaba el *qué*, Kant el *cómo*, y nosotros seguirémos buscando el *para qué.*

El primero no buscaba de las ideas mas que la *existencia*, el segundo la *naturaleza*; nosotros buscarémos la *relacion.*

Descártes dice dónde *están;* Kant busca el lugar de dónde *vienen;* corramos nosotros á saber adónde *van.*

CAPITULO PRIMERO.

COMPLEXIDAD DE LA INTELIGENCIA.

Las combinaciones de las muchas facultades ingénitas que juntas constituyen la parte intelectual del hombre, son el orígen de infinitas variedades de talentos.

Las adjudicaciones intelectuales son orgánicas como los sentimientos; se nace al mundo con cierta aptitud

dada para ocupar un mayor ó menor grado en la escala de la razon, en la region de la personalidad.

El mas precioso y mas trascendental de estos dones de la Providencia es el talento de materializár las ideas : el lenguaje. El hombre aprende los idiomas, mas no aprende la propension á hablar, porque es innata. César Cantu, con un empeño indigno de su talento, ha querido probar que las semejanzas en los idiomas revelàn una identidad histórica en las razas; esto no es exacto. La facultad de hablar es ingénita, y el habla es mas ó menos dulce, áspera, franca ó constreñida, segun la disposicion constitucional de los órganos laríngeo-bocales. Mas puntos de contacto tiene el suave dialecto peruano, adoptado por la alta sociedad española, con el melodioso toscano, que el francés con el aleman; y ciertamente que los franceses tienen algo mas de alemanes, que de italianos los habitantes de la América del Sur. Los sonidos honomatopéyicos son parecidos en casi todos los idiomas, y esta manera general de expresar ciertos fenómenos da á muchas lenguas de diferentes raíces términos casi idénticos.

La predisposicion á medir las distancias y calcular los pasos exaltaba á Arquímedes hasta el extremo de pedir un punto en el espacio para remover el mundo con su palanca.

Una gran disposicion á formar cálculos exactos, unida á la facultad de apreciar la configuracion de los objetos, obligaban á Pascal, á los once años de edad, encerrado en un cuarto. sin que jamás hubiese saludado la geome-

tría, á inventar casi todas las proposiciones de Euclídes.

Todas estas facultades reunidas impelian á Galileo, despues de retractarse ante el tribunal de la Inquisicion de que el globo girase sobre sí mismo, á exclamar, dando una patada en el suelo, con el ansia del genio entorpecido en su carrera : — « ¡Y sin embargo se mueve! » —

Si á la facultad de calcular el tiempo se junta un gran instinto armónico, entonces nace Rossini embelesando al mundo con el meliodoso infierno de sus dramas líricos.

Cuando al entusiasmo patrio se une una sensibilidad exquisita y una facultad innata de describir, entonces el jóven Thucídides rompe á llorar oyendo la historia de las guerras entre Europa y Asia, que Herodoto leia á sus contemporáneos, reunidos para celebrar la fiesta de la diosa protectora en la plaza de Aténas.

Y por último, si á un buen desarrollo intelectual se añade esa intuicion que por un raciocinio involuntario y oscuro halla la relacion que existe entre las causas y los efectos, y que con los nombres de profecías, adivinacion, presentimiento ó don de segunda vista, parece que el hombre tiene atado el ulterior destino con un hilo invisible; entonces nace Colon, que con mas instinto que raciocinio, se lanzó en medio del Atlántico á arrancar al nuevo hemisferio de la oscuridad y del aislamiento en que lo tenian sumido las olas de los dos océanos.

CAPITULO II.

COMPLEXIDAD DE LOS CARACTÉRES.

El menor desequilibrio en un sentimiento produce un diferente matiz de carácter.

No puede haber dos naturalezas morales completamente idénticas, por lo mismo que no hay dos organizaciones exactamente semejantes.

Los fisiólogos admiten un gran número de propensiones ingénitas, por lo cual es incalculable el número de tipos que pueden resultar de las diferentes combinaciones de los instintos, multiplicadas por los infinitos grados de intensidad de los instintos mismos. Esta multiplicidad de cualldades innatas es la que da orígen á los talentos complexos que abarcan las ideas mas opuestas, y á los caractéres antitéticos que parecen inexplicables en sus acciones por proceder en ellas de la manera mas contradictoria.

La lubricidad combinada con el deseo de mando impulsaban á Cleopatra á provocar la sensualidad de César y de Marco Antonio, y cuando sus excitantes insinuaciones no hallaron correspondencia en Augusto, antes que domeñarse á aumentar con su esclavitud el triunfo del vencedor, prefirió aplicarse al pecho un áspid que la hizo morir.

El orgullo, añadido á un espíritu destructor, arrastraba á Tamerlan á enterrar vivos diez mil habitantes

de una ciudad sublevada, y á degollar cien mil prisioneros; mientras que la altivez, unida al sentimiento de la justicia, le hacia decir á Saladino, dándole consejos á su hijo en la hora de la muerte : — « ¡ No derrames sangre, porque la sangre no calla nunca ! » —

Cuando en nuestra organizacion los instintos afectivos son excesivamente mas predominantes que los inteligentes y los morales, entonces Otelo mata á su querida, y el amante de Teruel se muere por la suya.

Si las cualidades morales son mas activas que las intelectuales y las físicas, entonces Lucrecia se suicida, sustrayéndose á la idea de su deshonor.

Cuando la inteligencia es mas robusta en sus propensiones que las demás cualidades, entonces nacen Kant y sus adeptos, arrebatando al espíritu humano hácia unas regiones abstrusas, donde si se hacen algunas conquistas intelectuales, son tan inútiles como costosas.

Si los sentimientos afectivos y morales preponderan con igual vigor sobre la intelectualidad, nace un hombre tan vehemente y tan fanático como Felipe II.

Si con la misma preponderancia se combinan las afecciones con la inteligencia, nace entonces Julio II, tan perspicaz y tan agresivo, que arrojando al Tíber unas llaves, símbolo de las de S. Pedro, exclama : — « Pues que no me valen nada las llaves de S. Pedro, las arrojo, y tomo la espada de S. Pablo. » —

Si son las cualidades morales y perspícuas las que dominan á las afectivas, entonces ya es alguno de los discípulos de Jesucristo predicando la caridad y el amor

universal, y participando, pero muy débilmente, de todos los defectos inherentes á la naturaleza humana, menos el de la sensualidad, porque este vicio, segun la expresion de Fray Luis de Granada, — « seria capaz de manchar á la Divinidad misma »; — ya es Sta. Teresa de Jesus redactando sus cartas apasionadas y empleando los efusivos arranques de su espíritu en mistificar visiones halagüeñas, ya es S. Jerónimo batallando victoriosamente contra los impulsos carnales, y trasladando al idioma del Lacio la rica literatura hebrea. Ya, en fin, es Fourrier, que anulando la personalidad, falseando por su base el objeto de la creacion, aspira en sus seráficos ensueños á hacer de la especie humana una única familia igualmente ilustrada é igualmente venturosa.

Y cuando la naturaleza, por uno de sus privilegios sumamente raros en los fastos de la humanidad, crea un ser en cuya organizacion rivalizan en grado eminente y en equilibrio perfecto las cualidades morales, afectivas é intelectuales, entonces nace la Reina Católica de España. Esta señora es el carácter mas bello y mas grande que honra la historia del linaje humano. Educada en una de las cortes mas corrompidas y mas indoctas de Europa, fué una de las reinas de mas singular virtud y de ilustracion mas completa. Sintiendo instintivamente la energía y la elevacion de su alma, se dispuso cuando todavía era princesa á ceñirse la corona de Castilla, cuyo derecho, en honor de la verdad, no dejaba de ser bastante disputable. Colocada en el trono

á que aspiraba, con su espíritu dominante subyugó hasta una dichosa supeditacion á la petulante grandeza de Castilla. Cuando los bravos españoles estaban próximos á desistir de alguna empresa intentada acaso imprudentemente contra alguna plaza morisca, la Reina Católica, armada de punta en blanco, se presentaba en los reales castellanos á reanimar, nunca vanamente, el ardor de aquellos guerreros, que con fiereza indomable continuaban el impulso dado por Pelayo en el siglo VIII desde las montañas de Astúrias. Uniendo á su valor y á su firmeza de carácter una bondad entrañable, fué la primera que en el mundo puso en práctica los hospitales de campaña, haciendo que se albergase la caridad en el seno mismo de la crueldad y de la guerra. Mujer sobrehumanamente fuerte, apenas se la oia quejarse en los momentos en que la naturaleza impone á las madres los mas acerbos dolores. Madre inefable, las desventuras de sus hijos la acarrearon una muerte prematura. Esposa solícita, desempeñaba por sí misma aquellos quehaceres domésticos que solo parecen propios de las mujeres comunes. Símbolo del pudor, encargó con mucha eficacia que no la descubriesen los piés para ponerla la Extrema-Uncion en aquel terrible y augusto momento en que parece que el alma se recoge en el seno de la eternidad, abandonando toda idea de la tierra. Exaltada por su idealidad, y obedeciendo á uno de esos presentimientos tan frecuentes en las almas grandes, fué el único monarca de Europa que creyó realizable la sublime locura de Colon, y con el mayor desinterés se des-

hizo de sus preseas para llevar á cabo un descubrimiento que dejó atónito al antiguo mundo. Cuando escogia servidores, su perspicacia se fijaba ya en un fraile oscuro, que despues fué Jimenez de Cisneros, ya en un capitanzuelo, que posteriormente llegó á ser el Gran-Capitan. Si el enérgico sentimiento de su autoridad la hacia lanzarse sola entre la plebe amotinada de Segovia, que retrocedia á su vista, poseida de amor y de respeto, el profundo sentimiento de justicia la obligaba á recorrer las distancias aceleradamente para castigar á un soberbio magnate que habia tenido el señorial desahogo de humillar á un insignificante ministril. Por una parte, su piedad era tan profunda, que la hacia oir humildemente á un fraile que reprendia su benignidad de la manera mas grotesca y mas inoportuna, y por otra, la idea de la moralidad era en ella tan alta y tan sincera, que mandó á Gonzalo de Córdoba que públicamente amonestase de su parte al jefe de la cristiandad, Alejandro VI, para que mudase de conducta, la cual era tan deshonrosa, que casi hacia olvidar las monstruosidades de algunos de sus predecesores.

Pero cuando, como sucede generalmente, los hombres nos hallamos dotados de una organizacion mediocre, en la cual no prepondera ninguna cualidad sobresaliente, entonces componemos parte de esa inmensa comparsa de la humanidad que en el gran teatro del mundo solo sirve de coro ó maquinaria á los principales actores, que sin saberlo ellos, representan el papel que les asigna el destino para algun fin incógnito de la

historia. El número de esta multitud, cuya vida y cuya muerte es indiferente á la suerte y á la historia de los pueblos, se forma de todos los criminales vulgares y de todas las apreciables vulgaridades. Es cierto que todos los hombres participamos de una misma clase de sentimientos, de una misma *cualidad* de inteligencia, pero la gran masa los tenemos reducidos á tan limitada esfera, á tan mínima *cantidad*, que la mayor parte llegamos, á lo mas, á jefes de familia; y á lo mas á lo mas, á jefes de pandilla. Un amorcilló oscuro ó una nimia ambicioncilla suelen ser entonces nuestros mas extensos designios, designios que á la verdad merecen el mismo respeto moral, si bien no tanto aprecio histórico, como las amplias concepciones de las subjetividades superiores.

A los pequeños y á los medianos no hay necesidad de consagrarles artículos especiales, pues por holgadamente que se extiendan en su esfera de accion, la extension de sus funciones siempre es un círculo concéntrico al gran círculo de leyes trazado para los espíritus ambiciosos.

CAPITULO III.

¿QUÉ ES LA INTELIGENCIA?

Es posible que al hablar nosotros de la inteligencia se eche de menos el que no nos hayamos detenido en una de esas analíticas que están en moda desde que

Kant escribió su crítica de la razon pura, que no es en el fondo mas que un análisis del espíritu humano. Este análisis no difiere de la psicología mas que en que esta muestra *lo que* hace el espíritu, y aquella investiga *el cómo* lo hace. La *psicología* hace constar que el yo tiene sensaciones, despues percepciones, despues nociones, despues forma juicios, y así llega á conocer. La *crítica* kantiana, sin hallar la última razon de *por qué* se puede conocer, busca los *primeros cómos* de la operacion cognitiva. La psicología determina, no el pensamiento en *potencia*, sino el pensamiento en *acto*. Kant, haciendo retrogradar mas la dificultad, abandona el *acto* para perseguir la *potencia*, y quiere saber cómo el *fenómeno*, ó lo que aparece, es traduccion del *noumeno*, ó lo que es en sí.

El criticismo, puesto en moda por Kant, no es mas que un retro-psicologismo sistemático. Para él la idea es una especie de ultra-idea, una idea *à priori*, un tipo ideal, un ejemplar intelectual, una existencia abstracta; para él la inteligencia no es lo que entiende, sino que es una especie de *facultad* de las ideas, conceptos, nociones ó concepciones, el *entendimiento propiamente dicho*, lo que hay de *espontáneo* en el conocimiento, la *potencia* de producirse á sí misma. Y así como la inteligencia no es nada de lo que recibe ni de lo que produce, sino una pura *potencia intelectual*, la sensibilidad tambien es otra especie de facultad primitiva, una pura *potencia de recibir impresiones*. Estas dos concepciones primitivas, aun no cognoscitivas, aun no reflejas, Kant las persigue

hasta en la cuna de su existencia, y allí las analiza, sorprende su primer vagido, las comadronea en aquel primer instante en que reposan inexistentes, preformadas y prontas para el momento en que, interviniendo la experiencia, son empleadas y desplegadas por la inteligencia y la sensibilidad puras, ó *à priori*, en sensibilidad é inteligencia experimentales, ó *à posteriori*.

No se puede emplear mas talento en mayor futilidad. A esta agudeza se la podria perdonar la superficialidad si no fuera tan completamente estéril.

En gracia del mareo que esto habrá producido al lector, dejarémos la intelectualidad en *potencia*, y seguirémos hablando de nuestra inteligencia en *acto*.

La inteligencia, moral reflejada sobre sí misma, yo del yo, es el último término del viaje de la vida, es el objeto de la creacion, es la personalidad, presa todavía á la pasion, al postrer lazo de la carne; lazo que, roto por la muerte, le acaba de dar la plenitud de su existencia, la inmortalidad.

Desde el dia del cáos, desde el momento en que Dios dijo — «que el universo sea, y el universo fué», — y que por una série de anexiones, llámada amor, y por otra sucesion paralela de repulsiones llamada dolor, la creacion, embriónica todavía, se fué desarrollando á la atraccion de Dios, como una azucena á la luz del sol, y se fueron determinando los seres, primero en especies, despues en familias, luego en géneros, y últimamente en individuos; la inteligencia, reextracto de una elevacion divina, último tipo de una metempsícosis gloriosa,

acaba por ser la síntesis perfecta de la ciencia de los universos.

Creada la inteligencia, formada la unipersonalidad, está completo el fin de la creacion.

LIBRO SEXTO.

DEL HOMBRE CONSIDERADO CON RELACION Á DIOS.

CAPITULO UNICO.

¡ALABADO sea Dios! Llegamos al sitio de la gran cita de los universos. Ya hemos salido del mundo, donde aun el espíritu vivia con el agua hasta el cuello.

¡Qué diferencia de tiempos! Las almas anónimas de los que en el mundo murieron ignorados por la patria, de los que quemaron incienso á la virtud en el secreto del hogar doméstico, de los que escribieron sin vanidad «La imitacion de Cristo», van á ser los Césares y los Alejandros de este último campo de la gloria; en tanto que los Alejandros y los Césares históricos no llevarán á aquella atmósfera mas que sus fruiciones y sus remordimientos, sin que nadie, ni ellos mismos, se acuerden para nada de sus ridículos triunfos terrenales.

¡Salud, por fin, á la tierra prometida y por tanto tiempo deseada! Segun dice el *Ecclesiastes* (cap. 12, v. 7), «el polvo del hombre volvió á la tierra, de donde *fué sacado*, y el espíritu vuelve á Dios, de *donde ha salido*». El

agua que un sol de estío levanta del Océano se reune en gotas en la atmósfera; las gotas, juntas en la tierra, forman las fuentes; las fuentes, aglomerándose en los valles, producen los rios; y los rios vuelven al Océano, de donde han salido; solo que el agua enrarecida, que al salir tenia el nombre vago de vapor, al entrar de nuevo en el Océano se llama individualmente el Tajo, el Rhin, el Nilo ó el Danubio. Así, un pensamiento de Dios, océano de lo infinito, hace brotar un universo, pluralidad aun informe, y abandonada esta creacion ideal á su tendencia afectiva hácia Dios, océano de donde ha salido, empieza una lenta y casi interminable evolucion, individualizándose primero en planetas, luego en elementos, despues en razas, y últimamente en individuos; y aquel pensamiento, mas ó menos intenso, de Dios, que al principio no era mas que una multiplicidad en masa, vuelve á Dios por medio de mil almas realizadas, personalizadas ya, y que se llaman Sócrates, Platon, Sta. Teresa y Juana de Arco.

El *alma*... No quiero decir el *alma*, diré el *espíritu*. El *alma* es una palabra que se usa para significar una cosa que no se entiende. Los filósofos y los Padres de la Iglesia han hablado tanto del alma, acabando, despues de todo, por probar que ellos mismos no saben lo que es, que parecerá extraño que yo ahora me ocupe de ella solo para decir que el alma es—«la personalidad subjetivizada», «el yo sin carne y hueso».—Llamar al alma *soplo de Dios*, principio de *vida*, espíritu *ígneo*, y otras cosas por el estilo, ó no es decir nada, ó es mezclar en

la personalidad humana un elemento postizo, material, innecesario y ridículo, algo parecido á aquel rayo de luz que los malos pintores le clavan á Moisés en la coronilla figurando la llama de la inspiracion.

Despues de esa realizacion del personalismo, llamada vida humana, viene la muerte, ese último acto de divorcio del espíritu y la materia, esa vida divina, esa superpurificacion del personalismo, esa arcangelizacion del yo.

El ser realizado, la síntesis de la creacion, entra en la esfera del ser real, del Creador.

Dios formó al hombre á su *imágen* y *semejanza;* lo *formó*, es decir, lo dotó de distincion, de individualidad; á su *imágen*, espiritual, sensible é inteligente; y *semejanza*, racional, subjetivo é inmortal.

Dios es el *complemento* de la voluntad, del sentimiento y de la razon. Lo que Dios crea, como él no puede igualarse á sí mismo, es la volicion, el sentimiento y la razon *incompletas*.

En nuestra obra de racionalizacion, en la trabajosa peregrinacion en que arrastramos la materia para realizar el espíritu, en esa ascension gloriosa en que subimos hasta nuestra mas perfecta subjetividad, ¿llegarémos, como Dios, á poseer todos los atributos de lo infinito?—Imposible. Dios puede concedernos *parte* de sus atributos, pero no *todos* sus atributos. No nos dará la *inmensidad de su poder*, pero nos concederá la *inmortalidad de la existencia*.

Como Dios todo lo puede, menos crear un ser tan in-

finito, tan poderoso y tan eterno como él, en la sucesion de los tiempos todas sus creaciones son finitas, deleznables y perecederas. Dios crea los éteres, los cuales en su carrera de perfectibilidad, metamorfoseando tipos de formas y generaciones de apariencias, producen la voluntad, el sentimiento y la inteligencia, integran la personalidad, el YO humano, la voluntad reducida, el sentimiento limitado, la inteligencia finita. Dios es la plenitud del querer, del sentimiento y de la razon. Las creaciones, inmensos laboratorios del YO, son la voluntad *reducida*, el sentimiento *limitado*, la inteligencia *finita*. De los universos, razon *finita*, á Dios, *plena* razon, hay la distancia que existe entre la parcialidad y la totalidad, lo creado y lo increado, lo mortal y lo eterno, lo contingente y lo necesario, lo relativo y lo absoluto.

¡Seres inteligentes! lo mismo los que ocupais la alta region de la racionalidad que los que os hallais próximos al instinto, línea divisoria de lo subjetivo y lo objetivo; así los que habitais en el planeta mundo como los que puedan existir en los mundos de los demás planetas; fortificad la moral, ampliad la inteligencia y venced vuestras pasiones, último resíduo del limo de la tierra, y veréis cómo á la llegada de la muerte, esa ultra-espiritualizadora de nuestra naturaleza, con la restitucion completa de sus recuerdos, vuestra personalidad, el YO humano, la razon creada, se protodiviniza, y entrando en la region subjetiva de Dios, de la razon increada, encuentra allí el lugar donde todos los pueblos

del mundo instintivamente fijan las penas ó las recompensas, el cielo ó el infierno, el Olimpo ó el Tártaro, los campos Elíseos ó los juicios de Mínos y Radamanto.

Dios ha sido calumniado llamándole *castigador*. El YO humano, la expresion mas concreta de nuestra sensibilidad inteligente, no es castigado ni premiado, *se* premia ó *se* castiga á sí mismo por *conciencia*, por *remordimiento*. La idea y la sensacion, archianimizadas por la muerte, adquieren una suprasensibilidad que el pensamiento recuerda hasta los sueños que nos han atormentado ó halagado en la vida, y la sensacion es tan exquisita, que el dolor mas mínimo que siente es como el inmenso dolor que causa la muerte, y el mas pequeño placer como un placer que nos matase de gozo.

Nuestro sentimiento raciocinado, nuestro ser, la razon limitada, nuestro YO, enteramente subjetivizado, abstracto, personalizado, espiritual, conoce entonces y siente en toda su severidad, en toda su pureza, en toda su latitud, la virtud, la inocencia y la felicidad.

Allí pasan y repasan por ante nuestra inteligencia todas nuestras buenas obras, todas nuestras palabras pudorosas, todos nuestros pensamientos lícitos, y arroban el sentimiento en una delectacion moral mas intuitiva y mas inmensa que la sensacion que producirian en un hombre solo la acumulacion de las bondades de todos los ángeles, el pudor de todas las vírgenes y la probidad de todos los santos.— Esta es la *gloria*.

Allí pasan y repasan por ante nuestra inteligencia todos nuestros actos detestables, todas nuestras palabras

deshonestas, todos nuestros pensamientos indignos, y torturan el sentimiento en una crucifixion moral mas íntima y mas inexorable que el dolor que excitaria en un hombre solo el acumulamiento de los dolores de todos los heridos por la fiereza, de los males de todas las víctimas de la procacidad, y las vergüenzas de todos los zaheridos por la maledicencia.—Este es el *infierno.*

Y allí pasan nuestras buenas obras, palabras pudorosas y pensamientos lícitos; y repasan los pensamientos indignos, las palabras deshonestas y actos detestábles, ya embriagando, ya crucificando el sentimiento, ora con una delectacion, ora con un dolor tan íntimos y tan inmensos como el placer ó el dolor que causarian en un hombre solo el amontonamiento de los dolores de todos los heridos por la fiereza, de los males de todas las víctimas de la procacidad, y de las vergüenzas de todos los zaheridos por la maledicencia, ó la acumulacion de las bondades de todos los ángeles, el pudor de todas las vírgenes y la probidad de todos los santos.—Este es el *purgatorio.*

Y como donde no exista *inteligencia parcial* no puede haber *gravitacion afectiva* hácia la *totalidad de razon;* como cuando la inteligencia no es bastante enérgica para poder reflejarse, para subjetivizarse, para ascender en la escala del infinito positivo, no puede haber personalidad, por eso los seres humanos en quienes ó no alborea ó se extingue la conciencia parcial no pueden tener *caidas afines* hácia la conciencia universal, no pueden subir hasta ninguna de las categorías de la racionalizacion.

Estos seres quedan *dejados de la mano de Dios*, y vuelven á caer en el abismo de las jerarquías inferiores: en la materia, en la no-razon, en el infinito *negativo*, para seguir otra carrera evolucional de prueba, de aquilatamiento y de purificacion desde un nuevo punto de partida. Tal es el destino de los no-natos, de los dementes y de los idiotas.—Este es el *limbo*.

¡Viejos de sentimientos infantiles! ¡Jóvenes que habeis entretenido primero vuestros deseos, para engañarlos despues! ¡Madres que concebisteis sin mas voluptuosidad que la del cumplimiento de un deber! ¡Vírgenes que habeis guardado la llave de tesoros cuya mina inagotable fué ignorada hasta para vosotras mismas! ¡Seres fuertes que dejasteis vuestros placeres, condenados á una eterna incubacion! ¡Seres débiles que, llorando, borrasteis vuestros pecados! ¡Todos los inocentes que amasteis por amar! ¡Todos los crédulos que mas que concebido, habeis sentido las creencias!.... Ya estáis en frente del que atrae al espíritu desde arriba, como el sol al rocío! ¡Dichosos vosotros, que podeis llegar sin enrojeceros á esta celeste entrevista!

« La realizacion de un ser es mas ó menos completa, segun el tiempo y la repercusion con que el espíritu se ha reflejado en la materia.» — De este principio se deduce la divinidad del dolor y la santidad de la vida. Cada paso de este calvario de la existencia es un grado mas alto conquistado en la carrera de nuestra perfectibilidad. ¡Animo, madre mia, mis hermanos, mis amigos, esposa mia: al fin de este valle de lágrimas

está la entrada del paraíso! Cada dolor sufrido es un puesto conquistado; toda duda vencida es un mérito adquirido. Un paso mas, y habrémos puesto término al camino de la inmensidad. Al fin de ese camino se descorre el velo que cubre la inmortalidad. ¿No es verdad, amigos mios? Si no sintiésemos la inmortalidad, seria inútil que tratasen de probárnosla; pero sintiéndola, como la sentimos, es inútil que nos la nieguen. Animo hasta llegar á la fuente de nuestra sed. A mas obstáculos, mas valor; la virtud es como la electricidad, se desarrolla con la repercusion. ¡Tal es el grande objeto de la vida: la redencion por el dolor!...

EPÍLOGO.



EPÍLOGO.

APLICACION CRÍTICA DE LA PARTE DOCTRINAL DEL PERSONALISMO.

CAPITULO PRIMERO.

VIDA É IDEAS DEL AUTOR CON RESPECTO Á LA RELIGION.

I.

Voy á decir cómo y por qué he escrito este libro.

Luego diré por qué lo he publicado.

Como verá el que leyere, si hay alguno que lo leyere, este Epílogo es á la obra lo que el reglamento es á la ley. Mis ideas no podrian ser bien conocidas sin que revelase mi vida intelectual. Aunque yo quisiera que todo autor que tiene la pretension de emitir reglas de conducta estuviese obligado á probar que sus acciones no son mas que ideas realizadas, y que toda la parte fenomenal de su vida no es otra cosa que la irradiacion de su propia personalidad, la objetivacion de su espíritu, los rayos del eje ó punto central de sus ideas, sin embargo, ¿qué le puede importar al que leyere las amigas que al autor le han sido fieles, ni los amigos que

le hayan dejado de serlo? Lo único que importa en los objetos es la relacion que tienen con el modo de ver del sugeto. Por eso, al referir los hechos principales de mi vida será porque tendrán relacion con los principios literarios, políticos ó filosóficos que acabo de proclamar como ciertos, justos y benéficos. Por lo demás, tan léjos estoy de creer que los hechos de mi vida puedan interesar á nadie, cuanto que ya ni siquiera me interesan á mí mismo.

II.

Cuando yo nací, todavía el clero ejercia una influencia omnímoda sobre la educacion. Yo no diré que esto fuese una desgracia, pero al menos para mí no ha sido una dicha. A mí me enseñaron las ciencias físicas mal, y las morales peor. Sin que esto sea criticar la instruccion del clero católico, diré que los *príncipes de la Iglesia* debian empezar por ser antes los *príncipes de las letras.*

¿Qué mal podia resultar de que los ungidos del Señor estuviesen primero oleados por Salomon? He visto tantas veces convertida la religion del amor en un vehículo del odio, los báculos pastorales en garrotes de punta retorcida, las ocasiones de amonestacion en actos de censura, los motivos de discusion en motivos de entredicho, las observaciones filosóficas en condenaciones de herejía; que, francamente, para el bien de nuestra santa religion, yo quisiera que todas las frentes tocadas por el sagrado aceite de las olivas estuviesen antes un

poco, ya que no un mucho, ungidas por el santo óleo de la inteligencia.

III.

Por lo que acabo de decir no se vaya á creer que yo pretendo zaherir la religion de mis padres. Antes mártir que apóstata. Soy un católico tan invariable, que yo jamás renegaré de la *moralidad* del Cristo, por mas que los exejetas traten de probarme que es mentira la *materialidad* del pesebre.

Voy á contar pues del modo que algunos clérigos, entre otras cosas, me enseñaban el catolicismo cuando yo era niño; y ¿qué mal podrá resultar de ello? ¿Que algunos harán la señal de la cruz? Pues voy á decirlo.

Desde mi mas tierna edad ni un solo dia han dejado de usar conmigo el contraproducente y cómodo expediente del terror, asegurándome que todos los que hacian travesuras como yo iban sin remision á corregirse al infierno. ¡Al infierno! del cual he oido hablar tanto, que no he oido hablar de otra cosa en mis primeros años. El Dante es un zote en materia de invenciones de castigos infernales, comparado con algunos de esos malos masculladores de latin que han inventado la máxima: *Haz lo que yo digo, y no hagas lo que yo hago.*

Así lo hice yo ¡cándido! hasta mas de los veinte años. Me acuerdo de nuestra religion de *amor* de aquella época como de una horrible *pesadilla*. Por las mañanas me hacian oir todos los dias por lo menos una misa. Por el

dia me enseñaban de una manera absurda la doctrina cristiana, esa moral divina, que comentada por el fanatismo y la ignorancia, se convierte en un estrecho preceptualismo, que hace totalmente imposible la cosa mas fácil del mundo: la virtud. Por las noches me hacian rezar el rosario, el cual me acuerdo que yo lo recitaba maquinalmente, sin ningun estro interno y sin ritmo exterior.

Las multiplicadas prácticas doméstico-religiosas solo me llenaban de hastío; pero cuando me acuerdo de un cierto templo adonde me conducian casi á todas las horas del dia, me sucede como cuando alcanzo á ver un cementerio: siento frio. Aquella suciedad tan comun en todo lo que no adornan las mujeres, aquella luz semi-extinta, aquel hedor que exhala la carne corrompida, la multitud antijerárquicamente amontonada, calaveras, mas profusamente sembradas que las estrellas en el espacio, para representar horriblemente la brevedad de la vida humana; todo este conjunto me hacia entonces recordar la muerte como una especie de *garrote vil*, siendo así que ahora cuando leo el Evangelio casi me dan ganas de morirme *por curiosidad*.

¡Singular manía la de terrorizarlo todo! Apuesto á que pocos de mis lectores habrán visto una sola imágen de Cristo que no esté crucificado y archicrucificado. La primera vez que vi un Cristo sin los repugnantes adornos del martirio no le conocia: tan acostumbrado estaba á verlo siempre hecho una lástima. Despues, mucho despues, lo he visto interpuesto sublimemente entre los

lapidadores y la adúltera, aconsejando á la multitud que se amen todos como hermanos; queriendo *misericordia,* y no *sacrificios;* mandando perdonar al que nos ofenda, no solo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete veces; prescribiéndonos que hagamos bien á los que nos aborrecen y que roguemos por los que nos persiguen y calumnian, para que seamos hijos de nuestro padre, que hace salir el sol lo mismo para los buenos que para los malos; y exclamando contra los que multiplican las prácticas exteriores: — « ¡ Ay de vosotros, doctores de la ley, que cargais á los hombres de cargas que no pueden llevar, y vosotros ni aun con uno de vuestros dedos tocais las cargas! Ay de vosotros, doctores de la ley, que os alzásteis con la llave de la ciencia, y no *entrásteis*, é *impedísteis* á los demás la entrada! »

IV.

Todo el curso de mis primeros años ha sido un sueño tenebroso, del cual creo que todavía no he acabado de despertar. Entonces sentia vértigos, veia apariciones, llevaba en andas mi pensamiento para que no se extraviase, para que no pensase demasiado; creia en las brujas; no leia mas que milagros de santos: ¡ estaba loco!

Pero, á pesar de que no solo en mi primera edad, sino que tambien en mi edad adulta los efectos inquisitoria–

les de un catolicismo mal entendido han venido á exacerbarme hasta en lo que hay de mas íntimo en la vida, que es el santuario del pensamiento, haré mas adelante el mas cumplido elogio del catolicismo. No lo defenderé como un beato, bajando desde una revelacion mística hasta un marianismo material, sino como un filósofo sincero, que sube á la fe por el camino de la razon. No defenderé al catolicismo por su divinidad, sino por su humanidad; prescindiré totalmente de su parte religiosa, para probar su excelencia civil; no diré, como los ortodoxos,—«que es una religion buena porque emana del cielo»,— sino que supondré—«que es un culto que emana del cielo porque es bueno».—Los teólogos, parapetados bajo el cañon de la luz sobrenatural, ó se desdeñan ó temen bajar á la arena del *racionalismo*, donde sus contrarios los emplazan. Esta es una cobardía indigna de la justicia de nuestra causa. ¡Paso á un valiente, que dejando á un lado la armadura del elemento divino, va á luchar por el catolicismo sin mas armas que su elemento humano! Los racionalistas nos desafian á que bajemos de nuestra inexpugnable ciudadela de la revelacion, para que nos batamos cuerpo á cuerpo y sin mas clase de armas que la lógica.... Pues ¡Santiago, y á ellos!....

V.

Para que por lo que he dicho antes no se crea

que yo soy del parecer de M. Cousin, esa abeja de la filosofía que en nuestros dias ha elaborado la miel aguanosa del eclecticismo, que dice — «que el catolicismo tiene todavía alimento para trescientos años», —debo añadir que yo soy de los que opinan que el catolicismo dichosamente será el eterno contemporáneo del género humano.

Su petrificacion secular, su falta de progresos en la disciplina, que yo antes juzgaba que eran perjudiciales á su existencia, voy creyendo que ayudarán, aunque parásitamente, á hacerla llegar á una edad que no juzgo calculable. Su admirable organizacion personal, con su celibatismo, sus jerarquías, su cabeza infalible y única, la constituyen en el ejército militante mas disciplinado, mas tenaz y mas invencible de la tierra. Y luego este ejército inteligente no gasta la pólvora en salvas, conquistando lo deleznable, lo objetivo, lo temporal, la propiedad del *César*, no; el catolicismo se apodera de lo espiritual, de lo subjetivo, de lo eterno, de lo que es propiedad de *Dios*. Y esta abnegacion, este desprecio por la naturaleza externa, ¿es completamente cierto? No, es completamente falso; y esta falsedad es un mérito mas. El catolicismo no quiere mas que la *propiedad* del espíritu; de la materia no desea mas que el *usufructo*. Lo mismo que los filósofos de la naturaleza, llega á lo ideal por lo real. Si la espiritual Roma católica excede en ostentacion á la material Roma pagana, es porque pone la materia al servicio del espíritu: el *fin* de todo es lo subjetivo; lo objetivo no es mas que un *medio:* llega á

la gracia de Dios por conducto del poder del César. Explota lo temporal durante la vida; mas su fin último es llegar á lo moral despues de la muerte. Marcha á lo desconocido por lo conocido. Camina á los abismos de sus misterios por sendas seguras alfombradas de rosas.

Los que llaman al catolicismo la Iglesia *universal*, tienen razon. Yo nunca admiraré bastante la grandeza de ese templo, donde caben en conjunto todas las razas humanas, pasadas, presentes y futuras; idólatras y místicos, idealistas y empíricos. El catolicismo tiene tantas atmósferas cuantas regiones hay desde el cielo á la tierra. A los espíritus elevados los echa á nadar en las aguas insondables de S. Agustin y Sto. Tomás. A los espíritus rectos los encanta con la doctrina del Evangelio. A las personalidades exiguas las atrae y asombra con sus bendiciones y sus fiestas. Desde el panteismo hasta el materialismo, abrazando toda la escala del racionalismo humano, la Iglesia católica, ancha ó estrecha, intolerante y magnánima, espiritual y material, mística é idolátrica, tiene manjares para todos los gustos, trajes para todas las edades; y si con sus abstracciones abate el orgullo de los espíritus fuertes, con sus santificaciones eleva hasta el cielo la humildad de los pobres de espíritu. Este culto que tiene flores para sembrar sobre las tumbas de los inocentes, canta himnos de misericordia sobre las de los pecadores. Austero para los *cenobitas*, les da sayos, cilicios y abstinencias; tolerante con los *dichosos*, les proporciona fiestas, músicas y banquetes; protector para los *frágiles*, los alienta con

su doctrina, los alegra con su caridad y los alivia con sus indulgencias. El mundo entero es un grano de arena, que no puede llenar el mas pequeño rincon de este gran templo llamado el catolicismo.

En él los habitantes de Africa pueden adorar *fetiques* de madera, los oceánicos serpientes simbólicas, los asiáticos fuegos sagrados, los americanos reliquias antimaléficas, los europeos, si son artistas y amantes de lo objetivo, de la naturaleza externa, pueden admirar catedrales, cuadros, estátuas, procesiones cuya riqueza es oriental y cuyo gusto es exquisito; y si los europeos son filósofos, amantes de lo subjetivo, de la naturaleza interna, entonces pueden admirar la moral de Cristo, terciar con los nominalistas y los realistas, vagar infinitamente por las regiones de la eternidad y del espíritu. ¡Ah! si el sol tiene habitantes, y bajasen á la tierra los dioses hijos del sol, les vendria siempre ancho para su comprension este culto admirable, que espanta por su grandeza, y que empezando en una pequeña tribu de pescadores, parece acabar en el mismo Dios.

Creo que el catolicismo, con su perpétua inmovilidad, verá morir sucesivamente todas las sectas separadas de su gremio, y las cuales, ya con el nombre de unos *pietismos* estériles, ya con el de unos *racionalismos* infecundos, acabarán todas por difundirse, como el éter, en un idealismo mas ó menos platoniano, pero siempre abstracto, inaplicable é ilusorio; mientras que el catolicismo, su religion matriz, seguirá prodigando á los *aristócratas* del espíritu, misterios, abstraccion, espiritualismo;

á la *mesocracia*, sermones, racionalismo, doctrina; á la *democracia*, procesiones, músicas y perdones.

VI.

¿No es cierto, lector, que al empezar á reseñar en este capítulo las desventuras, acaso únicas, de mi vida, que me ha causado el catolicismo, no esperabais que yo hiciese de él esta ardiente defensa? Y la verdad es que esta defensa no la hago con amor, sino por conviccion; no la haria como católico, si no me viera obligado á hacerla como filósofo. No creo, como los ortodoxos, que el catolicismo—«es una religion buena *porque emana del cielo*»,—sino que creo—«que es un culto que emana del cielo *porque es bueno*».

Creedme, lector: si habeis nacido católico, sois muy afortunado. Si no habeis nacido con esta dicha, no os desveleis en defender con calor ninguna de las demás religiones positivas, pues no siendo católico, lo mas seguro en religion, como en modas, es imitar al mayor número.

Y para que no se dude que, excepto el catolicismo, desprecio todas las demás religiones positivas por razon, y no por capricho, diré de pasada algo sobre todas ellas.

VII.

Desde que tengo uso de razon estoy oyendo á los católicos decir que Lutero era un *animal*, y á los libres pensadores asegurar que era un *ángel*. ¿No podriamos partir la diferencia, colocándole en la categoría medio-

cre de un *genio?* Este fautor de todos esos judaismos cristianos, llamados protestantismos, ha desempeñado su mision de *ángel* de una manera *animal.* El bueno de Lutero ha debido la victoria á su amor propio ofendido, como el héroe por fuerza á su caballo desbocado. Es verdad que si concedo á los católicos que Martin Lutero era un animal, no puedo menos de añadir que era el mas racional de los animales. ¡Qué ordinario en su forma! Qué enérgico en su fondo! Qué agresivo! Qué supersticioso! Qué ignorante! ¡Cuán pocos representan el papel que les conviene! Este jefe del protestantismo, este apóstol de la razon, habia nacido para ser un abad oscurantista, un inquisidor católico. Si el fastuoso Leon de Médicis hubiera tenido la habilidad de ablandar la cabeza dura de Lutero con el calorcillo de una mitra, en vez de un jefe de la reforma, los alemanes hubieran señalado en sus anales un Torquemada septentrional. Estoy convencido que Lutero mas ha obrado por pasion que por conviccion. Y creo esto con tanto mas motivo, cuanto que le juzgo incapaz de comprender todo el alcance del admirable culto católico. El catolicismo, Señor Martin, es una cosa bastante mejor que todos esos evangelismos que habeis creado con vuestra apelacion á la exégesis individual. Si no fuera porque casi nunca nos bastan, hasta esas mismas indulgencias que os han servido de pretexto para empezar la reforma, porque no era vuestra comunidad la encargada de venderlas, por muy caras que os parezcan, causan á ciertas gentes un alivio que vale mas oro que todas las minas del Perú.

Ya sé yo que el catolicismo tiene detalles susceptibles de la burla, acaso merecedores de un completo olvido; pero como la religion á quien tanto mal habeis hecho por no haberla comprendido es para todos los hombres, lo que desagrada á un aleman, entusiasma á un italiano, y lo mismo que es antipático á un español, es lo que encanta á un inglés.

VIII.

No diria nada del paganismo si no fuera porque en nuestros dias han empezado á hacer una reaccion en favor suyo una multitud de artistas y literatos que creen, con Condillac, que no hay mas principio ni fin de nuestros conocimientos que—«el sentido del tacto».

A pesar de que conocia la ensambladura externa del paganismo desde que, explicándome los autores latinos, me explicaban al mismo tiempo las acciones de estos tunantes de dioses y de diosas, me entró en deseo de conocerle mas á fondo esta desgraciada gracia del gran pagano moderno, de Goëthe: — «Cuatro cosas me son insoportables: el tabaco, las campanas, las chinches y el cristianismo.» —Esta fanfarronada de Goëthe, de este Juliano de las letras y las artes, de este maton de la literatura, de este guapo de la filosofía, me es á mí tambien mas insoportable que el humo del tabaco. Posponer el cristianismo al paganismo, el espíritu á la materia, la mas pura subjetividad á lo mas grotesco de los sentidos, un Dios infinitamente bueno y misericordioso á una cáfila de mujerzuelas y de presidarios, co-

mo son los dioses del paganismo, es una gracia indisculpable, aunque Goëthe la haya escrito, como creo, despues de un almuerzo fuerte. ¿Cuál de los dioses del paganismo, considerado en sociedad con los hombres, dejaria de parecerle á Goëthe un solemnísimo bribon? Si no fuera demasiada irreverencia, yo diria al sumo Júpiter que no tendria inconveniente en convertir su trono en tablado de un patíbulo, no para que representase en él el papel de *verdugo*, sino el de *reo*. Y vos mismo, sacro Apolo, inspirador de los vates, á pesar de vuestro númen, no ha llegado á mi noticia una sola de vuestras coplas, siquiera para que vuestra cualidad de poeta pudiera hacer mas disculpables vuestras botaratadas de Dios. Ni tú, casta Diana, dejas de parecerme la mas verdadera progenitora de tus mastines, al verte convertir á los perseсutores de tu castidad en ciervos que destrozan tus traillas. ¡Qué virginidad tan inofensiva! Ni hablo de tí, hermosa Vénus, abrevadero público de amor, porque, lo mismo tú que tus compañeros, los dioses mayores y menores, no servis mas que para inspirar á esos literatos y artistas, partidarios de Condillac, que sienten y piensan—«con el sentido del tacto».

Dejemos esta religion del cuerpo, y pasemos á las religiones del alma.

IX.

El judaismo, como todos los deismos, es una religion que solo puede acomodar á una casta tan inteligente como la israelita. Y aun á este pueblo, á pesar de su es-

piritualidad característica, hay que desidolatrizarle de cuando en cuando; es menester destrozarle sus becerros de oro. Este pueblo interesante vive como la ostra, pegado á la roca intelectual de su *libro:* en sus necesidades objetivas, en sus momentos de idolatría, en sus arranques de prácticas exteriores, *lee* la Biblia; en sus aspiraciones subjetivas, en sus necesidades morales, *piensa* en la Biblia.

El protestantismo, ese confucismo europeo, es una religion buena para los literatos, pero nada mas que para los literatos.

El paganismo, como todas las idolatrías objetivas, no sirve mas que para inspirar á cuatro artistas.

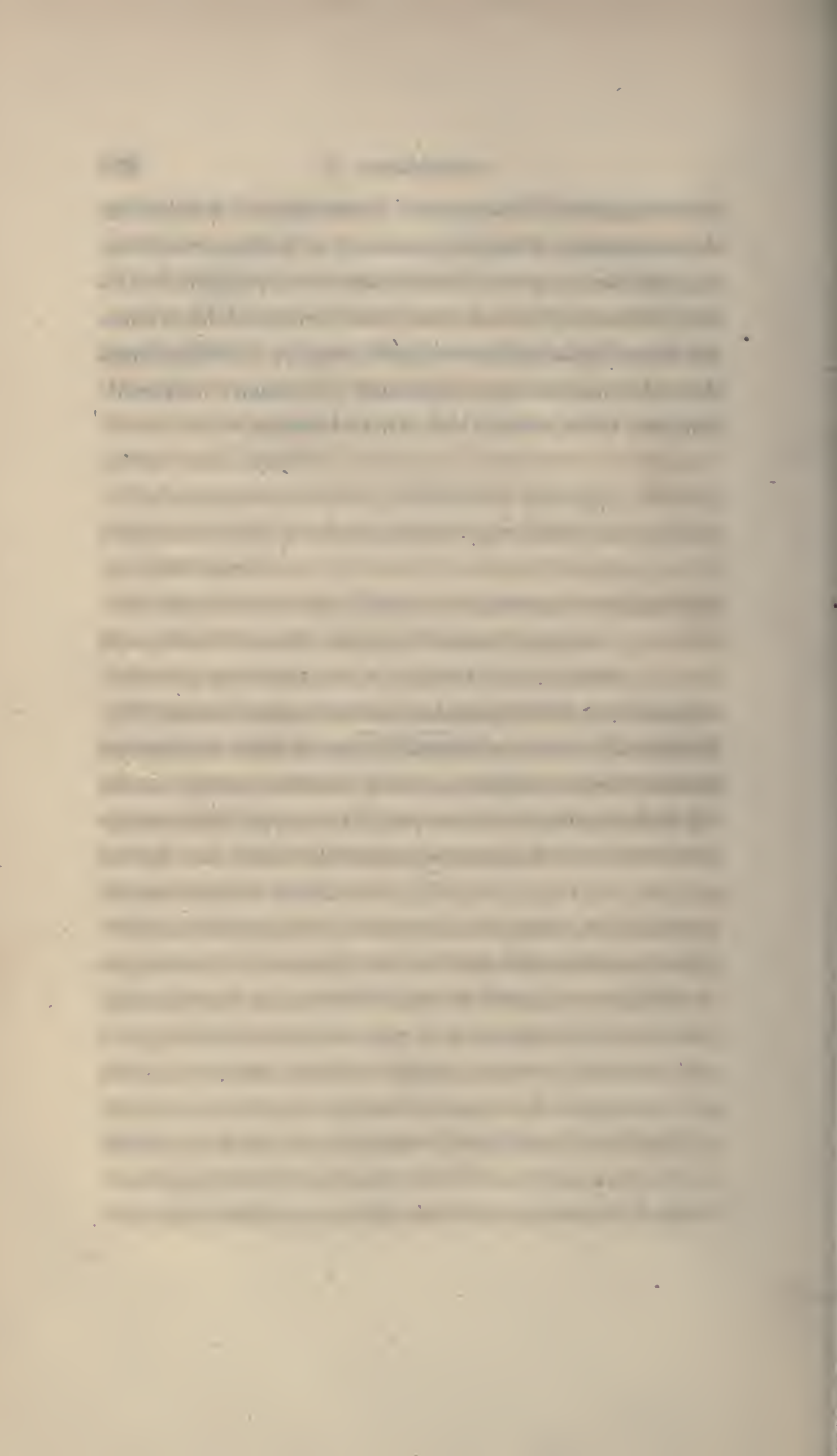
El brahamanismo es la religion de la canalla.

El mahometismo es un mal plagio del cristianismo; ha imitado toda la parte imaginativa y ha descuidado toda la parte racional. Así esta religion como todas las sectas cuyo papa es el César son las enemigas de la libertad, las compresoras del personalismo; son las deificaciones de la tiranía.

El catolicismo, el torturador, si quereis, de Galileo; el pedante, si os place, de la línea alejandrina; el achicharrador, si os acomoda, de los Vaninis y los Brunos, es una religion inmensa que tiene doctrina para los literatos, templos para los artistas, carros triunfales que divierten y que no aplastan, como el de Jagrenat, á la canalla; espadas tan temibles como las de S. Pablo y llaves tan atractivas como las de S. Pedro.

El protestantismo puede en buen hora ser la religion

de una *clase*, el paganismo de un *oficio*, el judaismo de una *casta*, el brahamanismo y el mahometismo de algunas *razas;* pero el catolicismo es la religion de todas las clases y de todas las razas, trasplantable á todas las zonas, solariega en todos los países, contemporánea de todas las edades; espiritual y objetiva; universal, infinita: es la religion del género humano.



CAPITULO II.

VIDA É IDEAS DEL AUTOR CON RESPECTO Á LAS CIENCIAS Y Á LA LITERATURA.

I.

¡ Perdon, padre Horacio! Os he aborrecido profundamente, y aun ahora, que os admiro, tengo el sentimiento de no poderos amar. Y ¿por qué? preguntará el lector. Porque tuve la desgracia de oir hablar de él cuando estudiaba latin. El recuerdo de este idioma me hace el mismo efecto que la memoria de un alimento que nunca se ha podido digerir : me causa empacho. Mi preceptor de latinidad se llamaba D. Benito... no digo su apellido por respeto á su memoria. ¡ Padre Horacio ! me acuerdo de D. Benito como si lo estuviera viendo, ¡ con un ceño ! y, lo que es mas amargo ¡con sus disciplinas! exactamente lo mismo que vuestro preceptor de griego, Pupilo Orbilio, el cual, segun fama, no os escaseaba los azotes ; y no mereceria por cierto pocos en su juventud el que, como vos, arrojó despues el escudo en la batalla de Filipos, y acabó por llamarse á sí mismo « puerco de las piaras de Epicuro ».

Vuestro idioma, padre Horacio, no sé por qué, en vez

de llamarle *latino*, no se ha de llamar *romano*. Grave hasta cuando rie, en el latin parece que está uño viendo á Pupilo Orbilio, al D. Benito de Horacio, armado de sus disciplinas y flagelando al género humano en nombre de la subordinacion militar, del epicurcismo social, de la esclavitud civil y de todas esas altaneras instituciones que tienen su base en el derecho de la fuerza, ó lo que es lo mismo, en el derecho romano. — La lengua romana que me enseñaba mi Pupilo Orbilic, D. Benito, es un idioma puramente objetivo, que no sabe hablar del espíritu mas que como principio vital, no se ocupa del alma mas que con relacion al cuerpo. El latin, á pesar de que carece de los adoquines de las preposiciones, y que por consiguiente sus terminaciones marcan siempre la relacion de las palabras, por distantes que se hallen, y cuyas innumerables alteraciones y trasposiciones lo hacen en extremo sencillo, claro y variado, y á pesar, por último, de los elogios de D. Benito, es un idioma sin delicadeza, encopetado, sensual y hasta pobre cuando se le sube á las regiones de la inteligencia y de la moral. Aunque espante la evocada sombra de D. Benito, concluiré diciendo que mucha parte del modo de pensar áspero, torpe y material de la sociedad romana, lo mismo de la republicana que de la cesárea, tiéne la culpa la lengua latina. ¡Perdon, padre Horacio!

II.

Excuso decir, porque todo el mundo lo sabe, que des-

pues de hacerle á uno perder dos ó tres años en aprender, y mejor diria en aborrecer, el latin, sin duda para recuperar el tiempo, se pierden otros dos ó tres mas en aprender, ya que no se diga en aborrecer, unas cuantas ranciedades psicológico-ideológicas, á cuyo conjunto se da el nombre de filosofía... ¡Qué calumnia!

Esta titulada filosofía se reduce á aprender en la *lógica* á formar cuatro silogismos en *Bárbara;* en *metafísica*, á examinar como *psicología* la esencia ó simplicidad del *sugeto*, ó como decian los antiguos, del *ser*, ó como dicen los modernos, del *yo;* como *ideología pura*, el mecanismo de la formacion de las ideas, y como *teodicea*, la esencia de Dios, del sugeto de los sugetos ó del ser de los seres. En *ética*, á estudiar algunos principios de moral, que se reducen, por su trivialidad, á verdades de Pero Grullo. De todo este precoz aprendizaje no se conserva en la edad adulta mas que una memoria, negra como la tinta con que estaba escrito, y ténue y borroso y fraccionado como todo recuerdo de la edad primera. Y si alguno tiene la inconveniencia de conservar en la memoria alguna cosa determinada de aquel precoz aprendizaje, ¡desgraciado si no lo olvida! Nunca será capaz de llegar ni á saber que nada sabe.

III.

Casi todos los liberales españoles de provincia, educados por los libros de los sábios franceses del siglo pasado, profesan como artículo de fe la opinion de que

no hay mas ciencias dignas de estudio que las experimentales, ni mas ciencias experimentales que las naturales, ni mas ciencias naturales que las físicas.

Impregnada mi familia de estas ideas empíricas, me mandó á la corte á estudiar medicina. Segun una vulgarísima creencia, todo el que en su primera edad estudia medicina, debe ser en su vejez, en la época de la experiencia, ó mas bien de la filosofía práctica, un materialista como Broussais ó un escéptico como Sexto Empírico. Este es un error. Así como la reaccion sucede á la accion, yo debo mis arranques espiritualistas á haber estudiado en mi juventud el mecanismo de ese reloj de carne, llamado cuerpo humano. Con permiso de mi sábio maestro, el Sr. Isern, por quien alguna vez he sido premiado por mi habilidad quirúrgica, se puede ser un eminente anatómico y ser un inepto tan grande como el remendon que viste ó desnuda maniquíes. La fisiología, que llaman *ciencia de la vida*, no siendo mas que una *mecánica de las funciones orgánicas*, la estudié con avidez. En la primera leccion me hice la ilusion de creer que mi ilustre catedrático, el Sr. Corral, me iba á enseñar el secreto de la vida. ¡Ilusion! Oid, lector, toda la enseñanza de una funcion vital : la sangre es un líquido colorado; este líquido es llevado á las extremidades por los vasos capilares; á los vasos capilares lo llevan las arterias; á las arterias lo manda el corazon; el corazon lo manda en virtud de su contractilidad; la contractilidad es... la contractilidad; ni el inteligente Señor Corral, ni yo, ni nadie sabemos lo que es. Y aun-

que sea perjudicando á los iniciados en las ciencias fisiológicas, voy á revelar el secreto, ó sea la fórmula sacramental por medio de la cual la ciencia humana describe todas las funciones vitales. La locomocion, por ejemplo, es un fenómeno singular, que se realiza por efecto de una causa particular, llamada voluntad. Y así de todas las demás. Es decir, que para los fisiólogos todas las funciones vitales no son mas que fenómenos *singulares*, que se efectúan por causas *particulares*. ¿No es verdad, mi querido maestro, que todas las funciones de la vida no son mas que cosas *muy singulares*, que tienen efecto por causas *muy particulares?* Que me diga el lector si saber esto no es lo mismo que no saber absolutamente nada.

Por último, seguro de que nunca la practicaria, y aconsejado por el mismo Sr. Corral, abandoné los estudios teóricos de la medicina, de esta ciencia que al principio solo enseña á perder el pudor, y que á lo último, cuando se la pregunta: — «¿Qué es el hombre?» — responde con la discreta ignorancia de Demócrito: — «Es... lo que todos saben.»

IV.

Y no vayan los demás naturalistas á creer que porque yo abandoné la medicina, juzgándola un rosario de *incógnitas*, estoy persuadido de que sus respectivos oficios científicos son otra cosa tampoco mas que mecánicas de funciones orgánicas ó inorgánicas.

Y si no, que me digan los naturalistas campestres, prescindiendo de la suave fragancia de las flores, ¿qué resultado me daria el detenido estudio de la *botánica?* Ninguno, mas que el de saber el método de clasificacion natural que estableció Jussieu para todo el reino vegetal. Pero dejando aparte la clasificacion, por ser esto mas propio de los herbolaristas, ¿qué clase de relaciones unen á cada planta con el sol, con las aguas, con los vientos, con las llanuras, con los montes, con el globo entero? Qué género de armonías las enlazan con las demás plantas, con los animales, con los botánicos mismos? etc., etc., etc. Estas tres etcéteras representan otra infinidad de incógnitas.

Y prescindiendo de su aplicacion á las artes mecánicas, ¿qué hubiera aprendido tampoco en *química* mas que la nomenclatura formulada por Lavoisier? Nada. Lo de siempre : clasificaciones y nomenclaturas. Incógnitas sobre incógnitas.

V.

Aunque siempre he creido lo que dice Buffon, — « que lo que se llaman verdades matemáticas se reducen á entidades de ideas sin ninguna relacion », — en algun tiempo me puse á profundizar las matemáticas con el Sr. D. Alejandro de Bengoechea. ¡Inútil estudio! A pesar de la ciencia del eminente preceptor, bien pronto conocí que las matemáticas no sirven mas que para medir el peso y la distancia de la materia, de lo objetivo, de

lo accidental, de lo fenomenal; y lo que yo buscaba era una ciencia que me enseñase á medir el espíritu, lo subjetivo, lo eterno, lo esencial. Poco me importa saber los kilómetros que hay desde Lisboa á Paris; lo que yo quiero investigar es la distancia que media entre los extremos de la escala de la racionalizacion, entre el mayor y menor grado de la personalidad humana.

VI.

Y subiendo un poco en las ciencias naturales, tambien he hojeado algo de *zoología;* mas pronto conocí que yo nunca podria llegar á inventar un sistema como el del sábio Cuvier. Este pacienzudo naturalista, por medio de su —«ley de correlacion de las formas»,— ha probado que existe entre todos los órganos de un mismo animal una correspondencia y subordinacion tales, que del conocimiento de un solo órgano, del hueso *hungüis*, por ejemplo, se puede deducir el de todos los demás. ¡Lástima que esta ley de correlacion de las formas no la hubiese aplicado Cuvier al órden moral! ¿Qué me importa á mí que cuatro líneas en el hueso hungüis supongan cuatrocientas en el hueso fémur? Lo que nos importaria saber son los grados de corrupcion que minaban el imperio romano, con solo tener á la vista la punta del manto con que al morir se embozó César. ¿No es cierto, lectores mios?

Desencantado de las mecánicas terrestres, volví los ojos al cielo, por ver si del estudio de esa álgebra des-

lumbradora podria deducir, no solo la gran incógnita, sino alguna pequeña incógnita. Pero ¡ ay! esos inmensos átomos, llamados soles, no solo no sirven para resolver el problema de la Divinidad, sino que no se puede descubrir con ellos ni siquiera la X atraccion.

Aunque estudié muy poco de *astronomía*, desde muy al principio conocí que, despues de todas mis observaciones planetarias, solo llegaria á saber que hay un órden ó un sistema natural de los cuerpos celestes, demostrado por Newton, aplicando extensamente su ley de gravitacion universal, en virtud de la cual — « todos los cuerpos se atraen en razon directa de su masa y en razon inversa del cuadrado de las distancias ». — Despues de todo, el universo en conjunto no es mas que un gabinete de física en grande, y la explicacion de su inmenso mecanismo se reduce á la amplificacion de un acto tan prosáico, tan fatal y tan manuable como la caida de Zapaquilda del alero de un tejado. Al ver el ningun resultado racional de la *astronomía*, casi casi me he reconciliado con las aspiraciones de la *astrología*.

VII.

Yo no soy, sin embargo, de los que dicen que estas gramáticas de la materia carecen de toda elevacion. No por cierto.

Yo bien sé que la mecánica se remonta hasta las leyes del *movimiento*, la geometría al conocimiento del *espacio*, la física á las ideas de *fuerza* y *extension* y á las

condiciones *esenciales* de la materia, las ciencias naturales, sin excepcion, á las ideas de *causa* y *existencia*. Pero cuando estas gramáticas de la materia se elevan á semejantes consideraciones ya dejan de ser artes para constituirse en ciencias, ya abandonan la mecánica para elevarse á la filosofía. Acaso á mí tambien se me eche en cara que yo aspiro á descartar de la filosofía toda la parte priorístico-ideológica para reducirla á una psicología experimental, á una especie de *mecánica de las funciones racionales.* No lo niego. Yo quisiera no raciocinar, sino racionalizar la razon; no penetrarla en su esencialidad, sino conocerla en todas sus manifestaciones. Mi aspiracion metafísica se reduce, no á saber el orígen divino, sino el objeto político de la razon.

VIII.

Por eso no puedo ver sin una indignacion profunda al hombre, al depositario de esa razon, considerado por Linneo como un *animal mamífero*, y colocado en la série de los monos, los perezosos y los murciélagos. A esto me dicen los naturalistas que ellos solo clasifican la parte corporal, la parte objetiva del hombre. En hora buena; pero una vez que las ciencias naturales, tales como las enseñan en las aulas, no alcanzan á considerar al ser humano como el anillo simbólico que une lo visible con lo invisible, el tiempo con la eternidad, la materia con el espíritu, la naturaleza con Dios, permítase-

me decir que el estudio de las ciencias naturales es un oficio digno de figurar entre las artes mecánicas, entre las zapaterías, por ejemplo. Y digo esto, porque recuerdo que muchas veces he oido tronar contra la *filosofía,* contra esa ciencia que comprende todo lo ideal, subjetivo, espiritual, eterno y exclusivamente real, que hay en la naturaleza y en Dios, á esos ensambladores de huesos, llamados *anatómicos;* á esos coordinadores de pedruscos, de hortalizas y de toda clase de animales, desde los infusorios hasta los mamíferos, llamados *naturalistas.* Es menester vengar á la filosofía, á la ciencia del espíritu, que es la personalidad, que es la verdad, contra las diatribas de los *naturalistas,* que no son mas que los obreros del arte de la materia, que es una objetividad pasajera, que es una mentira.

¡Naturalistas! ¡Reclutas de Manés! ¡Calumniadores del género humano, que aunque no lo decis claramente, sé yo que opinais que Adan ha sido hijo, y por lo menos nieto de un mono! No os quiero agobiar en este mundo con el peso de mis maldiciones, porque tengo presente el terrible castigo que Manés, filósofo persa, os impone despues de muertos. ¡Es una horrible historia! Cuenta Manés que el mundo, la materia, vuestra querida la materia, existirá siempre; pero es el caso que, á la consumacion de los siglos quedará reducida á un estado cadavérico, y todas las almas que, como las de vosotros los naturalistas, hayan seguido sus inspiraciones, serán condenadas á permanecer siempre silenciosas y tristes, haciendo la guardia á este cadáver eterno!

¡Naturalistas! ¡Reclutas de Manés! ¡Dios os dé paciencia en vuestra futura centinela!...

IX.

Cansado de los resultados materiales del estudio de las ciencias físicas, y sin tener quien me guiase todavía en el tenebroso abismo de la metafísica, dí expansion á mis sentimientos y á mis ideas, lanzándome desaforado en el florido campo de la poesía. Mis primeros versos, que dicen que son muy frescos, pero que á mí me parecen tan tímidos como los de todos aquellos á quienes dan una educacion *clásica*, y que en consecuencia les obligan á ir pisando los talones de los Horacios de todas las literaturas, adquirieron un favor no merecido, particularmente de parte de las mujeres.

Al año de haberme hecho el Liceo la honrosa excepcion de publicar mis primeros versos, era yo seguramente el mas frio de mis apasionados, por mas que el Sr. Zaragoza, para alentarme sin duda, aseguraba que yo en la poesía española era — «lo que Boabdil en Granada», — una especie de *Rey Chico*.

X.

Si es verdad, como dice Espinosa, que Dios, la sustancia infinita, se divide en pensamiento y extension, desde la aparicion de mis primeras composiciones conocí que no tenia mas remedio que refugiarme en la re-

gion del pensamiento, pues un gran poeta, el Sr. Zorrilla, ocupaba á la sazon hasta el último recodo del atributo de la extension.

Viendo la totalidad de la naturaleza externa abarcada por la mente objetiva de este bardo divino, no tuve mas remedio que refugiarme en el campo de mis impresiones subjetivas, íntimas, completamente personales. De la elaboracion interna de mis propias impresiones nacieron esas composiciones que, por una razon que tengo derecho á reservar, porque no es literaria ni política, publiqué con el nombre de *Doloras*.

No puedo menos de recordar con pena el encono con que la poetastrería, ya formada, atacó mis primeras doloras. Solo el entusiasmo con que algunos jóvenes las empezaron á imitar pudo hacerme despreciar la bílis de la trinca de mis cofrades. Y no fuí atacado por los mas entendidos, sino por algunos memos literarios que brotan pensamientos por la misma razon que las encinas crian bellotas: porque Dios lo quiere.

Como la política envenena hasta el veneno, así como el avaro de Alarcon aguaba el agua, sucedió que algunos de esos enemiguillos que de vez en cuando me han suscitado las cuestiones públicas, han solido llamarme, como por una especie de despreciativa antonomasia,—«el autor de las *Doloras*».—Estoy seguro que nunca les he parecido tan extravagante como ellos á mí me han parecido y me siguen pareciendo necios.

En honor de la verdad, y como en desagravio de las diatribas públicas y privadas que contra mí lanzaban

mis hermanos en Cristo y en Apolo, debo confesar que algunos escribieron entonces doloras así moral como literariamente mucho mas agradables que las mias, y que lo mismo la célebre poetisa D.ª Carolina Coronado de Perry, que los Sres. Navarrete, Hurtado y marqués de Auñon, han salido frecuentemente á mi defensa con un desinterés y una elevacion destituida de toda clase de rivalidad literaria, que les agradece mucho el maltratado *autor de las Doloras*.

XI.

Habiendo caido en mis manos por este tiempo algunos filósofos franceses del siglo pasado, y muy particularmente el empírico Montesquieu, imbuido sin duda por sus ideas, escribí un libro, que yo titulaba *Filosofía de las leyes*.

Aquel librito, que fué mirado por el vulgo de los leguleyos como una intrusion hecha en un terreno que creen que les pertenece exclusivamente, mereció ser citado con elogio por el conocido escritor Sr. Monlau, en su *Higiene pública*, y hoy me hallo tan poco arrepentido de haberle escrito, que he copiado todo su espíritu en las secciones de *Derechos* y *Deberes* del libro cuarto de esta obra.

Los altercados amistosos á que dió lugar el estilo de este libro, entre mi amigo muy querido el Sr. D. Facundo Goñi y yo, me darán ocasion para hablar algo sobre la forma. El Sr. Goñi es uno de esos escritores *sérios* que creen que al público se le debe hablar siempre bajo

la máscara de la gravedad. Yo aborrezco todos los disfraces, y el de la gravedad afectada me parece mas risible que la ligereza sistemática. Admito el tono *épico* en un párrafo, el lenguaje *escogido* en dos, y en tres la *gravedad* cuando es ingénita en el autor; pero en el cuarto párrafo, para que yo no crea que este autor es un farsante que no dice lo que siente, sino lo que representa, es menester que yo entrevea en él algun sentimiento cándido, tal cual frase descuidada, y el brillo de la sonrisa mal reprimida. Los libros deben irradiar todo lo expansivo, todo lo *personal*, todo lo espiritual del autor. Comprendo la gravedad en un artículo de periódico, escrito las mas veces en el paréntesis de un entrecejo; mas un libro, que se tarda meses en escribirlo, es menester que revele lealmente todas las oscilaciones de nuestra alma: la gravedad y la ligereza, la sencillez y la ironía, la flojedad y la inspiracion. Dice un autor —«que el estilo es el hombre»,—y esto no es verdad, porque la mayor parte de las veces—«el estilo es un comediante».

Yo confieso que en materias de estilo soy demasiado efusivo, que no me expreso, sino que me vacio, y que mis escritos suelen ser, segun el modo comun de juzgar, algo sanfasonianos, y que participan, acaso con exceso, del buen humor que me es característico; pero ¡ay mi querido Goñi! ¿qué culpa tengo yo de que mis obras, como dice la Escritura,— «descubran por todas partes al hombre de bien, cuyo corazon es *una fiesta contínua*»?...

Además, amigo mio, tú no tienes presente la verdad

de este proverbio: — «Para ser gracioso se necesita mas que para ser sábio: se necesita sabiduría... y gracia.» — Esto no es decir que yo lo sea, esto es recordar un refran que me ayuda á decir una verdad á los sábios exclusivamente graves.

Cuando escucho ó leo á alguno de esos oradores ó escritores que para hablar ó escribir empiezan por almidonarse fuertemente el cuello de la camisa, me parece que estoy viendo una de esas estatuas de mármol que están recostadas con negligente dignidad, ó como si dijéramos, fuertemente almidonadas, sobre la tapa de un sepulcro que solo contiene vacío y hediondez. Creedme, lector, ó si no sois de mi opinion, no me creais; pero todo aquel que os hable de la *rectitud de su fondo* es un D. Hermógenes, es un bribon; todo aquel que os recomiende la *dignidad de su forma* es otro D. Hermógenes, es un pedante. En literatura no hay nada digno mas que lo sincero.

Estoy tan cansado de todo lo convencional, me es tan repugnante esta ficcion escénica, en que, por acuerdo tradicional, cada hombre se ha de constituir en un Proteo, por no ser un mártir, que á cada circunstancia ha de variar de careta, que no quiero adoptar mas disfraces, ni aun el del alto coturno literario.

XII.

Durante mi juventud he sido una especie de Laocoon, que no he podido desembarazarme de las serpientes que

me ahogaban, desde el 24 de setiembre del año de gracia de 1817, en que por primera vez me ataron el cuerpo con una faja, siguiendo despues aprisionándome el alma en los lechos de Procusto de la gramática, del latin, de la filosofía y de la literatura. ¡Sí, sí! he estado aprisionado tambien en el lecho de Procusto de la literatura, donde he vegetado, como todas las juventudes mis predecesoras, lo mismo que una yedra literaria, viviendo de la sustancia y pegada al tronco de los originales. Solo hácia la edad de treinta años he empezado á borrarme de la lista de todas las asociaciones humanas, que tienen por objeto devorar al individuo para engordar á la especie. La sociedad humana es una comedora de hombres, y yo ya estoy dispuesto á no dejarme comer. Es inútil que mis antiguos jefes, para llevarme al combate, quieran hacerme formar en línea. ¡Soy el desertor de todos los ejércitos! La vieja humanidad está demasiado chocha para que yo, en mi cualidad de filósofo, consienta que el hombre continúe siendo su eterno pupilo. Yo, que desde el principio del mundo vengo separándome con mil trabajos de mi amada nodriza la materia; yo, que despues de una infinidad de dolores he logrado individualizarme, personalizarme, desidentificarme de todo, no quiero que ni la gramática, ni el latin, ni la filosofía, ni la literatura vuelvan á identificarme con nada, no solo con la materia, pero ni con el mismo espíritu.

Desde que he nacido me tienen aprisionado. ¡Aire, que me ahogo!...

CAPITULO III.

VIDA É IDEAS DEL AUTOR CON RESPECTO Á LA FILOSOFÍA.

I.

Dije antes que cuando yo he nacido todavía el clero ejercia una influencia omnímoda sobre la educacion. Y no solo influia de un modo positivo, sino tambien de un modo negativo. Era un maestro universal, directo é indirecto; no solamente nos instruia con lo que sabia, sino por lo que ignoraba.

Solemos criticar á la buena de Eva porque la privacion ha excitado su apetito; yo confieso que la principal razon que he tenido para leer los filósofos franceses es la de que estaban *prohibidos:* las diatribas lanzadas contra ellos desde el púlpito por sacerdotes indiscretos son los reclamos que me han conducido á la enramada donde se oculta la serpiente tentadora.

La cocina y la filosofía francesas, ¡qué dos condimentos tan apetitivos para el cuerpo y para el alma! No vayan mis lectores á creer que el empirismo francés del siglo pasado se parece en nada al materialismo moderno, emanado del idealismo aleman, no: mientras que

este último, como despues probarémos, es un materialismo radical, áspero y sin una sola fruicion moral, el empirismo enciclopédico en general tiene un no sé qué de vivaz, de expansivo, de espiritual, de francés, que cualquiera diria que con esta filosofía se goza, se palpa, se disfruta el fantástico *absoluto* de Schelling, que, como verémos mas adelante, es la union de lo ideal y de lo real.

El empirismo francés, cuya representacion mas genuina y mas concreta es Rousseau, oso desde las cejas abajo, y desde las cejas arriba Perícles, es un materialismo ateniense, una especie de idealizacion de lo real, con el cual no se avienen del todo mal ni el espíritu ni el cuerpo. El empirismo francés no es, como suponen los Gerundios del púlpito, un Nabucodonosor desalmado, ateo, sensual y casi bestia; al contrario, mas bien parece un jóven que, aburrido, desesperado por las exigencias, celos y extravagancias de la infecunda vieja Sorbona, se lanza con furor en el camino de todas las emancipaciones humanas, renegando de esta octogenaria y de toda su innumerable parentela. Y en resúmen, ¿qué mal hace ese jóven corriendo desalado por esos trigos de Dios y proclamando la libertad universal? Ninguno. Su mayor locura es haber casado á la diosa Razon con el Ser supremo, y francamente confieso que, aunque esto es una locura, en la extraña necesidad que sintió de casar al gran célibe de los cielos, no sé yo en qué parte podria hallar una compañera mas digna para el caso que la diosa Razon.

Y porque no me repugna, no quiero decir que la filosofía empírica me agrade. Ni la experiencia sensible de *Bacon*, ni el puro empirismo de *Loke*, ni el sensualismo de *Condillac*, ni el materialismo de *Broussais*, ni el fatalismo de *Hartley*, ni el escepticismo de *Hume*, ni el principio moral de *Helvecio*, ni el utilitarismo de *Bentham*, ni el despotismo de *Hobbes* han conseguido nunca satisfacer las necesidades de mi espíritu desde sus respectivos puntos de vista, completamente externos y materiales. Estos filósofos nunca han aspirado á formar una filosofía, un sistema, una síntesis que fuese una ley general, cuya aplicacion hiciese reconocer la verdad en todos los casos particulares; una fórmula universal é infalible que conciliase todos los extremos, que armonizase y explicase todas las filosofías, todas las mitologías, todas las historias y todas las producciones del espíritu humano; una clave, en fin, con la que se conciliasen todas las diferencias, se resolviesen todas las desarmonías, y por medio de la cual se restableciesen en todo el mundo moral la paz, el acuerdo y la unidad.

La filosofía del siglo pasado no es una ciencia, es una crítica; no es una obra de organizacion, es un arte de demolicion. Voltaire en el siglo anterior y Prudhon en el actual, esos dos mónstruos de sentido comun, no resumen sus ideas en un sistema; reniegan de todos. No afirman nada; son dos escritores completamente negativos. No aspiran á levantar ningun monumento por medio de una síntesis, sino á destruirlos todos por medio del análisis. A mí no me agrada este método: yo no destruyo

el error atacándolo, solo afirmó la verdad defendiéndola. En esta época de calumniadores quisiera merecer el lauro de no exponerme á calumniar ni al mismo error. Odio tanto las fiscalizaciones, que me seria imposible delatar la mentira á la verdad. Si alguna vez admito la negacion, es cuando veo al lado la afirmacion.

Así pues, á pesar y con motivo de ser libros *prohibidos*, la filosofía francesa fué durante un largo período de mi juventud mi exclusivo pasto espiritual, hasta que casualmente cayó en mis manos la feroz diatriba que un manso católico dirigia contra todos los sistemas filosóficos en general y contra cada uno en particular.—Segundo reclamo que me volvió á conducir á la enramada, para ver el resto de la cola que aun ocultaba á mi inocencia la serpiente tentadora.

II.

Toda la filosofía, considerada históricamente, se puede dividir en tres períodos: en *antigua*, *media* y *moderna*. La *antigua* comprende sobre doce siglos, seis antes y seis despues de Jesucristo, desde Tales (600 a. c.) hasta los bárbaros; la *media* abraza sobre otros doce, desde Justiniano (529 d. c.) hasta Descartes (1650); y la *moderna*, que empezó en Descartes y continúa elaborándose bajo su influjo.

Con respecto á sus principios, la filosofía *antigua* se puede llamar *cosmológica*, la media *lógica*, y la moderna *psicológica*.

La filosofía *antigua* ó *cosmológica* casi siempre toma

su punto de partida del exterior. *Tales*, fundador de la escuela jónica, da al elemento del *agua* el privilegio de producir todas las demás sustancias; *Anaximénes* atribuye esta virtud á un principio *aéreo*, y *Heráclito* sienta como elemento generador el *fuego*. Por regla general, casi todos los sistemas pertenecientes al período de la filosofía *antigua* abrazan el universo en conjunto para dar razon de la naturaleza de las cosas. En ellos la cosa llamada hombre rara vez es el objeto único ó preferente de sus investigaciones. *Sócrates*, por haber hecho al hombre el exclusivo objeto de la filosofía, poniendo en práctica la nunca bastante ponderada fórmula de *Nosce te ipsum*, fué acusado — «de haber hecho bajar la filosofía del cielo á la tierra».

III.

La filosofía de la edad *media*, de esa edad de todas las exageraciones, de todas las andancias, fué exclusivamente *lógica*. Esta es la filosofía de hablar por hablar. Aristóteles y Platon son la Roma y Cartago de estas escuelas de niños grandes. Aquí ya no se trata, como en la filosofía *antigua*, de las *cosas*, sino de los *nombres* de las cosas. Divididos los filósofos en los dos partidos contendientes de *realistas* y *nominalistas*, hallaron en la metafísica del pedagogo practicon de Aristóteles un arsenal de armas de todas clases, y en la dialéctica de este mismo practicon pedagogo un arte de manejarlas tan sutil, tan hipócrita y tan traidor, que solo de considerarlo se pone colorado cualquier filósofo de una me-

diana vergüenza. Esta guerra parece que no tiene mas objeto que la de ejercitarse en tirar al blanco. Aquí se bate todo en brecha, para dejarlo todo en pié. Hoy le toca á un platónico atacar á Platon, y á un aristotélico el defenderle, y en el ataque y defensa se muestra mucho ingenio, eso sí, pero una conviccion tan fuerte como mis lectores ya podrán inferir de dos contendientes que al dia siguiente han de cambiar de papeles. Esta guerra, inventada por los frailes, y en la cual la sangre no entra para nada, es una ocupacion deliciosa, donde lo único que se mata es el tiempo. En estos asaltos de memoria no se lucha por las *ideas*, sino por su *clasificacion;* se respetan los pensamientos, pero se destrozan sin piedad los *términos* que los expresan; no se va á ningun *objeto,* sino á buscar un *pretexto;* una argumentacion falsa es el hallazgo de la tizona del Cid, una definicion rara es el descubrimiento de la América. ¡ Quién creerá que nuestros dichosos frailes han vivido muchos siglos engrescados en esta guerra imaginativa, hasta que los sacó, algo bruscamente es cierto, de esta inteligente ociosidad el látigo de la revolucion...!

IV.

La filosofía *moderna* ó *psicológica* empieza en Descartes. Este Cervantes de la caballería escolástica acabó con todos los follones y malandrines de la filosofía de la edad *media.* Su *pienso*, *luego soy*, se parece bastante á D. Quijote; luego diré por qué. Segun la escuela *psi-*

cológica el *cogito, ergo sum*, el yo pensante, es el único hecho de conciencia cierto, evidente, irrefutable; todo lo demás puede ser cierto ó puede no serlo; y ahora se me ocurre volver á preguntar: Y en materia de certidumbre, *¿qué importa que no sea lo que parece que es?* Sin embargo, á los *psicólogos* les importa mucho; es decir, para ellos el tener un punto de partida *cierto* es poseer la clave de la filosofía, es haber hallado el punto central de las ciencias, es resolver el enigma, es el *fiat lux* de la filosofía moderna. A mí me parece que esta luz, no solo no es un faro, sino que es una linterna sorda que solo alumbra hácia dentro. Creado el *pienso, luego soy*, realizado el *yo*, ¿de qué se ocupa? De nada. De negarlo todo menos á sí mismo; y aun para no dudar de sí mismo coge la linterna sorda, y examinándose detenidamente, siendo estudiante y estudiado de sí propio; sugeto y objeto, ser y fenómeno, conociente y conocido, agente y acto, sapiente y sabido, saca por consecuencia que efectivamente todo el que *piensa es;* que todo el que *es, es.* Y no siempre la linterna sorda alumbra claramente al *yo*, pues los ultra-psicólogos, entre los cuales debo citar al sutilísimo Kant, introduciéndose por las vueltas y revueltas del *pienso, luego soy*, llegan á lo mas íntimo, á lo mas sustancial, á lo mas *à priori* de la cosa; y así como los *psicólogos* analizan *lo que hace el espíritu*, explicando el *hecho* por el *hecho;* los *ultra-psicólogos*, representados por Kant, estudian, no solo *lo que hace* el espíritu, sino el *cómo lo hace*, haciendo retrogradar un poco mas la dificultad, y acabando como aquellos, no

resolviendo el *hecho por el hecho*, sino explicando por el hecho la posibilidad. Los *psicólôgos* sientan buenamente, como su maestro Descartes, — «que lo que piensa, es». — Los ultra-psicólogos, los kantistas, los filósofos críticos, concluyen por deducir — «que lo que piensa, ó es ó *no es*». Los cartesianos piensan *que* piensan. Los kantistas son un poco mas agudos, y piensan *cómo* piensan. Pero seamos generosos, y concedamos á los cartesianos que el *pienso, luego soy* es un hecho de conciencia cierto, elemental, típico. Pero en cambio, que nos expliquen ellos á nosotros cómo este sugeto conoce el objeto, cómo el hecho interno se exterioriza, cómo el agente explica el acto. ¡Imposible! El *pienso, luego soy*, el hecho de conciencia de Descartes, es un ciego que no ve mas que su interior, es un prisionero condenado perpétuamente á jugar al escondite consigo mismo. Es en vano que Reid le cuelgue una escalera de mano, diciendo—«que la *fe* que el hombre añade al testimonio de sus facultades es *legítima*».— El hombre interno, el *ser cierto*, no puede bajar al campo de lo externo, sin hacerse dudoso á sí mismo de sí mismo, por esa escalera de una *fe supuesta*. Vanamente el mismo Descartes tiende un puente desde el ser al no ser, apelando al criterio de la evidencia y diciendo que — «lo evidente es verdadero».— Hay aquí lo que en la jerga dialéctica se llama una *peticion de principio*, se supone lo mismo que se trata de probar. Añade Descartes: — «Dios es veraz; no ha podido engañarnos, no ha podido complacerse en hacernos víctimas de ilusiones perpétuas.» — ¿Cómo sabe Des-

cartes quién es Dios? ¿Quién le ha dicho que es veraz? Y si apela al criterio de la *evidencia*, ¿de qué nos sirve el decantado hecho de *conciencia?* Todo esto, Sr. Renato, prueba que aun reconocido el caballero *Pienso* como un ser de conciencia absolutamente *cierto*, no puede pasar al exterior por el criterio de la evidencia, porque en último resultado no es mas que un puente *mentira*. Admitido el *yo* como punto de partida, es menester representar la segunda parte de la escena de Juan Palomo. De lo contrario, el yo, al pasar al no–yo, tiene que dar un *salto mortal*, en el cual se estrella hasta su memoria. El psicologismo es la apoteósis del mas implacable orgullo, es la adoracion de sí mismo por sí mismo, es el culto del todo por sus partes, es la contemplacion de un contemplante que se contempla, es un pensador que solo sabe pensar que piensa. No hay remedio; es menester considerar al yo como *término*, y si se le considera como *principio*, es forzoso resignarse á verle romperse la cabeza de desesperacion contra su jaula como Bayaceto Primero, pues despues de haber entrado una vez en la ratonera del yo, segun dice Fichte, —«es imposible explicar de una manera precisa cómo un pensador ha podido salir jamás del *yo*».

Algunos *psicólogos*, mas francos que discretos, prescindiendo de la dificultad de dar cuerpo á la abstraccion de Descartes, la suponen una figura cualquiera y la sueltan por ese mundo con el objeto de que enderece entuertos. Ya tenemos á D. Quijote en campaña. El *soy, porque pienso*, este héroe tan pagado de sí mismo, no ve

en la naturaleza externa lo que ve, sino lo que sueña. Para él, como nos dice por conducto de Kant, no hay mas objeto que *el modo de ver* del sugeto. Este Quijote convierte los jayanes en encantadores, los molinos en gigantes; las Maritornes en Dulcineas. No cree que hay nada verdadero mas que lo único que no es cierto: las ilusiones de su fantasía. Como entre su modo de ver y la realidad no hay concordancia posible, el caballeresco representante de la *psicología* traba con la naturaleza externa combates cuyos deplorables resultados no siempre son dignos de su entusiasmo ideal. Así es que el pensamiento, el espíritu, camina en completo desacuerdo con la experiencia, la materia; y no hay manera posible de que los *psicólogos* hallen un principio superior, una especie de síntesis que les haga convenir en nada, que los identifique ni por un momento. Y es inútil esperarlo: estoy seguro que D. Quijote nunca se entenderá con Sancho.

V.

El vulgo, que, despues de todo, es un historiador mas imparcial y un filósofo mas profundo que todos nosotros, no divide la filosofía históricamente en *antigua*, *media* y *moderna*, ni la clasifica, segun sus principios teóricos, en *cosmológica*, *lógica* y *psicológica;* sino que la caracteriza prescindiendo de sus puntos de partida abstractos, y atendiendo solo á sus últimos resultados, á sus aplicaciones prácticas, en estas tres divisiones: *materialista*,

cuando niega el espíritu; *idealista*, cuando duda de la materia; y *escéptica*, cuando duda ó niega á la vez la materia y el espíritu.

Y si se quiere simplificar mas todavía la division de la filosofía, se puede asegurar que solo hay dos clases de filósofos: unos que admiten las ideas *à priori*, y otros que las admiten *à posteriori;* los que suponen las ideas *innatas*, y los que las creen *adquiridas:* para aquellos pensar es *recordar*, para estos pensar es *hacer ideas.* Todos los *innatistas* son *idealistas*, los *adquiridistas* tienden hácia el *materialismo.* Los materialistas piensan con los ojos, y los idealistas ven con el entendimiento.

VI.

Hasta ahora aun no hemos tropezado con un sistema filosófico completo, nacido de un solo golpe, expresado con una fórmula: un cuerpo de verdades ó de errores ligados los unos á los otros, formando un conjunto lógico. Para hallar esto será menester que lleguemos á Espinosa, el cual ampliando, ó mejor dicho, sistematizando algunos principios vedantas, combinados con las ideas de Descartes sobre la *sustancia*, el *pensamiento* y la *extension*, ha creado el sistema filosófico mas compacto, mas sencillo, mas consecuente y mas terrible que se ha podido inventar para oprobio del linaje humano.

Hé aquí un extracto del sistema vedanta que pudo servir á Espinosa de base de su panteismo: — « Solo Brahama existe, y las demás cosas son mera ilusion. —

Brahama es al mismo tiempo sugeto y objeto de la creacion, porque todo es emanacion de su naturaleza. — El desideratum del saber humano es elevarse al conocimiento de la sustancia única é indistinta, donde el cognoscente y el conocido son idénticos. — Sabiendo á Brahama se sabe todo. — Muchos símiles pueden ayudarnos á conocer que solo Brahama existe. Es como una araña, que saca de sí misma el tejido de la creacion; como un fuego inmenso, de donde saltan, como otras tantas chispas, millares de criaturas; como el océano de la existencia, en cuya superficie se forman y desaparecen las ondas, y la espuma de las ondas, y las bombas de la espuma; cosas todas al parecer diferentes, pero que no son mas que el mismo océano.»

Recuerdo con gratitud que quien me estimuló á conocer á Espinosa fué el *Sr. Barzanallana*, en cuya intimidad he gozado mucho en mi juventud, hablando de literatura, y particularmente de artes.

Todo el sistema de Espinosa se halla concentrado en este principio : — «Es propio de la naturaleza de la *sustancia* desarrollarse necesariamente por una infinidad de *atributos* infinitos, infinitamente *modificados.*» — Es decir, Dios, la *sustancia*, es todo, y todo es Dios. La *sustancia*, ó Dios, se divide al desarrollarse *necesariamente* en los *atributos extension* y *pensamiento*. La *extension* continúa desarrollándose en *modos*, que son los *cuerpos*, y el pensamiento en otros *modos*, que son los *espíritus*. ¡Qué admirable y sencilla concepcion! ¡Este sistema atrae como el abismo, desvanece como la muer-

te! ¡Su principal mérito consiste en partir de un punto de vista alto, muy alto! Desde la cumbre del panteismo no es posible distinguir en la naturaleza nada determinado; todo son nieblas, todo está sumido en el mas insondable cáos. *Espinosa* ha sido un gran incendiario, que, por glorificar á Dios, ha pegado fuego á la naturaleza, y, despues de reducirla á pavesas, á este Dios-máquina, á este gran vago de los cielos solitario y sin cuidados, lo está incensando hasta sofocarle con el humo de su obra, hasta producirle la asfixia. El pensamiento de *Espinosa* ha quedado en el mundo como una especie de opio atmosférico, que adormece todos los entendimientos, que se ha infiltrado en todos los espacios. En el desvanecimiento vertiginoso que produce esta concepcion se siente el corazon helado, y petrificado el pensamiento. ¡Ah! si es verdad que mi cuerpo no es mas que un átomo de la extension infinita, y mi espíritu un rayo de la luz divina; si es cierto que yo no soy mas que una partícula de la sustancia universal, que, emanando de ella, por ella existo y en ella me he de volver á sumir; si son estos, repito, el principio, el medio y el fin de la creacion, ¡maldita sea!

VII.

Y ahora, despues de haber dado una idea del sistema de *Espinosa*, de ese horno egipcio donde se han incubado todos los panteismos que constituyen la moderna

filosofía alemana, pasemos á hablar de Kant, de ese hijo pródigo de la escuela cartesiana.

Figuráos un filósofo que, buscando un principio *à priori* del conocimiento humano, cierra herméticamente las ventanas de su estudio, se sienta de codos sobre una mesa, abisma la cabeza entre las manos, y despues de abstraerse hasta tocar en los límites del sueño, lanza en el vacío el principio de Descártes: — «Yo pienso, luego soy»; — y despues de despojarle de toda evidencia *sentida*, dejándole solo una evidencia *lógica*, analiza — «el principio de todo conocimiento humano», — que quiere decir — «el conocimiento del conocimiento». — Buscando este *noumeno*, que en su lenguaje significa *una cosa como es en sí*, un principio absolutamente simple, *Kant* procede á fundar ese artificio metafísico que se llama *idealismo trascendental.*

Segun el método de *Kant*, aun despues de hallado su *noumeno*, todavía seria un *fenómeno*, pues antes del — «conocimiento del conocimiento» — está el — «conocimiento del conocimiento del conocimiento», — y antes de este, otro, y así indefinidamente hasta llegar al último — «conocimiento del conocimiento», — que pudiese extraer una imaginacion toda indiana con una paciencia toda china.

Veamos si descartando del modo de discurrir de Kant todo lo arbitrario de su lenguaje y lo nebuloso de sus pensamientos, podemos ponerlo al alcance hasta de los niños de la escuela.

Para Kant, antes de *pensar* se *siente*. La *materia* de la

sensibilidad son las impresiones suministradas por la experiencia, las cuales nos afectan bajo la *forma* de *tiempo* y de *espacio*. El ser pensador tiene una aptitud de recibir impresiones que se llama *receptividad*, y una actividad propia para combinarlas, que se llama *espontaneidad*. Despues que un objeto nos afecta, su representacion en el espíritu se llama *intuicion*. Las intuiciones, primeros elementos intelectuales, se resumen en su unidad, que es la *idea;* las ideas, materiales primitivos de conocimiento, se reducen á otra unidad, que se llama *juicio;* y los juicios se sintetizan, por último, en la unidad del *raciocinio*.

Para no kantianizar la cabeza del lector, dejarémos á un lado todas las digresiones, ó inútiles ó ridículas, que podrian entorpecer desde luego la inteligencia de su método y de sus consecuencias. Que los juicios sean analíticos y sintéticos, ó *à priori* y *à posteriori;* que aquellos sean formados sin el concurso de la experiencia, y estos con ella; que los juicios analíticos no aumenten el caudal de nuestros conocimientos, y algunos de los sintéticos sí; que los juicios se dividan en doce clases ó categorías, y los raciocinios en tres; todo esto son cosas que, como no conducen á nada, nos deben tener sin ningun cuidado. Desde Gotama hasta Bacon, y desde Aristóteles á Kant, y desde Kant hasta el fin del mundo, todos los análisis puramente subjetivos del entendimiento, que se han hecho, que se hacen y que se harán, no producirán en la práctica ni una sola máxima que se pueda comparar en importancia al trivialísimo prover-

bio español de que — «quien mucho abarca, poco aprieta».

Método de Kant: Nos afectan los cuerpos bajo la forma de *tiempo* y de *espacio*.

Kant dice que el *espacio* y el *tiempo* son dos cualidades subjetivas, dos ideas necesarias, dos formas de la sensibilidad, sin las cuales no seria posible formarse idea de los cuerpos. Esto es claro. Sin sugeto conocedor no podria haber objeto conocido. Estas ideas *necesarias* de Kant no son otra cosa mas que los *entes-esencias* anteriores á todo otro conocimiento de Platon, son los *instintos* ó *cualidades orgánicas* de los fisiólogos, son las *facultades* de los psicólogos, son los *órganos* de la frenología. Solo que Kant, menos perspícuo en esta parte que el mismo S. Buenaventura, en el órden intelectual no ha descubierto mas que dos ideas *necesarias*, es decir, dos *órganos*, el tiempo y el espacio, ó lo que es igual, el *tiempo* y la *configuracion* de los frenólogos; y en el órden moral lo justo y lo injusto, ó como dicen los frenólogos, la existencia ó no existencia del órgano de la *justicia*. Hoy el último estudiante de medicina sabe mas que Kant: el descubrimiento de sus tres ó cuatro *ideas necesarias*, ú *órganos*, es un tesoro miserable, comparado con los treinta ó cuarenta órganos, ó ideas necesarias, de los frenólogos modernos.

Continuemos relatando el método de Kant: Nos afecta la *experiencia* bajo la *forma* de *tiempo* ó de *espacio*, y el ser pensador, en virtud de su *receptividad*, ó sea aptitud de recibir impresiones, acepta la representacion del

objeto, convirtiéndola en *intuicion*. En seguida, por efecto de su *espontaneidad*, que es una actividad propia del ser pensador, las intuiciones se van refiriendo ó agrupando en la unidad de la *idea*, las ideas en la unidad del *juicio*, y los juicios, en la unidad del *raciocinio*.

Consecuencia del método de Kant: El raciocinio, ó la razon, cuya funcion es establecer la unidad mas perfecta posible en nuestros conocimientos, opera sobre los *juicios*, el juicio sobre las *ideas*, la idea sobre las *intuiciones*, y la intuicion....; y como la intuicion no es una causa, sino un efecto de un hecho que se verifica en el exterior, resulta que el ser pensador solo puede conocer las cosas que se pueden *medir* ó *contar*; que está imposibilitado de apreciar otra cosa mas que *fenómenos* ó cosas como aparecen, porque su realidad, los *noumenos*, las cosas como son *en sí*, como no tienen por medida ni el tiempo ni el espacio, y por consiguiente no pueden producir intuiciones, suministrar materia de conocimiento, son absoluta y totalmente desconocidas: tales son las ideas sobre Dios, sobre la inmortalidad del alma, etc., etc., etc.

Como se ve por este breve pero explícito análisis de Kant, desde su subjetividad indeterminada, desde su — « pienso » — difundido en el éter, desde su demencia metafísica, procedió á crear su *idealismo trascendental*, la mas claravidente, la mas ingeniosa y la mas admirable pesadilla que un sueño de los diablos ha podido engendrar jamás en una cabeza humana.

Es inútil advertir que partiendo de esa — « razon de la

razon», —que es la frontera del cáos, el término del viaje debe ser el país de la nada. Despues de todo su artificio metafísico, *Kant*, lo mismo que Sexto Empírico, deduce como última consecuencia de su ponderado criticismo, — «que nosotros no podemos afirmar la realidad objetiva de nada, porque todo lo que está fuera de los límites de la experiencia se nos escapa absolutamente». — Francamente, no valia la pena de explorar tantos horizontes para descubrir tan pocos países. La conclusion del *criticismo* se parece bastante á la relacion del demente de que habla Shakespeare, que perora y perora

Hasta que al fin conocen los oyentes
Que la conseja no les cuenta nada.

Algo, sin embargo, se deduce de esta *crítica*, y este algo en verdad es mas tremendo que risible. El investigador de la — «certidumbre absoluta» — ha fundado la *negacion absoluta.* Entre las garras de su crítica, y en el abismo de su *razon pura*, arrojando todo lo particular y contingente en el sumidero *receptivo* de lo universal y necesario, ha proclamado el mas radical escepticismo, no solamente enterrando en él todo lo creado, sino que en el período álgido de su inspiracion ha llegado hasta á matar al mismo Criador..... Mas no os horroriceis de este deicidio nominal, cometido por la lógica de Manuel *Kant*, porque á los siete años de haber perpetrado este asesinato científico en la *crítica de la razon pura*, una mañana de esas que divinizan todo lo obje-

tivo, y en la cual el inocente criminal se bajó de la nebulosa cumbre de su desenfrenada subjetividad, tuvo el buen sentido de resucitar á Dios, acabando su escepticismo por un acto de fe religiosa, fundada sobre la *crítica de la razon práctica*. ¡Cosa rara! *Kant* quita á la razon *teórica* la *posibilidad* de conocer la existencia de Dios y la espiritualidad del alma, y las recibe como *ciertas* en virtud de la razon *práctica*. Es decir, que lo mismo que niega por la razon de la *razon*, lo concede por la razon de la *necesidad*. Reniega de Dios en *teoría* porque no lo *necesita*, pero lo adora en la *práctica* porque *lo ha de menester*. Este modo de ir á Dios por la razon *práctica* se parece bastante á la voluntad de los forzados á galeras, que nunca conocen ni la conveniencia ni la justicia de su viaje.

Precisemos la cuestion, diciendo en dos palabras lo que Kant se ha propuesto y conseguido en sus dos celebradas críticas.

Objeto de la *crítica de la razon pura*:

¿Qué puedo yo saber?

Consecuencia: Nada.

Objeto de la *crítica de la razon práctica*:

¿Cómo debo obrar?

Consecuencia: Como Dios te dé á entender.

Estas dos preguntas y estas dos respuestas son el resúmen de las obras del filósofo aleman.

Concretándonos: Segun el modo de ver de *Kant*, ¿qué se entiende por *sugeto?*—Sugeto es una cosa *en sí misma*, es decir, un *nouméno*, un *ser de razon*, y como resul-

tado de la *crítica de la razon pura*, nos es absolutamente *desconocido*. Y siéndonos desconocido el *sugeto*, ¿qué es el *objeto?*—Segun el *criticismo*, el *objeto* es un *fenómeno* que no tiene mas realidad que la que le supone el *modo de ver del sugeto*, de modo que las causas de los fenómenos, es decir, los cuerpos, causas de nuestras sensaciones, no está en manera alguna probado que tengan una existencia fuera de nosotros.

Así á *Kant*, queriendo estudiar el *conocimiento* antes que la cosa *conocida*, le ha sucedido lo que al escultor que queriendo afilar demasiado el cincel lo desgastase completamente, quedándose de este modo sin cincel, y por consiguiente sin estatua; exactamente lo mismo que *Kant*, sin *conocimiento* y sin cosa *conocida*. De este exámen del conocimiento del conocimiento, de esta diseccion de la razon, que no es mas que una parte de nuestra naturaleza moral, es decir, de nuestro *yo*, no podia menos de resultar el cansancio, el desvanecimiento, la nada. No sé cuáles serian las verdaderas intenciones de *Kant* al emprender una crítica que concluye por convertir al *sugeto* en un *presentimiento*, y al objeto en una *ilusion;* pero, aun suponiendo que fuesen buenas, se debe colocar á *Kant* al frente de esa tropa de filósofos que profesan el materialismo mas mazorral, mas ilimitado y mas profundo. Su idealismo universal, su subjetividad, adelgazada, fundida, pasada por tamiz, y perdida, por último, entre los filtros del disector, acaba por convertirnos en cuerpo y alma en la mas completa de las ilusiones. Sumida la razon en este cáos, no solo no

puede tener certidumbre de lo que sabe, sino que se declara incapaz de saber nada.

Despues de malgastar muchas veladas en extraer las últimas consecuencias de todo el retro-psicologismo de *Kant*, nos hallamos en el mismo estado que despues de haber leido este argumento de Górgias : — « Lo que es finito y variable es mera ilusion; lo infinito es incomprensible para el hombre; luego nada puede afirmar la razon humana.» — Este argumento por lo menos tiene la ventaja sobre la última consecuencia de la filosofía de Kant, de ser sencillo, claro, y sobre todo, conciso.

Kant, discípulo exagerado de Descártes, ha procurado resolver el eterno problema de Hamlet : «Ser ó no ser.» Pero llevando al extremo el principio de su maestro, ha transformado el hecho de conciencia en el alma de Garibay, ha convertido la psicología en el juego de que *quien mas mira menos ve*. Buscar en el pensamiento el orígen de las ideas, dividiéndolas en *necesarias* y *adventicias;* ó por mejor decir, reconocer, como Kant, el pensamiento bajo sus formas mas primitivas y esenciales, es dar gusto al entendimiento, que siente un desvanecimiento vertiginoso y agradable contemplando el abismo de sus cualidades infinitas; es escribir una estrategia intelectual que en el campo de la lógica ponen en práctica los mas tontos, y que la desprecian los mas discretos; es convertir la cabeza en un taller de manufacturas intelectuales, que no pasan en el mercado en cuanto las pasa la moda; es un entretenimiento de juegos de óptica; es encerrarse en un observatorio,

el cual, por evitar que ofenda la vista la luz externa, se cierra herméticamente, y en conclusion no se ve ni lo externo ni lo interno.

Bajo este punto de vista Kant siempre me ha parecido un iluso, y sus adeptos unos benditos.

Estos benditos se esfuerzan en defender á su maestro de la acusacion de *escéptico :* ¡inútil esfuerzo! Yo creo que, además del escepticismo, no hay crímen filosófico del cual Kant no sea autor, ó por lo menos cómplice.

Su criticismo no es un sistema de filosofía, sino un mero análisis del entendimiento; *espiritual*, en cuanto reconoce algo de innatismo en el pensamiento; *escéptico*, porque las ideas *necesarias*, el tiempo y el espacio por ejemplo, los *supone* el sugeto en los objetos para poderlos entender; y *materialista*, porque cree que la inteligencia no puede tener ideas *adventicias* sin que los objetos externos suministren por medio de la sensacion la materia de la intuicion, el fundamento de las ideas. Este materialismo de Kant no es ese positivismo sencillo, aunque algo brutal, que precedió á la revolucion francesa, y que creia á piés juntillas en el cuerpo, si bien dudaba algunas veces del alma; sino que es el escepticismo mas perfeccionado, mas universal, mas profundo que jamás se ha predicado á los hombres, pues en él, no solo el alma es una *ilusion*, sino que el cuerpo es una *mentira;* mentira é ilusion que nos causaria la mas completa de las desesperaciones, si no nos promoviera antes el mas profundo de los desprecios.

VIII.

No sirviéndonos para ningun resultado práctico la ilimitada negacion de Kant, pasemos á la afirmacion de Fichte.

Kant redujo toda nuestra ciencia á los fenómenos sensibles; y como á estos no les otorga ni siquiera la realidad de la extension y la sucesion, pues que hace del espacio y del tiempo dos formas necesarias de la mente, dos *suposiciones* del sugeto, resulta que toda la ciencia es subjetiva, sin mas objetividad que la puramente fenomenal ó de apariencia. Así todo está en el *yo;* el entendimiento es la facultad de las reglas : — « no es simplemente una facultad de hacerse reglas comparando fenómenos; es hasta la legislacion para la naturaleza; es decir, que sin el entendimiento no habria naturaleza. Todos los fenómenos, como experiencias posibles, están *à priori* en el entendimiento, y de él sacan su posibilidad formal; del mismo modo que están á título de puras intuiciones en la sensibilidad, y no son posibles sino por ella con relacion á la forma.»

Fichte, desubjetivizando un poco el impalpable *noumeno* de *Kant;* abre un si es no es la ventana de su estudio, y á una de esas luces que, como dice Milton, — « solo sirven para ver las sombras », — enseña un personaje llamado Yo, mas determinado que el *priorismo* ó primer principio de *Kant*, pero infinitamente mas indómito, mas voluntarioso, mas intratable y mas fantasmagórico.

Este ser tan claravidente, tan natural y tan sencillo de Descártes, — « pienso, luego soy », — lo convierte *Fichte*, vendándole los ojos, en un — « quiero, luego soy », — ciego, torpe y testarudo, especie de Ugolino, que, encerrado en la torre del hambre de su cerebro, se ve precisado á engendrar hijos para devorarlos. Este prisionero feroz y sin ventura, á fuerza de hallarse solo, de no ver nada, de sentir hambre y de roer sus mismas creaciones, acaba por figurarse — « que las cosas no tienen realidad mas que en él mismo » ; — « que él (Ugolino, el *yo*) es todo, y todo es él »; — « que el *yo* es igual al *yo* »; — « que él es quien es »; — « que lo exterior procede del yo, y no tiene verdadera existencia mas que en el *yo* y por el *yo* »; — que toda realidad es *yo*, es decir, el yo no es mas que actividad; el *yo* no es *yo* sino en cuanto es activo, y en cuanto no es activo es el *no yo* »; — « que en cuanto el *yo* es absoluto, es infinito é ilimitado, él pone todo lo que existe, y lo que él no *pone no existe para él, y fuera de él no hay nada* »; — « que en cuanto el *yo* se opone un *no yo*, pone necesariamente límites, y se pone á sí mismo en estos límites ». — Todo esto creo que quiere decir que no existe nada; que todo es creacion de nuestro espíritu.

Al leer este panteismo idealista puro, parece que estamos viendo al autor que desea preguntarnos : — « Si Fichte desapareciese del mundo, ¿qué quedaria? » — La respuesta no es difícil : — « Todo, menos Fichte. »

Segun sus fórmulas variadas y siempre equívocas, el *yo fenomenal* de *Kant* llega á ser para *Fichte* el *yo abso-*

luto, ser único, creador del universo y de Dios, fuera del cual no hay realidad alguna, ni aun aparente ó fenoménica. Sí, Señor, un ser único, creador del universo y de Dios..... Cuando leo esto, siempre recuerdo que si yo hubiese asistido á aquella célebre sesion que Fichte concluyó de esta manera:—«En la próxima leccion *crearémos á Dios*»,—me hubiera sucedido de risa lo que á San Efren de espanto siempre que se acordaba del juicio final: hubiera caido en un total desmayo.

Vamos á cuentas. Dice *Fichte*—« que el *yo* se forma por sí mismo, en virtud de su propia actividad».—Esto se entiende bien. ¿Y el *no yo?* Fichte asegura—« que el *no yo* no existe antes del *yo* ni independientemente del *yo*».—«Quiere esto decir que el *yo* y el *no yo* son completamente *idénticos*, como nos lo enseñará luego *Schelling*..... Y este *yo* ¿es uno, ó múltiple; particular, ó general; colectivo, ó individual? *Fichte* asegura—«que la conciencia de todos es una sola y misma conciencia». —¿Quién es entonces ese *yo?* ¿Es *Fichte* que piensa por el espíritu de la humanidad, ó es el espíritu de la humanidad que piensa por *Fichte?* El autor no lo sabe, ni nadie lo ha podido averiguar tampoco.

Sin embargo, los que estamos algo iniciados en los secretos de la historia de la filosofía sabemos que la creacion de *Fichte* es una especie de abstraccion universal, copiada exactamente de uno de los sistemas filosóficos de los bauddhas;—«que no admite otra existencia *real* mas que la del *yo*, y supone que este *yo* es eterno, y que todos los fenómenos son emanaciones de su sustancia».

El yo de *Fichte*, tan solitario como salvaje, puerco-espin de las abstracciones, que por donde quiera y como quiera que se le mida, de arriba abajo, de fuera adentro, de derecha á izquierda, solo muestra inexorables puas, es un verdadero Segismundo en el drama de Calderon *La vida es sueño*. Segismundo se siente en su cárcel fuerte, enérgico, inteligente, y se impacienta y gruñe y maldice; y cuando se le saca á dar una vuelta por el exterior comete desafueros, hace mil fechorías; y despues que se le vuelve á encerrar por su mala índole, adormecido con un narcótico, filosofa al volver en sí, asegurando que cuanto ha pasado es un sueño, que todo lo objetivo es una ilusion; y construyendo lo real por lo ideal, se abisma en su conciencia como un caracol en su concha, y á fuerza de cavilaciones, cae en el sistema de *Fichte*, es decir, en el *idealismo trascendental*.

Este *idealismo* es un panteismo moral. El *yo*, causa y objeto, principio y fin, actor y espectador, creador y criatura, unas veces es Dios y otras es hombre; ora se difunde en la naturaleza, y ora es un inmenso ladron que todo se lo apropia. Enigma de sí mismo, este encantador, este fantasma, que siempre se aparece por cualquier lado que se le busque, confuso, activo, palpitante, vive para poder delirar, y delira para poder vivir. Traidor á todas las causas, primero se hace objeto para negar al sugeto, y luego sugeto para negar al objeto. Siendo el *yo* un problema de sí mismo, tiene la arrogancia de crear á Dios. Este Proteo fantasmagórico, que lo es todo en teoría, en la práctica acaba por ser

nada.—Luz y reflejo de sí mismo, el *yo* de *Fichte* parece un mono ocioso y solitario haciendo muecas enfrente de un espejo, y despues de estudiado el conjunto de todos sus gestos y todas sus actitudes, solo se saca por consecuencia que el *yo* de Fichte, que el sistema del *idealismo trascendental*, es el gran caricato de la farsa de este mundo.

IX.

Schelling, ese Parménides moderno, combatiendo el idealismo subjetivo de *Fichte*, refundió el *sugeto* y el *objeto*, es decir, el *yo* y el *no yo*, en un principio superior, en cuyo seno se confunden é identifican, por cuya razon se le llamó el sistema de la *identidad*. Este principio superior es lo *absoluto*, en el que se confunden lo *finito* y lo *infinito*, y cuyo desenvolvimiento constituye el universo, la naturaleza y el hombre. De está manera *Schelling* crea un panteismo idealista. No pareciéndole el *yo absoluto* bastante abstracto, buscó un principio mas indeterminado, mas subjetivo, mas incomprensible todavía, y sobre lo ideal y lo real del yo y de la naturaleza puso una esencia, que ni él ni nadie sabia lo que era: lo *absoluto*.

¿Y qué es lo *absoluto?* Son muy varias las formas dadas por *Schelling* para hacerlo comprender, unas veces poéticas, otras ambiguas, otras contradictorias, y todas ininteligibles. Para empezar á formarse una idea aproximada de lo que es lo *absoluto* de Schelling recuerde el

lector aquel toro misterioso formado por Ormuzd, este ser puro y bueno por excelencia, la luz, la palabra creadora. El toro misterioso, símbolo de la fuerza orgánica, orígen de toda vida, era una especie de alma universal que animaba á toda la naturaleza. Lo *absoluto* no es el toro de Ormuzd objetivado, sino su fuerza orgánica considerada en *abstracto.*

Mucho me alegraria poder dar á mis lectores una idea clara de lo que turbiamente entendia Schelling por lo *absoluto.* No es, como contestan las brujas de Macbeth, — « una cosa que no tiene nombre », — sino que mas bien — « es un nombre que no representa ninguna cosa ». — Si lo *absoluto* nos lo figuramos en la extensión, es como el vértice de un ángulo. Si en el tiempo sumais un uno que es la naturaleza, y otro uno que es el espíritu, la abstraccion número *dos*, que los resume, es el yo cósmico, es lo absoluto de Schelling; no es la naturaleza ni el espíritu, pero es el espíritu y la naturaleza á un tiempo; no es ni el primer uno ni el uno segundo; es la abstraccion *dos*, que los representa, identifica y une. Como á la vista material dos largas hileras de árboles acaban en un punto indeterminado y obscuro, en el cual se confunden las dos hileras de árboles, la luz, el aire y la extension; así al mirar el espíritu y la naturaleza hácia el polo de lo *absoluto*, se concluye por no ver mas que una nube en un fondo sombrío, una especie de embozado de Córdoba fantástico, tan escamon, que huye cuando se le busca el cuerpo, y tan necio, que no sabe ni cuándo, ni cómo, ni por quién, ni para qué ha veni-

do al mundo, y está haciendo el misterioso al cabo de la calle.

Veamos lo que el mismo Schelling entiende por lo *absoluto*. Lo llama en su *Bruno:* — «el *santo abismo*, del que sale todo lo que es, y al que todo vuelve». — Otra vez dice que — «lo *absoluto* ni es infinito ni finito, ni ser ni conocimiento, ni sugeto ni objeto». —Entonces ¿qué es? Dejemos hablar al mismo Schelling en otra parte: — «Lo absoluto es aquello en que se confunden y desaparecen toda oposicion, toda diversidad, toda separacion, como la de sugeto y objeto, de ciencia y existencia, de espíritu y naturaleza, de ideal y de real.» — Y por si todavía no lo entiende el lector, continuamos dando otra descripcion de Schelling: — «Lo absoluto es la fuerza universal en estado de simple poder.» — Por último, Schelling otras veces llama á su absoluto: — «Dios». — Y entonces distingue en Dios dos estados: primero Dios en sí mismo, en estado de idea; y despues Dios manifestándose al mundo y por el mundo, llega á una existencia completa. Y, para no tener fijeza en nada, en otras partes no hace de Dios mas que una de las formas de lo *absoluto*, uno de los puntos de vista bajo los cuales se le puede considerar.

Resumiendo: Parece que aquella fuerza única que crea eternamente el universo, y que se puede llamar *natura naturans*, no es, hablando propiamente, el universo, *natura naturata*, mas que en tanto que se halla en el estado de desarrollo ó de actualidad.

Pero, ya se considere la naturaleza en *potencia* ó en

acto, en realidad es siempre una sola y misma cosa, esto es, lo *absoluto*. La naturaleza manifestada en sus individuos es siempre la naturaleza, y sus individuos no son mas que sus formas, sus fenómenos, porque *todo es uno y lo mismo*.

En razon de un hecho primitivo, que Schelling no explica porque es inexplicable, el yo y el no yo, lo subjetivo y lo objetivo, el espíritu y la materia, se desprenden del seno de lo *absoluto;* uno y otro van á recorrer, cada uno por su lado, una série de transformaciones y de evoluciones. El mundo real no es mas que el mundo ideal, pasando de *potencia* al *acto*, y *objetivándose*, es decir, manifestándose progresivamente bajo una forma visible y palpable.

Cuando hagamos la exposicion del órden genesíaco del desarrollo del retro-absoluto, ó de la idea-causa, de Hegel, aunque nunca claramente, se comprenderá algo mejor cómo el espíritu y la materia se desprenden, luchando implacablemente uno contra otro, del seno de lo absoluto. Este absoluto, que no es mas que la materia en abstraccion, precedió á Dios en la noche de los siglos eternos. En seguida que lo absoluto produce á Dios sin saber por qué ni cómo, este Dios tan malo, mucho mas malo, pero mucho mas feliz, que Satanás, se rebela contra la causa á quien debe el ser, usurpa el trono de ese poder primitivo y supremo, y como este Dios no puede *quererse* ni *constituirse* sino mediante la supresion del ser ciego á quien *él no quiere*, se sirve para crear, con el mas orgulloso desprecio, de aquella potencia que

tuvo que domar: la *materia, madre de todas las cosas.* Mas ¿cómo, preguntará el lector con nosotros, esta causa inocente, que el Dios de Schelling subyuga y despues castiga, reduciendo á un ser que fué su principio y su cuna á no servir mas que de materia para construir el universo, ha podido pasar, bajo el despótico poder de una criatura tan mal nacida, de causa ideal á substancia concreta, de sueño á vida, de nada á materia....?

Al ver á nuestro embozado de Córdoba tirar la capa y el sombrero para desarrollarse en naturaleza y espíritu, esperaria el lector que lo *absoluto* se mostrase patente á las miradas de todos. Nada de eso. Lo único que conocemos son la capa y el sombrero, porque el personaje queda tan nublado, tan fugitivo y tan fantasmagórico como antes. Y entonces, volverá á preguntar el lector, ¿para qué se desemboza? Se desemboza, dice Schelling, *para darse á conocer.* Esto es una mentira, porque despues de todo, no nos da á conocer mas que la capa y el sombrero.— «Es una necesidad, añade Schelling, de todas las nobles criaturas el darse á conocer por lo que son.» —Prescindiendo de que esta necesidad, mas que de Dios, es propia de un literato de aldea, lo *absoluto* no se manifiesta por su substancia, sino por sus accidentes; por todo se da á conocer menos por *lo que es.* Otro de los motivos que da Schelling para que su Dios se desarrolle, tambien es digno de un ambicioso de pueblo, — «para tener sobre qué reinar y sobre quién ejercitar su poder».

He expuesto á mis lectores todo lo mas claramente

que me ha sido posible el principio del sistema de Schelling. Sin embargo, para mas claridad, añadiré la descripcion de lo *absoluto* que hace M. Cousin, discípulo del mismo Schelling: — «Lo *absoluto* es la sustancia comun y el comun ideal del yo y del no yo, su *identidad.*» — Y concluye diciendo: — «Esta entidad absoluta del yo y del no yo, del hombre y de la naturaleza, es Dios.»

Es decir, que despues de tanto divagar, nos hallamos de nuevo sumidos en la *sustancia única*, en el *santo abismo* de Espinosa. ¡Qué diferencia, sin embargo, hay entre la poderosa, clara y matemática inteligencia de este primer Adan, y sus exíguos y pecadores hijos! Cuando, despues de haber leido á Espinosa, se quieren investigar los sucesivos sistemas filosóficos, parece que se está viendo una coleccion de *monos sábios* esforzándose con gesticulaciones ridículas en imitar las hercúleas acciones de un gigante.

X.

Fichte construye lo real por lo ideal; Schelling hace salir lo ideal de lo real; aquel llega por la operacion del entendimiento al mundo de los hechos, por el pensamiento crea la naturaleza, por lo ideal lo real. Este, al contrario, el mundo de los hechos lo resuelve en puras ideas, la naturaleza en pensamiento, lo real en ideal. Fichte enseñaba la *identidad* de lo ideal y de lo real. Schelling la *identidad* de lo real y lo ideal. Decia Fichte que Schelling era un *plagiario* de su sistema, y tenia

razon. Cuando Vasco de Gama llegó á la India por el cabo de Buena-Esperanza, con igual motivo podria llamarle Colon plagiario de su idea, pues no hizo mas que llegar al punto designado por este, aunque llegó por diferente camino. Desgraciadamente la India descubierta por los dos filósofos tiene mucho menos precio que la de los ilustres marinos, pues no solo no se encuentra en ella ni oro ni cosa que lo valga, sino que no se puede hacer pié en sus costas para evitar un naufragio.

XI.

Habiendo Schelling concebido á Dios como la razon absoluta é impersonal, como el mundo ideal, la *idea* de todas las ideas, tomó de aquí Hegel la base de su *idealismo lógico*, ó por mejor decir, su *ideismo*.

Antes de hablar de Hegel tengo que hacer la confesion de que me es el autor mas antipático de todos los filósofos del mundo. Siempre me ha parecido risible ver á sus innumerables adeptos ocuparse del sistema de Hegel con toda formalidad. Este sistema carece de los dos méritos principales de toda obra científica, de la *originalidad* y de la *claridad*. Hegel es el gran mistificador del género humano. La mayor parte de las veces, no solo no sabe lo que dice, sino que sabe que no lo sabe. Sentado Hegel en su trípode, expende sin misericordia oráculos sobre oráculos, sin mas objeto que dejar hechas un bombo las cabezas del vulgo de nuestros sábios. Con

los principios de este gran embaucador se crean *centros, izquierdas* y *derechas;* constitucionales, demócratas y monárquicos; deistas, ateos y místicos; en una palabra, de este sistema no se puede deducir nada, porque se deduce todo. Jamás puedo leer á Hegel sin que me figure que su sombra está detrás del libro riéndose de mi *credulidad* con un aire pedantesco. Si es así, su respetable sombra está muy equivocada, pues si alguna vez lo leo, no es por gusto, sino por contagio, porque lo lee todo el mundo, y porque algunas veces no tengo presente que la opinion comun suele no ser mas que la necedad comun.

XII.

El sistema de Hegel, segun dice M. Weise, se anuncia, no solo como el fin de la filosofía, sino como el perfeccionamiento de la ciencia en general. Añade que es el primer sistema que, tendiendo rigurosamente á la unidad de la filosofía especulativa, no excluye ninguna ciencia, y se declara pronto á responder á toda cuestion científica, ó al menos cree estar en posesion de una clave cuyo uso legítimo suministra infaliblemente una respuesta á todo: es el primer sistema que, no solamente se juzga verdadero, sino que asegura poseer toda especie de verdad. Vamos á verlo.

Decia pues que, habiendo Schelling concebido á Dios como la razon absoluta é impersonal, como el mundo ideal, la *idea* de todas las ideas, combinándola con un

poco de la objetividad *fenoménica* de Kant, y otro poco del *idealismo absoluto* de Fichte, produjo Hegel su *idealismo lógico*, ó por mejor decir, su *ideismo*. Kant estableció el antagonismo de lo subjetivo y lo objetivo. Fichte cayó en un idealismo puramente subjetivo. Schelling identificó el sugeto con el objeto en un principio superior llamado lo *absoluto;* y Hegel, para hacer algo nuevo, así como al *pienso* cartesiano Kant le buscó el *como* pienso crítico, hizo retroceder la dificultad, sumiendo mas en el horizonte el fantasma de lo absoluto, dejando entrever á su espalda una abstraccion lógica, llamada *idea*, elemento de luz que aun no alumbra, ser que todavía no existe, *absoluto* de lo absoluto.

Segun Hegel, todo parte de un principio y vuelve á él. Este principio es la *idea*. Empecemos por dar al lector alguna nocion de lo que es la *idea*, infinito *cáos* al cual Hegel llama la *realidad infinita*.

La *idea* es la naturaleza misma. El mundo entero no es mas que—«la evolucion de la idea».—Así pues,—«la *idea* no es otra cosa mas que la armoniosa unidad de este conjunto universal, que se desarrolla eternamente».

Segun el grado de evolucion en que se halla, la *idea*, ó es *en sí*, ó es *para sí:* la inteligencia de un niño es el gérmen virtual y dispuesto, es la razon *en sí;* la inteligencia de un adulto es una cosa real, actualizada, es la razon *para sí*.

Todo esfuerzo para conocer y saber, toda accion, conforme á la opinion de Hegel, no tiene otro objeto—

«que sacar á luz lo que está oculto, que realizar ó actualizar lo que existe virtualmente, que objetivar lo que es en sí, que desenvolver lo que existe en gérmen, aunque invisible é idealmente».

Es decir que, segun su misma comparacion, la naturaleza brota de la *idea* como la *encina de la bellota.* Toda la distancia que hay entre la semilla y el árbol está llena con diferentes grados de la *evolucion* de una misma cosa. En la *bellota* se halla la *encina* en un estado de disposicion virtual, en gérmen, en involucion, *en sí;* en la *encina* se ve la *bellota* realizada, desenvuelta, actualizada, objetivada, *para sí.*

Lo mismo que la bellota ó encina *en sí* llega á convertirse en encina ó bellota *para sí*, la *idea* de Hegel pasa desde abstraccion pura, por medio de sus momentos de evolucion, hasta lo mas concreto de la naturaleza, del hombre y de Dios: desde idea en *potencia*, que no es nada, hasta la idea en *acto*, que, segun sus años de servicio, lo llega á ser todo.

Y ahora me preguntará el lector:—«¿Por qué Hegel á la naturaleza en conjunto la llama la *idea?*»—Si no es por una extravagancia, es por una hipocresía; por no llamarla *substancia* como Espinosa, ni *yo* como Fichte, ni *absoluto* como Schelling. No habia necesidad ni de tantos rodeos ni de tantos embolismos para decirnos—«que en el mundo no hay mas que un ser ó una substancia, la cual sufre diferentes modificaciones, y que todo cuanto existe no es mas que uno de los accidentes del conjunto universal, que sin cesar se transfor-

ma». — Pero esto seria sencillo, y por consecuencia indigno de la vanidad de Hegel.

Hemos sentado que la naturaleza, el hombre y Dios no son mas que diferentes momentos de la evolucion de la *idea;* todo es una misma cosa, ya *en sí*, ya *para sí;* ya en *potencia*, ya en *acto.* — «Llegar á la existencia, dice Hegel, es sufrir un *cambio*, y sin embargo, quedar *lo mismo.*» — Esto es decir que no hay Creador ni creatura; que cuando el universo comenzó á existir, no fué porque hubiese sido criado ni por Dios ni por nadie, sino porque, verificándose una gran transformacion en una materia *antecedente*, resultó este conjunto de materia *subsiguiente;* que no ha habido creacion, sino *mudanzas;* que la consecuencia del *cieno* de hoy es resultado de la premisa *idea* de ayer, ó que la idea existente es producto de un cieno preexistente, ó que el cieno y la idea son dos cosas idénticas en el *fondo*, aunque diferentes en la *forma*..... Tomemos aliento, porque esto fatiga como el viaje hecho por el movible arenal de un desierto.....

XIII.

La *idea* generatriz es una especie de archi-idea, una *esencia lógica*, que el entendimiento contempla como un ser *distinto de sí*. Esta idea primitiva, esta idea *en sí*, es Dios *antes de la creacion*, no teniendo conciencia de sí mismo, no conociéndose y no existiendo todavía por entero, es Dios al nacer, sumido aun en la estupidez de

su infancia. Pero es una cosa mas abstracta todavía. El elemento mas inconcebible de un pensamiento diluido homeopáticamente en el éter, y luego tomando el punto mas indivisible de la universalidad de este éter, no podria dar un conocimiento bastante aproximado de toda la abstraccion de lá *idea* de Hegel.

Figuráos el pensamiento del bobo de Coria en espectacion de que le acuda alguna idea..... Pero no, lo que Hegel expresa con el término genérico de *grund*, que en aleman significa á la vez causa, motivo, principio, fundamento, base, etc., etc., etc., es una cosa mas indeterminada, menos intelectual, mas ciega. — «Los atributos de esta causa, segun dice Hegel, son los de tener *falta de conocimiento de sí misma*, y ser *tenebrosa*, *inerte*, *insubstancial*, *impersonal*, supremamente *ininteligente.*»

Ya empieza Hegel á divertirse con nosotros, y en justa recompensa, bueno será que nosotros comencemos á divertirnos con él.

Figuráos, repito, no diré el talento, pero sí el *instinto*, considerado como elemento intelectual, del caballo Babieca, y ese embrion ideal, informe, indescifrable, irracional, obtuso, es una cosa comparable al primer principio de Hegel. Con una diferencia sin embargo, y es, que esta sombra negra increada es de *naturaleza divina*. Y esta sombra negra ¿quién la ha creado? Como no lo sabia, Hegel no lo ha podido decir, por lo cual queda la puerta abierta para que alguno de sus sucesores, así como él inventó lo absoluto de lo absoluto, suponga otra idea de su idea.

Este principio-nada, que acaba por producirlo todo, no vaya á creerse que es todavía Dios. Solo es su principio, su orígen, es su *madre*, es el ser anterior á su naturaleza, es Dios *anterior á su divinidad*, es un Dios *no desenvuelto*. En este estado primitivo Dios no se distingue de su principio tenebroso.

Desde este estado, en que todo estuvo en *involucion* durante millones de siglos, pasarémos al primer momento de *evolucion* progresiva en que nos hallamos actualmente, y cuyo término se guarda muy bien Hegel de indicar.

Como en este sistema todas las premisas carecen de pruebas y todas las conclusiones de consecuencias, para que desenvolvamos lo envuelto, será menester que el lector admita la suposicion de Hegel, de que la tenebrosa causa de todas las causas está dotada de *voluntad*, tiene un inmenso *deseo* de producir. El lector no sabrá cómo puede existir un *deseo* que tenga un *objeto*, sin que este deseo se halle radicado en un *sugeto*; pero yo tampoco lo sé, en lo cual el lector y yo nos parecemos á Hegel.

La causa primitivamente inerte, extática, inactiva, enardecida por el *deseo*, por una razon ó ley que nadie conoce, entra en una efervescencia impetuosa, y siendo incapaz de producir en sí ni fuera de sí ser alguno orgánico y durable, cobra de repente una incomprensible energía, adquiere la capacidad generadora de la esencia divina, brota un Dios todavía infante. Producido ya Dios, no solo es *distinto*, sino tambien *enemigo de su principio*,

pues apropiándose el *deseo de producir* de la causa que le ha producido á él, y de cuyo principio inerte procura en seguida sustraerse, comete un hurto y un parricidio. Así, por medio de estos dos crímenes, solo excusables por lo muy dudosos, empieza Dios á *realizarse*, *desenvolviéndose*. De este modo pasamos del período de *ensimismamiento* ó de involucion, al de evolucion ó *manifestacion* en el espacio.

Este Dios recien nacido, que todavía no es mas que una jóven esencia divina, una inteligencia en pañales, crea la naturaleza primitiva, la *magna rerum mater*, en cuya primera creacion Dios se esfuerza y llega á realizarse, desenvolviéndose, esto es, substrayéndose cada vez mas á la inercia de su principio. Y ¿dónde queda este principio, la antigua *nada intelectual*, la madre que con tan pavoroso alumbramiento ha dado á luz al Dios de Hegel, á ese mal hijo que cada vez tiene mas *horror* á las entrañas en que ha sido engendrado por obra y gracia de no sabemos quién? Esta madre, que seria muy desgraciada si no fuéra tan estúpida, como ella es incapaz de crear nada, aunque ha creado la causa de todo, queda en su estado primitivamente somnífero, extática, como una especie de resíduo inexistente.

Excitado el deseo por la inteligencia en la naciente naturaleza divina, le fuerza á salir de sí mismo, á dividir sus potencias nativas y á abandonar las tinieblas. Por esta victoria sobre el imperio tenebroso, la inteligencia, armada del deseo, va sacando todos los gérmenes de las cosas, envueltos hasta entonces en el dominio

de la causa, y continúa por su propia virtualidad latente esa vasta metempsícosis, desde el período de ensimismamiento, pasando por el de manifestacion y concentracion, hasta el de la libertad del espíritu, hasta que *Dios se realiza en el hombre.*

Como creo que á los lectores españoles les será difícil formarse un concepto aproximado del desarrollo de la metamórfosis, ó mas bien de las mudas de la *idea* de Hegel, supongamos un huevo-matriz, increado, inerte, impersonal, que no tiene nada ni de huevo ni de matriz, pero que, sin embargo, se halla dotado, no sabemos cómo, de un *deseo* vago, inmenso, ciego y latente. Sin saber tampoco cómo, cuándo, por qué ni para qué, entra el *deseo* en una incontinente fuerza de expansion, y produce una larva, una oruga, un gusano. Ya hemos salido del estado de *ensimismamiento*, corrido la primera evolucion, pasado el primer momento; y entramos en el período de naturaleza, de *manifestacion* en el espacio. Lo primero que el gusano hace es procurar *substraerse á la inercia de su principio*, y robándole el *deseo*, declara á su *madre* por su mas *rebelde enemigo*. La jóven inteligencia, el gusano, armado del *deseo*, en la lucha que ingrato sostiene con su madre, se va haciendo supremamente inteligente, y reconcentrándose en sí mismo, comienza á convertirse en ninfa, en crisálida, en naturaleza. Ya hemos recorrido el período de *manifestacion* del mundo corpóreo, y vamos á entrar en la época de la *reversion* sobre sí mismo, ó de la *conciencia*. La crisálida forma sábiamente su capullo, que podrémos lla-

mar el arte, la historia y la religion, y elevándose hasta el mas alto punto de perfeccion, concluye por desfajarse y convertirse en mariposa, adquiriendo la completa libertad: hé aquí el espíritu. Tal es el conjunto del drama fantástico de Hegel, dividido en cuatro actos, que se pueden titular el *cáos*, la *naturaleza*, el *hombre* y *Dios;* ó tambien en cuatro períodos, llamados *ensimismamiento*, *manifestacion* en el espacio, *concentracion* sobre sí mismo, y *libertad* del espíritu.

XIV.

Primero sale la idea de *sí misma*. ¿En virtud de qué principio? En virtud de la órden de un *arquitecto interior*. Y ¿para qué sale esta *idea de sí misma?* Para contemplarse. Esta idea *incógnita* se vuelve idea *conociente* y *conocida* por medio de sus *momentos* ó *movimientos*, se transforma de *nulidad* en *realidad*, se objetiva; y en esta *evolucion*, que dicen que quiere decir *desarrollo orgánico por crecimiento*, la idea va produciendo la naturaleza universal, el entendimiento y Dios. Ya tenemos la idea *teórica* convertida en idea *práctica;* la idea *en sí*, con el conocimiento *de sí;* la nada, ó casi nada, hecha naturaleza, pensamiento y Dios. ¿Y despues? Despues que la idea se ha manifestado como naturaleza, pensamiento y Dios, se volverá otra vez á la idea *en sí*. ¿Por qué razon? No se sabe. ¿Volverá tan ignorante como ha venido? No señor, volverá todo lo sábia que es posible serlo, pues volverá con la experiencia, con el conocimiento

de sí misma. Y ¿qué es esto para *Hegel?* La consumacion de las cosas, la terminacion de Dios.

XV.

Esta existencia abstracta, anterior á todo sugeto, ya se llame *substancia* como en Espinosa, *yo* como en Fichte, *absoluto* como en Schelling ó *idea* como en Hegel, siempre es el panteismo indiano mezclado con las mas groseras creencias de la escuela jónica. Estas quimeras intelectuales no son mas que representaciones místicas de la *materia eterna é increada* de Táles y de Anaxágoras. El antiguo *cáos*, sin mas variacion que el nombre, es en todos estos filósofos el principio y término de la creacion. Lo que nunca podemos saber es, cómo las abstracciones de la *substancia*, el *yo*, lo *absoluto* y la *idea* pasan de la nada al ser, de lo ciego á lo claravidente, de lo desconocido á lo que conoce, del cáos á la materia, de lo primitivamente nulo á Dios. Pero aun salvando este abismo sin fondo, todavía no podemos leer sin indignacion unos sistemas filosóficos en que el hombre y Dios brotan de una fermentacion incogsciente de la materia, lo mismo que de un lago hediondo una generacion de reptiles. De los hornos de estos alfareros del espíritu no sale mas que un Dios *creado*, amasado y cocido al mismo tiempo que el hombre, á quien este puede tutear sin respeto, pues juntos han nacido y juntos se volverán á abismar en el sumidero universal, inerte, insubstancial, tenebroso, impersonal, etc., etc., etc.,

de la causa primitiva. En estos sistemas filosóficos *Dios no existe*. Al menos no es el Dios grande, personal, libre, de atributos infinitos, creado por la intuicion universal del género humano, padre de todos los huérfanos, regazo de la esperanza, castigador que nunca ha resistido al arrepentimiento.

Y despues de leer esto, ¿aun pueden existir escritores que exijan como condicion filosófica indispensable que á estos sistemas se los aplauda ó combata en una polémica exenta de pasion y con una crítica séria? ¡No! Caigan ante la desesperacion de la razon ultrajada, que es el desprecio y la burla. Musa de la comedia, ¡inspira en mi alma algo del espíritu de Sócrates, pues si por término de mis aspiraciones inmortales he de ir á sumirme en la *nada* cuando muera, al menos iré divertido maldiciéndola mientras viva!

XVI.

¿No es verdad que lo mismo la ridícula, pero sincera creacion de Fichte, que la desvanecida, pero inspirada modificacion de Schelling, son dos sistemas, si bien tan inobjetivables, tan indóciles y tan infecundos como el de Hegel, infinitamente superiores en sencillez, en entusiasmo y en claridad?

Para hacer mas obviable todavía el desarrollo de la idea de Hegel, supongamos que esta *idea* es la *sustancia* de Espinosa. Hegel declara de la manera mas formal que su *idea*, su espíritu divino, universal, no es la *sustan-*

cia única de Espinosa. Pero no hagamos caso de Hegel; lo mismo en este punto que en otros muchos, tengo el sentimiento de no creerle una palabra. Supongamos, digo, que la *idea* de Hegel es la *sustancia* de Espinosa. Esta *idea* se desarrolla como la *sustancia*, por su propia virtualidad, en *naturaleza* y *espíritu*, así como la *sustancia* en *pensamiento* y *extension*. ¿No es cierto que, apoyándonos en Espinosa pasamos con mas seguridad por encima de los abismos de Hegel? Pues continuemos asidos de tan seguro guia. ¿Qué son el cuerpo y el alma con respecto á la *sustancia?* El cuerpo un *átomo* de la *extension infinita*, y el alma un *rayo* del *pensamiento infinito*. Y ¿qué son el cuerpo y el alma con relacion á la *idea?* Dos diferentes tiempos, dos diferentes apariencias de un mismo principio, de una misma *idea*, de una misma *sustancia*. En Hegel como en Espinosa el pensamiento *individual* es una abstraccion, es un rayo, una parte de la actividad del espíritu universal. El genio humano es *uno*; en su marcha á través de los siglos, todas sus direcciones, en la apariencia tan diversas, tienden sin cesar al mismo fin; se adelanta en una progresion interrumpida, sufriendo metamórfosis, mas siempre *idéntico* en el fondo, hácia un mismo objeto *fatalmente predeterminado*. En Hegel el espíritu es idéntico con el espíritu universal. ¿No es este el panteismo de Espinosa? ¿No es esto afirmar que Dios es todos los espíritus, y que todos los espíritus son Dios? Qué el pensamiento, el alma de cada hombre no es mas que una modificacion del ser único, en el cual todos se confunden é iden-

tifican? Si todo es Dios, y Dios es todo, Dios no es nada. Entonces no existe mas que la materia con sus leyes y sus agentes de diversos órdenes.

Por último, despues de la objetividad fenoménica de Kant, del yo de Fichte, que produce lo real por lo ideal, y de lo absoluto de Schelling, que crea lo ideal por lo real, esta idea-veleta de Hegel, que, sin marcar ningun norte, señala á tiempos y de un modo fatal los cuatro vientos, ¿no les parece á mis lectores una invencion miserable? ¿No es verdad que en este dialecticismo mecánico hay un no sé qué de frio, de caprichoso, de inchado, de *pûff*, tan estéril como repelente?

Si Hegel nos dijese sencillamente — «que no hay mas que un ser, una substancia, que comprende en sí todo el conjunto de cuanto existe», — y luego nos explicase con claridad — «que lo que á nosotros nos parecen seres ó substancias particulares no son otra cosa que *modificaciones* de la substancia única que todo lo absorbe», — entonces ya sabriamos que la responsabilidad de su panteismo espiritualista no tanto debia recaer sobre él como sobre su maestro Espinosa. Pero ¿qué lector puede aguantar con paciencia que este discípulo pretencioso quiera pasar por mas inventor que su maestro, sin mas que cambiar el nombre de *substancia* por el de *idea*, y hablar enfáticamente en una jerigonza que sus entusiastas llaman *lengua de los dioses*, de *armoniosa unidad*, de conjunto que se *desarrolla eternamente*, de *idea que es la realidad misma*, de *evoluciones*, de ser *en sí* y *para sí*, de tránsitos de *virtualidad* á la *actualidad*, de

desarrollo de la idea en la *esfera lógica*, de *razon impersonal*, etc., etc., todo para venir á parar — «en que el universo entero no es mas que un desarrollo sucesivo de la *idea?*» — ¡Cuánto mas claro, mas concreto y mas leal es este principio de Espinosa: — «Es propio de la naturaleza de la substancia desarrollarse *necesariamente*, por una infinidad de *atributos* infinitos, infinitamente *modificados*.»

XVII.

Despues de leer á Hegel no es difícil prever la caida del imperio filosófico de la Alemania moderna. Todos los doctores del bajo imperio no han reunido en sus cabezas la mitad del *sofistiquismo* del gran metafísico aleman. Despues de tan alta degradacion de la ciencia filosófica, solo falta un emperador Justiniano que mande cerrar las aulas, como si fuesen boticas donde se confeccionan potingues para envenenar el sentido comun, hasta que despues de algunos siglos aparezca de nuevo otro Descártes iniciando la ciencia con conviccion, sencillez, sinceridad y entusiasmo.

XVIII.

Los dos fines opuestos de la doctrina de Hegel son dos abismos dignos del abismo de su principio. Si el árbol se reconoce por sus frutos, el gérmen de la idea de Hegel debe ser mortífero, pues despues de desarro-

llada ha producido dos jacobinismos, uno democrático y otro despótico, mas amargos que el acíbar.

El hombre, considerado cosmológicamente, es para Hegel un átomo del *Mundo-Dios*, políticamente una parte del *Estado-Dios*, y particularmente el individuo es el *Hombre-Dios*. En el *Mundo-Dios* representan el mismo papel los individuos que piensan que los que pacen. En el *Estado-Dios* son mucho mas felices los que pacen que los que piensan. Para Hegel no hay mas individuo que el *hombre colectivo*, eterno contemporáneo de sí mismo y de Dios, con quien *nunca debe perecer*. De esta *antropolatría*, ó sea el culto del hombre colectivo, se deduce el autocratismo mas ciego, mas irracional y mas desenfrenado que puede degradar á la especie humana. Así el hegeliano Sr. Eichborn, ministro del rey de Prusia, declaraba terminantemente, en nombre de su maestro,—«que al Rey solo pertenecia el derecho y el poder de regular la conciencia de sus vasallos».— De este modo ese ser abstracto que se llama Estado es un gran cementerio, en el cual los cadáveres mudan de fosa segun la voluntad de su representante el guardian enterrador.

Mas no se crea que del sistema de Hegel se deduce solo este ultra-czarismo completamente omnisciente y todopoderoso, pues en contraposicion á estos afiliados de la extrema derecha, se han formado los jacobinos de la extrema izquierda, que destronando la *antropolatria*, ó el culto del hombre colectivo, han formulado la *autolatría*, ó el culto que cada uno se presta á sí mismo.

Habiendo dicho Hegel — «que Dios no es Dios sino porque tiene conciencia de sí mismo», — los montañeses de su escuela, viendo que el hombre *lleva en sí mismo esta conciencia*, han deducido *la divinidad de cada uno.* De este modo, desde el *Estado-Dios* de la derecha, en que el hombre es nada, pasamos al *Hombre-Dios* de la izquierda, en que el individuo es todo.

Si no fuera por no escandalizar la susceptibilidad un poco exagerada de los lectores españoles, les haria una exposicion del neo-hegelianismo; á pesar de que no sé cómo encontraria palabras para expresar tan repugnante espectáculo, pues si se me obligara á describir á Mesalina en alguna de sus posturas provocativas é indecorosas, solo se me ocurriria volver la cabeza y decir á mis oyentes: — «Mirad, si os atreveis.»

En los *Anales germánicos*, eco de esta tropa de verdugos de todas las esperanzas humanas, se propusieron sus autores como objeto principal: — «La extirpacion y disolucion del principio cristiano, y principalmente de las tres ideas primitivas que contiene, á saber:

1.° »La idea de un Dios conocedor de sí mismo, y distinto del universo;

2.° »La idea de un Cristo histórico;

3.° »La idea de una continuacion de duracion personal despues de la muerte.»

Estos demonios encarnados, que se llaman á sí mismos *ángeles del último juicio*, no reconocen otro Dios, fuera de la humanidad, que esta degradante teoría: — «La nada, que desde su tenebroso seno produce to-

do lo que es para reabsorberlo en su abstraccion sublime.» — Ya estamos en pleno *nihilismo panteístico.*

Estos Eróstratos desbocados, sin ansia de inmortalidad, no solo pegan fuego al templo del cristianismo, sino al deismo, á la moralidad, al sentimentalismo. Straus combate la personalidad de Cristo, Bauer quiere destruir la autorídad histórica de los Evangelios, Feuerbach proclama el *odio mas desenfrenado contra la idea misma de Dios.* El poetastro Herwegh desenvuelve los grandes principios de *libertad* é *igualdad,* conduciéndolos á la absoluta licencia y á la nivelacion social. El profesor Wilhelm Marr enseña — «que los dogmas de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma no pasan de cuentos de viejas», — y añade: — «¿Cuándo será el dia en que no veré ya mas esta moral trivial, esta virtud que me fastidia?» — Aunque no creo, como el profesor Marr, — «que la venganza es un acto de justicia natural», — creo que si él leyera á mi presencia semejantes baladronadas, no podria dejar de tirarle el libro á la cabeza.

¿Qué diria el bueno de Hegel si por un momento se alzase de la tumba y presenciase las orgías de estos estupradores de todos los sentimientos vírgenes? ¡Con qué frases tan elocuentes negaria la paternidad de esos hijos adulterinos, que talan implacablemente lo mas frondoso y mas rico de una inmortal herencia! Si Hegel no creia ni en Dios, ni en la virtud, ni en la esperanza, ni en la inmortalidad, al menos las dejaba morirse de *muerte natural;* pero sus impíos sucesores, en su materialismo

hidrofóbico é impaciente, parece que no pueden conciliar el sueño si no interceptan primero todos los caminos que puedan conducirnos á una vida futura. ¡Gloria á Hegel, no en las alturas, sino en las cuevas del Tártaro! El divinizador del hombre ha concluido por convertir á la humanidad en una piara de cerdos.

¡Fuera de mi vista, cantores con cítaras de mármol! Mientras que no llameis á mi puerta en nombre de un Dios que remunera, de una esperanza que alienta, de una moral que eleva, de una inmortalidad que sonrie, y de esa virtud que os fastidia, estoy decidido á no daros audiencia, y á dejaros pasar la noche entre mis perros. ¡Vándalos del otro mundo! ¿qué se han hecho en vuestras manos nuestras creencias y nuestras esperanzas? ¿Dónde está el Dios justo y benévolo, sábio y fuerte, que premia á los buenos y que castiga á los malos? ¿Cómo teneis valor de presentaros á mi vista sin la esperanza de una vida futura y mejor, continuacion y complemento de esta, de una vida, en fin, de compensacion, de eterna felicidad y de infinito desarrollo? ¿Con qué derecho pretendeis la aquiescencia de los hombres de honor, si empezais por no respetar la libertad y la dignidad humanas? ¿Cómo pueden penetrar hasta nuestros cultos torneos los groseros que empiezan por fastidiarse de oir hablar de la realidad y de la belleza de la virtud, de esa única señora de todos nuestros pensamientos? En resúmen: ó entrais afirmando nuestras convicciones, disipando nuestras dudas, confirmando nuestras esperanzas, acreciendo el tesoro de nuestros

consuelos, y aumentando nuestro saber, ó me veré precisado á dejaros pasar la noche entre los que piensan como vosotros, entre la trailla de mis perros.

¿Cómo podria yo escuchar con paciencia doctrinas que si se despertara Epicuro no podria leerlas sin vomitar?....

XIX.

Y ya que hemos hablado del fondo, digamos algo en cuanto á la forma.

En su modo de raciocinar Hegel casi siempre sienta una primera proposicion, llamada *tésis*, opuesta á otra segunda, llamada *antítesis;* y por fin procura conciliarlas á ambas en una tercera, llamada *síntesis*. Este procedimiento general es la *triplicidad* de las proposiciones, ó lo que la escuela de Hegel llama la *trichotomía*, y que considera como el *ritmo de la ciencia*, como la forma absoluta del saber.

A mí esta especie de estribillo recitado me parece un juego monótono y pueril, que convierte el pensamiento en una gabeta, cuyos cajones están colocados bajo la influencia armónico-mecánica de una simple adoracion al número tres. Así toda la filosofía, es decir, toda la gabeta de Hegel, está dividida en tres partes ó cajones, los cuales se vuelven á subdividir en otros tres cajones ó partes. La FILOSOFÍA se divide en *Lógica*, *Filosofía de la naturaleza*, y *Filosofía del espíritu.* Y fraccionando inexorablemente nuestra subjetividad bajo la material

presion de su número sacramental, cada una de estas tres partes principales las vuelve á subdividir en otras tres secundarias. La Lógica, en *Teoría del ser*, *Teoría de la esencia*, y *Teoría de la nocion*. La Filosofía de la naturaleza, en *Mecánica Física* y *Orgánica*. La Filosofía del espíritu, en *Espíritu subjetivo*, *Espíritu objetivo* y *Espíritu absoluto*, y continuando del mismo modo, se vuelven á resubdividir: el Espíritu subjetivo, en *Antropología*, *Fenomenología del espíritu* y *Psicología;* el Espíritu objetivo, en el *derecho*, la *moralidad* y las *costumbres;* en fin, el Espíritu absoluto, en el *arte*, la *religion revelada* y la *filosofía*.

Para cosas tan formales como la filosofía, no se pueden inventar cosas mas ridículas que la *triplicidad* de Hegel.

XX.

Supongo que los lectores españoles habrán entendido muy poco de todo este galimatías. Mas claro: supongo que los lectores españoles habrán conocido que yo tampoco lo entiendo mucho. Acaso la repulsion que me inspira Hegel será despique por la dificultad que me cuesta penetrar su doctrina. En este caso disculpo mi torpeza con la torpeza de los filósofos mismos. Kant en su vejez no entendia las objeciones que se hacian á su doctrina. Y esto no será estultez de viejo, pues decia Fichte, su discípulo, — « que Kant no se entendia á sí mismo », — lo que creo firmemente. Cuando Reinhold pensaba como

Fichte, aseguraba este que — «aquel era el que mejor le habia comprendido»; — y despues que Reinhold se separó de su doctrina, dijo — «que nunca le habia comprendido»; — lo cual honra menos á Fichte que á Reinhold.

Llevando Hegel su representacion teatral hasta donde ya no es lícito llevarla, hasta el mismo lecho de muerte, dijo: — «Un solo hombre me ha comprendido», — y añadió en seguida: — «Y ni aun este me ha comprendido». — Y una vez que Hegel ha asegurado tan sinceramente que nadie le ha comprendido, siendo así que en la hora en que él lo dijo debiera haber asegurado, despojándose de su túnica cómico-doctoral, — «nadie me ha *podido* entender», — permítaseme aplicarle las palabras de Fichte á su maestro: — «Y ni aun él se entendia á sí mismo.»

XXI.

Despues de todo, la filosofía alemana no se separa del sistema de Espinosa mas que en diferencias nominales. Excepto el nombre, es uno mismo el principio, y unas mismas las consecuencias. Al principio del *infinito* de Espinosa, es decir, á la *identidad universal de la sustancia*, Fichte la llama el *yo*, Schelling lo *absoluto* y Hegel la *idea*. La *sustancia* de Espinosa es un pensamiento determinado, perceptible, único.

Esa quisi-cosa llamada *yo*, *absoluto* ó *idea*, es un principio vago como un presentimiento, indeterminado

como un sueño, incoloro como una alucinacion. El desarrollo de la *sustancia* de Espinosa es un acto sencillo como las leyes de la naturaleza, claro como la luz del sol. El *proceso*, esto es, el desarrollo del *yo*, de lo *absoluto* y de la *idea*, es una obra de romanos explicada por los griegos, quiero decir, es una elaboracion interminable, descrita por medio de un sofistiquismo mas interminable todavía. La consecuencia del sistema de Espinosa es la de suprimir al hombre en este mundo y en el otro. Pido perdon á Kant; pero las consecuencias de los sistemas filosóficos de los discípulos de este divino orate de la Alemania son las de volver al hombre loco en la tierra y suprimirle en el cielo.

XXII.

Si ha habido algun lector, que lo dudo, que haya tenido la constancia de seguirme hasta esta parada, que me diga si no es verdad que todos estos filósofos no parecen, mas bien que hombres leales, una sociedad de mineros en comandita que están concertados en dar á sus acciones un valor inmotivado sobre la garantía de un filon imaginario.....

¡Atrás, atrás! Volvamos á desandar nuestro camino, pues prefiero ver á los filósofos empíricos con mucho egoismo y un poco de filantropía, hablando algo de los demás y haciéndolo todo para sí, riéndose de lo subjetivo mientras explotan lo objetivo, todo con mucha franqueza y con extremada alegría, que presenciar esos aque-

larres tenebrosos, donde los brujos de la filosofía, llamando trascendental á lo que á nada trasciende, con unas hipótesis risibles y un charlatanismo dialéctico indigerible, arman unas danzas tan fantásticas, que parecen sonámbulos que bailan al compás de unos estribillos mentales ventrilocuamente tarareados por algun Pan evocado, por algun espíritu invisible!

Entre la sociedad de beodos alegres y la de locos lúgubres, prefiero la compañía de los beodos alegres.

CAPITULO IV.

VIDA É IDEAS DEL AUTOR CON RESPECTO Á LA POLÍTICA.

I.

Por supuesto que al leer este capítulo el lector no olvidará que si cuento los principales hechos de mi vida pública, y que ni al lector ni acaso á mí mismo nos importan nada, es con el único objeto de tener un pretexto para explanar mis ideas sobre la política maldita.

Sentado esto, aunque nos promueva hipo, hablemos un poco de la maldita política.

¡Qué liberal era yo cuando aun no lo era la plebe! Sin embargo, hasta en los mayores accesos de mi liberalismo nunca he podido oir nombrar sin sentir bascas el *potaje negro de Esparta:* esto prueba que yo siempre he sido un liberal de estómago delicado. En España eran liberales los caballeros cuando era la plebe servil; despues que la plebe se fué liberalizando, los caballeros fueron transigiendo con las ideas realistas, sin duda por la misma razon que algunas personas prefieren los ratones á los gatos.

Mi amor á la popularidad nunca ha degenerado en pasion por el populacherismo de corrillo; mi carácter de ciudadano nunca se ha prostituido hasta alternar políticamente con la ciudadanería.

Hoy el liberalismo rancio es una especie de progresismo oxidado; desde el año de 93, no parece sino que vive metido en un cofre. No ha aprendido nada.

No hablo aquí de los liberales socialistas, porque esos son romanos degenerados que se han pasado á los bárbaros. No incluyo entre los liberales á los comunistas, á estos desertores de la inteligencia, de la personalidad humana; Alcibiades inmorales, que solo por despecho vienen á asediar á Aténas al frente de los extranjeros.

Antes el mundo era realista por *ignorancia;* hoy se va monarquizando por *ilustracion.* La gran revolucion francesa es un enorme borracho cuyo hediondo aspecto es un vivo y eterno ejemplo de *temperancia.*

No recuerdo bien por qué habia empezado á decir todo esto; me parece que era para dar razon de mi precoz afiliacion en esa oligarquía de la inteligencia llamada justo-medio ó partido moderado.

El primer acto que me afilió en este partido fueron unos versos dedicados á la reina Cristina cuando su primera expulsion en el año de 1840. No haria mencion de este hecho, si no fuera porque hoy, que se halla desterrada como entonces, es impopular el enaltecer sus merecimientos. La reina Cristina es la creadora del partido conservador, sacándolo, como Dios á la naturaleza, de la nada. Ella fué la que improvisó mayor nú-

mero de *magnates;* para lo que nunca fué muy dichosa, segun su misma expresion, — « fué para hacer *caballeros* ». — En esta patria de las grandes reinas, la reina Cristina será en la historia una de las mas grandes. Esto la debe consolar en su destierro; en su destierro, donde al leer lo que han escrito de ella algunos periodistas de una sapiencia y de una moralidad anónimas, debe avergonzarse de que existan semejantes españoles, aun despues de haberse criado entre italianos.

II.

Mi segundo paso en la política fué un librito que escribí con motivo de la reforma de la Constitucion del año de 37. Constituido en el Heródes de los tontos, ó mas bien en el Aristófanes de aquellos reformadores, yo no los ataqué en sus pasiones, porque esto es de la competencia de los tribunales, ni tampoco en su moral, porque esto es de la jurisdiccion del cielo. En mis disecciones críticas yo no he buscado mas cuerpo que lo incorporal, lo que es público, lo que marcha al aire libre, lo que sale de la esfera privada, la parte del hombre que tiende á hacer propaganda, el ministro de las relaciones exteriores de nuestra vida: la inteligencia.

Y puesto que saco mi ropa al tendedero, la extenderé todo lo mas posible para que la maligna vecindad pueda registrar hasta su último pliegue, ya que no pueda colgarla, como quisiera, á un *rayo de sol,* como dicen que hacia santa Isabel de Marburgo.

Cuando escribí aquel libro yo ignoraba que la política fuese una filosofía ; yo creia que era una batalla ; por eso tomé en aquel libro mis sentimientos por mis ideas. Aquellas biografías de actualidad no son mas que los reflejos mas ó menos disimulados de mis simpatías ó de mis odios. Me dá vergüenza el confesarlo; pero entre ellas hay una sobre todo, la del *Sr. Gonzalez Bravo*, que me parece indigna de él y de mí. El motivo que me arrastró á ser tan injusto con un hombre de su mérito es en extremo pueril para que me canse en contarlo. Sin embargo, desde entonces creo, como Valente,—«que hacen mas daño á un estado los *delatores* (en nuestra sociedad *chismosos*) que los bárbaros ».—Tengo entendido que el *Sr. Gonzalez Bravo* ni siquiera ha querido leer mi diatriva ; ha hecho bien : esta es una prueba mas de que no la merecia.

Y así como el *Sr. Gonzalez Bravo* tenia derecho para quejarse de mí, confieso que no hallo motivo para que el *Sr. Alcalá Galiano* se desatase en denuestos contra su retrato. Es verdad que su altura intelectual está en él muy rebajada ; pero, créalo el *Sr. Galiano*, por mas que todos los pollos de la política pongan en duda la melodía de sus gorjeos, mientras él viva, siempre será el mas afluente, el mas deleitoso, y por consecuencia el primer ruiseñor de la especie humana.

Tambien me han dicho que el *Sr. Martinez de la Rosa* quedó muy poco satisfecho de su biografía. ¡Cuánto lo siento ! Muchas veces he visto á este Nestor del moderantismo pasar por mi lado, y al considerar que su fuer-

za moral de cien caballos se ha sentido abrumada por alguno de mis epigramas juveniles, confieso que he tenido que hacer un esfuerzo sobre mí mismo para no acercarme á él pidiéndole perdon. ¡Adios, respetable anciano! ¡En desagravio vuestro y en descargo de mi conciencia, juro que solo aspiro, despues de todos mis trabajos políticos y literarios, á alcanzar una vejez tan ilustre, tan honrosa y tan inmaculada como la vuestra!

III.

A fines del año 47 fuí nombrado jefe político de la provincia de Castellon de la Plana, por el Sr. D. Luis José Sartorius, despues conde de San Luis. Instalado en mi ínsula, quise, como Sancho, ser justo y promover el bien. ¡Inexperto! No sabia yo que para hacer, mandando, estas dos cosas tan difíciles era menester empezar por respetar los *trámites*. No todos mis lectores habrán sido jefes políticos, y por consiguiente será necesario que yo les insinúe lo que quiere decir la palabra *trámites*. *Trámites* en administracion es lo mismo que en el trato comun se llama *conveniencias sociales*. Es una formalidad que por una parte revela *atencion*, y por otra suele ser el velo de una série de perfidias astutamente tejidas. Pues bien : pareciéndome la tramitológia una ciencia hipócrita, indigna de la lealtad de mi proceder, me puse á administrar sin trámites, es decir, me puse á *legislar*. Al ver todos los pueblos de

mi provincia, no solo deslustrados, sino negros como las alas del cuervo, mandé que se pusiesen todos blancos como el plumaje de los cisnes. Mi primer acto administrativo me dió un resultado brillante en la apariencia, pero en el fondo dió motivo á un principio de oposicion á mi persona, pues por la via confidencial se pintó al Gobierno mi primer acto de limpieza como una *ilegalidad.* Hasta ahora aun no me he convencido de que aquello era ilegal, mientras que sigo creyendo que era muy conveniente, por mas que á algunos les haya hecho llorar lavándoles la cara demasiado. En este caso, si mi manera ha sido *brusca*, mi intencion ha sido *paternal.* Prosigamos.

El Gobierno, sin duda teniendo solo en cuenta mis buenas intenciones, no dió oidos á las quejas que elevaba un partido enemigo de mi espíritu, algo, demasiado reformista, y yo continué haciendo todo cuanto las leyes no me prohibian expresamente. Así es que obligué á todos los pueblos á convertir en caminos aquellas sendas trazadas sin duda por los primeros sucesores de Adan, y que desde el dia de la creacion no habian sido frecuentadas por mas transeuntes que por algunas bandadas de perdices. ¡Cuánto me rio ahora de mi indiscreto celo de entonces! Sin embargo, cuanto mas voy envejeciendo, mas se arraiga en mí la conviccion de que para esta clase de destinos es mas útil la juventud que la edad experimentada; la juventud, que cree en la gratitud de los pueblos, que aspira al bien procomunal, que se enardece con la contrariedad, que desafia á los ca–

lumniadores, que se embriaga con la gloria, y que cree en una porcion de cosas que luego.....

En mi entusiasmo de hacer á mis subordinados felices á la fuerza, dispuse, ó por mejor decir decreté, que la instruccion primera fuese *obligatoria;* medida que llevé á cabo con un ardor digno de qué me apoyase la ilustracion del Gobierno, como efectivamente no me apoyó.

Estas dichas obligatorias que yo proporcionaba á mis gobernados, prestaban armas para que mis enemigos me hostilizasen cada vez mas, y así es que todas aquellas disensiones vinieron á concluir en recriminaciones, en sátiras, en altercados de *mas es ella*, en desafíos, que se efectuaron; ¡qué se yo! Y al fin todo concluyó en que mis principales adversarios acabaron por ser mis mejores amigos. No hace mucho que el Sr. Madramany, que me sucedió en el mando de aquella provincia algunos años despues, me dijo que para vengarse de mí no habia hecho mas que *imitarme.* ¡Manera bien digna de vengarse por cierto!

Aun hay gentes en la provincia de Castellon que dicen que se acuerdan de mí con gusto. Recuerdo con este motivo que hallándome hace poco en una de las tribunas del Congreso oí á mi amigo, aunque adversario político, el Sr. Mascarós, hacer en pleno parlamento una apología, que por lo generosa, inesperada y explícita, he agradecido mucho, sobre la tolerancia y una porcion de buenas cualidades mias, que por modestia resumiré en una *etcétera.* Y hace poco tambien que vol-

viendo de una romería del maestrazgo con mis compañeros los Sres. Sangüesa, conde de Ripalda y White, vimos un tropel de paisanos que seguian jadeando tras de nuestros caballos, y al llegar á nosotros nos saludaron, diciéndonos: —«Nosotros tambien somos sus partidarios.» —¡Pobres partidarios nuestros! ¡Dios les dé una dicha tan enorme como su fe! Ellos al menos saben de qué partido son. ¡Quién supiera otro tanto....!

IV.

Despues de un año, fecundo para mí en digustos, y me atrevo á decir que mas fecundo para el país que gobernaba en bienes positivos, fuí nombrado gobernador de la provincia de Alicante por el Sr. Roca de Togores, primer marques de Molins. Y el lector me perdonará si no puedo nombrar á Alicante sin emocion. Allí me casé con mi querida esposa D.ª Guillermina O'Gorman, una gracia que vale por las tres: la reunion de *Aglaya*, *Talia* y *Eufrosina;* el pudor, la hermosura y la alegría juntas; ó como dice mas elegantemente Séneca: —«La que da el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve.»

Aunque esto nada tiene que ver directamente con la literatura ni con la política, con permiso del lector, me he tomado la libertad de hacer mencion de esta circunstancia, la mas culminante de mi vida, y en la cual he sentido mas que en ninguna otra la influencia de esa série

de actos que algunos de mis amigos han dado en llamar mi *estrella*.

Ya en mi segundo mando me habia propuesto imitar en parte á esa raza de gobernantes morosos, tacaños y modestos, para quienes la felicidad pública consiste en su comodidad privada. Pero ¡ay! los caractéres decididos somos como la gata en visita: apenas pasa el raton de la circunstancia damos al traste con todas nuestras predeterminaciones.

Así es que poco á poco fuí introduciendo todas cuantas reformas me habian atraido disgustos en mi primer período gubernamental, y solo con respecto á instruccion primaria no me atreví á llevar adelante mi sistema socialista de hacerla obligatoria, pues vi pronto que en aquella provincia hay hartas gentes dispuestas á volver por sus fueros, y de seguro muchos padres me hubieran probado que ellos tenian el imprescriptible derecho de consentir que sus hijos fuesen unos burros.

Sin embargo, debo hacer la justicia á los habitantes de aquella provincia de decir que mientras que tuve el honor de mandarlos ni uno solo, que yo recuerde, dejó de contribuir de buena voluntad al desarrollo de mi ultra-reformismo práctico.

Por los años de 49 al 51 empezó á asomar por las fronteras de España su fatídica cabeza la hija terrible del Gánges, Ola-bibí, la diosa del cólera-morbo. El ministerio del duque de Valencia se empeñó en negarle la entrada, negándole el pasaporte. El fatídico romero que tuvo la iniquidad de matar á Hegel, al verse sin

permiso oficial, y no queriendo sin duda entrar por asalto como un bandido, aplazó su espantosa visita para mejor ocasion. Las autoridades de todo el litoral de España haciamos desesperados esfuerzos para que nuestros respectivos territorios no fuesen al menos la puerta por donde se introdujese el mónstruo indiano. Yo era el que estaba en peor situacion de todos, pues en un solo año habia subido la emigracion de mi provincia á la Argelia á la enorme suma de 20,000 almas. Viendo el Gobierno que del retorno de tantos emigrados podria resultar la propagacion del cólera, que entonces asolaba las costas de Africa, me mandó muchas órdenes, pero ningun recurso, para que á todo trance procurase evitar la emigracion. Entonces, secundado por el celo de algunos alcaldes y corporaciones, y disponiendo solo de los medios ordinarios, y sin faltar á una sola prescripcion legal, logramos por espacio de mucho tiempo entretener en obras públicas á mas de 2,000 trabajadores diarios, aliviando la miseria de tantos infelices como hubieran sido arrastrados al sepulcro ó al destierro. Si en aquellos momentos se hubiese puesto á mi disposicion el, con perdon de ustedes, cuerno de la abundancia, hubiera tenido la dicha de realizar entre mis subordinados lo que Enrique IV deseaba para sus súbditos, pues entonces todo pobre trabajador, ¿qué digo trabajador? y hasta todo pobre holgazan, — « tendria una gallina para hacer el puchero ».

El movimiento de mejoras materiales iniciado por este acto de caridad y de alta política, que tanto honrará siem-

pre nuestro corazon y nuestra inteligencia, tengo entendido que no ha sido luego secundado como debia por los alcaldes de los pueblos, ni allí ni en Castellon de la Plana, influidos sin duda, para hacer olvidar mi memoria, por unas cuantas personas que sucesos posteriores han envenenado despues contra mí. Si mi lector es cortesano, no sabrá que de los miasmas revueltos de las tempestades político-lugareñas nacen unos sapos anónimos, cuya única mision es nacer, llenar las flores de babas, y volver á sumirse para morir en el lodo. Por último, despreciando profundamente á todos los que no quieran vengarse de mí *imitándome*, como mi excelente amigo el Sr. Madramany, concluiré diciendo que todos aquellos sacrificios me los compensa ámpliamente la dulce fruicion que tengo de haber aliviado entonces, como en mis diferentes mandos, la miseria de millares de infelices, y de haber evitado la propagacion del terrible azote que seis años mas tarde debia dejar en cuadro á la infeliz Alicante, y donde mi íntimo amigo y sucesor, D. Trino Gonzalez de Quijano, fué una de sus mas ilustres víctimas por haber hecho sacrificios superiores á los que en la peste de Milan del año de 1576 atrajeron la inmortalidad sobre su célebre arzobispo San Cárlos de Borromeo.

V.

Poco tiempo despues fuí nombrado por el Sr. Egaña gobernador de la provincia de Valencia. No parece sino

que yo, valenciano del norte, he estado destinado á mandar siempre á los que, para completar la antítesis, llamarémos asturianos del mediodía. En aquel país, del cual se dice — «que las carnes son verduras, las verduras agua, los hombres mujeres, y las mujeres nada», — todo es encantador, todo es risueño. Y la verdad es que allí — «la materia tiene algo del espíritu, los hombres son agradables como las mujeres, y las mujeres ligeras como los ángeles». — ¡Como los ángeles, sí! En ninguna parte conocen mejor las mujeres el único objeto de su vida, que es jugar (al gana-pierde) al juego de Tántalo. Este juego consiste en colocar la cosa que se juega á una distancia conveniente, de modo que esté cerca de los ojos y léjos del tacto. Es un juego muy difícil. Las valencianas, sin embargo, son maestras en el arte, y así es que allí todas las mujeres son unas perennes fuentes de vida, y los hombres unos Tántalos que siempre están muertos, aunque nunca se mueren, de sed.

De paso creo deber decir que, empapado en el carácter del país, allí escribí el *Colon*, la mas aeriforme, por no decir la mas *valenciana*, de las epopeyas.

Se cuenta que S. Vicente Ferrer al salir de Valencia se sacudió las sandálias por no conservar ni aun el polvo de aquella ciudad. No comprendo el mal humor del Santo, á no ser que no creyese digno á ningun otro país del mundo de ser urna del lodo de una ciudad que se rie sola, y que se rie sola como los dioses de Homero, con una risa *inextinguible*.

Pero ¿para qué he de volver á entretener á mis lectores con el pormenor de mis méritos y servicios?...

Mis inteligentes secretarios, los Sres. D. Joaquin Ferreres y D. José Palarea, saben con cuánto desvelo y tolerancia hemos gobernado juntos por espacio de mucho tiempo. Apelo á su espíritu de alta imparcialidad para que digan si mi gobierno no ha sido la realizacion práctica de mis principios teóricos; si mi mando no ha sido un *curso de personalismo.*—Aquí recuerdo que, disputando un dia con el Sr. Rayon, me dijo: — «Todo el mundo es *personalista* para sí; el caso está en serlo para *los demás.*»—Justamente así es como yo he practicado el personalismo; que lo digan, si no, mis secretarios.

Y como una prueba de que esta asercion tiene una exactitud matemática, voy á contar mi salida de Valencia.

VI.

Corria el verano del año de 1854, cuando una sublevacion militar se declaró en abierta hostilidad contra el Gobierno. El objeto principal de aquella sublevacion, á pesar de que algunos de sus autores no lo saben, y otros afectan que lo ignoran, fué una reaccion del *militarismo* contra el *civilismo.* En cambio de la esclavitud y del mal gobierno que las repúblicas de América han heredado de su antigua metrópoli, nos han regalado dos plagas mas mortíferas mil veces que el mal gobierno y la esclavitud: una enfermedad que ruboriza el nombrarla, y las rebeliones ó pronunciamientos militares.

La sublevacion militar no halló eco en el país hasta que, como dice Cervantes, *en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no me quisiera acordar*, demandó el auxilio de la revolucion, la cual respondió á su nuevo aliado, que seguramente no la esperaba tan acompañada, presentándose seguida, como casi siempre, de todas las plagas de Egipto, la peste, la guerra, el hambre, y una plaga de difamadores, que podrémos llamar los *animales inmundos*.

¡Ah! se me habia olvidado citar entre las plagas revolucionarias el asesinato y el incendio. Recuerdo con este motivo que pasando entonces por una de las capitales de Andalucía, leí un boletin oficial que decia: — « A la hora de la salida del correo el pueblo de Madrid estaba incendiando las casas de tal y tal y tal..... Lo que se anuncia al público *para su satisfaccion.* » — Al considerar estas satisfacciones de los demagógos españoles, ¿no es verdad que parecen atenienses los moros del Riff? No es cierto que aquella expresion que en pleno parlamento nos regaló cierto representante francés de que — « el Africa empieza en los Pirineos », — da gana de concluirla de este modo: — « y concluye en las columnas de Hércules?.... »

VII.

Sublevadas en seguida contra el Gobierno algunas de las ciudades principales de España, llegó su turno á la de Valencia.

Apenas supe que las demás autoridades que mandaban la fuerza pública habian creido conveniente transigir con la insurreccion, poniéndose á su frente, me dispuse á quemar mi último cartucho, sentándome á la mesa para que mi postrer momento oficial fuese un bríndis por los que de vencedores iban á pasar á ser vencidos. Así como los actores cuando van á morir en el teatro procuran arreglarse el manto para caer con dignidad, así yo quise que en mis tristes postrimerías gubernamentales el populacho me encontrase alegre. Y digo mis postrimerías, porque confieso francamente que al oir bramar por las calles los primeros oleajes de la tempestad revolucionaria, recordé que once años antes habian sido profanadas aquellas mismas calles por la sangre de mi infortunado antecesor el Sr. Camacho.

El lector me perdonará si al recordar aquella crísis suprema, pago aquí un tributo de eterno reconocimiento á mis amigos los Sres. Camprodon, Ripalda, Pinzon y Mercé, que me acompañaban á la mesa, honrando mi amistad en una de esas horas tremendas en que la amistad es tan rara como el ave fénix. Tambien debo consignar que no me abandonaron ni un solo momento los empleados del gobierno civil. ¡Ah, valientes! No cito aquí sus nombres porque, en esta época de libertad es muy posible que aquel rasgo de lealtad fuese apreciado como un crímen por los que actualmente rigen los destinos del país.

Apenas el bravo Sr. Pinzon habia propuesto un bríndis por los «caidos», cuando nos lo interrumpió el ruido

tumultuario de la multitud, que pidiendo armas, ya empezaba á forzar las puertas de mi habitacion. El célebre poeta Sr. Camprodon, inspirado como siempre, dispuso que se abriesen las puertas de par en par, y dirigió á aquel pueblo insurreccionado una arenga en *lemosin*, segun dijo entonces él mismo, — «con mas elocuencia que Demóstenes». — Y realmente, si la elocuencia se ha de juzgar por el efecto, el Sr. Camprodon estuvo entonces mas elocuente que Demóstenes. — Como es de inferir, con este aluvion de nuevos convidados ya nos fué forzoso abandonar los postres, entre otras cosas, porque no habia para todos. Al verme frente á frente de la muchedumbre, á la cual, sin amarla, la he hecho y seguiré siempre haciendo todo el bien posible, me sentí muy humillado, si bien de esta humillacion me indemnizaron ámpliamente con su respeto y sus víctores una multitud heterogénea, que yo ni siquiera sabia que existiese mas que por el censo oficial de la poblacion.

Debe haber en nuestra naturaleza algo de esencialmente rebelde, porque, á pesar de la gratitud que debo al pueblo de Valencia, jamás me acuerdo sin rubor de haberme visto inerme y á la merced de una muchedumbre insurreccionada, en cuyos semblantes veia yo una sonrisa protectora, que agradezco mucho, pero que me mortificaba algo, si bien era tan expansiva como la de un hermano y tan benévola como la de un rey. Aquella tropa de jardineros, que ve sucederse las generaciones de flores sin que entre ellas haya solucion de continuidad, me trataron con la galantería propia de quien

tiene por costumbre el regalar ramilletes. Los que iban armados nos hacian una guardia de honor. Los demás nos victoreaban por las calles.

De este modo, mientras que los que transigieron con la revolucion tuvieron al poco tiempo que abandonar sus puestos, yo, que la combatí hasta el último instante, aclamado por la multitud, atravesé en triunfo las morunas encrucijadas de la ciudad del Cid.

Si algun dia, como no es imposible, por zaherir, como *Sócrates,* á la democracia, y por repeler del gobierno á los ignorantes y á los ineptos, me veo obligado á apurar la cicuta, yo, que me siento, aunque algunos afectan que no lo creen, con alguna virtud mas y algun defectillo menos de los que comunmente se estilan, en vez de someterme á ninguna de las tontolatrías con que de vez en cuando la humanidad se embrutece, apuraré impasible la pócima decretada.

Entonces mi cuerpo se elevará á la categoría de reliquia, y en el caso fortuito de esta deificacion futura, lego mis mortales, y entonces inmortales, restos á la ciudad de Valencia. En agradecimiento á su cariño, la consagro en muerte mi cuerpo, así como en vida mi alma.

VIII.

Todo esto prueba que, si yo soy un aristócrata algo intolerante en teoría, el público ha hecho justicia á la tolerancia de mi democratismo práctico. Yo siempre he

querido, quiero y seguiré queriendo la ejecucion práctica de una de mis máximas teóricas: — «La emancipacion gradual y absoluta de todo lo inteligente, de todo lo personal.»

Yo siempre he procurado que el Gobierno no fuese el *estorbo* de los ricos, ya que es la *necesidad* de los pobres. Jamás he podido ver sin repugnancia á un gobierno constituido en un arriero de vara en cinto, que apalea por igual á cuantos vivientes se le ponen por delante. El objeto del Gobierno es el de ser la *muleta* de las individualidades inválidas, sin erigirse en *pedagogo* de personalidades mas inteligentes, y por consecuencia mas robustas y mas instruidas que él. Y si es verdad que los pobres de espíritu son los negros de los blancos, tambien es cierto que los blancos tienen mas deberes que los negros. — «A cada uno segun su capacidad, y á cada capacidad segun sus obras.» — Gobernar á los hombres bajo la ley de una igualdad absoluta, es la extravagancia de la tiranía. Desindividualizarlos para formar una entidad colectiva, es trocar la realidad por un sueño. El *género humano*, el *estado*, la *sociedad*, la *patria*, personajes impersonales, espíritus ficticios de cuerpos verdaderos, fundiciones revertidoras de la personalidad al cáos; todas estas entidades colectivas no son mas que la explotacion del hombre por la nada.

Dispersemos á latigazos á todas esas muchedumbres tontas ó sábias, que se agolpan en comun á las academias, á los palacios, á los comicios, á todas partes: en las academias se funde el individuo para verterlo líqui-

do en la especie, en los palacios se anula el súbdito para dar realidad al déspota, en los comicios se suicida el ciudadano para dar vida á esa mistificacion tenebrosa, á ese fantasma voluntarioso y feroz, indeterminado é indeterminable, denominado *patria*.

Guerra á todas esas adoraciones fetiquistas, á todos esos embobamientos insípidos, que no dan por resultado mas que un desequilibrio universal é interminable, convirtiendo á la humanidad en una multitud de ciegos, ó en una coleccion de cuerpos descabezados, ó en una porcion de máquinas que corren desaladamente y tropezando en todas partes, tras de la luz, en busca de la cabeza ó persiguiendo á su ánima!

Antes de adorar á nadie, empecemos por aconsejar al hombre que se haga digno de adorarse á sí mismo.

La creacion tiende á la variedad desde la unidad, y los hombres se empeñan en hacer una unidad de todas las variedades. No hay mas unidad que la familia, complemento de la personalidad, y todas las demás unidades, sociales, políticas y literarias, no son mas que diferentes formas de la tiranía. La libertad personal es la accion que coexiste libremente en medio de todas las libertades personales. Toda libertad que invade á otra es una tiranía, es una licencia.

¡Padres de familia! Vamos á establecer un *feudalismo personal;* vamos á hacer sagrados como los templos nuestros palacios, nuestras casas, nuestras cabañas. Abramos á su alrededor fosos que sirvan de tumba á los esbirros de todas las tiranías. En el sagrado del

hogar doméstico, en nombre de la libertad poseerémos un cetro, y en el de la moral una tiara.

¡Padres de familia!.... ¡A ser semi-reyes!.... á ser casi-pontífices!....

CAPITULO V.

DE CÓMO SE ESCRIBIÓ ESTE LIBRO.

I.

Ahora diré al lector cómo y por qué ha sido escrito este libro, y concluiré diciéndole cómo y por qué lo he publicado.

Despues que la revolucion del año 54 tuvo la bondad de no dejarme mas cuidados que los de mi familia, me dediqué á poner en órden los manuscritos de esta obra, que fuí componiendo durante algunos intervalos de los años de mi primer período oficial, para conllevar los disgustos que me producian las exigencias del mando; exigencias que confieso que me son insoportables.

Escribia una vez Ciceron: — « Diré la verdad: mientras la política me enredaba y ataba con muchos deberes, tenia encerrados los libros de los filósofos; solo para precaver el olvido los repasaba, leyendo algunos ratos, segun que el tiempo me lo permitia; mas ahora, cruelmente maltratado por la fortuna y exonerado del gobierno de la república, busco en la filosofía un honesto solaz en mis ocios y un lenitivo á mi dolor.»

Yo no he sido, como Ciceron, maltratado por la fortuna; al contrario, cuando las circunstancias me han *exonerado del gobierno de la república*, en el cual siempre he tomado parte como si fuera un penoso deber, no he buscado en la filosofía, como el ilustre romano, un *lenitivo á mi dolor*, sino que he hallado en ella el complemento de mi felicidad.

II.

Muchas veces, leyendo la historia, me he preguntado á mí mismo que por qué unos pueblos tan inteligentes, tan enérgicos, tan *personales*, tan *superiores*, como el *judío*, el *esparciata*, el *romano* y el *inglés*, han sido y son tan enemigos de la filosofía *especulativa*, de esta ciencia que debe ser el principio de todos los conocimientos morales, el fundamento de todo poder, la regla de todos los deberes, el original de todas las verdades. Andando el tiempo, he conocido que el desprecio tenido por estos pueblos tan elevados en la categoría de la racionalizacion por la filosofía *especulativa* es justo. La filosofía, que debe ser la ciencia de los principios de todas las cosas, no es mas que una rancia abstraccion, es la ciencia de los principios de ninguna de las cosas. Como estas tres cuestiones, por ejemplo:

La extraccion de la materia de la nada; la *eficacia* de la causa creadora y el *modo* del acto creado; la *identidad* ó no *identidad* de la fuerza productriz y de la cosa producida.

Sabiendo que las ciencias solo pueden interesar por sus consecuencias, la filosofía parece que ha ido acaparando, para formar su patrimonio científico, todas las cuestiones cuya resolucion es indiferente á la libertad, á la virtud y á la felicidad del género humano. —*El origen y formacion de las ideas*, —*la cuestion de la certeza*, —*el espacio*, —*el tiempo*, —*la idea de movimiento*, —*la sustancia*, —*etc.*, *etc.*, —hé aquí los principales campos de Agramante de la filosofía; campos que recorrerémos á escape, mirándolos con el desden que se merecen.

III.

La antigua *metafísica*, condenada á no ser mas que la ciencia de la *formacion* de las ideas, y la *lógica*, reducida á ser el arte de su *combinacion*, parecen dos ramas de la filosofía, muy propias para que cualquier persona de sentido comun crea que, como á mí el latin y otras cosas, se las enseñan para hacérselas aborrecer. El análisis de las ideas, sea en su formacion, sea en su combinacion *internas*, es la guerra civil del espíritu, es una lucha fratricida, donde todas las ideas son respectivamente Abeles y Caines. Hoy la facultad *pensamiento* se arroga la autoridad de hacer el proceso, de analizar, de corpusculizar, de asesinar á la facultad *razon;* y mañana la razon, que no es mas que una facultad comparativa, una hermana menor, como las demás cualidades del espíritu, se erige en suprema legisladora, y hacien-

do el juicio de las demás facultades interiores, las va analizando, las va decapitando una por una, hasta que, en la crísis de su fiebre de destruccion, ella misma se cuelga de los piés de la última facultad, con lo cual se acaba el drama, sin haber quien aplauda ni quien silbe. Todas estas degradantes representaciones tienen lugar hasta que el *yo*, la síntesis de todas nuestras facultades, la conciencia, la autoridad comun, vuelve en sí, y enristrando su látigo de loquero, encierra á las ideas simples en sus respectivos calabozos cerebrales, haciendo desaparecer esos imperios de teatro, esos reinados de un cuarto de hora.

IV.

Con respecto á la *certeza*, los filósofos *deducientes* preguntan con formalidad — « si existe ó no existe algo ». — El vulgo, los filósofos *inducientes*, siempre oyen esta pregunta con una sorpresa mezclada de hilaridad. Sin embargo, los partidarios de la *deduccion*, entre ellos el ultra-psicólogo Kant, sostienen formalmente — « que el hombre produce todo lo que él ve, y crea el mundo *observándolo* ». — Yo bien sé que no existe nada *real* mas que nuestro espíritu, y que todo lo que no es él tiene una existencia accidental; pero eso de *producir lo que se ve y crear lo que se observa* me parece, como al vulgo, una inconcebible monstruosidad.

Entre todos los filósofos del mundo han podido conseguir sentar como verdades primeras algunos principios

de certeza, que se pueden reducir á estos cuatro: el primer principio de *evidencia* es este de contradiccion: — «Es imposible que una cosa sea y no sea á un mismo tiempo.» — El segundo es este de *sentido comun:* — «Lo que se ve con toda claridad en la idea de una cosa puede afirmarse de ella.» — El tercero es de *conciencia:* — «Pienso, luego soy.» — El cuarto es de *sensacion:* — «Siento, luego soy.»

Estas cuatro columnas de la certidumbre no sirven ni para cuatro piés de un banco.

Sentado el *yo* sobre sus cuatro lados, la razon ó *evidencia*, el instinto ó *sentido comun*, el juicio ó *conciencia*, y el acto pensado ó *sensacion*, está seguro de sí mismo, pero nada mas que de sí mismo. Y aun suponiendo al *yo* con esta seguridad, puede dudar de todo lo demás. Los ultra-cartesianos no creen ni en el testimonio de la conciencia. Los psicólogos, que conceden que el *yo* es una verdad, dudan por lo menos que lo contingente, la naturaleza externa, el *no yo*, sea una cosa cierta. Á estos dubitadores de oficio no hay mas que hacer que los muerda un perro como á Pirron, y entonces se verá que, como á aquel, — «les es difícil despojarse enteramente de la naturaleza humana», — y creen en su *yo* y en el *perro*. En la cuestion de certeza lo que importa saber es cómo lo contingente corresponde, ó *parece* corresponder, á lo necesario, la naturaleza al espíritu, lo eventual á lo eterno, la apariencia á la realidad. Lo equivalente vale tanto como lo equivalido. Lo que se *supone necesariamente* tiene mas realidad que una ver–

dad que no se necesita. Las suposiciones necesarias son unas mentiras ciertas. Una apariencia consecuente tiene mas verdad que una realidad movible. Y en materia de certidumbre, — « ¿qué importa que no sea lo que parece que es?»

La cuestion de la certeza es interminable, como todas las cuestiones capciosas. Ruego á mis lectores que nunca entren en ella con formalidad, y que cuando alguno ponga en duda, ya la realidad eterna del espíritu, ya la verdad temporal de la materia, le cuenten la anécdota de Pirron, y le digan en seguida : — « Mira que te suelto el perro. »

V.

Pasemos al espacio.

Hay cuatro opiniones sobre el *espacio :* 1.ª El espacio no es nada. — 2.ª El espacio es una cualidad de los objetos. — 3.ª El espacio es un continente real. — 4.ª El espacio es una representacion subjetiva. — Escoja el lector la opinion que mas le agrade : á nosotros todas nos son indiferentes; en la inteligencia que despues de haber adoptado una de estas cuatro opiniones, el lector sabrá una cosa innecesaria mas. Existe el espacio como la extension en el fondo de un cuadro, porque nos lo parece; es una cuestion de perspectiva intelectual. Yo no me esforzaré, porque no conduce á nada, en probar al lector que el espacio es una ilusion del ser, pero una ilusion inmensa como él, necesaria para él, y por con-

siguiente real como él, porque esta necesidad es una de las condiciones de su realidad. ¿Dónde habia de existir el sugeto contenido sin suponer un objeto continente? Adonde quiera que va el sugeto se supone contenido en un objeto. Lo real no concibe la nada. El ser inmenso necesita la inmensidad por atmósfera.

Todo esto se debe entender con respecto al espacio que el vulgo, con mas exactitud que los filósofos, llama *espacios imaginarios*.

Pero es menester no confundir el *espacio* imaginario con la *extension* real de los cuerpos.

El *espacio* es una creacion puramente subjetiva, es lo que llama Kant una *idea necesaria*, y los frenólogos el órgano de la *extensibilidad*. La extension real de los cuerpos es una forma objetiva, que es comprendida por esa facultad innata llamada *extensibilidad* por unos, y por otros *idea necesaria*.

Pero repito que mi objeto no es entrar en la cuestion de si existe ó no existe el espacio imaginario. Pero exista ó no exista, la geometría es una ciencia de axiomas *ciertos*, aunque no parta de ningun principio, ó parta de un principio *supuesto*. ¡Ojalá llegase á esta perfeccion la filosofía!

Y así como la geometría no es posible sino con la *suposicion* del *espacio*, la *estática*, la *mecánica*, y en general todas las ciencias de movimiento, no son posibles mas que con la *suposicion* del *tiempo*. Y el tiempo ¿existe ó no existe? ¿Es una cosa subsistente por sí misma, ó es otra suposicion *necesaria* del espíritu? Así como la

existencia del sugeto supone el *espacio*, su *duracion* supone el *tiempo*. Pero no se afane el lector en averiguar si el tiempo es una cosa percibible ó solo una representacion del movimiento. Sea cualquiera de las dos cosas, yo estoy dispuesto á aprovecharme de esa idea de sucesion llamada *tiempo*, y estudiaré los *efectos* de esta idea, sin remontarme á las *causas*. En esta parte, tengo por útil el estudio de los *fenómenos* de esa idea necesaria de sucesion llamada tiempo, así como ningun filósofo me hará disputar sobre su *esencia*, como antes no empiece por estrellar su reló por inútil contra la pared de enfrente.

La idea de movimiento supone el *espacio* y el *tiempo*. Y ¿qué es el *movimiento?* Una cosa que nos importa poco despues que Galileo se apercibió de que no tanto nos importa conocer su *naturaleza* como sus *leyes*.

Y por regla general debemos estudiar leyes, y no naturalezas. Estoy convencido de que si supiéramos la naturaleza de las *sustancias*, sabriamos una porcion de cosas completamente inútiles.

Y despues de todo, de que estas cuestiones y otras parecidas, cuyo conjunto constituye para algunos entendimientos abstrusos el catecismo de la metafísica, se resolviesen con mas ó menos exactitud, no se seguiria mas beneficio á la humanidad que de la resolucion de este argumento que tanto dió que discurrir en la edad media: — «Cuando un hombre lleva á la feria un cerdo atado con una cuerda, el cerdo ¿es llevado á la feria por la cuerda ó por el hombre?»

VI.

Yo declaro que no tanto aspiro á conocer mi ser, como á conocer *con* mi ser. Bien sé que mucho antes y mucho mejor que Descártes la célebre palabra — « *Nosce te ipsum* » — marcó la divisa y el símbolo de la filosofía. *Conocerse* á sí mismo es abarcar desde el principio al fin todo el curso de la ciencia. *Estudiarse* á sí mismo es filosofar. *Nosce te ipsum* es toda una ciencia, cuyo principio no embaraza, cuyo objeto está determinado y cuyo procedimiento es libérrimo.

Por el contrario, el hecho de conciencia de Descártes, el *pienso, luego soy*, es un principio de ciencia tan cierto y tan inflexible como una montaña de granito: esta montaña, ó se hunde donde nace, ó vive donde ha nacido; es inconmovible. Con el principio de Descártes solo se puede caminar de dentro afuera, mirando hácia el punto de partida, como quien camina de espaldas. Con el *nosce te ipsum* se puede llegar al *yo* por dos vias opuestas, procediendo de lo interior á lo externo, ó de lo exterior á lo interno. El *pienso, luego soy* no se hace mas que ilusiones, cree que nos lo enseña todo, no enseñándonos mas que á sí mismo; y la verdad es, que no nos enseña nada, no ligándonos el acto al agente, ó el fenómeno al ser. Ni ¿cómo puede haber ciencia donde es un mismo sugeto lo que es sabido y lo que sabe, y en la cual el observador y lo observado son una cosa idéntica? Si el *pienso, luego soy* puede ser una grande

entrada de la filosofía, estoy convencido de que el *nosce te ipsum* puede ser una mas grande entrada y una mejor salida. Porque, ¿qué me importa no conocer las cualidades *esenciales* de la *razon*, si conozco las leyes *fenomenales* por las cuales se rige el ser *razonable?*

VII.

Tal ha sido mi norma al escribir este libro. Inaugurar una escuela en la cual se estudien *leyes*, y no *naturalezas;* donde el lenguaje no sea técnico, ni el método excepcional, ni las conclusiones paradojales.

Los filósofos fundan su superioridad en no ser comprendidos por el vulgo, y el vulgo tiene á vanidad el no comprender á los filósofos. Mientras estos toman lo vulgar por despreciable, el vulgo tiene á la filosofía por ridícula. El vulgo es un discípulo sin maestros, y los filósofos unos maestros sin discípulos. La plebe no cree que hay mas criterio de verdad que la evidencia *inmediata*, y los iniciados en la filosofía niegan que haya mas razon de certidumbre que la evidencia *derivada*. El vulgo llama á su talento *inductivo, sentido comun;* los iniciados decoran su ciencia *deducida* con el nombre de *filosofía*. El sentido comun y la filosofía, la razon deductiva y la deducida, van á un mismo punto por diferentes caminos. ¿Cuál de ellos es el mejor? Ambos son inmejorables. Sin embargo, entre el vulgo y los filósofos, debo decir que la intuicion intelectual de mil millones de hombres vale mas que la afirmacion ó negacion ar-

bitrarias de cualquier tonto, por muy filósofo que sea.

Bajemos de la region de las nieves de la inteligencia, y dejando de convertir la filosofía en filosofismo y la superficialidad en sutileza, escribamos con el vulgo y para el vulgo unos sistemas filosóficos que tengan claridad en sus máximas, utilidad en sus consecuencias y dignidad en su carácter. La filosofía puramente especulativa es una iglesia sin fieles, y entre los sacerdotes de este culto hay filósofos eminentes que no tienen sentido comun. Las cuestiones que suscitan suelen ser unos verdaderos bailes de máscara, y las divagaciones con que las enuncian se parecen á las líneas formadas en el horizonte por los fuegos fátuos, ó á las sendas trazadas en la arena por los reptiles escurridizos.

Acudamos, acudamos á paladear los manjares del banquete de la inteligencia y de la vida, dejando á los marmitones de la filosofía el cuidado de estudiar los sistemas de su composicion química.

De este modo, si yo no soy un *filósofo* á la moderna, ó lo que es lo mismo, un loco que raciocina, seré lo que entendian los antiguos por un *filo-sofo*, un aficionado á saber.

VIII.

Así pues, todas las ideas de este libro deben tener una clave central de *pensamiento*, porque aseguro que todas han sido emitidas bajo la inspiracion de un mismo *sentimiento*. Mis opiniones tienen algo de orgánicas. Estos

apuntes para una filosofía no son mas que actos de rebeldía por medio de los cüales mi naturaleza mas íntima se ha negado en todo el curso de su vida á ahogar su individualidad en ese saco universal llamado género humano. Y téngase en cuenta que aunque he dicho *individualidad,* se debe entender *personalidad.* El *individualismo* es la apoteósis de los sentidos, la preferencia de la materia sobre el espíritu : el egoismo. El *personalismo* es la deificacion de la razon, el dominio del espíritu sobre la carne : la abnegacion. Del *individualismo* al *personalismo* hay la misma distancia que de lo que es objeto conocido á lo que es sugeto conocedor, de la materia á la razon, de lo físico á lo moral, de la nada á la realidad, de lo contingente á lo necesario, de lo temporal á lo eterno. El *individualismo* es el materialismo, es un epicureismo degradado. El *personalismo* es la mas elevada expresion del espiritualismo, es la deificacion del racionalismo.

Conocida mi repugnancia á ser considerado como *parte integrante* de ningun *todo colectivo*, es fácil de inferir la manera como ha sido elucubrado este libro. Yo no sé si valdrá mucho ó poco. Lo que concibo, y si no lo concibo, lo siento, es que en el camino del personalismo es donde soplan los vientos alisios que nos han de llevar al Perú de nuestros sueños; es el que nos ha de dar un timon para ese navío de la filosofía, que sin derrotero fijo da vueltas y vueltas incesantemente, sin entrar nunca en el pacífico océano del progreso. Seguid ese derrotero, y veréis cómo poneis en práctica la filosofía, que,

sin concebirla, la sentia el gran corazon de Sócrates. Con ese timon llegaréis á todas las regiones del mundo moral donde prevalecen los únicos frutos que tienen realidad subjetiva, intimidad, racionalizacion, personalidad: en moral el Evangelio, en historia las vidas paralelas, en literatura *Don Quijote*. Con la posesion de este gran nivelador haréis abdicar á todos los viejos poderes religiosos, políticos, sociales y científicos; elevaréis un sistema, que será el culto, no he dicho bien, será mas todavía: un sistema que será la moral, que acabará por socratizar al mundo. Seguid ese derrotero, y cuando lleguéis al puerto de la redencion humana, acordáos con gratitud, como Colon y sus compañeros, de la estatua que hallaron en una de las islas Afortunadas, y que mirando al occidente y con la mano tendida hácia el Océano parecia decirles: — « ¡Por allí!.... »

CAPITULO VI.

DEL POR QUÉ SE PUBLICÓ ESTE LIBRO.

I.

Puestos, como ya he dicho, en órden estos apuntes, fuí instado mas de una vez á publicarlos por jóvenes de tan sólidos estudios como los Sres. Berzosa, Lorenzana, Barca, Castelar, Canalejas, Rayon, Alzugaray, Moraita, etc., etc. El objeto que nos hemos propuesto personas de tan distintos caractéres y tan diferentes escuelas, es el de que, publicada una obra original cualquiera sobre filosofía, diese lugar á una viva polémica; polémica que, sostenida por cadá uno de nosotros bajo el punto de vista de nuestras respectivas escuelas, produjese en el país el objeto contrario del que se proponia cierta universidad que el año de 1824 decia á Fernando VII: — « Señor, felicitamos á V. M. porque ha concluido con la fatal manía de *pensar*. » — Francamente, con permiso de esta estulta universidad, desde la de *hacer tiempo* se pueden reconocer en los españoles todas las manías imaginables, menos la de *pensar*.

Voy yo pues á ser el hijo de Tell de esta polémica, y

me presento resignado con la manzana sobre la cabeza, para que á costa de mi sensibilidad se hagan las pruebas mas difíciles de puntería intelectual. Este libro es aquel manto de púrpura que César afectaba llevar en los dias de batalla.....

II.

Ea pues, amigos mios.

¿Quién ha de sacar á los universos del cáos de nuestra ignorancia? Una palabra. Y ¿quién la dirá? Lo probable es que un genio, y acaso un afortunado.

El dia en que esa palabra se diga, el autor que acierte á formular esa idea-tipo será el Omar de esos mil millones de volúmenes en fólio que constituyen el monumento mas vasto que han levantado la demencia y la ignorancia del hombre. Escribamos, pensemos, discutamos, precipitemos la llegada de la grande hora de este gran auto de fe hecho por la razon humana.

Filósofos, caballeros de la inteligencia, Bayardos de la verdad absoluta, libertad á vuestra dama de manos de los infieles de la ciencia, de la virtud y de la inmortalidad. Que ¿de qué armas os habeis de valer? De todas: de la *sensacion* de Bacon, del *yo* de Descártes, de la *idea lógica* de Hegel. Que ¿en qué parte se puede ocultar? En cualquiera: lo mismo en el huerto de Newton, donde se crió la manzana que reveló la ley de la gravitacion universal, que en la retina de Copérnico, donde se dibujó la inmovilidad del sol. Nuestra dama querida

puede estar, y está realmente, en todas partes, en todo el mundo; he dicho poco, en todos los mundos. Escribid, pensad, discutid, y el que acierte con la fórmula del gran conjuro verá á la verdad-matriz surgir ante sus ojos desde no sé dónde, y con un solo rayo de luz romper el encantamiento en que tiene sumido al universo el mago de la barbárie.

Yo tambien, débil escudero de esta santa cruzada. romperé una lanza en defensa del ídolo de nuestros sueños, con la seguridad de perecer sin gloria en la demanda; pero, como á todos los débiles que son buenos, si no me salvan mis merecimientos, me salvará la fe.

Ya habeis visto el arsenal de mis armas. ¿Que es insuficiente? ¡Harto lo temia yo! Sin embargo, mientras no se me dén otras de mejor temple, permítaseme marchar con mis armas á la conquista de la verdad. Con ellas haré una guerra á muerte á todas esas absurdas promiscuidades generales que, anulando lo individual, la realidad del ser, la verdad de las verdades, solo dan importancia en lo universal á la especie, en lo general al Estado, y en particular á nada. Yo proclamo en este mundo y en el otro el *personalismo* mas íntegro, mas libérrimo, mas absolutamente unificado. Vengan á agruparse al rededor de mi bandera todos los que sintiendo en sí cuanto hay de mas digno en la naturaleza y en Dios, quieran romper las cadenas de esa esclavitud universal en que se tiene amasados á los hombres por medio de federaciones materiales, intelectuales y mora-

les. Este es nuestro lema: — « La emancipacion gradual y absoluta de todo lo personal. » — A la luz de este principio hemos desenglobado de entre la masa terráquea, de este panteismo de la materia, el ser individual. Despues hemos proclamado la libertad humana al pasar al hombre, desde la cuna al sepulcro, por entre esa atmósfera ciudadanil que se llama política, y en donde, ora esclavo, ora republicano, se ve absorbido, ya por el mónstruo material llamado *emperador*, ya por el implacable fantasma denominado *patria;* ambos frailismos seculares ó regulares, panteismos sociales, Procustos de la personalidad, asesinos de la libertad, del entendimiento y de la virtud. Y por último, al advenimiento de la muerte, de esa ultra-personalizadora, damos al hombre, ya ángel, la plenitud de la individualidad, que es la moral perfecta, la inteligencia completa, la voluntad absoluta. No lo vertemos en Dios como una gota de agua en el Atlántico; lo colocamos en frente de él como el espejo de su hechura mas semejante y mas predilecta. El *personalismo* es la negacion de todas las sustancialidades generales, lo mismo en física que en política, que en teodicea, y á las cuales tengo un horror tan involuntario, que si supiera que por término de este Calvario de la existencia me habia de embeber en su sustancia, renegaria de Dios.

Yo no quiero que se difunda mi espíritu ni en el mismo cielo, como en nuestra atmósfera una partícula de incienso. Detesto esos sistemas que, anulando el sugeto, lo convierten en una ola de un mar sin orillas, en un

átomo de un mundo sin fronteras. Creo con todo mi corazon que, si el panteismo fuese una verdad, mas valiera ser cerdo que Espinosa.

¡No, no! Ya que Dios por medio de una elaboracion de tantos siglos me ha elevado á la aptitud de que pueda arder en mí ese fuego del cielo, esa misteriosa luz del alma, no volveré á dar un paso atrás en el camino del infinito positivo. Y como no sea arrastrado por los cabellos, no me prestaré á volver á ser fundido en ningun conjunto, á retroceder hácia el infinito negativo. Defenderé hasta la muerte lo que hay en mi ser de inteligente y de moral, ayudando en su obra á la creacion, que por medio del amor y del dolor se va desintegrando para integrar la personalidad, última conquista de esta batalla eterna.

III.

¿Qué es, pues, el *personalismo?*

El *personalismo* en las obras de la *inteligencia* recomienda especialmente lo que hay de individual en el estilo, que es lo que forma la *novedad*, y lo que se revela de personal en el fondo, que es lo que constituye la *originalidad.*

El *personalismo* en *física* ennoblece la materia. En cada hecho parcial nos revela el camino de un principio universal. Y no solo levanta el mundo de entre el lodo de la inercia, sino que acerca mas á Dios, alejado de nosotros por la ignorancia y la supersticion. Mejor que

Prometeo, con un rayo de fuego anima el mundo y todos los planetas, pues de unas masas inertes que en estado de *impensancia* rodaban por el espacio sin causa y sin objeto, nos enseña que son grandes laboratorios de volicion, de sentimiento y de razon.

El *personalismo* en *política* es la proporcionalidad, es la proclamacion gradual de la libertad ilimitada contra toda clase de absorcion del individuo por el mónstruo indeterminado é implacable del Estado; protesta contra ese cloroformismo que desvanece de la generalidad; contra ese rasero del comunismo, que, borrando con sus sombras los lineamentos de los individuos, establece la grandeza fantástica de las nieblas, la repelente igualdad del cáos. Es la razon que condena el insustancial patriotismo de las formas, ese fetiquismo político que adora el gobierno por su organizacion externa, y no por su resultado intrínseco; que se apasiona del modo, y que descuida la esencia. Es la negacion de la ambicion, porque antepone todos los particularismos á una sola generalidad; porque al acto público prefiere la virtud privada, y en vez de ilusionarse por el poder, esa mentida gloria de este mundo, practica la virtud, gloria imperecedera del otro.

En *legislacion*, midiendo la responsabilidad por el termómetro de la personalidad, de esta union de la moral y de la inteligencia, el *personalismo* es la justicia equitativa; da perdon á la desgracia, luz á la ignorancia, á la inteligencia correccion, y á todos benevolencia. En este sistema el mayor bien propio es la utilidad

ajena. No existe mas castigo que la correccion ni mas verdugo que el maestro, y el principal y mas inexorable juez es la conciencia del reo. La instruccion, purificando el corazon, elevando la moral y desarrollando la inteligencia, levanta un cadalso misterioso en el alma de cada delincuente, en el cual sufre mas lentamente, pero no con menos dolor, una crucifixion interna.

Y subiendo á la *moral*, el *personalismo* tiende á desprenderse de la pasion, de esa parte todavía terrenal de nuestra naturaleza, desarrollando los sentimientos morales, que son las alas del alma, y perfeccionando su inteligencia para buscar el saber absoluto, el principio típico que explique las dos naturalezas, divina y humana. Refrena la ambicion, aconsejando la práctica de las virtudes particulares, porque cuando llega la muerte, esa gran personalizadora, las virtudes públicas son tan secretas como las privadas, disipando de este modo el humo enardecedor de la ambicion. Y por último, proscribe el egoismo, porque, á imitacion de Dios, el recuerdo del bien ajeno es la inefabilidad mas completa, el placer mas absoluto del ser unipersonal. La moral del personalismo podemos resumirla en la siguiente fórmula: — « ¡Desgraciados los felices! ¡Felices los desgraciados! »

Bajo el punto de vista del *personalismo*, la *metafísica* no es mas que la investigacion del principio absoluto que sirve de llave para abrir el gran templo de la naturaleza. Tal como lo comprenden los espíritus estrechos, la metafísica es una cirujía de fantasmas; es, como dice

Dugal Stewart, — « una vírgen consagrada al Señor, que no da ningun fruto » ; — es una especie de misticismo intelectual, que se entretiene en analizar las creaciones del espíritu en la plenitud de la mas evidente locura. Si la metafísica es *lo que es*, y la física *lo que aparece*, nosotros vamos á escribir la física de la metafísica. Ya que despues de tres mil años no se ha podido explicar *lo que aparece* por *lo que es*, intentemos explicar *lo que es* por *lo que aparece*.

La metafísica no consiste en esfuerzos de saltimbanquis, sino en buscar la palabra del enigma del universo, en encontrar la fórmula que desde arriba abajo explique hasta el átomo, y desde abajo arriba nos patentice á Dios.

Este tipo, ó mas bien esta fórmula de todas las ideas, ha de tener por principio la *nada*, por término el *todo* y por medio la *virtud*. Nuestra clave filosófica ya dejamos dicho cuál es: — « Del supremo conjunto á la unidad suprema. » — El que con este principio no resuelva, como nosotros, todas las cuestiones pasadas, presentes y futuras, que lo sustituya con otro, que nosotros lo adoptarémos lealmente siempre que nos parezca mas sencillo y mas superior que el nuestro. Tenemos cariño á nuestras ideas, pero antes que á nuestras ideas, adoramos la verdad.

IV.

Finalmente, si prestamos nuestra admiracion á sistemas filosóficos que, aunque reconocidos como falsos

en su totalidad, resuelven dignamente alguna de las infinitas cuestiones de la moral, yo reclamo para el *personalismo* alguna benevolencia, porque, además de ennoblecer la *materia*, es en *política* la libertad, en *administracion* el patriarcalismo, en *legislacion* la caridad, en *literatura* el intimismo, en *moral* la virtud, en *ontologia* la plenitud del ser, en *teodicea* el libre albedrío y el Dios unipersonal, en *metafísica* lo absoluto; en todo, por todo y para todo, la inteligencia concreta, el determinismo, la condensacion de todos los plurales en un solo singular, el *resúmen del supremo conjunto en la unidad suprema.*

¿Quiero decir con esto que yo me lisonjeo de ser el Juan Sebastian Cano que ha dado el primero la vuelta al rededor del mundo moral? De ningun modo. Al entregar á los demás la regla con que mi escasa inteligencia mide la extension de todos los fenómenos, desde sus causas hasta sus efectos, no tengo mas objeto que excitar el ardor de otras inteligencias mas osadas y mas perspícuas que la mia en la investigacion de la *última* palabra de la ciencia.

¿Qué me importa que el *personalismo* sea el milésimo náufrago que se vaya á fondo en el inexplorado mar de lo infinito? En último resultado, algun honor merece el escritor que, vuelto hácia el hombre y aplicándole el bálsamo de la virtud y de la inteligencia, le dice al Lázaro de la dignidad humana: — « Levántate y anda. »

FIN.

INDICE.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

DEL HOMBRE CON RELACION Á TODO LO CREADO.

LIBRO TERCERO.

DEL HOMBRE CONSIDERADO CON RELACION Á SU ESPECIE Y Á LA HISTÓRIA.

LIBRO CUARTO.

DEL HOMBRE CONSIDERADO CON RELACION AL ESTADO.

SECCION PRIMERA.—Política.

SECCION SEGUNDA.—Derechos.

SECCION TERCERA.—Deberes.

LIBRO QUINTO.

DEL HOMBRE CONSIDERADO INDIVIDUALMENTE.

SECCION PRIMERA.

SECCION SEGUNDA.—El hombre afectivo.

SECCION TERCERA.—El hombre moral.

SECCION CUARTA.—El hombre inteligente.

LIBRO SEXTO.

DEL HOMBRE CONSIDERADO CON RELACION Á DIOS.

EPÍLOGO.

APLICACION CRÍTICA DE LA PARTE DOCTRINAL DEL PERSONALISMO.

FIN DEL ÍNDICE.

